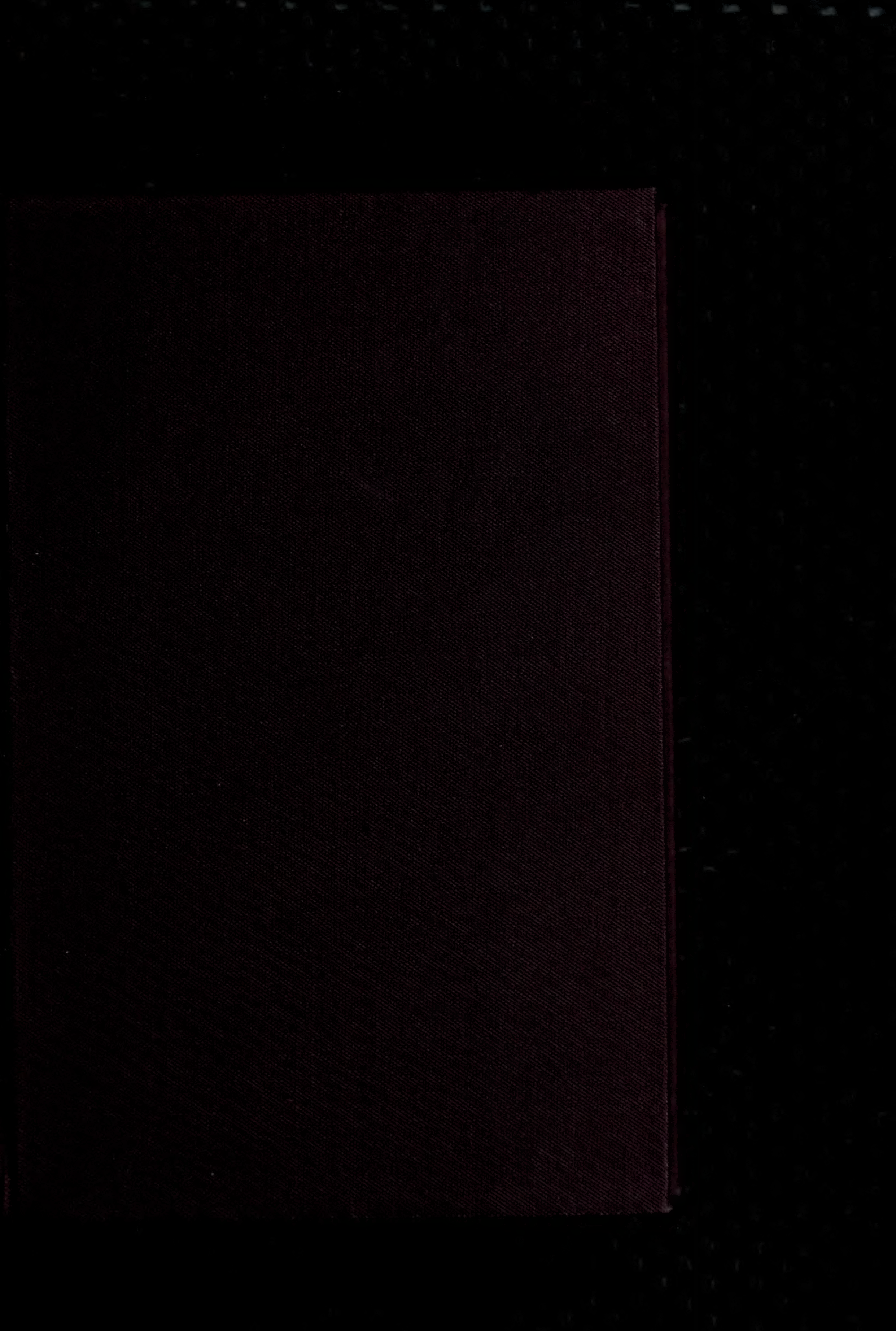
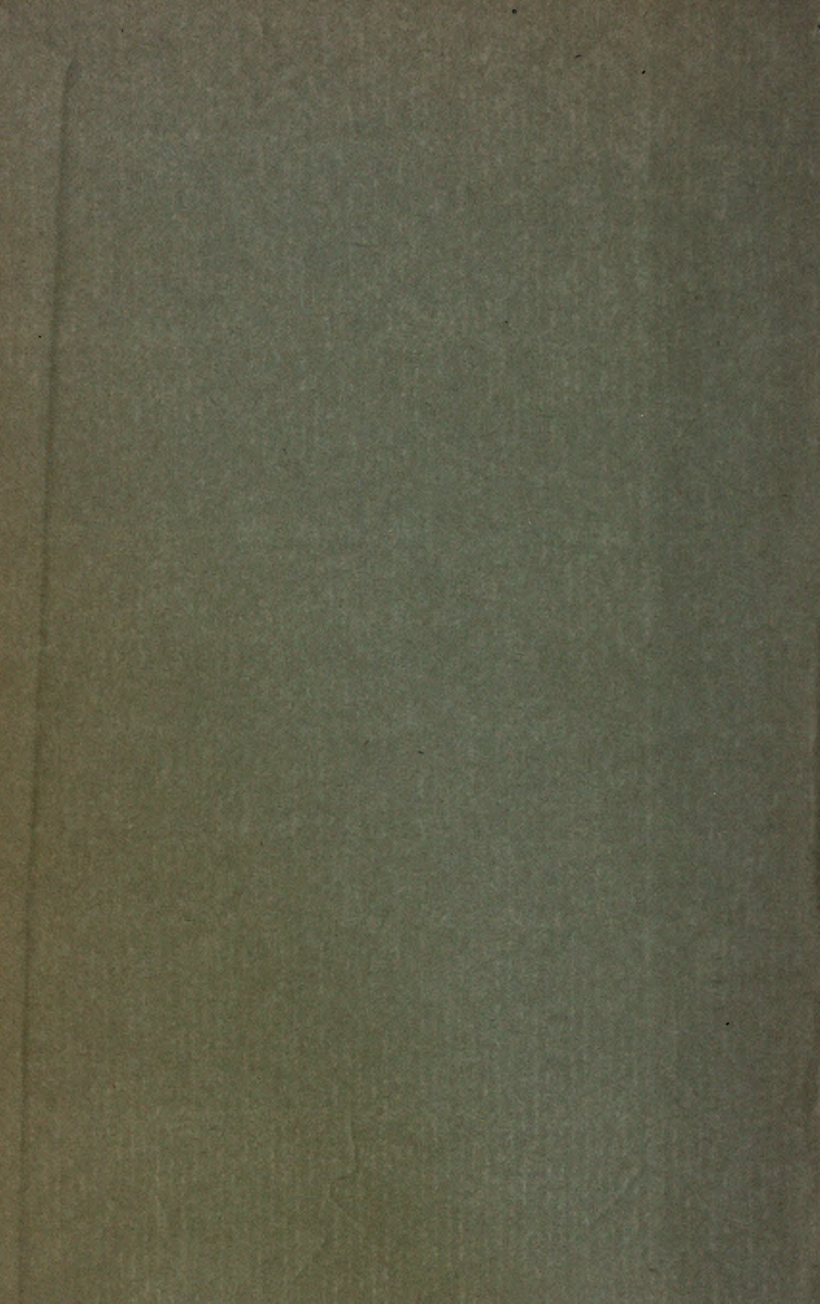
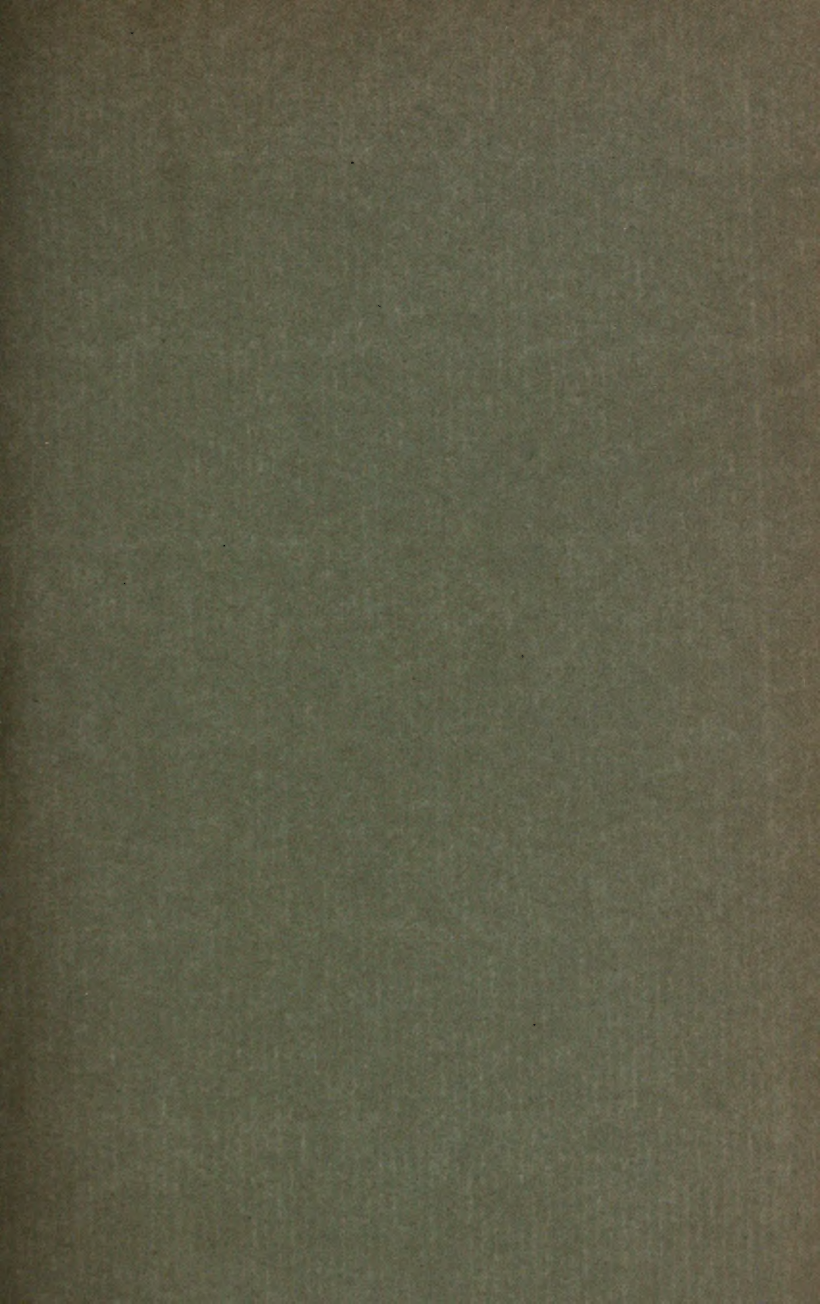
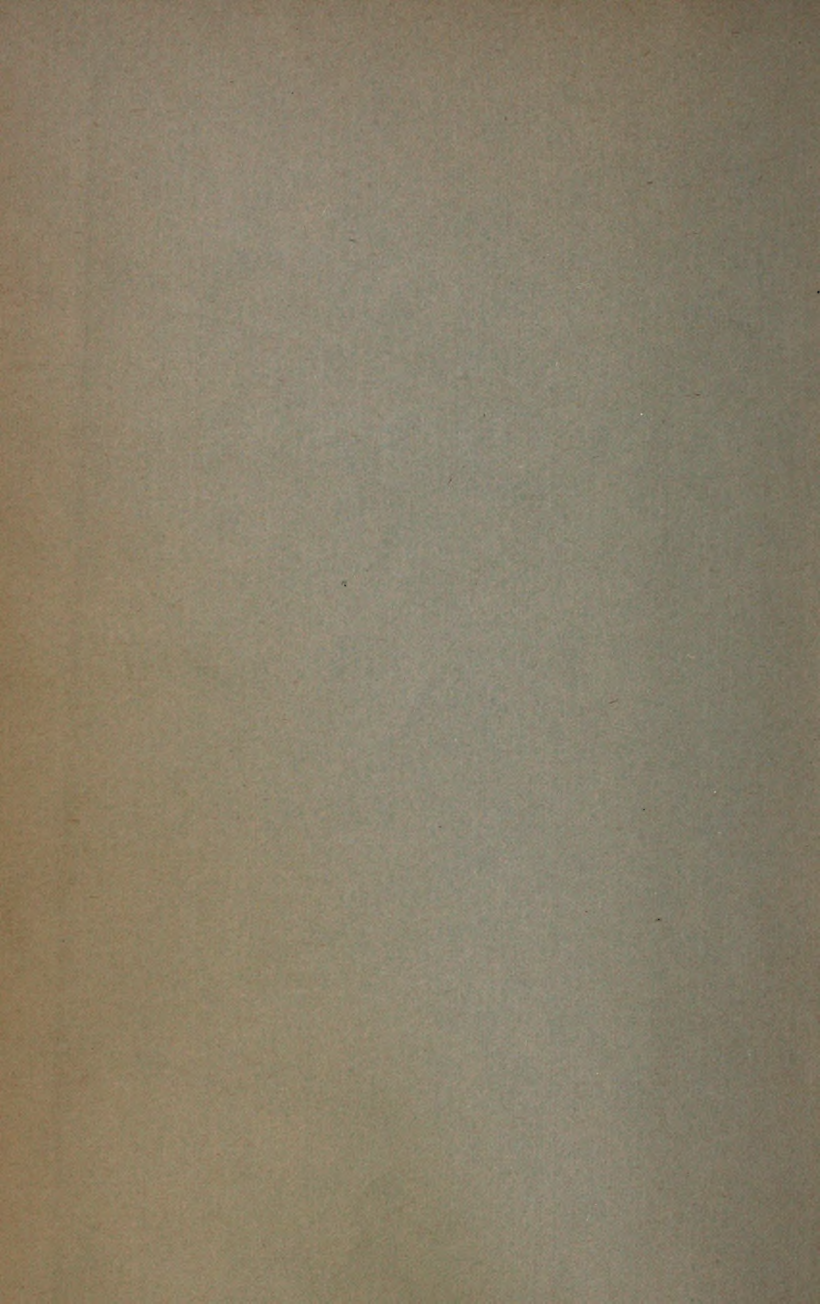








LUIS ANTÓN DEL OLMET

---

LA HORRENDA POLÍTICA

---

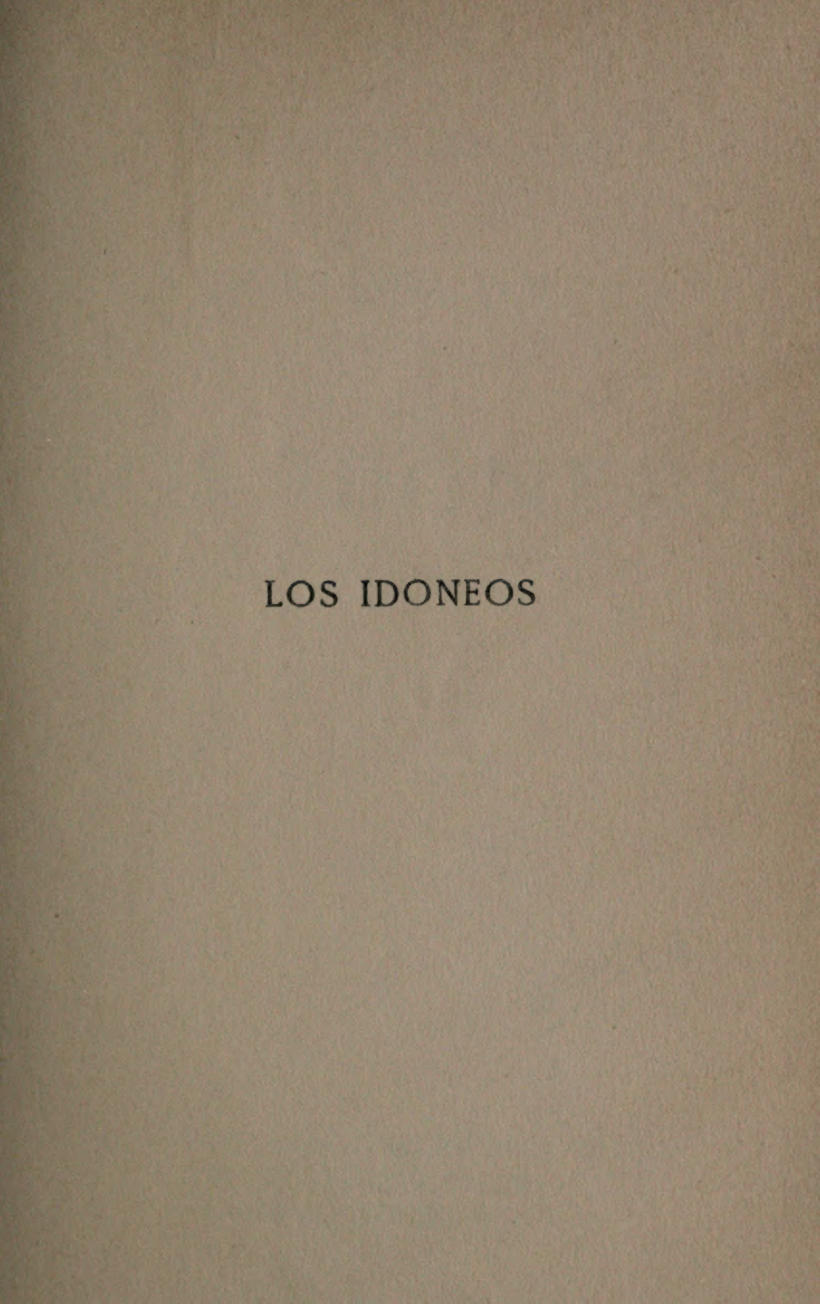
# LOS IDÓNEOS

RECUERDOS DE UN EX SECRETARIO POLITICO
INTIMIDADES DEL PARTIDO
LLAMADO CONSERVADOR

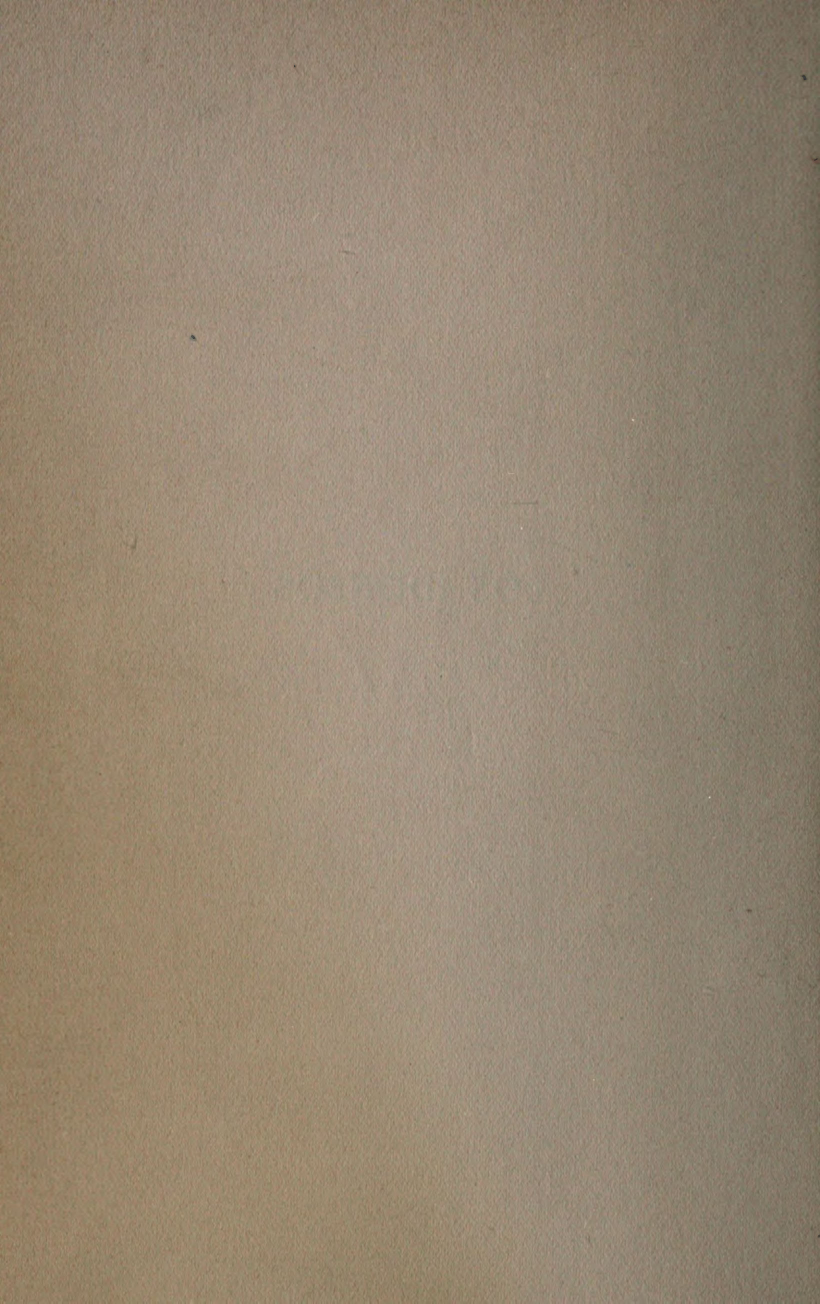








# LOS IDONEOS



LUIS ANTÓN DEL OLMET

LA HORRENDA POLÍTICA

# LOS IDÓNEOS



RECUERDOS DE UN EX SECRETARIO POLITICO
INTIMIDADES DEL PARTIDO
LLAMADO CONSERVADOR

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29; teléf. 14-30.—Madrid.

# PRÓLOGO

*El día 19 de Julio de 1917, á las diez de la mañana, seis horas antes de celebrarse la egregia Asamblea parlamentaria que marcó en España la definición de su renacimiento ciudadano, dirigí al Sr. Cambó, la siguiente carta:*

*«Sr. D. Francisco Cambó.*

*Mi estimado amigo: Lamento no ser ahora diputado. Hubiera asistido á la Asamblea. Creo que les conduce á ustedes un magno sentimiento de Patria, de raza y de energía salvadora.*

*Acaso por obra de Dios han vuelto ustedes á crear en España el mismo sentimiento que en Villalar iluminó á unos caballeros. Aquella flor maravillosa, rediviva ahora en Cataluña—flor de libertad, de fueros, de amores hondos, puros y exaltados—es, en manos de ustedes, el resto del ideal que nos queda á los españoles.*

*Creyendo yo que en este día significan el patriotismo, me sentiría intensamente humillado si no hiciera llegar á sus manos esta carta.*

*Ignoro si seré perseguido, como ya por parecido motivo están siéndolo personas muy ligadas á mí.*

*Nada me importa. Esta es mi hora de juventud y mi retorno á lo que fuí tras un cautiverio. Espiritualmente unido á usted, es decir, al lado de mi patria y de mi conciencia, me siento tan confortado, que doy por buenas las peores desventuras. ¡Viva Cataluña, Sr. Cambó, la santa Cataluña que salvará á España en la vanguardia de la ciudadanía!*

*Suyo afectísimo,* LUIS ANTÓN DEL OLMET, *ex diputado á Cortes.»*

*El Sr. Cambó respondió inmediatamente con la carta que sigue:*

*«Sr. D. Luis Antón del Olmet.*

*Distinguido amigo: Recibo sus líneas, que agradezco con toda mi alma. Hoy se inicia de verdad la lucha contra el artificialismo que impera en la política española. Creo que lo mejor de España está con nosotros y que la victoria es segura.*

*Mande á su afectísimo amigo,* FRANCISCO CAMBÓ.»

*De retorno á Madrid, tras de haber contemplado en Barcelona, entera y viva, á una gran patria que renace, y al ver cómo la verdad había sido secuestrada al pueblo con la forzada complicidad de la Prensa; al darme cuenta de que sólo el engaño y la traición gobernaban á España; al asistir á la infame maniobra política que hizo pasar por sedicioso y antipatriótico un movimiento sólo dirigido contra las oligarquías que nos han conducido al desastre; al sorprender esto, asqueado, indignado, le dirigí al Sr. Dato una carta separándome de su política, en la que milité desde 1913.*

*He aquí el documento que toda España ha leído:*

*«Excmo. Sr. D. Eduardo Dato.*

*Mi distinguido amigo: Ingresé en el partido conservador requerido insistentemente por el Sr. Sánchez Guerra. Aquel día entregué una modesta, pero independiente significación intelectual, poniendo mi corazón y mi pluma al servicio de una causa que me parecía liberal en su especialísima disidencia.*

*De mi actuación en las filas del partido hablan mis hechos, y usted mismo los pregona. Mi vida, desencauzada por un halago súbito del Sr. Sánchez Guerra, habrá tenido errores involuntarios y hasta inevitables culpas, á las que me vi impelido por el desamparo en que, inmediatamente de captado, se me dejó. Pero lo que no podrá negárseme es que en el Poder y en la oposición, en los momentos más arduos y peligrosos, y á pesar de que ningún lazo material de conveniencia me unía á ustedes, por ustedes reñí con el maurismo; por ustedes sostuve sangrientas pendencias; al lado de usted estuve con la más sufrida y perseverante devoción. Hasta la amistad que sostengo con D. Basilio Alvarez, de la que me enorgullezco y la cual ratifico ahora, ¿qué ha significado sino un acto conservador en mí, ya que ese formidable luchador, gloria de Galicia, atemperó un poco por mi cariño y consejo la naturaleza indómita de su actuación contra las oligarquías, aunque jamás abdicase del credo que selló con la cárcel?*

*Sólo he podido ser censurado en mis relaciones con los conservadores de haber atacado á un modesto señor que no ha prestado otros servicios al partido sino los de medrar á su sombra, ataques no míos, en realidad, y que suspendí á la menor indicación de usted.*

*He sido un fiel y devoto amigo de usted. De sus labios he oído palabras de noble gratitud y franco reconocimiento á mi firme actuación conservadora.*

*Pero si tengo un crédito á percibir, lo renuncio. Me marcho.*

*Y me marcho perdiendo una tranquilidad que me intranquiliza, no por haber sufrido agravios, que los he sufrido intensamente casi desde el mismo instante en que caí en la redada del llamado idoneismo, y en que dejé de ser un peligro al servicio de la causa maurista.*

*Es que yo no puedo soportar seguir viviendo la ficción de los llamados partidos históricos, su farsa inicua, su ausencia de idealidad, su desconocimiento de la realidad española, sus injusticias de todos los instantes, su podredumbre.*

*No. Si España no fuera más que eso, emigraria. Pero hay otra España, á la que vuelvo arrepentido tras de haberme dejado seducir por el halago engañoso del viejo sistema.*

*Tengo treinta y un años y una pluma joven. ¡Basta ya de traicionar mi propia alma en una cobarde duda de todos los minutos! Quiero compartir el dolor y la esperanza del pueblo que veo resurgir, vivir con el espiritu lleno de amor, luchar por España sin cortapisas menguadas, contribuir á la demolición patriótica de las oligarquias imperantes con mis revelaciones, pasar hambre acaso, pero ser bueno, ser honrado, ser digno, ser un hijo fiel de España, pelear con todo el fuego de mi juventud por el engrandecimiento de quien los viejos partidos son obstáculo y afrenta.*

*Yo, á pesar de esta recia manera de sentir, hubiera podido tolerarme á mi mismo dentro del partido conservador, á no haber sobrevenido la política reaccionaria y estranguladora que el Sr. Sánchez Guerra realiza desde Gobernación. Estuve estupefacto y estoy ahora serenamente indignado. Emplear la fuerza contra la revolución sanguinaria y demagógica, es lícito. Pero emplearla para sofocar la sensata opinión de senadores y diputados que buscan en España su santo subsuelo para que vuelva á*

*florecer; destruir la Prensa en una obra de mordaza estéril; encarcelar á las gentes; intentar destrozar el sentimiento que brota en Cataluña, tan español y tan santo, milagro verdadero de ciudadanía, me parece sencillamente monstruoso.*

*Esta política del verano del 17 la estimo una política funesta. Sé que ella está inspirada por el Sr. Sánchez Guerra, que tiene de maurista todo, menos el gesto patricio y augusto de Maura. Pero aunque esa política haya sido noblemente disentida por el insigne Bergamín, personalidad extraordinaria y casi anormal en los partidos monárquicos, y aunque nada haya dicho de ella el ponderado espíritu del Sr. González Besada, cómo por el grupo llamado idóneo datista es llevada á la práctica, me separo de ese grupo, y corro á refugiarme en el pueblo.*

*No vea usted en mí un gesto de odio, de rencor, ni siquiera de disgusto personal. Lo juro por las santas cenizas de mi madre. Las últimas violencias del Sr. Sánchez Guerra me han llenado de júbilo, porque saldan mi breve concubinato con el pecado político, al que él me indujo para después suprimirme, ya inerme.*

*Le doy á usted mi palabra de honor que salgo del albergue conservador, aunque firmemente resuelto á la lucha, sin la menor molestia personal.*

*Hay en mí dos sentimientos. Uno de asco, por lo que dejé. Y otro, de júbilo, por lo que me espera. Y cuando se sale de un antro no recuerda el espíritu las sombras de ese antro, sino la gloria del sol que fuera brilla.*

*¡Viva España, Sr. Dato! Pero, ¡viva! No con el grito prosaico, convencional, de la fórmula, sino con todo el corazón, y poniendo en esas santas palabras una inmensa esperanza de patriotismo verdadero.*

*Es muy suyo afectísimo s. s. q. e. s. m.*, LUIS ANTÓN DEL OLMET.

*Inmediatamente, para justificar todavía más este acto mío, empecé á referir mis recuerdos políticos, descubriendo los horrores de la oligarquía idónea, poniendo de manifiesto ante el país, no sólo el hecho sangrante de mi caso, sino toda la serie de horrores que desde el Gobierno se perpetran.*

*Creo necesario perpetuar en un libro tales acusaciones. Y creo también preciso hablar desde estas páginas, no sometidas á la previa censura, con el pueblo, para narrarle toda la verdad de lo que en España ocurre, salvando mi dignidad de escritor y de patriota en este solemne momento.*

Verano del 1917.

# I

## DE MAURA Á SANCHEZ GUERRA

### **Preámbulo.**

Ha causado extrañeza mi separación del partido datista. Se ha recordado que fuí secretario político del Sr. Sánchez Guerra, jefe de la Prensa en Gobernación y diputado idóneo.

Ya dije que los motivos de mi separación no tienen su origen en agravios personales. Responde esta separación á un acto de libertad y de ciudadanía frente á la política de mordaza y de engaño que ese grupo viene realizando desde el Poder; frente al gesto de violencia en que los he sorprendido ante el movimiento salvador que ha surgido en Barcelona; frente á la mueca de vesania reaccionaria con que intentan salvar el descrédito, ya definitivo, de la vieja política.

Entre una complicidad, acaso conveniente, y desde luego cómoda, con esa farsa monstruosa, y una actitud que me producirá grandes quebran-

tos, pero con la cual redimo algunos años de error, porque es un Jordán espiritual en el que baño mi alma, no he dudado un momento.

Antes la persecución con hidalguía, que la ficción con utilidad. Antes España que Sánchez Guerra. Antes mi espíritu que mi casa misma, que todos mis intereses en un momento suprimidos.

En esta hora suprema de renovación yo quiero salvar antes mi juventud que mis grilletes de oro.

A este sentimiento obedece la campaña que emprendí casi desde el mismo instante en que subieron los llamados idóneos al Poder.

Ante el sublime gesto ciudadano que ofreció Barcelona el día 19 de Julio, ya no era posible seguir traicionando al corazón. Después de contemplar el engaño interesado en que el Gobierno mantuvo á España durante varios días, impidiendo que la verdad fuera revelada por la Prensa, hubiera sido contrariar los más puros sentimientos de mi alma seguir unido á unos hombres que sólo pueden vivir en el Poder empleando el embuste político como arma de gobierno.

Son éstas consideraciones bastantes para justificar mi conducta.

Empero, inicio hoy la historia de mis relaciones con el grupo idóneo, escritas sin el menor disgusto personal, ni género alguno de represa-

lias. Esta larga y emotiva historia acabará de justificarme, y contribuirá—así lo espero—á poner de relieve ante mi país el desprestigio de esa política.

### Maurista.

Los que me han acusado de traición á Maura reconocieron ya lo injustificado del ataque. Yo no formé nunca en las filas del maurismo. Mi exaltación por Maura era una exaltación intelectual y literaria, sin el menor compromiso material ni político que me vinculara. Fuí maurista como podría ser sorollista en Pintura, ó joselista en Tauromaquia. El Sr. Maura sabe qué clase de relaciones alejadas infinitamente, distanciadas y exquisitas, mantuve con él.

Pero lo que yo no puedo ni quiero negar, es que entonces aquella gran figura me atraía, y que en defensa romántica suya gasté lo mejor de una juventud.

Esto—lo sabe todo el mundo—me dió una intensa personalidad entre los conservadores. Mi gesto bizarro frente á los enemigos de Maura tuvo adeptos y tuvo exaltados. Contribuí á crear la explosión maurista. No me arrepiento de ello. Cuando esa juventud se convenza de que, desgraciadamente, el Sr. Maura está desviado y perdido para nosotros, como su actuación, aunque errónea, es ciudadana y, sobre todo,

viva, encauzará por otro camino, y será útil al país.

Lo innegable es que yo fuí maurista romántico, y que este romanticismo mío me creó una modesta, pero fuerte personalidad en España. Aún recuerdo la ovación que se me hizo por la Juventud Conservadora entonces, maurista hoy, el día en que me presenté ante ella para dar una conferencia entusiasta. Aún recuerdo el ambiente de respeto moral, de simpatía jubilosa, de cordial entusiasmo que mis tarjetas—«Luis Antón del Olmet, maurista»—, y mis audacias, producían en toda España.

Si alguna vez se ha sentido un hombre encauzado en un ambiente propicio, ese fuí yo.

## Yo era un peligro.

En estas condiciones yo era un peligro ante la disidencia que parecía irse dibujando.

Si al estallar esa disidencia yo hubiera desdeñado los halagos del idoneísmo y hubiera santificado mi conducta con un gran desdén, mi persona, al servicio de la causa maurista, hubiera crecido y hubiera sido peligrosa.

Cuidado refinadísimo de los hombres que preparaban la eliminación de D. Antonio, fué captarme.

## Mi amistad con Sánchez Guerra

Conocí á D. José Sánchez Guerra el día en que di mi aludida conferencia en la Juventud Conservadora. No quiero ahora reproducir el discurso que pronunció en honor mío. Sus palabras fueron un aluvión de amabilidades y un derroche de inmerecidos elogios.

Desde entonces siempre que me veía me saludaba con efusivo gesto. Un día me llamó en el pasillo circular del Congreso de los Diputados para decirme:

—¿Ha pensado usted en su porvenir?

—No. Aún no. Soy un idealista que escribe.

—Creo que debe usted venir al Congreso. Ya sabe usted que tiene mi simpatía y que tendrá mi apoyo.

Gobernaba por entonces D. José Canalejas. Aquello me oreó un poco el espíritu y me llenó de una pequeña é íntima felicidad, no radicada solamente en la promesa, sino en la evidencia de vernos amados y recompensados.

Más tarde, y cuando me resolví á escribir mi libro *Maura*, hallé propicio al Sr. Sánchez Guerra para ayudarme en aquella obra. Durante cerca de un mes visité diariamente al ex ministro de Fomento en su domicilio de la calle de Alfonso XII, para tomar notas y oir su amable arrullo.

## También Dato.

He de reconocer, antes de seguir adelante, que tuve muy pocas veces la ocasión de tributar por entonces elogios al Sr. Dato. No obtuve la suerte de hallar, intelectualmente, un pretexto.

Un día, empero, deslicé una palabrita cariñosa para D. Eduardo en mis impresiones parlamentarias de *A B C.*

Aquella misma tarde me buscó el Sr. Queralt, secretario de D. Eduardo:

—De parte de D. Eduardo un millón de gracias. Me ha ordenado insistentemente que le salude á usted con todo cariño.

Yo no estaba por entonces presentado siquiera al Sr. Dato.

Por la noche, al llegar á casa, me entregó el portero una tarjeta doblada. Se leía en ella este nombre: Eduardo Dato.

Pero no pararon aquí las sonrisas, los halagos, las promesas del grupo dato-sánchezguerrista.

Un día escribí al Sr. Dato rogándole me diera un autógrafo suyo para mi proyectado libro *Alfonso XIII.* Ocho días más tarde recibí carta del ex presidente del Congreso, invitándome á almorzar en el Nuevo Club.

Asistieron al almuerzo los señores conde del Serrallo y marqués de Portago. Yo no tenía por entonces el honor de conocer á estos dos ilus-

tres caballeros. D. Eduardo hizo la presentación siguiente:

—Los he invitado á ustedes á almorzar para que conozcan al Sr. Antón del Olmet. El señor Antón del Olmet está escribiendo un libro sobre el Monarca, y desea juicios y opiniones de personalidades. Espero que le harán unas cuartillas.

El almuerzo transcurrió frívolo, mundano, lleno de un grato versallismo, entre sonrisas y amabilidades.

Fué uno de esos lazos elegantes en los que caen las vírgenes que luego inmola, en San Juan de Dios, la lascivia de los sádicos.

## Interviene D. José Garay.

A todo esto la línea divisoria entre Maura y Dato se iba dibujando, intensa. Vinieron las declaraciones hechas en París por el Sr. Prado y Palacio. Se habló de una Asamblea en Biarritz. La Prensa antimaurista lanzóse ya al franco apoyo de la disidencia.

Un día me dijo D. José Garay:

—Querido Luis: deseo que venga usted á casa de Dato.

Y estuve con Garay en casa de Dato.

Poco después nos convidaba á almorzar en

Lhardy el simpático Pepe, á Dato, á Sánchez Guerra y á mí.

Fué un ágape íntimo, de una cordialidad penumbrosa. Yo asistí á él en calidad de virgen asustadiza que empieza á conocer las realidades humanas. Hubo unos pequeños brindis, unas palabras indirectamente suspicaces. Al final me dió Garay en el codo y me dijo:

—Yo estoy metido aquí. Hay que definirse.

Salimos. Dato y Sánchez Guerra se fueron solos y á pie por la Carrera, por el Prado, por Recoletos. Hablaban bajito y con las cabezas juntas.

Eran los futuros presidentes del Consejo y del Congreso.

Garay, epicúreo, dió una fumada de su habano y encogió los hombros:

—Esta es la vida.

Ya lo creo que es la vida así. Cuando se formó el Gobierno idóneo Garay alcanzó una vitalicia y una Subsecretaría.

Así se hace carrera política en España.

¡Que sea enhorabuena, amigo Garay!

Yo, en cambio, como no soy intrigante, y caí en el garlito sin ventaja alguna, cediendo á una bajuna captación, sólo miserias y ruindades me valió tamaña insensatez.

II

## LA TRAICIÓN Y LA DISIDENCIA

### El motor de la disidencia.

La disidencia entre algunos elementos conservadores y Maura se fué dibujando cada vez más, aunque en la sombra y de un modo como pecaminoso y siempre solapado.

No es que yo censure ahora esa disidencia que he compartido en cierto modo. Por lo demás, no pienso incurrir nuevamente en idolatría política alguna. El Sr. Maura se alejó de mi pensamiento y de mi corazón definitivamente el día de su discurso en la plaza taurina. Dije la víspera que Maura podía ser el salvador de España sólo con reiterar sus palabras de Beranga. Fué todo lo contrario. Aquello mató en mi alma toda esperanza maurista.

No. No es que vaya yo ahora á hacer la exaltación de D. Antonio, por mucho respeto que su figura merezca. Quiero vivir, por lo demás, una

vida independiente y libérrima, actuando en la política española desde mi puesto, con entera y firme convicción personal.

Acaso aquella disidencia tuviera una justificación en el fondo. Dato comprendió que Maura no podía volver á gobernar mientras no sucedieran en España sucesos que se propuso retardar con sus procedimientos narcóticos, y aprovechó el instante para salvar una parte de los conservadores, llevándolos por suave pendiente á la regalona molicie de la transacción.

Los hechos han venido á demostrar que el señor Dato no tenía una receta definitiva. Cuando en un pueblo faltan la justicia, el derecho y el orden, nada se arregla con procedimientos de componenda ni de ir tirando. Menos—claro está—con represiones histéricas. Se arregla con un acto de contrición, con un propósito de enmienda, con una renovación seria, con desinterés y con talento.

Dato, sí, retardó un poco el instante. Pero, ¿qué ha conseguido? El disgusto y el descontento reinan. La fe ha huído definitivamente de los partidos tradicionales. La farsa es ya gedeónica. Los problemas siguen de pie, agravados por la falta de crédito espiritual que distingue á los hombres oligárquicos que turnan, ya aceleradamente y como en un torbellino, gobernando un Estado sin orientación.

Pero repito que la disidencia es defendible.

No seré yo quien la censure de una manera integral. El eclecticismo, y aun el epicureísmo, son dogmas morales y responden á un criterio filosófico. ¿Era conveniente la batalla que Maura quería reñir? ¿Estaba capacitado para darla D. Antonio? ¿Eran buenos sus procedimientos? ¿Se imponía una tregua?

Puede ser. El tema es demasiado complejo y grave para abordarlo en unas someras páginas. Por lo demás, no son medulares en este anecdótico estudio que me propongo hacer.

Lo interesante es consignar que la disidencia latía. En el Sr. Dato no la creo egoísta. El señor Dato se sentía tan pequeño al lado de Maura (solía darle en la intimidad el título de «Júpiter tonante»), que jamás hubiera osado salirle al camino. En último término, yo me aventuro á inquirir si el Sr. Dato no pensó alguna vez en los intereses de España y temió que el Sr. Maura pudiera llevarla á una audacia demasiado prematura.

No. Dato fué á la disidencia como va á todas partes: con frío, con timidez, con vacilación, buscándose en sí mismo un pretexto moral, sin pasiones, no convencido del todo, ni del todo resuelto.

El motor de la disidencia imagino yo que debió serlo el Sr. Sánchez Guerra.

Y al llegar aquí me veo en el caso de hacer un alto en el camino para encararme con el señor

Sánchez Guerra y decirle que no le quiero mal, que es un exaltado, un emotivo, un nervioso, y que ahora, cuando lo contemplo fuera de la política y lo observo con ojos de literato, y no con mirada electoral ni buscavidas, me causa más pena que odio, y más desdén suave que animosidad turbulenta.

En el fondo le tengo cariño. Aunque su rencor es inmenso para mí (un rencor morboso, inaudito, cuya psicología aún no he definido cabalmente), no por eso le he perdido una especie de generosa simpatía.

Sepa, pues, que disto mucho de aborrecerlo. Sus disparates, sus gibas espirituales, el tormento en que vive desde hace algunos años, me inspiran sincera compasión. Novelista, lo contemplo como á un personaje interesante, del que haré algo muy teatral, porque el tipo se presta mucho. No vea, pues, en mí ninguna hostilidad apasionada. Aunque me recluyera en la cárcel—que de todo es capaz—seguiría atisbando el caso clínico, todavía con curiosidad mayor. No existe diálogo de odios. Está en soliloquio. Yo estoy generosamente emocionado ante su rasgo humanamente interesante. Eso es todo.

Decía que considero á Sánchez Guerra el motor de la disidencia antimaurista.

Los hechos así lo pregonan.

En un hombre que tan ligado estaba al señor Maura, que le debía tanto al Sr. Maura, que ha-

bía convivido de jóvenes á viejos con él, que era como el hijo espiritual de D. Antonio, sólo un acceso de furor pudo determinar que aceptase una cartera contra Maura, y que desde Gobernación contribuyera al exterminio de sus antiguos correligionarios.

Hace falta aborrecer mucho á una persona para (no quiero emplear la palabra traición, pues huyo de que el Sr. Sánchez Guerra vea en mí un vulgar desafecto) para abandonarla en el instante más critico de su vida. Hace falta haberlo calculado mucho, haber destilado por el corazón mucha amargura, haberse sumido en un abismo de odio, acaso comprensible.

El Sr. Sánchez Guerra debía sentir celos del Sr. Cierva, quien le sustituyó en la plena confianza de Maura, y en el puesto más íntimo al lado suyo. Alma no artística, alma no comprensiva, sino virilmente rencorosa, asistió á aquella suplantación desde un plano humanísimo y se pobló de santa ira.

Maura—ignoramos por qué—ya no le tenía como al único, como al insustituíble. Ya no era aquel Pepillo querido, al que daba pleitos y carteras favoritas. (Y conste que no le llamo Pepillo al Excmo. Sr. D. José Sánchez Guerra, pues no quiero igualar mi estilo con el estilo zafio. Pongo ese delicado nombre en boca de Maura. lo cual sonará muy bien en las añoranzas del Sr. Sánchez Guerra.)

Pero cortemos el inciso y prosigamos.

Celoso, el Sr. Sánchez Guerra, es un moro. Ya lo dijo poco antes de abandonar el Ministerio de la Gobernación en 1915: «Yo soy cordobés... Los cordobeses, unos descienden de Séneca y otros de los árabes. No tengo la jactancia de suponerme una estirpe tan esclarecida. Yo, cuando barrunto la pólvora, me movilizo.»

Ignoro á qué aludía con estos recuerdos heráldicos el Sr. Sánchez Guerra. De fijo que no estaban relacionados con ningún gran problema de la Patria. Es fácil que tuvieran origen en alguna pequeña lucha intestina. Pero sí revelan al hombre sin máscara, sin disimulo, en toda su ingenua complexión, en toda su rotundidad.

Sánchez Guerra se moviliza. ¡Ya lo creo que se moviliza!

El suave desdén de Maura debió enloquecerlo. La intimidad de Cierva con su jefe debió llenarlo de indignación. Y así, con la pasión que él pone en todas sus aventuras, fué el motor que debió tener aquella disidencia.

Pero volvamos á la disidencia tantas veces aludida y no rematada de estudiar.

Repito que no la ataco en su fondo. Ahora bien: lo que me parece mal fué su manera, su estilo.

Si el Sr. Dato creyó que Maura no podía seguir siendo jefe de los conservadores, debió haberlo hecho público, y resolver aquel pleito de

una manera polémica. Agitarse en la sombra, ir fomentando una divisoria, acechar la ocasión, aprovechada cautelosamente, y poner á Maura en el espantoso dilema en que se colocó, de optar en la crisis del 13 entre el escándalo ó el silencio, es hábil, pero no es levantado.

A Maura se le llevó hasta un dilema terrible. O se ponía enfrente del Rey, ó se callaba. O descubría toda la verdad de su eliminación, ó se retiraba humillado.

Fué aquello una habilidad tan dramática y tan intensa, que podía inspirar la grandeza de una epopeya.

Y si la conducta del Sr. Dato, que nada debía al Sr. Maura, que había sido postergado por el Sr. Maura, que era más antiguo en el partido que el Sr. Maura, no puede arrancarnos aplausos ahora, cuando asistimos á estos aspectos humanos con una desvinculación total, ¿qué pensaremos del Sr. Sánchez Guerra?

¿Por qué no hizo público su disentimiento antes de la crisis del 13? ¿Por qué asombró al país con un gesto de rebeldía tan súbito? ¿Por qué esperó tanto á desenmascararse?

Ser el motor de una disidencia, y ocultarlo sagazmente, y que esa disidencia se realice contra un hombre al que se debe media vida...

Pero no sigamos ahondando en la llaga.

Las operaciones quirúrgicas y los descubrimientos psicológicos necesitan calma. Yo estoy

sereno como un experto cirujano. Pero temo que el efecto del cloroformo pase. Hay que proceder con método.

Mañana os referiré un sucedido que da realidad á estos estudios espirituales, y que descubre, en un instante sintético, el verismo de un drama.

## III

## LA TRAICIÓN AL DESNUDO

### Un día Maura...

Un día tuvo Maura su bello gesto más cívico. Se alejó de la política y renunció el acta. Gesto ateniense, rasgo ciudadano, soberbio, fué aquél. Desgraciadamente, su posterior línea de conducta no fué tan hermosa como aquélla. Es triste reconocerlo.

Si el nuevo partido idóneo—no mezclemos en él ni al romerismo ni al villaverdismo, dominados por Maura á la fuerza—hubiera sido un partido idealista, y no un partido de alegres vividores, toda la hueste, emocionada, hubiera seguido al jefe, precipitándose en aquel hervidero de energía, de ética y de arrogancias.

No aconteció así. El Sr. Maura se vió casi aislado. La disidencia apareció definida. Pocos, muy pocos, fueron los parlamentarios conservadores que imitaron á Maura. Entre los retraídos creo que figuró Sánchez Guerra. Al menos yo

creo haber escuchado en casa de D. Antonio, por aquellos días, palabras de asombro:

—Sánchez Guerra no ha renunciado el acta.

—Pero la renunciará.

—Es imposible que abandone á Maura.

Yo, que había asistido á la comida de Lhardy, y que había columbrado toda la sinceridad de la maniobra, sabía que Sánchez Guerra adoptaría una actitud poco decisiva y cordial. En casa de Maura se hablaba mucho de Sánchez Guerra. Se le recordaba joven y pimpante, recién llegado de Cabra, procedente de una modesta y proba familia, con unos versos florales bajo el brazo y una nerviosa vivacidad ambiciosa en toda su agitada figura. Se le recordaba en intimidad con Gamazo y con Maura, dirigiendo periódicos familiares. Se le recordaba subsecretario de Ultramar (¿cómo no iban á perderse las colonias?) por obra de Maura. Se le recordaba gobernador de Madrid por obra de Maura. Se le recordaba ministro de la Gobernación y de Fomento, y gobernador del Banco Nacional por obra de Maura. Se recordaba su eterna sumisión al jefe, su gratitud siempre clamada, su escorrozo de chacal mimoso cuando el noble amo le decía «Pepillo» y acariciaba su espina dorsal.

Había en casa de Maura un asombro infinito, una invasión de perplejidad verdadera, una desilusión horrible. Miguelito Maura aún esperaba.

—Es imposible—decía—. Es absurdo.

Yo, en cambio, me exalté aquella célebre noche hasta el paroxismo. Siempre me han seducido los gestos nobles y las viriles arrogancias. Anduve aquella noche á bofetadas en Fornos por defender á Maura. Estuve en la calle de la Lealtad (ya no ha vuelto á pasar el Sr. Sánchez Guerra por esa calle), y casi me arrodillé ante la puerta cerrada del caudillo. Escribí un artículo furibundo. Me apodé maurista en mis tarjetas.

Luego—claro está—se entibió mucho mi entusiasmo cuando vi que D. Antonio recogía velas y retornaba al partido, desdibujando su gallardo gesto. Mas por aquellos días yo había olvidado los versallescos trabajos de Dato, su conforte de *clubman*, las promesas electorales de Sánchez Guerra, la amable tercería de Pepe Garay. Todo eso me parecía un artificio cobarde y una conjuración menguada. D. Antonio, rebelde y cívico, era una hoguera de energía popular, en la que ardí.

Si Maura hubiese perseverado en su primera actitud, juro á Dios que yo no hubiera sido jamás idóneo.

## Una interviú no publicada.

Cundió entre los conservadores la incertidumbre por aquellos dias. La desorientación era for-

midable. Dato, que no esperaba la eliminación de Maura tan rápidamente, quedó petrificado, helado. En el fondo sintió la grandeza de aquéllo, é inclinó la cabeza como podría resignarse un tresillista elegante ante la invasión de un apóstol.

Y ahora voy á transcribir un relato que se me hizo por aquel entonces, y que revela gráficamente la conjura.

No quiero dar nombres. Si se me forzara á ello los daría. Pero creo no tener derecho á mezclar personas independientes en un historial público, en el que actúan hombres públicos como protagonistas del drama. Estos, por su condición, están en el caso de ser juzgados y discernidos. La gente privada podría enojarse si se la trajera á esta fiscalización.

Pero, vayamos al hecho.

Con motivo de la renuncia que Maura hizo, los periódicos lanzaron á sus redactores en busca de información. ¿Qué iba á pasar en el partido? Las interviús eran álgidas, continuas, entre los personajes conservadores. Un periodista visitó al Sr. Dato. Y el Sr. Dato hizo unas declaraciones tan extrañas, tan estupendas, que sobrecogieron al mismo redactor que las oyera y que hubo de transcribirlas.

## Lo que decía Dato.

Aquellas cuartillas las oí leer yo mismo en la redacción del aludido periódico, y por boca del redactor insinuado.

Estábamos presentes algunos gaceteros. Nos quedamos estupefactos. Eran las declaraciones de un hombre tímido, irresoluto, al que sacude una catástrofe. Hablaba mal de casi todos los prohombres conservadores, y los trataba con una ironía de *clubman* verdaderamente ingenua. Si se hubiera publicado aquella interviú, la conjura habría quedado deshecha, no pasando de un proyecto destruído por la vacilación y el anonadamiento más exquisito. Dato, intimidado ante una tragedia que se desenlazaba inesperadamente, dejaba hablar á su corazón.

La desunión se hubiese revelado. Maura aparecería como el único fundente posible.

Empero, aquellas declaraciones, ya impresas, no llegaron á insertarse.

¿Cómo pudo ocurrir esto?

## Relato minucioso

Entre los hombres que oyeron leer el artículo había uno que estaba íntimamente relacionado con D. Abilio Calderón. Este hombre, persona

sagaz é inteligente, comprendió la gravedad de aquello. Fingió entonces una tarea repentina, y salió de la redacción, yéndose á casa del orondo D. Abilio á uña de caballo.

—D. Abilio—le dijo, electrizado—, ocurre una cosa sensacional. Dato ha hecho unas declaraciones que lo destruyen todo.

Y narró.

Esto le pareció catastrófico á D. Abilio. ¡Adiós todas sus ensoñaciones! ¡Al diantre todas sus esperanzas!

—Es preciso ver á Sánchez Guerra ahora mismo—exclamó nuestro palentino ex correligionario—. Sólo D. José puede impedir que eso se publique.

Tomaron un coche y corrieron hacia la mansión del Sr. Sánchez Guerra. Eran las nueve ó las diez de la noche. D. José los recibió alarmado:

—¿Qué ocurre?

—Una cosa inexplicable. Dato...

Y narró D. Abilio, con su graficismo peculiar tan castellanote, el acaecimiento.

Los ojos del Sr. Sánchez Guerra se dilataron. Sus grandes dientes asomaban por la absorta boca. Había palidecido y debía parecer un traidor de comedia á quien se descubre y se anonada.

—Dato se ha vuelto loco—exclamó.

Y después:

—Hay que impedir que eso se publique. Destroza todo el plan. ¡Qué horror! ¡Qué barbaridad! ¡Estamos perdidos en absoluto!

Llamó nerviosamente al teléfono y se puso en comunicación con Dato. Las palabras de Sánchez Guerra fueron casi órdenes. Aquello era una locura. Aquello aniquilaba toda esperanza. Aquello era un espanto.

Cuando Sánchez Guerra colgó el auricular, sonreía:

—Dato rogará al director del periódico que no se publique ese artículo. Dirá que el redactor no interpretó fielmente su pensamiento.

Los ojazos moros del Sr. Sánchez Guerra chispeaban de placer. Sus enormes dientes eran la interrupción trágica de una sonrisa triunfadora.

En efecto: el artículo no apareció. Fué, empero, muy comentado por todo Madrid. Algunas pruebas, corrieron de mano en mano.

El amigo que me ha referido estos sucesos, testigo presencial de los mismos, comentó después:

—¿Sabes cuál es el pacto? Dato irá á la Presidencia del Consejo, Sánchez Guerra hará las elecciones y presidirá la Cámara popular. Don Abilio pillará también algún suculente bocado.

Ese amigo, de quien tendría mucho que decir, tiene hoy un buen destino, y se da una vida bastante regalona. Dios se la conserve.

¿Que esto puede ser un sueño? Acaso. Yo afir-

mo que presencié parte del drama, que escuché relatar el resto. Y digo más.

Un día, á raíz de constituirse la situación idónea, el Sr. Sánchez Guerra, aludiendo al relator de estos sucedidos, exclamó:

—Ese hombre nos ha prestado un gran servicio...

A esto se le llaman servicios políticos en pleno siglo XX. Así se opera. Así se gobierna. Así se crean posiciones.

Si yo no tuviera la evidencia de que la hora del renacimiento español ha llegado, juro á Dios que emigraría de mi patria.

## IV

## CÓMO FUÍ CAPTADO

### Mi olvido.

Durante los meses que sucedieron á estas cosas yo viví alejado de la política y de sus trapacerías, respirando un ambiente literario y noble.

Recuerdo, sí, el acto senatorial, en el que, merced á una carta de Pidal y Mon, fué restituído Maura, contra la voluntad de los conspiradores, á la jefatura del partido. Recuerdo también que Sánchez Guerra salió lívido del Senado, fingiendo entusiasmo; pero transfigurado, descompuesto. (La lividez es un fenómeno habitual en la faz del Sr. Sánchez Guerra.)

Pero yo no recuerdo de aquellos meses sino que trabajé mucho, que redacté y edité varios libros, y que estuve en África, enviado por *A B C* para seguir nuestra campaña militar.

En otoño regresé á Madrid. Me sentía enfer-

mo, fatigado por el exceso de mi lucha intelectual. Porque será preciso tener en cuenta que yo heredé de mis padres hacienda escasa, que me casé muy joven, y que para vivir en España exprimiéndose el cerebro sobre las cuartillas, hace falta que la mano exprimidora sea cruel y no repare en neurastenias.

Digo esto para disculpar un poco mi captación. Rico, siquiera holgado, no hubiera transigido nunca. Sano, tampoco.

Pero quedamos en que yo había regresado á la corte. Era otoño. Un día surgió la crisis del partido liberal. ¿Quién vendría? ¿Maura? Algunos apuntaban á Dato, pero con timidez. Otros lo negaban. Era imposible que los conservadores pudieran eliminar á D. Antonio. A mí también me parecía completamente absurdo.

Luego, la noticia que corre vertiginosa:

—Maura se ha negado á gobernar.

Y otros:

—Maura no puede gobernar.

Y al cabo, la bomba:

—Dato ha formado Gobierno. Sánchez Guerra, el hijo espiritual de Maura, ocupa la cartera política.

Quedé absorto. Juró el Gabinete. Un poco asqueado, me encerré en casa. No tuve—lo juro—la más tenue inclinación hacia aquella gente. Me parecía como si se hubiese realizado un parricidio incruento. A pesar de mi inexperiencia

ya me parecía la política española un montón de escuerzos.

### La cita.

Sánchez Guerra seguía leyendo en *A B C* crónicas mías rezagadas. Hasta el tercero ó el cuarto día de constituído el Gabinete no me llamó. Me suponía en Tetuán.

Una mañana—serían las ocho—llegó á mi casa un guardia de Orden público con un sobre de Gobernación. Yo estaba acostado, y me trajeron al lecho la misiva. Era un besalamano del Sr. Isasa, secretario interino de Sánchez Guerra, después gobernador de Zaragoza, ya difunto. Decía aquella esquela: «Me ordena el señor ministro le ruegue se pase por su despacho oficial hoy, sin falta, á las diez en punto.»

A esa hora llegué á Gobernación. Isasa, ocupadísimo, me saludó con gran afecto. Parecía como si se me esperara. Todo era propicio á mi paso. Isasa, metiéndose por la puertecilla excusada en el despacho ministerial, exclamó:

—Voy á decirle á D. José que está usted aquí.

Había ya un hervidero de gente. Ex ministros, senadores, diputados. Empero fuí llamado el primero.

—Pase usted—ordenó Isasa al emerger.

Y me sonrió casi como á un jefe, ó al menos como á un favorito, como á un hombre singular.

### El abrazo de Judas.

Sánchez Guerra se levantó al verme, y vino á mí con los brazos abiertos. Sus manos me tocaron. Luego, dando á la voz un timbre simpático y afectuoso, exclamó:

—He telegrafiado á Tetuán preguntando por usted. Me ha tenido usted loco durante unos días. Ignoraba que estuviera en Madrid.

Y luego:

—¡Sin venir á verme!

Me hizo tomar asiento. Sus palabras fueron entonces rápidas, llenas de afecto y de emoción.

### Tentación irresistible.

—Bien—exclamó el ministro al cabo—; le he llamado para hacerle un ruego. ¿Quiere usted ayudarnos? Vea que los momentos son difíciles. Quería que fuese usted mi secretario político. Además, lo haré diputado á Cortes.

¿Recordáis vuestros veintisiete años? Si existe un solo hombre de veintisiete años capaz de rehusar aquel ofrecimiento, me dejo partir la yugular.

En primer término, un sentimiento afectivo, porque el hombre que os busca y os protege no ha de inspirar otro sentimiento que el del cariño. En segundo lugar, la necesidad material de la vida, pues yo no era rico, y me sentía fatigado, enfermo por el exceso de trabajo literario, del que aquello sería un descanso. Y en tercer término, la vanidad.

¿Sabéis lo que significa para un hombre de veintisiete años una posición así? ¡Ser diputado! ¡Secretario político de un gran personaje!

Por lo demás, ¿era yo amigo del Sr. Maura? ¿Había recibido alguna merced de D. Antonio? ¿Qué rompía yo aceptando aquel ofrecimiento?

No quiero ahora disculpar mi acto con sofismas al uso idóneo. Estos idóneos son hábiles en la manera de presentar las cosas, y han desfigurado el acto de miseria espiritual más vil que ha ofrecido la política española—porque fué un acto hipócrita y artero—con un ropaje patriótico, con un ropaje monárquico, con un ropaje abnegado.

Yo quiero decir, entera, la verdad. Yo quiero tener el valor de acusarme ahora á mí mismo de este y de otros pecados, para tener autoridad moral. Yo no pretendo disculpar mi conducta con deleznables galas éticas. En aquel momento aciago olvidé mis escritos, mis actos audaces y rebeldes, para entregarme á una facción con todo su desatino.

Si mi pobreza, mi precaria salud y mi inexperiencia de la vida, son una posibilidad de perdón ante la opinión pública, que ella hable. Yo me presento ante su severa faz absolutamente sereno, para que me juzgue. El acto que he realizado, separándome para siempre de los conservadores capciosos, me induce á esperar alguna indulgencia. Por lo demás, la expiación fué terrible. Ya la irán conociendo unos y otros.

## Dije que sí.

Mi respuesta fué esta:

—Sí.

Sánchez Guerra no pudo ocultar una sonrisa de contento. La presa estaba cogida. El posible enemigo, ya era una piltrafa; el maurista exaltado se vendía por un sueldo y por un acta. La obra estaba hecha.

—¿Cree usted—interrogó—que eso le costará salir de *A B C*?

—Espero que sí.

—Entonces...

—Saldré de *A B C* si es preciso.

—Hable usted entonces con Luca de Tena.

—Ahora mismo iré á verlo, y esta tarde...

—Le espero á las seis para que tome posesión. Isasa ha sido nombrado gobernador de Zaragoza y tendré que sustituirle.

Salí lleno de alegría, como hubiera salido cualquiera, estallando, entre orgulloso y agradecido, pareciéndome la villa y corte muy pequeña para contener mi júbilo.

### La profecía.

El Sr. Luca de Tena me oyó, y me dijo:

—La política, amigo Antón del Olmet, es una traidora. El paso que da usted hoy le costará caro. Ocupa usted una envidiable posición. No la abandone. Muy pronto se arrepentirá, ya tarde para reparar el daño. Vivirá usted un ambiente falso, embaucador, que destrozará su bien ganado prestigio.

Yo estaba obcecado.

—Nada, D. Torcuato—le dije—. Lo he pensado bien. Me voy.

Redacté una carta separándome de aquel periódico, donde tanta huella he dejado, para ingresar en las filas de un partido faccioso, y poniéndome á la sombra de un individuo que acababa de separarse de su protector.

Me acuso. Me acuso. Me acuso.

### Por la tarde.

Llegué á Gobernación, seguro de que sería recibido con los brazos abiertos, realizada mi

ofrenda, hecho el sacrificio de todo mi sér. Creí que Sánchez Guerra, ya enterado de todo, volvería á abrazarme, pues el vínculo existente entre aquel hombre y yo sería eterno, y que su cordialidad se habría aumentado y se habría hecho más intensa.

No. El espectáculo era distinto. Isasa continuaba traficando. Había una inmensa muchedumbre de seres asquerosos, cucarachas de ministerio, á la expectativa, aspirantes á actas sustraídas al voto popular, gallofa pedigüeña, toda esa horda que pulula en torno á los personajes, y que se impone barrer á escobazos.

—El ministro está ocupado—me dijo Isasa—. Espere usted.

Me senté en un diván, y aguardé media hora, una hora, dos horas. Me aburría de muerte. Empecé á sentir un gran descontento interior. Yo había hecho una estupidez. Aquel no era mi ambiente. Estuve á punto de escaparme. Ya era tarde, empero. ¿Qué grandeza tendría mi arrepentimiento? La Prensa de la noche publicaba ya la noticia.

Mi nuevo acto sería tomado por una locura, por una mentecatez.

A las dos horas abrió Sánchez Guerra la puertecilla excusada. Me miró. Nada me dijo.

Llamó á Isasa.

¡Isasa!

Para mí no tuvo ni un saludo, ni un ¡hola! Su

mirada fué helada, indiferente. Yo era lo violado. No ofrecía ningún interés.

Cerca ya de las nueve pude hablar un minuto con el ministro. Sus palabras, secas, fueron estas:

—Ya sé que ha salido del periódico. Redacte usted una nota oficiosa del Consejo.

—D. José—le dije.

Pero ya no era D. José. Lo advertí en la cara, en la voz, en el gesto.

—Señor ministro—musité entonces.

Todo afecto había desaparecido. Quedaba el amo, el cómitre.

Y redacté, por vez primera, una nota oficiosa. Debí hacerlo muy mal. Yo no he nacido para redactar escritos de ese género. He nacido para confundir mi chaqueta con el pueblo, y conmover á ese pueblo, hermano mío, con la arenga de mi sinceridad.

He nacido para ser un poeta entre muchedumbres sedientas de justicia, y para, si hago política otra vez, hacerla en nombre de los abandonados y de los oprimidos, poniendo en las estrofas de mis versos y las cláusulas de mi prosa, unas veces exaltada, otras veces satírica, una mueca del dolor humano, y no una falsa cortesía de casaquines.

**Señor ministro.**

Sánchez Guerra varía mucho cuando ocupa una cartera. Cuando es un honrado y pobre señor de la clase media, un poquito anticuado y cursilón (si esto es ultrajante, lo borro en el acto), con sus tirillas altas, sus botas sin lustre y sus «chaquets» de negociado simbólico, resulta casi agradable, á pesar de esa su tremenda herramienta dental.

Parece un cacique de Cabra, ocioso é inquieto, que hubiera tenido un pasado glorioso merced al capricho de un prócer.

Cuando es ministro cambia por completo. Es acaso el único ministro en quien se opera esa metamorfosis. Los grandes señores, como Romanones, son afables y humanos. Dato mismo no se ensoberbece. Alhucemas conserva su aire cariñoso.

Sánchez Guerra, no. El ambiente le satura. Siéntese investido de una misión casi augusta. Le encanta el protocolo. Hay que llamarle «señor ministro», y no exige la excelencia para que no se ría el portero Nicolás.

Y es que el pobre Sánchez Guerra desconoce que vivimos en un momento transitorio, que las vanidades humanas son humo de hoguera, que su ciencia política es un pequeño tratado de caciquería orgullosa, que todo esto es pequeño y efímero.

De joven, en su querida Cabra, hijo de un esclarecido notario andaluz, veía la poltrona ministerial con estupor. Y aún conserva ese prejuicio. Imagínase tal vez que los ministros son unos hombres aparte, sin fisiología, dotados de una providencialidad. Aún persiste en él, invariable, el estupor que causa á los palurdos la pompa de los negociados.

Esta, empero, es una debilidad simpática, infantil, que me hace grato á este hombre.

No se la censuro. Antes bien, se la aplaudo con todo desinterés.

## El por qué de una captación.

El mismo día en que me puse á sus órdenes comprendí que estaba captado por el Sr. Sánchez Guerra. Aquello no había sido un acto cordial, sino una amputación de garras, un acto «político», según como en España se practica ese acto.

Pero si todo lo narrado no fuera suficiente, ahí va una noble revelación del hidalgo señor Luca de Tena.

Para enterrar al Sr. Barroso fueron un día á Córdoba algunos personajes. Entre ellos estaban Luca de Tena y el entonces ministro de la Gobernación.

Hablaron de mí. El director de *A B C* tuvo una frase.

—¡Qué daño le hiciste al pobre Antón del Olmet!—dijo.

Y entonces ese hombre exclamó:

—Fué un acto necesario. Creí que hacía la política en *A B C* y convenía atraerlo.

El Sr. Luca de Tena me refirió aquello con una pía y noble amargura.

## V

## EMPIEZA CRISTO Á PADECER

### Ya no soy secretario.

Tardó aún Isasa algún tiempo en ir á Zaragoza. Yo me hallaba ocupando una situación ambigua. La secretaría particular era llevada por Isasa. La secretaría política es una especie de Sión covachuelística que no tiene objeto conocido ni otra justificación que el sueldo. Yo no creía haber sido llamado únicamente para ocupar un renglón en una nómina. Me parecía un puesto desairado. Me aburría. El ministro no me llamaba nunca á su presencia. ¿Qué era aquéllo? ¿En qué charco gélido había ido á caer?

Fueron unos días de zozobra, de intranquilidad, que no olvidaré nunca.

### Interviene Quejana.

Mi único consuelo era el siguiente:

—Cuando se vaya Isasa—decía—le sustitui-

ré. Tendré trabajo, mucho trabajo. Ganaré mi pan honradamente. Prestaré servicio. Si esto se prolongara, dimitiría. Me siento como un extranjero aquí, como un advenedizo, como un paria.

Al fin, una mañana me cogió de un brazo el director de Administración, Sr. Quejana y Toro, para soltar esta frase:

—A usted no le gusta la secretaría, ¿verdad? Yo creo que le conviene mejor la jefatura de Prensa.

—¿Hay allí algo que hacer?

—Sí.

—Entonces, encantado.

Aquello, empero, me pareció un empellón. ¿Por qué no me lo decía Sánchez Guerra? ¿Por qué se valía de Quejana para condenarme á un puesto que no me había sido ofrecido, y que, indudablemente, era inferior?

Advertí que al Sr. Quejana le agradaba mucho mi reclusión. No podría concretar la razón de ese placer ajeno. Fué intuición de literato, percepción sutil de hombre avezado á catar espíritus.

Quejana, desde el primer instante, me distinguió con su mayor desagrado. Su naturaleza es desapacible. Carece de amigos, de amores, de vínculos morales con la gente. Pero á mí sé que no pudo tragarme desde el primer día.

¿Por qué? ¿Temió acaso que yo acaparase al

jefe? ¿Vió en mí á un rival? ¿Sintió envidia? ¿Acaso le alteró lo rápido, lo improvisado de mi fácil carrera?

Yo, sí—lo reconozco—, no le adulé jamás. Si me decidiera á ser adulador me crearía grandes odios. No tengo—y lo siento—condiciones lisonjeras.

Estuve frío y distanciado de Quejana, aunque oficialmente sumiso y leal, ¿cómo no?

Esta nobleza mía, ¿la tomaría por orgullo?

Lo ignoro. Es el caso que yo no le hice nunca tilin al Sr. Quejana. Ni tolón.

¿Para qué vamos á engañarnos?

### Gálvez Cañero.

Quejana, viendo que yo no obstaculizaba aquel propósito regalatorio, entró ya en confidencias:

—Cuando Sánchez Guerra fué ministro de Fomento tuvo por secretario á Gálvez. Creo que debe volver Gálvez á la secretaría. Gálvez está desolado. ¿Quiere usted que vayamos esta tarde á su casa para decirle que le pertenece el puesto? La presencia de usted será una garantía.

—¿A qué hora iremos?

—A las cuatro nos reuniremos aquí.

Comprenderá quien leyere que todo esto lo encontré absurdo, pueril y un tanto cruel. Si Sánchez Guerra tenía un compromiso moral con

Gálvez Cañero, ¿por qué me nombró secretario suyo? Y si ya había hecho un nombramiento, ¿por qué lo deshacía sin una disculpa, como un rescripto imperial que se transmite por medio de un siervo?

Pero yo no le he dado jamás importancia á estas cosas. La vida es toda ella incongruente. Y la política idónea más incongruente aún. Empero, no dejó de llegarme al corazón aquella informalidad, aquella falta de seriedad evidente.

## Ante el dolor de una casa.

Llegamos. Yo conocía á Gálvez Cañero. Es un ingeniero tímido y bondadoso, guapo y amable, y que posee un noble corazón. Le profeso una sincera amistad, y me da pena verle en las garras de Sánchez Guerra, como unjuguete suyo.

Hablamos primeramente con la bella señora de Gálvez Cañero. Estaba noblemente indignada. Después salió Augusto. Su gesto era consternado. Cundía en la casa un ambiente de tragedia, de angustia, de abandono.

Yo me puse al momento en situación. Cuando se formó el Gobierno y D. José ocupó la cartera electoral, ellos se llenaron de gozo:

—¡Al fin!—dirían.

—¡Diputado!

—¡Y gobernador después!

Pero no llegó aviso alguno. Y por la noche, el periódico, que trae la noticia horrenda: «Ha sido nombrado secretario político...»

Dos ó tres noches hacía que no podía dormir el matrimonio. Tenían los ojos enrojecidos, y su aire absorto decía de un dolor inesperado, absurdo y brutal.

Quejana transmitió el ruego. Había sido un equívoco. Yo ocuparía la jefatura de Prensa. Isasa saldría para Zaragoza. La plaza estaba vacante.

Y ahora diré, en honor de los Sres. Gálvez Cañero, que su actitud no pudo ser más hidalga. Estaban realmente indignados. No querían aceptar. Casi dos horas empleamos Quejana y yo en lograr un cambio de actitud.

—Mire usted—le decía yo á D. Augusto—que no tengo idea del correo. Estoy en ayunas acerca de cómo se lleva la correspondencia de un ministro.

Por fin accedieron.

Yo salí de allí alegre. Había contribuído á realizar una buena obra, á poner sosiego en un hogar. De todos modos, ¿por qué había creado Sánchez Guerra aquel drama?

Sánchez Guerra era un hombre que jugaba con sus afectos y con sus compromisos. No era muy de fiar aquel señor.

## Recluído en la sombra.

Fuí nombrado jefe de la Prensa, cargo que tan ingrato está siendo ahora para el señor Mata, y que le ha puesto en trance de perseguir á sus compañeros, siendo esbirro de una ejecución infamante.

Ser jefe de Prensa es un sarcasmo ó una imbecilidad.

Se ocupa un despachito sórdido, cercano del retrete. Hay allí unos muebles perniquebrados y una covacha hórrida. No se tiene comunicación alguna con el ministro. Se es un jefe de reptiles, con sueldo pingüe, sin nada que hacer, retiro cómodo para gaceteros veteranos, pero nada envidiable para la sangre caliente de un mozo.

Dióme posesión D. Ángel Luque. Hubo discursos. Yo me sentía ridículo del todo, invadido por una sensación de farsa insostenible. De un empellón había caído en el olvido, cuando fuí llamado para ocupar un cargo de confianza. Sentí mi castración espiritual; vi, dolorosamente gris, el espanto de la covachuela.

## Qué es el negociado.

Si en algo queréis sintetizar todo el absurdo de la Administración española, ahí tenéis el negociado periodístico de Gobernación.

Cuesta al Estado muchos miles de pesetas, y nadie obtiene de él beneficio alguno. Su objeto es informar al ministro acerca del movimiento de Prensa nacional, y aun exterior. La Prensa exterior no le interesa mucho á los consejeros del Rey, los cuales hacen una vida espiritual de Vallecas. La interior, ó la leen ellos mismos, ó se la vienen á sintetizar los correveidiles.

De aquí resulta que el referido ministro no usa jamás del referido negociado.

Existen, ó existían, dos clases de funcionarios adscriptos al departamento. Unos, que sólo cobran (los más), y otros que trabajan algo. Recortan los diarios, pegan los recortes en unas cuartillas y le entregan al jefe el extracto. Este extracto, ó queda sin abrir sobre la mesa del ministro, ó ni siquiera pasa al despacho del Augusto...

Ignoro á lo que podrá ascender el presupuesto que en esto se gasta; pero como el jefe cobra 750 ó 1.000 pesetas mensuales, y como son treinta y aún más los queridos chupópteros que allí liban el sudor del labriego, haced una pequeña suma y veréis lo que el país emplea en que unos recortes absurdos se empolven sobre la mesa del Excelentísimo.

No existe, para la admisión de amables chupópteros, la menor idea de equidad. Es aquello una rebatiña de recomendaciones y un pugilato de odios. Cuando tuve influencia puse á cinco

mosquitos en la vena líquida. Quejana los fué aplastando, uno á uno, con toda la ferocidad de un pequeño buitre.

Aquello es un caos, un desastre. Fulanito dice que no trabaja, y que se pasa el negociado por el sitio donde la ingle es más suave. ¡Lo ha recomendado D. Zutano! Menganito, en cambio, que hace *La Corres, El Impar*, *La Tribu* y algunos diarios más, que no pierde ripio, que tiene un ojo sagaz para la gacetilla, es dejado cesante porque al nuevo dominador se le antoja.

Ese negociado, sobre ser una estéril socaliña para el Erario público, constituye un fomento de malas pasiones, de favoritismos, de influencias, centro de adulación y de ocio. Sólo el pobre Gustavo Espinos, secretario perpetuo de la sección, es allí una cosa imprescindible.

## Yo quise...

Yo quise hacer algo. Me sentía en falso realizando una comedia, perpetrando un pequeño crimen de lesa burocracia. Venía del arroyo, y estaba acostumbrado á trabajar. No había sido llamado—creía yo—para dormir en una jaula, dejando perder mi juventud en una penumbra estúpida.

Quise imponer allí una lógica disciplina, evitando las anomalías y metiendo en cintura á los

niños vagos que cobraban por riñones. Seleccioné el personal. Cultivé la Prensa extranjera. Iniciamos Espinos y yo una estadística de periódicos españoles (hay en España más periódicos taurinos que periódicos de industrias), pronto aventada. Creí que aquel cargo mío era la dirección de un diario informativo que no se edita y que tiene al ministro por único lector. No me limité únicamente á coleccionar recortes, sino que tuve reporteros en la calle, y yo daba á Su Excelencia las noticias antes de que las publicasen los periódicos. Manchancoses me sirvió con una excelente eficacia.

En suma: quise realizar, desde mi modestia, un poco de labor eficaz.

Inventé la manera de que no se contradijeran nunca el presidente del Consejo y el ministro de la Gobernación. Como el presidente recibe á los periodistas antes que el ministro, un reportero me comunicaba por teléfono lo que había dicho el Sr. Dato. Yo se lo refería al Sr. Sánchez Guerra. Y así se evitaba toda posibilidad de contradicción entre uno y otro.

Quise, pues, ser útil; mejorar un poco aquel desbarajuste, y serví con entera lealtad al señor Sánchez Guerra. Claro está que si se hubiese implantado por entonces la censura, y sobre todo una censura como la actual, yo habría dimitido. Le doy á usted mi palabra de honor, amigo Mata, de honor.

**Inútil.**

Todo fué inútil. Los niños ociosos siguieron ciscándose en mí. Era peligrosa la disciplina y perturbador el orden. Me fuí entregando á la melancolía y mi neurastenia tuvo una sobreexcitación.

La vida no me era nada grata. Sánchez Guerra me tenía absolutamente olvidado. Enfrascado en la perpetración de sus elecciones, irritado contra el maurismo, encenagado en la tarea de aniquilar alcaldes y devastar Ayuntamientos, nervioso, convulso, caótico, no me hacía caso alguno, importándole un ardite la Prensa, que él sabía amable.

Yo entraba á verle á las diez de la mañana. Estaba despachando con Méndez Alanís. Me miraba como se avizora á un importuno.

—Ya conozco la Prensa—decía.

A veces, en momentos confidenciales, escurría un jubiloso notición:

—Ya tenemos con nosotros á Canals.

—Ya tenemos á *Azorín.*

Y salía yo de allí mohino, confundido, impotente, sabiéndome molécula despreciada de un sarcasmo.

Me pasaba la vida en Gobernación por si me llamaba D. José. Nunca sonó el timbre. Escribí algún articulito que editó *La Época;* di una con-

ferencia idoneísta en Zaragoza. Me aburrí estúpidamente, brumosamente, en la sima de mi abyección política, sabiendo que había perdido el gesto, que era el ludibrio de una gran zona ciudadana, que aquel hombre no me quería, que casi era ya un estorbo para él, pues no teniende condiciones de lacayo, ni ofreciendo ya peligro alguno, ¿qué podría significarle?

¡Qué horas tan horrendas las pasadas en aquel zaquizamí, sin rasgo, sin utilidad! Sentí que había sido violado moralmente, y que mi violación había tenido un crepúsculo breve.

A veces, en aquellas largas horas de la tarde, transcurridas opacamente, miraba el callejón de San Ricardo, donde cantaban los ciegos sus lamentables endechas, donde bullía alguna chulita retrechera y fácil, donde vibraban los estridentes pianos del cafetín y la taberna, y sentía el prurito de llegar junto al ministro, para decirle:

—Don José: su obra cerca de mí, realizada está. Me voy. Aquí ocupo una posición falsa y absurda. Retorno á la calle.

Era el gorrión libre á quien se cazó con un aleve mendrugo.

Pero, ¿qué hacer? Era invierno. Estaba deshonrado políticamente. ¿Á qué puerta llamaría? Se me diria traidor, ¡traidor!

Hermanos, ¡qué triste ha sido para mí aquel despacho, aquel callejón, aquel timbre lejano y desdeñoso, que no sonaba nunca!



## VI

## BAJO LA ZARPA DE SÁNCHEZ

### El avestruz.

Cuando Sánchez Guerra se sabe combatido, mete su cabeza bajo el ala. Hace como el avestruz (y perdone D. José el amable símil). No viendo cree no ser visto.

Eso de que no le afectan las cosas carece de fundamento. Como todos los nerviosos, como todos los emotivos, pasa del furor á la depresión, del miedo al encono, del optimismo á la melancolía, con una rapidez patológica. No os extrañe que un día cualquiera realice contra mí algún desafuero. Por ahora finge indiferencia. Probablemente no lee estas informaciones.

Probablemente habrá llegado Mata, echando lumbre por los ojos.

—Ese Antón del Olmet es un miserable—habrá dicho, para congraciarse con el jefe y asegurar el acta que cree aún viable, sin contar con un distrito.

Sánchez Guerra se habrá demudado (ya hemos dicho que Sánchez Guerra se demuda con frecuencia).

—¿Qué ocurre?

—Está haciendo una campaña insolente. ¿Debo tacharla, señor ministro?

Sánchez Guerra habrá vacilado.

No. Es imposible tachar unas informaciones pretéritas, relativas á tiempos idos, que no afectan al momento actual, y que en nada se relacionan con lo vedado. Sería valerse de la fuerza para escudar, no al Estado ni al régimen, sino á personas responsables. Sería una cosa tan enorme, que ella se definiría á sí propia.

Habrá pensado en buscarme las vueltas para aherrojarme. Pero como yo soy un ciudadano que no incurrió en otro error que en el de ser amigo suyo, piensa en lo brutal de una represalia violenta.

Y se clava las uñas en las manos, y dice:

—No quiero leer eso. ¡Qué más desearía ese reptil!

D. José Sánchez Guerra practica la táctica del avestruz. Oculta la cabeza para no ver el peligro. Eso hacía con *España Nueva* cuando descubrió que se llamaba Sánchez Martínez, y recordó su historial político, que tiene algo de roedor, y mucho de datista, por lo pelado.

Eso hace siempre. Padece cuando se cree molestado. No intenta descubrir si en el ataque

existe algo de razón, para corregirse. Al contrario. Se ensoberbece más. Y como no puede vengarse por el pronto sin caer en el lazo de su propia venganza, se tapa los oídos.

Sánchez Guerra lo ignora todo. Ignora que España lo contempla absorta é indignada; que su actitud desafiadora y coercitiva es intolerable, no sólo porque eso es siempre absurdo é injusto, sino porque carece de aquellas condiciones morales que hacen éticamente respetable al dictador.

Sánchez Guerra ignora que no tiene un amigo, un afecto. Cree sincera la adulación del fatídico Sr. Quejana. No oye los gritos del pueblo. Cierra los ojos á una ciudadanía que le estorba, y agatilla los fusiles como supremo argumento defensivo.

Sánchez Guerra no me lee.

No comprende que se pueda reñir con un partido en un acto de patriota, ni que ese disentimiento necesite de una justificación documentada.

Sánchez Guerra confundirá mi gesto ante él con su gesto ante Maura.

Y para no contemplarse á sí mismó, romperá el espejo.

### Política egolátrica.

Sánchez Guerra no tiene otro ideal que su propio sér.

Ha dividido al mundo en sánchezguerristas, y los demás. Ni siquiera respeta á los amigos del Sr. Dato.

Yo pude contemplar desde mi puesto este furor personalista de Sánchez Guerra. Sólo Calderón, Quejana, Gálvez Cañero, Vivel y León y Benita son hombres considerables. El resto de los humanos son gentes á quienes hay que perseguir con encono.

Carece Sánchez Guerra de comprensión, de ductilidad, de sensibilidad. Es un sargento de Orden público á quien se le ha llenado de humo la cabeza. Con él ó contra él. A estas horas debe hallarse indignado con el Sr. Cambó, porque el Sr. Cambó no le da beligerancia espiritual. Si Cambó se hiciera sánchezguerrista tendría, como Quejana, mucho camino andado.

## Con Pepe Prado.

D. José del Prado y Palacio, maestrante, millonario, aristócrata, fué acaso el primero que recibió los dardos de Sánchez.

¡Y es que es para irritarse, señores!

¡Ver al subsecretario, al inferior, llegar por la noche al ministerio, tan hermoso, tan orondo, con su gardenia en el ojal, con su veguero en la boca, con sus brillantes, con su petaca de oro...!

Prado Palacio era casi un insulto. Porque hay

que darse cuenta, señores, de lo noble y ásperamente cursi que es D. José Sánchez Guerra.

No se le ha pegado un solo refinamiento social. Permanece ahora tan adocenado como cuando llegó de Cabra. Hombre honrado—ya hablaremos de este aspecto—, usa calcetines burdos y zurcidos, y sus camisolas tienen huellas amarillas. No le es extraño el pasador de hueso, y no usa corbatas de nudo hecho porque observó en la fina etiqueta del Sr. Dato una disconformidad manifiesta.

Y así, le hedía tener como subsecretario á un *clubman*, á un elegantón, á un señorón de rompe y rasga.

Sánchez Guerra desea tener en su torno á hombres gordiflones y burdos como D. Abilio, y á hombres desmedrados como el Sr. Quejana y Toro.

El estupendo trapío de Pepe Prado le enloquecía. Saber que aquel hombre venia de comer en el Nuevo Club y del palco de la Ivanrey, le sacaba de tino. Él ama la suculenta morcilla que abastece la ubérrima despensa de D. Abilio Calderón. El ama las amarillentas y finas alubias que bullen en la mansión del Sr. Quejana y Toro. La elegancia le da vértigos.

Entre Prado y Sánchez se abrió pronto un abismo.

Sánchez quería, en todo momento, hacerle ver á Prado la inferioridad covachuelística en que

yacía. Y lo llamaba con el timbre como á un siervo. Y lo tenía de pie media hora.

Prado y yo intimamos rápidamente. No es que yo sea elegante. Pero á mí, los elegantes, lejos de irritarme, me encantan. Son el decoro de la vida, el ornato público. Me causan menos admiración que un sabio; pero me cautivan también.

El despacho del subsecretario era mi oasis. Solía ir allí de noche. Prado, de frac, con su cruz escarlata sobre el pecho, con su gardenia, con su roja y limpia simpatía, me alargaba un bello puro y me trataba con respeto intelectual.

Esto me era agradable. Porque así como á Sánchez Guerra le gustaban los intelectuales para humillarlos, á Prado le gustaban para hacerlos sus colegas y tratarlos con una bohemia aristocrática muy *chic*. Tiene algo de tamamesco el ademán de Pepe Prado. Ello le enaltezca.

No era posible que aquellos hombres tan diferentes se quisieran. Y menos en cuanto Sánchez se dedicó á magullar á su inferior con ramplonerías protocolarias.

Comprendí que Prado no se haría viejo en la Subsecretaría de Gobernación. Ahora el deber político hará enmudecer al actual alcalde y aún puede que le fuerce á una rectificación. Pero no podía tolerar el genio imperativo de su jefe, ni aquella inquina sorda con que le veía llegar del

Nuevo Club, donde habría comido con Alba, con Medinaceli, con Mariano Santa Cruz.

Por lo demás, acechaba Quejana en la sombra la vacante elegante que dejaría Prado Palacio. Sánchez también la deseaba. Eso de tener por subordinado á un superior, le llenaba de púas la vida.

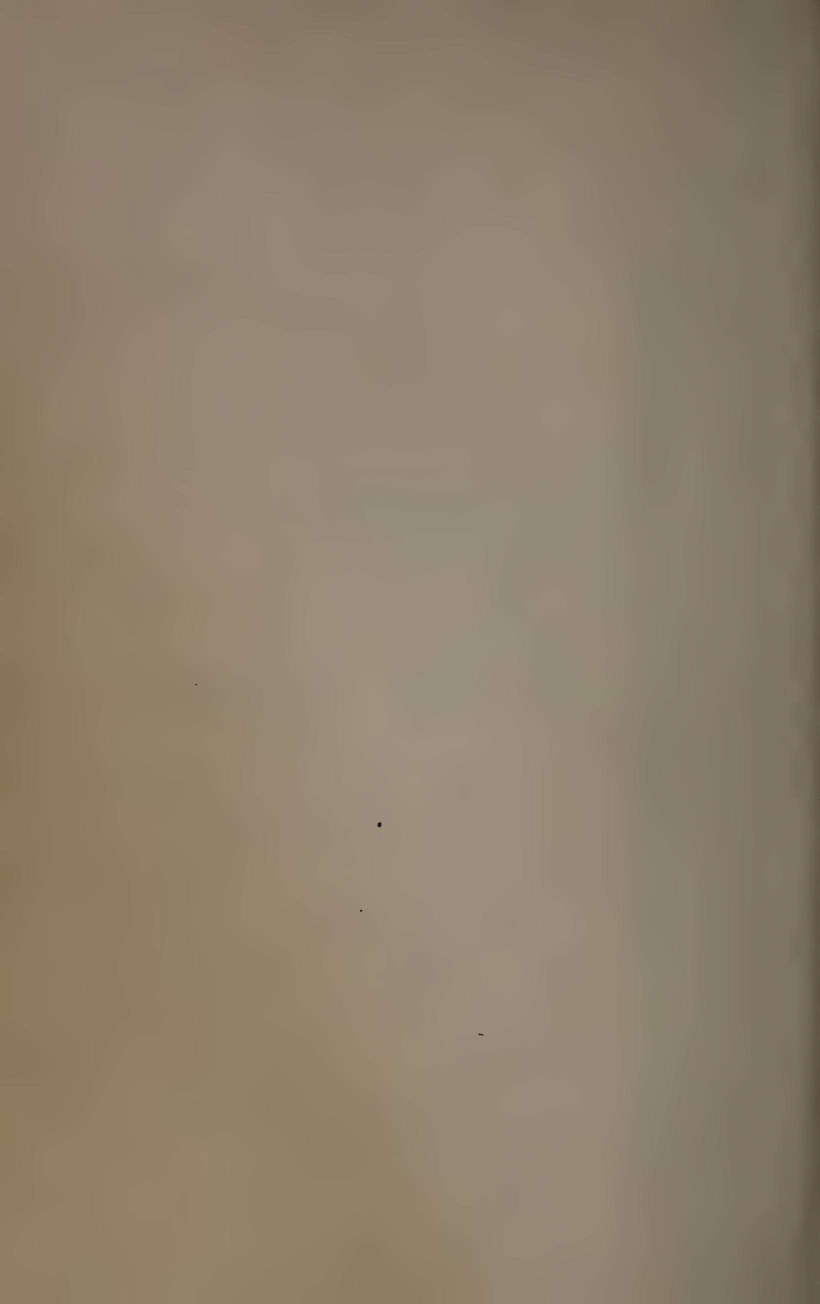
Sánchez Guerra quería á su Quejana, al hombrecito solícito y flaco que acude al timbre como una ratita asustada, y que tiembla por sus queridas alubias ante un mohín del cómitre.

Pronto estalló la dimisión de Prado.

Mas no precipitemos los sucesos.

Os hablaré de esa y de otras dimisiones y tendremos para reir un buen rato.

Con este calor, y en estas circunstancias, ¿qué sería de nosotros á no existir Sánchez el providencial?



## VII

## SANCHEZ GUERRA Y «LA RAZA»

### Proyecto antiguo.

Vengo soñando con dirigir un periódico. Hasta ahora no lo he dirigido, porque aunque dirigí *El Debate* y *El Parlamentario*, al primero lo dirigió una aventura, y un error al segundo.

Espero que ahora cumpliré mi propósito. He roto mis vínculos con las oligarquías imperantes. No recibo protección directa ni indirecta del Gobierno. Estoy en medio de la calle, para decir la verdad y servir á ideales generosos.

Tengo aún dinero para resistir bastante. Al calor de mi abnegada campaña crecerá el periódico, y podrá vivir de sí mismo, sirviendo de eco nacional á mi patria, pobre—claro está—, porque la virtud es pobre casi siempre, pero lleno de majestad ciudadana.

No retrocederé nunca. He sentido ya en mi corazón el blando eco de la simpatía colectiva.

Ha vuelto á nimbarme un íntimo prestigio moral é intelectual. Me parece que he renacido. Por nada abandonaré mi puesto. Soy dichoso.

Soy dichoso, y me consta que existe una España generosa y buena. He visto á esa España el mismo día de mi disidencia. La he visto perdonar mis errores y mis culpas ante un arrepentimiento cordial. Me llegan enhorabuenas, felicitaciones. Soy el que fuí antes de ser captado por Sánchez Guerra.

Quiero hacer un periódico independiente y sano, fiscalizador de toda corrupción, liberal y progresivo, atento á todo resurgimiento patrio.

El día en que me vea forzado á ello, antes que aceptar una dádiva del Poder oligárquico, disminuiré el tamaño de esa hoja popular. Y si ni aun así pudiera vivir honestamente, la mataría, mataría á mi hijo, porque no quiero que el amor de padre envilezca mi honor de ciudadano.

Creo, empero, que *El Parlamentario* será ahora lo que debió ser mi periódico ideal. Ya lo advierto. En cuatro días casi he doblado su tirada. Barrunta el pueblo que el Antón del Olmet antañón vivía subterráneamente, pero que no había muerto, que aún está viva su arisca y brava pluma, y corre hacia él con arrebato.

*El Parlamentario* será acaso un pequeño periódico, pero será un fuerte é intenso periódico.

Y si eso no sucediera, y si la industria perio-

dística necesitara absolutamente vivir de los gobiernos, me retiraría á mi casa, para vivir en ella y fuera de ella, peleando como siempre, pero usando un arma que no precise degradarse para ser virilmente esgrimida.

### «La Raza».

Mucho antes de mi captación, yo tenía casi fundada *La Raza*.

Al poco tiempo de entrar en Gobernación pensé en darle vida al proyecto.

Claro que aquel periódico no sería el soñado. Un baluarte de opinión defendiendo á los idóneos resultaría pueril. ¿Verdad que sí, españoles?

Empero yo quise acometer la obra.

Me sentía humillado en mi cargo, víctima de un olvido incomprensible, representando una farsa. Quería salir á todo evento del mal paso. Sólo tenía un camino: fundar el periódico.

Un día fuí claro con Sánchez Guerra. Le dije:

—D. José, yo aquí le sirvo de muy poco. Me gasto como una cerilla en un sótano sin gente. De qué manera le sería más útil: ¿ó en este puesto mediocre, ó al frente de un periódico vibrante, que defendiera la situación ministerial?

Brillaron los ojos de Sánchez Guerra.

—De acuerdo. Hablaré con algunos correli-

gionarios. Es preciso fundar un periódico. Me encargo de ello.

Por aquel entonces los mauristas apretaban más que un dolor de hígado. Sánchez Guerra vió en mí un arma defensiva que se inutilizaba. Y aplaudió el gesto.

—Hablaré con algunos correligionarios ricos—exclamó—. Deje esto á cuenta mía. Vaya haciendo programa, números. *La Época* no es bastante. Demasiado cuca. Usted es majo, valeroso...

Y volví á su estimación por un instante. ¡Siempre egoísta!

## Un famoso almuerzo.

Recientemente me recordaba la escena el noble marqués de Santa Cruz. Estábamos en el Nuevo Club, y me dijo:

—Aquí se fraguó la idea de su periódico.

No *El Parlamentario*, pero sí *La Raza*, se fraguó en el Nuevo Club. Es verdad.

Un día me dijo Sánchez Guerra:

—A la una almorzaremos en el Nuevo Club. ¿Tiene usted su guión acabado, las bases? Estarán algunos correligionarios poderosos, y fundaremos el diario rápidamente.

El espectáculo que ofrecía la mesa del elegante casino era deslumbrador. La presidía

Sánchez Guerra. Estaban allí el marqués de Santa Cruz, el de Portago, Prado y Palacio, D. Abilio Calderón, el vizconde de Eza y Pepe Garay. En total: muchos millones de pesetas.

Sánchez Guerra dijo al empezar:

—Este será un día memorable.

Yantamos. Y al llegar á los postres, el ministro hizo un pequeño discurso para advertir la indefensión en que el Gobierno estaba, lo prudente de una campaña antimaurista. Había que demoler á ese demonio de Ossorio. Era preciso acabar con Goicoechea. Luego, dirigiéndose á mí, exclamó:

—Ahora, Antón, le toca á usted.

Y yo hice una síntesis de lo que sería el periódico, de su orientación, de sus necesidades.

Cuando acabé, cundía el entusiasmo. El ministro dijo:

—Ahora veamos las cantidades con que cada cual se suscribe. Yo ofrezco tres mil pesetas al mes.

—Yo entregaré diez mil pesetas—dijo Portago.

—Y yo otras diez mil—añadió Prado.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

Se reunieron en un instante cincuenta mil duros. Sánchez Guerra, ebrio de júbilo, alzó su copa y se bañó los dientes.

### Bases de «La Raza».

Tendría *La Raza* el tamaño de *Le Temps*. Saldría por la mañana, para no hacerle sombra á *La Época*, viejo y gastado instrumento, del que Sánchez Guerra reconoció que era un pergamino. Lo administraría Rubio Coloma. Sería Carraffa jefe de Redacción. Yo lo dirigiría. Formaríase un alto Consejo, del que Portago sería presidente, encargado de orientar políticamente el periódico y de fiscalizar sus gastos é ingresos.

—Tiene que salir *La Raza* en seguida—había exclamado Sánchez Guerra.

—¡Sí, sí!—respondieron.

Ese noble magnate que se llama Portago, fijó una fecha:

—Pasado mañana—dijo—, á las cuatro de la tarde, les espero en mi casa. De los cincuenta mil duros presupuestados, se entregarán diez mil. No dejen de venir sin falta.

El ministro añadió:

—Y ahora, mucho silencio. Procuremos que no se estropee el asunto por alguna indiscreción.

### D. Abilio.

Cuando salí, me acompañó D. Abilio. Estaba encantado. Creía por entonces que Sánchez Gue-

rra era el eje de la situación, que presidiría el Congreso y que no tardaría mucho en ser jefe de los conservadores. Esperaba una cartera. Y ésta le hacía abrir la suya con fruición.

—Cincuenta mil duros—insinuó—es una pequeñez. La cuestión es que el periódico sea muy de Sánchez Guerra. Cuando se acaben esos cincuenta mil duros, yo tengo amigos en Palencia...

### Mis gestiones.

Cuando me vi solo, di brincos de alegría. *La Raza* no sería el periódico ideal, el diario de mis esperanzas. Tendría un marchamo idóneo que repugnaba al público. Empero yo soslayaría un poco aquel defecto, realizando una labor útil para España.

Coloma y Carraffa, á quienes comuniqué el éxito obtenido por Sánchez Guerra, se colmaron de alegría. Estuve en la imprenta de Juan Pueyo contratando, viendo máquinas, haciendo números. Viví dos días en plena fiebre, haciendo importantes gastos por mi cuenta, gastos que aún ignoran esos caballeros. Cada vez que disponía de un minuto iba á Gobernación para decirle al ministro:

—Eso va bien. Ya tengo imprenta. He hablado con excelentes periodistas.

Y D. José llenábase de júbilo.

Todo parecía solucionado. *La Raza* iba á aparecer. Pero no apareció.

Fué una de las infamias más fríamente perpetradas que se han hecho en el mundo.

Se cogió á un hombre y se le sacrificó ante el egoísmo, sin una disculpa, y todo ello por razones harto nefandas.

Mañana os enteraréis.

## VIII

## CÓMO ES DESTROZADA UNA VIDA

**Horas antes.**

Horas antes de reunirnos en casa de Portago aún recibí aviso del simpático prócer.

—No falte usted. Ya están preparadas las botellas de champaña.

Mi vida iba á tener una cristalización seria. Iba á ser útil al partido. Iba á ser colocado en un cargo difícil, trabajoso, arduo, pero temperamental y pertinente. Mi casa, mi economía, mi pan iban á entrar en orden. El abismo que se abría ante mis ojos—pues yo comprendía lo inestable de mi absurda posición, ya captado y desdeñado—iba á cerrarse.

A las cuatro, en casa de Portago, se consumaría mi gran sueño. ¡Qué dichoso fuí durante aquellas horas! Trabajaría con fe y entusiasmo. Las 1.000 pesetas que me habían sido señaladas como sueldo mensual eran y son la cifra que

consideraba y considero muy bastante para vivir con toda holgura. Yo haría periódico. Yo sería un ciudadano feliz. Yo serviría lealmente, dándoles toda mi alma, á aquellos hombres buenos.

**Suena el timbre.**

Por vez primera, durante algunas semanas, fuí llamado por el ministro. Era la una de la tarde. ¿Qué ocurría? ¿Para qué me solicitaba su excelencia?

Irreflexivamente sentí miedo. El corazón adivinó que algo muy cruel iba á sucederme. De aquel hombre sarraceno, pasional, burdo y egoísta, ya sólo podía esperar infamias.

Entré en el despacho. Sánchez Guerra estaba pálido. Me miró. Hallábase allí Salvador Canals. La presencia de Canals, como la de un pájaro agorero, me arredró. El consejero de la Corona urdía unos apuntes. Me avizoró de nuevo. Y después, secamente, bárbaramente, sin una disculpa, me asestó la puñalada:

—Ya no sale ese periódico. Inútil que vaya á casa de Portago. Hay contraorden.

Bajó la cabeza y siguió escribiendo. Su voz era dislacerante, y su ademán, inclemente.

—Puede usted retirarse—añadió.

Si hubiese tenido menos años me hubiera

echado á llorar. Todas mi esperanzas habían sido segadas como se siega el trigo en los campos. Y no se me daba siquiera una explicación ni se me ofrecía un asilo espiritual, ni se me concedía la beligerancia que se le concede al mendigo.

Quedé absorto, petrificado, sin habla. Sánchez Guerra, inquieto, se rebullía deseando perderme de vista. Canals, entonces, disculpó: —¡Fundar un periódico! Eso le disgustaría al *trust* seguramente.

Y sonreía como una alcahuetona depravada, vieja en estos lances de la picaresca, ducho, enterado.

### Una alimaña que se llama Salvador Canals.

¡Mentira! El *trust* era y es demasiado fuerte para sentir celos de un diario conservador, modesto al fin y al cabo.

¡D. Miguel Moya luchando en la sombra para destruir mi vida! ¡D. Miguel Moya, que es un alma buena y que tiene un noble corazón liberal! ¡D. Miguel Moya, en el que siempre se encuentra al compañero y al amigo!

No. La conjura contra *La Raza* debia ser cosa de *La Epoca*. ¿Por qué estaba Canals allí? ¿Quién le habia enterado? ¿Qué confabulación había urdido?

*La Epoca*—españoles—es uno de los periódicos más aleves de España. No tiene rectificaciones porque no tiene corazón. No evoluciona porque carece de ideas. Ha defendido á Maura y á Dato, á Cierva y á Sánchez Guerra. Sirve á los conservadores, sean quienes fueren y hagan lo que hagan.

*La Epoca* es un viejo esperpento, sin opinión ni lectores, pero que vive espléndidamente merced á su eclecticismo bursátil.

*La Epoca* atravesaba un instante adverso. Todo el maurismo se había ido de allí. Sánchez Guerra me había enseñado días antes las hojas de deserciones en la suscripción que Valdeiglesias le entregara, y había dicho:

—Tiene bajas *La Epoca;* pero yo la di de alta en Gobernación. ¿De qué se queja Alfredo?

*La Epoca* sentíase morir. A nadie sirve cordialmente. Jamás se compromete del todo. Si Maura volviese á gobernar, procuraría serle afecta. No se entrega. No lucha. Esto ha reducido sus lectores á un mínimo de aristócratas que se ríen de «Mascarilla», y que ni siquiera usan su papel en el retrete, para no darse inyecciones de imbecilidad.

*La Epoca* supo con desolación que *La Raza* iba á ser fundada. Sintió miedo. El enorme negocio que realiza, ¿resultaría algo quebrantado? ¿Sería aquel nuevo periódico, joven y valiente, un rival irresistible? Ya que ella no se atrevía á

combatir, procuraría que los demás enmudecieran. Quiso ser sola, única, ocupar el pesebre selecto, en cuadra aristocrática, sin que nadie estorbara el ruido de sus mandíbulas. Mostró celos de gatita mimada, y había enseñado las uñas. Monopolio en el pasto idóneo. Ese era todo su idealismo.

Durante mucho tiempo, y á pesar de su triunfo solapado contra mí, Valdeiglesias me ha sido adverso. Yo no lo odio, ni lo censuro. Hizo bien. El egoísmo es un sentimiento humano. Viejo cómplice de una política desastrosa, y bien hallado en ella, si no fuera porque es un síntoma de aniquilamiento nacional, desearía que prosperase mucho y que el idoneísmo colme su copa hasta el derrame pródigo.

No es eso. A mí lo que me indignaron fueron dos cosas... Que se me condenase sin siquiera oirme, inmolado á la conveniencia de una ficción, y que Salvador Canals se valiera del *trust* para hacerme ese daño.

¡El *trust*! ¡Canals, maurista y ciervista exaltado, sostenedor de airadas campañas contra el *trust*, fingiendo ahora bondades para el *trust*, y poniéndolo como pantalla encubridora! ¡Y el ministro, Sánchez Guerra, el idólatra de Maura, asintiendo con su silencio á aquella infamia!

Yo seguía petrificado. Me parecía como si me hubiesen arrancado de cuajo el alma. Y en el

fondo de mi espíritu brotó, impetuoso, el desprecio por aquella gentuza...

Sánchez Guerra seguía nervioso, impaciente. Canals se despidió:

—Adiós, amigo Antón. Y ¡no sueñe! ¡No sueñe, hombre iluso!

Salió gordo, inflado, epicúreo, sin romanticismo, inexorable.

Sentí ganas de llorar. Evidentemente yo había caído en una cloaca. Evidentemente se me había secuestrado para llevarme á la más inmunda ciénaga de la política española.

### Solo en mi guarida.

Llegué al despachito sórdido, me encerré allí y dejé caer mi cabeza sobre la mano temblona.

¿Qué iba á ser de mí? Estaba deshonrado políticamente. Había perdido mi puesto en *A B C*. ¿A qué puerta llamaría en el caso, forzoso, de marcharme?

¿Seguiría en aquel puesto dos años, tres años, cuatro años?

Encerrado en un mechinal, mi nombre se iría olvidando poco á poco. Perdería mi público, mis amigos, el escaso crédito moral que aún conservaba. Si aquel cargo fuera un cargo y no un sarcasmo vacío, aún podía serme tolerable. Pero, ¿qué hacía yo? ¿Para qué servía yo?

El ministro me había relegado al abandono. Todos sus mimos eran para los esclavos absolutos. Yo me pudría cerca del retrete, como una criada sin honra y sin gracias, á la que ya se ha violado en un instante de lujuria morbosa. Permanecía horas y horas en el Ministerio. Llegaba á las nueve de la mañana, y no era extraño que saliese á las tres de la madrugada, rendido de hastío. Intenté escribir novelas, cuentos, cosas de teatro; pero yo no sirvo sino para escribir en rebelde, y la rebeldía no me sería tolerada. Las horas eran eternas. A fin de mes se me daría un sueldo. Y así un año, dos, cuatro.

Juro á Dios que la cárcel es un oasis espiritual junto á aquella oficina sin motivo ni justificación, mazmorra estéril donde había sido arrastrado por la conveniencia egoísta de un hombre sin entrañas.

## Dato.

Cuando comuniqué á mis gentes aquella pequeña catástrofe, se mordieron los labios y sufrieron la horrenda decepción.

Alguien me dijo:

—Vea usted á Dato. Puede que Dato solucione esa informalidad.

Estuve en las Salesas. Dato me recibió frío y cortés. Le hablé al corazón, pero como Dato no

tiene corazón... Sólo alcancé de sus palabras evasivas un concepto halagador y gentil, porque Dato es un hombre inteligente y que posee una educación selecta:

—Yo quise traerlo aquí como secretario político. Sánchez Guerra lo ha impedido. Casi nos peleamos por usted—añadió—. Desista ahora de publicar ese periódico.

Yo insinué:

—Pero si usted era partidario de que se fundase... Usted mismo me ha dado consejos ayer mismo, y me ha inspirado campañas. Que se afirmara que Maura se NEGÓ á aceptar el Poder. Que ustedes han sido unos mártires apencando con sus puestos. ¿Por qué ha cambiado de repente?

Dato no dijo más. Me retiré. Estaba condenado á sufrir mi olvido, mi vejación, mi abandono. Era un desdichado. Mi deshonra espiritual había tenido un precio bien mezquino.

—¡Sufre!—me dije—. Creíste que los hombres son generosos y buenos, y que los halagos de un día responden á sentimientos elevados. ¡Sufre! Te entregaste sin condiciones, sin regateo, al señuelo de una hidalguía pronto desenmascarada. ¡Sufre! Te has vendido á un cacique abyecto por un plato de lentejas. ¡Sufre!

Le pedí un permiso á Sánchez Guerra y me fuí al mar.

Era como siempre, azul, y su indiferencia por las miserias humanas ¡era tan hospitalaria!

## IX

# LA DIMISIÓN DE PORTAGO

### El Gobierno de Madrid.

Ser gobernador civil de Madrid equivale á vivir en ridículo. Carece ese gobernador de menos atribuciones que el de Cuenca. La Dirección de Seguridad ha absorbido todas sus funciones. Para un hombre tosco y vulgarote como D. Abilio, el cargo representa automóvil, prosapia y posibilidad de retratarse junto á los Reyes en sus consecuentes actos deportistas.

Yo sabía que el señor marqués de Portago venía consumando un verdadero sacrificio con su permanencia en ese ridículo puesto. El insigne aristócrata, uno de los caballeros más cumplidos de España, tiene automóvil propio, no le encantan las glorias mundanales (es grande de España, y grande tradicional, de rancio abolengo), y aunque cumple un grato deber estando cerca de

la pompa monárquica, como ya sus tatarabuelos vivieron siempre cerca del Trono, no le estremece esa cercanía con escarrozos arrivistas, como le acontece al Sr. Calderón.

### Una noche, Sánchez...

Sánchez es incapaz de comprender estas cosas. Ignora lo que es un aristócrata de estirpe. Confunde á Portago, á Santa Cruz, á Pepe Tamames, con un Cañero ó un Quejana. Si algo barrunta, es para ofender á los magnates con la chafadura de su grosería cursilona. Se sabe mísero, ramplón, impotente para crearse una posición económica triunfal, apegado al cocido y á las medias suelas. Y esto, que sería hermosísimo en un sabio, es en Sánchez un envenenamiento medular que le apasiona.

Hallábame yo cierta noche despachando con Sánchez Guerra, cuando llegó el gobernador de Madrid.

Alto, guapo, elegante, señoril; ¡qué contraste hacía su presencia hidalga con la facha burda y grotesca del ministro! En un país bien organizado, Portago sería embajador, y Sánchez copiaría sus minutas, si es que no alcanzaba el honor de lustrar las botas del marqués y de cepillarle el uniforme.

No. Como en España se alcanzan por la intri-

ga, la traición y la desfachatez las posiciones administrativas, mientras Portago—que tiene un gran talento, además de una gran autoridad —no ha obtenido cargos realmente importantes, Sánchez Guerra, analfabeto desalmado, gruñe y patea por no haber presidido aún el Congreso.

Llegó Portago, saludó cordialmente á D. José:

—¡Hola, Sánchez Guerra!

Sánchez Guerra alzó sus ojos grandes y oblicuos, y oteó al marqués con mirada de chacal sanguinario. A Sánchez—lo hemos dicho—le encanta que le den su tratamiento. Hay que decirle «señor ministro». Hay que reconocerle toda la frivolidad absurda de su posición mal lograda. Y eso de que Portago, un gran señor, le llamase por el nombre, le dió vértigos.

—¡Hola!—rezongó, casi iracundo.

Yo comprendí que iba á suceder algo violento y casi hecatómbico. Entre aquellos dos hombres existía un abismo. Portago estaba harto de soportar la humillación de su cargo político. Y más harto aún de tolerar la aspereza de un cursi mugriento y casi astroso. Sánchez se hallaba, por lo demás, convulso, histérico, en un instante patológicamente desesperado, muy semejante al actual, aunque no tan grave ni tan triste.

El marqués tuvo una razonable queja, no contra Sánchez, al que desdeña olímpicamente, sino contra la Dirección de Seguridad. Fué oído con desagrado, hasta diría que groseramente.

Yal fin, las frases airadas que se cruzan. Y por último, Sánchez que palidece, que se demuda, cárdeno el labio, más gris la barba, el gesto airado, como un epiléptico:

—¡Advierta usted, señor gobernador, que habla con su ministro!

## Actitud de Portago.

El aristócrata quedó uu instante ofendido por aquella altanería de sainete. Advertí en su ademán una iniciación agresiva. Pero se contuvo. ¡Era tan ridículo el trance!

Por lo demás, Portago le debía y le debe gran fidelidad al Sr. Dato. Si hubiese cogido á Sánchez por el cuello y lo hubiese tirado al suelo como á un pelele, el escándalo hubiese sido formidable, y la crisis, en momentos tan difíciles, hubiérase impuesto como una necesidad clínica.

No. Portago modió su labio, cogió su chistera, y sin decir una sola palabra abandonó aquella cuadra donde relinchaba un jumento loco.

Pocos días después llamaba el prócer á don José María Carretero y hacía unas declaraciones importantísimas sobre el cargo de gobernador y sus relaciones con la Dirección de Seguridad. Dimitió y se recluyó en su palacio.

Esta es la verdad en la dimisión del marqués

de Portago. El acto caballeroso de un magnate que no puede seguir tolerando las impertinencias de su ayuda de cámara.

**Sánchez me odia.**

Afirmé el otro día que Sánchez Guerra oculta su cabeza bajo el ala cuando se ve en peligro, y dije que no leía mis crónicas.

Debo rectificar el aserto. Sánchez devora estos escritos, y por si la tentación no fuera tan incitante, ahí están sus amigos y cómplices para amargarle la vida.

Uno de estos falsos amigos suyos, y que lo es mío sincero, que aborrece á Sánchez como lo detestan todos sus correligionarios, me ha descifrado el enigma:

—Está furioso—dice—. No habla de otra cosa. Su frenesí le ha llevado á la obsesión. La indignación y la soberbia que le dominan es tan grande, que ya ni disimula siquiera. Cuando le hablan de usted, para denigrarlo ó para lamentarlo, se encrespa como un erizo trágico, y echando lumbre por los ojos, vocifera, maldice, babea.

Y ahora, lectores, enteraos de la frase que Sánchez ha tenido para mí:

—A ese Antón del Olmet lo perseguiré hasta extinguirlo. Me ha de sentir en todos los momentos de su vida. Aunque me saliera un cáncer en los huesos, habría de aniquilarlo.

Yo supuse á Sánchez más altivo, más frío, más racional. Nunca creí que elevase á programa ministerial mi extinción. Y ello es una lástima.

Y lo es, porque yo no le odio. Al contrario, me parece un caso de anormalidad sintética, y me inspira el cuidado de un enfermo. Lo único que me subleva contra él es que, en momentos tan graves para España, la gobierne con procedimientos de cacique, que mienta del modo descarado que lo hace, que sea capaz de sacrificar á la Patria ante su egoísmo.

Si yo no fuese español, admiraría á Sánchez Guerra. Si yo quisiera mal á mi país, apoyaría á Sánchez Guerra. Si yo no fuese algo más que un humorista, me deleitaría Sánchez Guerra.

Esas escenas suyas de furor contra mí me agradan, y bañan mi espíritu en un sedante y tibio baño de confortación. Veo llegar á sus amigos, unos por adulación y otros por mala fe, y decirle:

—Ya... Ya leo á ese gusarapo.

Y veo al pobrecito Sánchez dar un puñetazo sobre la mesa y clamar hecho un basilisco:

—Le odio. Lo detesto. ¡Infame! ¡Monstruo! Aunque me saliera un cáncer en los huesos, lo aplastaría.

Sánchez, hijo, Sánchez de mi alma, no te pongas así. Mira que estás gobernando á 25 millones de iberos, que tu papel es demasiado grave... Date cuenta. Reflexiona. Toma veronal y duer-

me. Dile á Quejana que no te excite. Pon en tu despacho un letrero que diga: «Se prohibe hablar de Antón». Sosiégate. Ve que se te aborrece, que eres un guiñapo trágicamente patológico. Dimite. Vuelve á Cabra. Y allí, ante una España que renace, cultiva el campo, al que no amaste nunca.



## X

## LA HONRADEZ DE SÁNCHEZ GUERRA

### Tentación.

Mientras permanecí al frente del negociado periodístico, como se me suponía en estrecha amistad con Sánchez Guerra, fueron muchos los cínicos que vinieron á tentarme.

¡El chanchullo!

Yo tenía una idea vaga y casi épica acerca del chanchullo, este chanchullo español tan castizo, casi elevado á tópico nacional.

Expedientes, nombramientos, destinos, traslados...

Como es natural, yo no hice caso de aquellas incitaciones al merodeo. Pude, acaso, demandarle al ministro—como favor especial á mí, sin darle cuenta del móvil ni la intención—cualquiera de aquellas cosas, y gazmiar algunos miles de pesetas. Mas yo tengo la virtud de no haber sido engendrado con cualidades rapaces.

Por lo demás, creía, y sigo creyendo, que Sánchez Guerra es un hombre de muy escasa codicia monetaria, incapaz de una abyección parecida.

### Maurista.

Mientras se llamó maurista Sánchez Guerra, y esto ocurrió hasta ya viejo, fué la honestidad para él una necesidad dogmática. Si fuera al contrario, Maura, ¿qué habría hecho?

Sánchez Guerra llegó á Madrid con un acta lograda brutalmente, áspero y cejijunto. Vega de Armijo intentó ahogarlo. Pero el pollo Sánchez tuvo una rebeldía:

—Dice usted, marqués, que soy joven y que puedo esperar. Precisamente por ser joven soy impaciente.

¿Cómo, ahora, podrá enojarse con las rebeldías de otros jóvenes?

Se echó á la montaña, caló el chapeo, requirió el trabuco, y agarró un acta empleando cuantos medios puso el demonio en manos de la insolencia.

Ya en Madrid el mozo Sánchez, se inscribió en el gamacismo. A la sombra de Maura creció como un cardo. No logró refinarse ni cultural ni ciudadanamente, pero guardó el santo himens de la rapacidad. El ambiente lo fué conservando

limpito y doncel. Ya ve el Sr. Sánchez Guerra cómo sé reconocer lo uno, para tener autoridad con lo otro.

**Es un parásito.**

Sánchez Guerra, empero, es un parásito social. ¿De qué ha vivido sino de la política la inmensa mayor parte de sus años?

Fuera de algún sueldo como director de *El Español* (política al fin y al cabo), y algún pleito que Maura le otorgó para matarle el hambre, los millares de cocidos que esos dientes han hecho papilla y que esas entrañas han asimilado, la judía suculenta, el garbanzo lirondo, la acelga laxante, el morapio juguetón, á la política se deben.

Sánchez Guerra no hizo nunca nada sino politiquear.

¿Ha labrado la tierra? ¿Ha creado alguna industria? ¿Ha abierto una tienda? ¿Ha publicado libros? ¿Ha ejercido la abogacía siquiera?

Nada. Su labor es una labor de parásito. Yanta del presupuesto. Es un roedor del Erario público. Cuando es ministro gasta su sueldo. Cuando no lo es, cobra su cesantía, intriga y deambula. Tiene algunos altos consejos en grandes Compañías. ¡Vive sin trabajar!

¿Se le puede llamar á esto un ciudadano peregrino?

**Su tragedia.**

Una de las amarguras de su vida es precisamente esa. Haber llegado á ocupar una gran posición burocrática y no verla exornada con la molicie de una vida fastuosa. Y ocurrir esto, sin que esa austeridad lo sea, sin que nimbe su figura el decoro apostólico de un Costa, de un Pí.

Se puede ser dichoso en la vida siendo un radical del alma ó un radical del estómago. Lo trágico es encenderle á Dios la vela mártir del condumio exhausto, y encenderle á Lucifer el cirio de toda iniquidad política y de toda barbarie social.

Sánchez Guerra sabe que no es un evangelista, que no será nunca el león de Graus, aunque pueda ser el ogro de Cabra. Sabe que ha claudicado, que su entereza maurista se ha manchado con todas las aberraciones del idoneísmo, que á su lado bulle la gusanera como en un putrefacto queso... Y ni siquiera mete en el queso la nariz.

Mientras él, que no es un estoico, sino un sensual, pero un sensual contenido, tiene el cuello nevado por la caspa, y se sube á pie todos los días los cuatro pisazos de su mansión, y sin que le quede siquiera el deleite espiritual de sentirse grande, altivo y desdeñoso, los otros, muchos de los otros, florecen, triunfan, se crean fuertes

posiciones, gozan de todas las comodidades del mundo.

—¿Quién agradecerá esto?—piensa. Y sufre como un personaje de novela psicológica.

La honestidad es una planta que Sánchez Guerra hubo de cultivar como un emblema. ¿Luego?... Ya desamarrado, ya sin ligaduras, hubiese tirado de una sola vez su hacienda política, entregando á los grajos de la maledicencia el resto de un hombre.

Traidor, sí. Pero nada más en estos respectos morales.

Sería yo un apasionado si dijese otra cosa. Y ha de saberse que yo no hago una campaña de encono contra Sánchez Guerra, sino una especie de estudio psicológico del idoneísmo, realizado cívicamente y á pleno sol, para ejemplo de pícaros y enseñanza de mis contemporáneos.

## La moral política.

Así como en moral económica Sánchez Guerra no pasa de ser un ente parasitario que ha vivido durante sesenta años sobre el país, sin crear ni producir nada, y sin trabajar casi, intrigando, deambulando, deshaciendo, en el terreno político su moral es de una depravación negra.

Por lograr sus propósitos no repara en melindres. Carece de patriotismo y de iluminación

interna, y opera en la nación como un Pancho Villa. Es una especie de Raisuli cordobés, vestido á la europea. Tiene un concepto dominador y macho de la vida. La última vez que estuvo en Cabra dijo:

—Antes de ser diputado por aquí, Cabra era como una novia, á la que rondaba. Ya casado con ella...

Á él le gusta sentir á la gente debajo de sus horcajaduras. Corre la pólvora y brinca como un potro. Físicamente es un abencerraje. Yo he visto en Africa miles de tipos étnicos que se le parecen hasta la identidad. Cetrino, peludo, de ojo pasional y diente agresivo, impetuoso, vengador, capaz de alimentar una malquerencia durante años y años... Es el árabe que se sienta á la puerta de su casa para esperar el cadáver adversario. Esto no le hace tampoco cachazudo ni remolón. Muchas veces se exalta, como ahora, y se entrega al galope con la incontinencia de un demente.

No ibero, no latino, no europeo, carece de altas virtudes sentimentales. Odia la cultura, el estudio, la preparación, el método. Asimila, al pasar, cuatro conceptos, y los adereza con su fantasía de musulmán.

Es un tipo extranjero y atávico, llamado á crearle al país grandes conflictos. Porque aunque no es lo que se llama un hombre valeroso, aunque se deprime y tiembla, reacciona pronto

y sigue con la obsesión de su triunfo hasta la morbosidad.

Dato es capaz de un arrepentimiento, porque está cultivado espiritualmente. Sánchez Guerra, como un guerrillero berebere, se va á la chumbera, limpia el fusil y sigue acechando.

Su moral política es la moral política de un Pancho mejicano.

En sucesivos artículos tendré el honor de poner estas cualidades al sol y al viento.



## XI

## SERÉ DIPUTADO CUNERO

**Mi Galicia.**

Aunque nacido en Bilbao, de padre catalán y madre andaluza, soy gallego. Y lo soy por amor y por compenetración psicológica, y porque allí están todas mis relaciones con la vida.

Años antes de caer bajo la garra del politiquismo aleve, fuí llevado á los distritos rurales como un testigo espiritual de las infamias que allí se perpetran.

Los que sólo conocéis el caciquismo de nombre no podéis formaros idea de lo que significa esa palabra. El pueblo está entregado á un hombre. Este hombre no tiene otra obligación que sacar diputado á Fulano. Fulano posee influencia en la corte. Y el cacique, á quien Fulano complace en todas sus demandas, para que sostenga su eficacia en las elecciones y para que le libre de peticiones, ruegos, compromisos, hace y deshace, ordena y manda, raja y tunde, fornica y roba y mata.

En Galicia no existe otra autoridad que el cacique. Los esclavos del cacique van viviendo, aunque mal. Los hombres de honor que se rebe lan contra el cacique sufren cosas que sólo en España—esta nación que ha salido de Africa y que se ha quedado en los umbrales de Europa—se pueden concebir.

En Galicia se ha llegado á lo morboso. Se ha llegado á profanar sepulturas. Se ha llegado á hacer emigrar á familias enteras. Se le han robado minas á las comunidades aldeanas. La contribución es un arma del cacique. Lo más brutal, lo más horrendo, es allí vulgar y cotidiano.

No queda recurso. El ciudadano que se indispuso con el cacique puede y debe temblar. Es atropellado. Y acude á su alcalde, y el alcalde es amigo del cacique. Y acude al juez, y se entera de que el juez fué trasladado allí por obra del cacique. Y acude al correo para enviar una carta de queja, y su carta es secuestrada. Y acude al telégrafo para enviar á Madrid el eco de su indignación, y el telegrama se pierde. Es el cerco, el asedio. Y un día ese hombre, ó mata ó emigra.

**Yo he vivido eso.**

Yo he vivido eso. He hablado con los marineros de la ría de Arosa, la bella, la azul, la fra-

gante. Y supe escuchar aquella salmodia de infamias que me referían, mientras las olas llegaban á la aldea y el mar traía su magno olor á fuerza y á salud.

He oído á los labriegos, los que aran la tierra con sus bueyes rubios, y portan esos rojos chalecos, y saben del pimpante arrullo de la gaita en sus noches de romería.

Y he sentido todo el vaho de una región que se despierta para resucitar á una vida ciudadana y libre. Y he sido á la vez poeta y peregrino, apóstol y dinamitero, mientras mi alma se fundía con la de aquellos hombres en una exaltación de odio y de esperanza.

Yo juré ante aquellos pechos desnudos ser diputado por Galicia. Y serlo para vivir como en un éxtasis, peleando por la redención de mis hermanos los oprimidos, los convulsos, los fuertes; para reñir una divina batalla contra el crimen.

### Basilio.

Basilio Álvarez ha sido el primer macho que allí dió su «aturuxo» de guerra. No es Basilio la predicación mansa, el apostolado catequista. Es el gallego hirsuto, el pueblo mismo que se alza sobre los riscos rojos de Orense, llenos de vides y de robles, para clamar, en nombre de Dios y

de la libertad, un grito combatiente y tajante.

Basilio es un guerrero, un hombre de acción, un rebelde integral. Ha perseguido al cacique hasta su cueva. Ha ofrecido su sotana á los balazos. Ha despreciado la vida. Fué Lerroux y Cambó en un tronco hercúleo, envuelto en el negro jirón de un hábito talar, y ungido por el Espíritu Santo, de cuyo sacerdocio no se apartó nunca, y cuya ortodoxia jamás ha violado.

«Robar el voto es más aleve que robar el pan y la vida. Al que os robe el voto, castigadlo si no lo castiga la ley. Yo, con mi mano de sacerdote que consagra, mísera, á Dios, os absuelvo.»

## Padrón.

Durante muchos días no tornó Sánchez Guerra á hablarme del acta que me había ofrecido al secuestrarme. Por fin me llamó, para decirme:

—¿Ha pensado usted en algún distrito?

—Sí... En Padrón.

¡Qué ansiedad puse en aquellas palabras! ¿Sería...? ¿Lograría felicidad tan clara y tan noble?

Tenía allí amigos, gentes que me esperaban para redimirlas. ¿Qué importaba el medio? La cuestión era subir aquel tramo de la cuesta ímproba. Ya con ella, haría una política local suave, apacible, restañadora de odios. No toleraría

persecuciones. Haría la voluntad santa del pueblo. Mi voz sería en el Congreso una acusación permanente contra el desdén que los gobiernos sienten por Galicia. Yo haría que Rianjo tuviera un muelle, y que la divina Cortegada no languideciera, esperando inútilmente los palafrenes del Poder. Yo le daría mi vida al distrito. Yo amaría como un hijo, como un esposo espiritual, como un siervo leal y confidente. Y, ya viejo, iría á refugiarme allí para siempre, gozando mi obra—unas escuelas donde cantasen los niños, un campo fertilizado, un mar domeñado y mercantil, una gran vida ciudadana—, y siendo yo ese corazón de poeta que se siente compenetrado con el medio, y que goza la inefable dicha de vivir para la tierra en un silencioso y apacible ritmo.

## Seguirán los caciques.

Días más tarde, Sánchez Guerra me dijo secamente:

—No piense usted en Padrón.

Nada más.

Yo permanecí mudo y resignado.

Aquel hombre no me entendería, no podía entenderme. Sólo naciendo de nuevo... ¿Para qué? ¿Sabe acaso Sánchez Guerra dónde está Galicia, qué es Galicia? La conoce como á una

tierra de esclavos, donde envía cuatro gobernadores para que la aherrojen. Manda cobrar la contribución y saca levas de mozones grandes y fuertes para Marruecos. Cuando se hacen elecciones ordena que se vote á sus encasillados.

Así comprende á Galicia Sánchez Guerra. Si hubiera adivinado mi pensamiento me habría detestado como á un loco, como á un adversario, como á un rebelde.

Enmudecí. Aquel hombre había vuelto á apretar el tornillo. Aquel hombre había tornado á ser el verdugo. Aquel hombre alzaba ante mis ojos el patíbulo de una raza secularmente cautiva.

Si me dijera: «No encasillo por Galicia á nadie; que vote ella, que ella dicte su voluntad», yo habría caído ante él de rodillas, para besar sus manos.

Pero no era eso. Era la imposición de sus opresores, la renovación del dolor...

Y sentí, de repente, un odio inextinguible contra aquella criatura aciaga é inconsciente, sin sensibilidad ni comprensión alguna, en cuyas manos había puesto el azar una fuerza que sería empleada en beneficio del mal y del engaño. Me sentí detestando á aquel hombre inexorable é insensible para quien todos los dolores de Galicia son un renglón en un encasillado. Si los sufrimientos morales tuvieran expresión física, yo habría ofrecido el espectáculo de un leproso devorado por las fieras en un páramo lúgubre.

## ¡Galicia!

Galicia quiere ser libre y ciudadana; sentirse española dentro de una autonomia que la Naturaleza ha dictado; contribuir al Erario y dar sus hijos al Ejército del Estado ibérico con abnegación jubilosa. Pero quiere que se la respete, que se la comprenda, que se la deje vivir su ambiente y su traza, que no se le tenga vilmente entregada á los cien miserables que allí estupran, roban, saquean, asesinan, entre la orgíaca alegría de sus rameras y cómplices y el yerto silencio de un Madrid lejano.

Pero, Sánchez Guerra, ¿qué sabe de estas cosas? Yo juro que no comprende estas cosas. Ni la fuerza, ni el amor, lo reducirían. Es el barranco seco y estéril que una humanidad, en éxodo triunfal, halla en el camino.

## La charca.

Vi que estaba hundido. Vi que ni uno solo de mis pensamientos elevados cabían entre aquella gente. Era una partida facciosa aposentada en el Poder. Vi que me moría de asco. Vi que me moría de odio.

No volví á interesarme por las elecciones. ¿Qué más daba? Sería un cunero despreciable.

Sería un pequeño monstruo de la iniquidad oficial.

Pero no, Galicia. Cuatro años de error fueron bastantes. De nuevo estoy en mitad del campo, sin ligaduras, regionalista y demócrata, lleno de cólera contra los caciques, de experiencia y de energía, sano aún el corazón y no perturbada la conciencia.

Yo lucharé á tu lado. Y si me parte la frente un balazo, y mi sangre riega tus campos fecundos, que esa sangre se pudra y se corrompa en amasijo redentor, y que allí crezca un árbol de Guernica, sombroso y gallego.

## XII

## QUÉ ES UN ENCASILLADO

**Primero, el ministro...**

El encasillado es una patente de esclavitud que dan los gobiernos á un pueblo sin ciudadanía.

Es monstruoso que exista el encasillado. El Poder legislativo, para que sea un poder y no una ficción, debiera vivir una vida plena, independiente y distinta del Poder gubernativo. Hechas las elecciones sin presión oficial, sin amaños, sin violencias, sin las brutalidades que aquí presenciamos, el Parlamento sería un Parlamento, y no una baja laya de eunucos al servicio del visir. Este Parlamento formaría gobiernos auténticos y populares, como ocurre en toda Europa y en toda América. Y entonces sería España un país constituído, y no una tribu compleja, á la que administran la crápula, la ignorancia, el dolo y la imbecilidad.

El ministro de la Gobernación es en Europa

el mantenedor del orden público, y no el creador de congresos. Es delictivo, sobre ser monstruoso, que el ministro de la Gobernación ose siquiera hablar de encasillados. Sólo un país que ha perdido la sensibilidad puede tolerar que se le injurie de modo semejante. Un gobernante, miembro del Poder ejecutivo, cometiendo la audacia de preparar una elección de legisladores es tan aberrado, en buena y sana moral, como es aquí lógico y consuetudinario.

Yo quiero ahora dar la idea de cómo se hacen unas elecciones en España. No revelaré cosas íntimas, de una intimidad total, porque soy incapaz de ello. Me propongo únicamente descubrir el cuadro patrióticamente, movido por el noble afán de que esas enormidades no vuelvan á consentirse en España.

Un día, el ministro piensa en ir á las elecciones. Ya se cuenta con el decreto de disolución. Ya están preparados los ingredientes. Si el ministro es un hombre leal, afecto al presidente del Consejo y á los demás personajes del partido, su función es una mera función armónica, aunque, claro está, una función siempre atentatoria contra la dignidad y el honor del pueblo.

Pero muchas veces, el ministro de la Gobernación, como ocurre con Sánchez Guerra, es un hombre de taifa, un cabecilla, un capitán de falange. Su deseo no es hacer una mayoría partidista, sino una mayoría personal.

De ahí las grandes dificultades que encuentra y las mil tropelías en que ha de encenagarse. La vez anterior pagó bien cara su osadía, pues aquel Gobierno vivió sin mayoria, en realidad, de la misericordia de Romanones. Cuando á Romanones se le antojó, les dió una patada y los echó á la calle como se arroja á unos comediantes sin fuerza y sin público.

Pero quedamos en que un día el ministro...

### El libro verde.

Coge un día el ministro su librito de apuntaciones, y allí, por orden alfabético, planta los nombres de las provincias españolas. Luego, los nombres de los distritos electorales. Y á renglón seguido los nombres de los futuros parlamentarios.

Estos distritos son de cuatro clases. Distritos ciudadanos, inteligentes, probos, que votan al diputado porque lo quieren votar, que son Europa; distritos sin conciencia, entregados á un caciquillo que elige á quien el Gobierno le mande, distritos yermos, asolados, cobardes, infectos: distritos de esta misma clase, pero que están copados por un personajón inviolable, aunque nadie lo quiera en la tierra, y ni aun le conozca; y distritos dudosos.

A la primera categoría pertenecen todos los

distritos catalanes. Cataluña se ha emancipado de la esclavitud. Cataluña es, parlamentariamente, una zona europea, respetable, admirable.

¿Qué ha perdido con ello? Tener por diputados la selección de la política española, los más estudiosos, los mejor organizados, los más amantes de la tierra, los mejores luchadores, los verdaderos tribunos de España, aquello á lo que toda España ha vuelto ahora los ojos viendo que allí están la salvación y la dignificación.

También, claro está, hay otros distritos conscientes en el resto dc España, sobre todo en las grandes urbes, donde hay masa obrera y cívica. Madrid, Valencia, Oviedo, gran parte de Asturias. Y cada día esta zona de salud y de entereza se extiende. A mayor cultura, mayor libertad. A mejor ciudadanía, menos encasillado.

## A los gobiernos les conviene la incultura.

Por eso yo digo que á los gobiernos españoes no les conviene que España tenga cultura ni ciudadanía. Les consterna saber que disminuyen los analfabetos, que la riqueza cunde, que la santa libertad latina entra en el alma de los electores. Ellos fingen sus mayorías apoyándose en la masa rasa é indocta, en los distritos sin mèdula. Y así, y aunque ellos no lo digan, ni se atrevan á pensarlo, les asusta una España incorporada

al mundo civilizado. Serían eliminados, como un cuerpo sano elimina la ponzoña.

Creo además que ahora, haga quien haga las elecciones, será muy difícil traer una mayoría brutal, anonadante, y ni siquiera una mayoría.

No espere disponer, quien vuelva á gobernar, de doscientos diez ó doscientos veinte idiotas llamados á decir que si ó que no, según indique la batuta del presidente. Se anduvo ya demasiado camino. La mancha catalana, mancha de óleo santo, vase extendiendo. Aunque el Gobierno le ponga diques y aunque la cubra de sangre, seguirá extendiéndose. Lleva en sí la razón, la dignificación y la salud. Inútil resultará ese matricidio.

Si las elecciones futuras las hace un Gobieno nacional, serán unas elecciones redentoras para media España y ejemplares para la otra media. De ellas resultará un Parlamento vivo y actuante, que formará gobiernos intensos, selección popular, y no obra de un capricho oligárquico. España estará en el camino de salvar su honor de pueblo libre y su futuro de raza no agónica.

Si las elecciones se hacen otra vez según los viejos métodos, empleando los más infames resortes para esclavizar al país y robarle el voto al pueblo indignado, las elecciones serán sangrientas y trágicas, á no ser que los gobernantes se resignen á ser derrotados. La mancha catalana se ha extendido. Hará falta asesinar á me-

dio censo para que no vote. Yo afirmo, por mi parte , que barrunto días álgidos, de una energía insospechada. Lo difícil es que un país caiga en la cuenta de dónde está su curación. Sabe que se halla en las urnas, y á ellas acudirá. Acudirá como torrente aquí, como arroyo allá, indeciso en algún sitio, impetuoso en otro... Pero acudirá. Acudirá como el enfermo á la receta salvadora, como el creyente al acto religioso, como el soldado á su puesto en la vanguardia.

Sabe que si no acude se sumirá de nuevo en la barbarie y en la esclavitud, que seguirá en manos de la torpeza y el desafuero, que morirá como una raza de cobardes.

Esa zona, Sr. Sánchez Guerra, donde no osa usted poner el nombre de un amigote ó de un paniaguado, es ya muy amplia. Se lo juro á usted.

**Pero, sigamos.**

Los distritos de la segunda categoría, es decir, los distritos que no tienen voluntad ni consecuencia son el Paraíso de los gobernantes oligárquicos. Por allí meten á sus pasantes, secretarios, lacayos, prestamistas, colaboradores, cómplices, y demás picaresca. Ahí se colocan las mayorías sin ideal ni sensibilidad política alguna. Que esa infecta zona se amplíe, ó al menos

que no se amengüe, constituye el afán de los agónicos verdugos de España. Ahí está el artículo 29. Ahí está el pucherazo. Ahí está la tropelía. Ahí está lo protervo.

Vienen después los distritos de realengo. Son distritos sobre los que ejerce pernada un figurón. ¡Desgraciados de ellos!

El figurón cree que sus electores harto pagados están con el honor de soportarlo. Y como no teme candidaturas oficiales, posee su feudo con el desprecio olímpico de su infanzón medioeval,

Los distritos dudosos vienen después. Son aquellos en los que ha brotado una pequeña flor cívica, ó en los cuales se agita algún rebelde.

Ellos constituyen el hueso que se les da á roer al amigo no entrañable, al candidato adinerado, capaz de gastarse 20.000 duros en un acta.

Tal es la división electoral que de España han hecho los gobiernos oligárquicos. Descubrir la brutal clasificación me parece labor de corrosivo patriótico.

### Empieza el encasillado.

Los primeros nombres que llenan el librito gubernamental son nombres de ex ministros. Si no es senador vitalicio, es diputado permanente el ex ministro, así sus electores no lo conozcan siquiera.

Antes había la costumbre de respetar también á los ex subsecretarios y aun á los ex directores; pero como ya no existe un solo español cretino que no haya ocupado alguno de esos puestos, ha empezado el derroche. Hasta ese confitero vanidoso (Prast), ex alcalde de Madrid, se quedó más vacío de acta que el vientre de sus mazapanes.

Luego viene la mayoría, reclutada, por regla general, y salvo excepciones bien contadas de hombres que tienen algún mérito, entre seres aduladores y rastreros, y sobre todo impotentes y ramplones, porque no hay nada que aterre tanto á un ministro como la originalidad de pensamiento y el barrunto de alguna inteligencia.

Esa mayoría decae cada vez más. Desde que se fundaron por Cánovas y Sagasta los partidos históricos, como se ha venido practicando la selección á la inversa, y como se procura que los seguidores no eclipsen á los caudillos, ya nos gobiernan los pasantes de aquéllos, siendo el estado llano, por regla general, un melonar en una cloaca. Cuatro ó seis jóvenes de algún entusiasmo vinimos á las Cortes con Sánchez Guerra. Ya ninguno de nosotros es idóneo. Allí se quiere á los Valdavia, á los Cañero, á los Vivel, á los Squella, niños congregantes sin fe, para quienes toda la política del orbe cabe en un «sí», un caramelo y un billete de libre circulación.

Después viene el complacer á los cabecillas de la oposición monárquica.

Y por fin, algún acta que se arroja á los peligrosos, para calmarlos.

En resolución: un horrendo sarcasmo y un inmenso crimen; una patria sin Parlamento, una ficción democrática; una escuela de miseria espiritual; una nación que se derrumba en la sima de su propia inconsciencia.

### Mañana...

Mañana seguiremos ahondando en esta úlcera del encasillado español.

Se hace preciso extipar el cáncer. Y para extirparlo, necesario será ponerlo al descubierto, no se equivoque el bisturí.



## XIII

## CÓMO SE HACEN ELECCIONES

### Una vez el encasillado...

Una vez el encasillado hecho, ó á gusto del presidente del Consejo, como ocurría con Maura y Canalejas, presidentes efectivos, ó á gusto del ministro de la Gobernación, como ocurre con Dato, viene el darle efectividad y ponerlo en práctica.

Encargados de ello son el negociado político y los gobernadores civiles.

Nada tan celestinesco ni tan monstruoso como ese negociado político. Porque, y aquí está la diferencia existente entre Marruecos y España—diferencia que nos hace envidiables á los marroquíes—, en España la injusticia está organizada, tiene un formulismo aparentemente legal, y se la reviste con toda la gala y el ornato de lo cancilleresco.

Sería mucho más noble y bizarro que el mi-

nistro de la Gobernación entrase á saco en los Ayuntamientos, sin otro límite que sus reverendos órganos ni otra responsabilidad que su cabeza. La barbarie es un estado social respetable y consistente. Lo tremendo es la barbarie con clámide, lo forajido con túnica burocrática, la ley que sólo se cumple para beneficio del fuerte.

Ese negociado político de Gobernación es el preservativo que usa el desafuero para evadir el encono popular. El negociado informa, deletrea artículos de códigos, emborrona pliegos de papel, adopta posiciones inexpugnables en jurisprudencias, y todo ello para reventar á un Concejo fulanista que se niega á ser menganista.

Los moros son unos seres felices. El atropello es allí cosa habitual. Pero tambièn lo es el balazo. Al moro se le puede hacer una infamia; pero el moro contesta con un tiro. No hay leyes, ni fusiles cívicos. Aquí, no. Aquí se despanzurra á un alcalde, son deslomados siete concejales, es molido á palos un adversario político del candidato ministerial. Y ¿qué...? La ley adopta un gesto de alcahueta repulgada, y el esbirro vapulea, si no encarcela ó ejecuta.

¡Bendito sean la urbe ó el aduar! Lo malo es esto. Porque aquí, ni os sentís protegidos por una organización humana y culta que os inmuniza contra el detentador, ni se os deja siquiera lucir el garbo del entresijo personal en una gallarda zarabanda salvaje.

¡Las enormidades qué habrá realizado ese negociado político de Gobernación! ¡Los informes hórridos que habrá perpetrado! ¡Los disimulos, las trapacerías, los engaños, las vilezas, que allí habrán tenido realidad contumaz y asquerosa!

Ya volcado todo, aplastado todo, aniquilado todo, los gobernadores civiles, á quienes el aumento de sueldo aún les ha dado mejor apetito, remachan el clavo. Ellos destituyen ó nombran, rajan y tunden, según las necesidades del candidato ministerial. Ellos cometen mil desafueros sólo para complacer al jefe de negrada que los manda desde la Puerta del Sol. Ellos son los tentáculos de la oligarquía y del dolo, verdugos de la ciudadanía, sayones del bestialismo parlamentario.

Y así, entre estas y otras cosas, ¿cómo ha de pretenderse que España no odie á la política? ¿Cómo ha de pretenderse que viva la política, que no le vuelva, horrorizada, la espalda, y que ahora no piense seriamente en acabar con tanta iniquidad á buenas ó á malas?

En España no se gobierna: se impera. A los peligrosos se les compra con el fondo de reptiles, con autorizaciones para jugar, con actas, con expedientes sucios, con licencias de toda índole. A los peligrosos que se exceden ó que no se entregan de una manera absoluta, sino como una tregua en el combate, y á los rebeldes sa-

nos, se les persigue, se les destroza, y ello de una manera implacable, sin apelación, fuera de toda ley y de todo orden, y sin garantía alguna.

España está sin constituir. Es preciso haber vivido su organización interna, para saberlo. Vive tiranizada. A veces, los tiranos no ejercen la tiranía, y abandonan el látigo para corromper con las dádivas, lo cual, en el fondo, no es sino una tiranía canallesca. Pero, irritad al cómitre, y veréis cómo os flagela con el rebenque.

Si hay leyes—y son todas reaccionarias y despóticas—, sólo se aplican para el mal. No existen garantías, pues el cacique las suspende cuando le acomoda. Todos los poderes del Estado se hallan en manos del gobernante. Esto es peor que la cábila. Somos un arrabal de Europa, sin Derecho, ni Justicia, ni Constitución, y cuya barbarie, hipócritamente ataviada con el pámpano de la *Gaceta*, tiene su culminación en las elecciones generales.

### El candidato.

Aún más abyecto que el ministro es el candidato ministerial.

Un joven arrivista desea ser tribuno de la plebe. Lo natural sería que fuese á un distrito, que hablase, que trabajase que se hiciera amar,

que ofreciera un programa, unas mejoras... Llegadas las elecciones, se le votaría tal vez.

Aquí no. Aquí cuando un joven arrivista quiere ser tribuno de la plebe, afila y suaviza la lengua, llega á una antesala, penetra en un despacho y limpia con prolija asiduidad las infructuosidades de un ojete prócer.

Esto es así, quevedescamente hablando.

La operación puede dar un resultado largo ó corto, pero da resultado siempre. No hay ojete que se resista al halago. Y así, en vez de cuidarse distritos, de cuidarse á la patria, se cuidan esfínteres. De ello deviene una desmedulación total.

Se impone acabar con esto. Es necesario que se pretendan actas en el pueblo, entre el pueblo, y no entre oligarcas. Hay que despoblar el Congreso de lameculos. Hay que barrerlos á escobazos. Que suden y se cansen en las aldeas, luchando por vericuetos y montes, haciéndose ciudadanos machos y no efebos de antesala. Tiene que advenir una política masculina y fuerte, que sustituya á esta política de lisonja y compadrazgo que nos deshonra y mata.

¿Oís, enclenques? ¡A la calle! ¡Al campo! ¡Basta de quitar motas!

## La Guardia civil.

Uno de los más miserables crímenes que ha realizado la política vieja, consiste en haber

desvirtuado el funcionamiento de la Benemérita.

Esa admirable institución, honra y prez de España, nacida para extirpar el bandolerismo, para perseguir al asesino y al ladrón, y ser garantía del orden público, ha sido llevada á las elecciones.

¿Comprendéis toda la intensidad del daño causado?

Ni el Ejército debe ser empleado contra el Pueblo, ni la Guardia civil contra los ciudadanos.

Para el indisciplinado individual, el guardia de Orden público. Para el motín, el tricornio. Jamás el Ejército debe pisar las calles sino en días de amor y de gloria, en días cívicos y entusiatas. Jamás el tricornio debe amparar candidaturas.

Quien diga lo contrario, rotunda ó arteramente, no quiere al Ejército ni comprende á la Guardia civil.

## Escenas patibularias.

Estamos casi en el día de la elección. Ya el librito del ministro sufrió las alteraciones y oscilaciones que ha ido marcando la conveniencia, nunca de provecho patrio. Ya están encasillados los figurones en descrédito y los pollue-

los de cuco. Ya se dictó sentencia contra España. Ya está en vísperas de realizarse el gran c rimen ciudadano.

Pero como el tema es interesante y el espacio breve, otro día os referiré sucedidos de ministerio y de campanario, que definen, con un realismo vocinglero, la plástica brutalidad del tema.



## XIV

## EL SARCASMO ELECTORAL

### Los "cadáveres".

El ministro de la Gobernación no suele abordar francamente al candidato que aspira al encasillado, y decirle con bárbara, pero hidalga, rudeza:

—Es inútil. Se le sacarán á usted las tripas. Me sale del coxis que triunfe Mengano. Usted se va á la pijotera caca.

No. Nuestros ministros suelen valerse de la hipocresía para no suscitar odios y represalias fulminantes. Suelen ir engañando á los ilusos, con beneficio del hospedaje, el cine y las clínicas blenorrágicas. A esos desdichados, á quienes se les torea por verónicas, Sánchez Guerra les llama piadosamente «cadáveres».

Descubrí esto del modo siguiente:

Se acercaban las elecciones generales. Por la mañana y por la tarde, el gran salón donde se

halla la biblioteca polvorienta é inútil del departamento ministerial, estaba atestado de pedigüeños. Gálvez Cañero hallábase ausente. Yo suplía sus funciones. Nicolás, el portero mayor, vino á decirme que el salón estaba lleno. Esperé aun, sí, á que llamase Su Excelencia, no queriendo importunar sus intensas labores caciquiles. Avisó, al cabo, y me preguntó:

—¿Hay alguien?

—En el salón esperan muchos ser recibidos.

Al cabo de media hora tornó á llamarme. Estaba furioso:

—¿Qué ha hecho usted?—exclamó—¡Me ha metido usted con treinta cadáveres!

¡Infelices «cadáveres»! Porque, claro está que se merecen ese trato, y aún peor. Son la hez política. Quieren distritos, y los pescan en el ministerio, en vez de lograrlos entre la muchedumbre votante. Pero aun así, ¡qué pena me dan!

Señores aspirantes al encasillado: si no veis la cosa muy clara, renunciad. Seréis llamados «cadáveres», y sobre perder en Madrid el tiempo y el dinero, acaso os vayáis con un largo recuerdo amoroso al rincón del que no debisteis salir.

### Los Pidal.

Una de las tareas que más preocuparon al hombre Sánchez durante la incubación de sus

anteriores elecciones fué la de sorprender mauristas.

Hubo dos clases de mauristas: mauristas descubiertos y embozados.

Los embozados se hicieron el cálculo siguiente: Yo amo á Maura. Este es mi amor conyugal, el noble amor. Pero, ¡qué demonio!, haré picardihuelas con Pepillo. Así que agarre el acta tornaré al maurismo, y ¡viva la pupila ciudadana!

Sánchez, como un consumero, iba pinchando en los petates. Había que ser idóneo, muy idóneo, estár invertebrado, ser más fofo que una lubina sin espina dorsal.

Empero, Sánchez Guerra tuvo funestas equivocaciones. Dejó escapar á algún maurista embozado y ahogó á dos ó tres cucarachas que le hubieran sido afectas.

Uno de los grandes errores de Sánchez fueron los hermanos Pidal.

Pedro Pidal y el marqués de Valderrey.

Ignoro por qué razones creyó que estos dos atlantes, tan simpáticos y caballerosos, venían embozados. Ellos, indómitos y arrogantes, se pusieron como dos señores feudales á quienes ultraja un rabulilla. Cierta mañana, Sánchez, encerrado con los dos, era una pelota de badana esgrimida por manos gigantescas. Las voces se oían en la plaza constitucional de Cabra.

—Somos más conservadores que usted. ¿Lo oye?

—Pero, ¡mucho más!

—Sería el colmo.

—Hasta ese punto podrían llegar las bromas. Creí que se lo comían, con dientes y todo.

Ambos—claro está—fueron parlamentarios, ganaron sus puestos, vencieron con los puños de la doblez y del redror.

### Hechos.

Mientras estas escenas ocurren en la corte, en la aldea suceden lances más peregrinos todavía, y que son el complemento periférico de la política central.

No voy á aliñar un salpicón con todas las clásicas fechorías, sin las cuales el régimen se iría al suelo. No quiero hablar de las actas en blanco, del reloj que se adelanta, de los muertos que votan... No quiero tampoco mentar á los ciudadanos que han perecido en luchas electorales, ni á recordar las víctimas de sangre que Cabra misma ha presenciado. Voy, simplemente, á referiros un hecho sintómatico, para que juzguéis.

Se trataba de elegir á Perencejo diputado ministerial por el distrito X. Todos los concejales le eran adversos al Gobierno. Urgían los instantes, y no era posible andarse con remilgos. Se buscó para alcalde de Real orden á un Gargantúa. Este Gargantúa realizó la siguiente proeza:

Una mañana, ya posesionado, convocó á sesión municipal. Eran trece los concejales en aquel pueblo, cuya importancia decidía la elección. Antes había requerido á trece ganapanes y les había ordenado que acudiesen al Ayuntamiento como si fueran concejales, y que cada uno se hiciera pasar por un concejal verdadero, suplantando su nombre y apellido.

Sentóse el alcalde, y como era nuevo, quiso ir conociendo á su gente.

—A ver—dijo—: Rigoberto Escámez y Górróñez, ¿quién es?

Dos hombres se levantaron: el verdadero Rigoberto y el fingido Escámez y Górroñez.

—No he nombrado nada más que á uno—gruñó el alcalde—. A ver, ¿quién es Rigoberto?

—¡Yo!—dijo uno.

—¡Yo!—añadió el otro.

Ambos pasaron á la cárcel. No era posible tolerar tanta impostura. Aquello era un delito. La autoridad no podía consentir tan grave osadía.

Y fué nombrando á los doce concejales restantes, y tanto ellos como sus contrafiguras dieron con sus huesos en el calabozo.

Y así se vió libre aquel hombre portentoso, alcalde de Real orden, jerarca de la oligarquía, de los trece enemigos que allí tenía el Gobierno.

## Colofón.

¿Verdad que estas cosas parecen un cuento de Maricastaña? ¿Verdad que parecen referirse á edades y civilizaciones muertas? ¿Verdad que causan íntimo sonrojo?

Pues eso no es nada. Id á Cabra, y allí os tropezaréis con el «Ratón Pelao», gloria y maravilla de la picaresca electoral española, resumen de toda aberración, maestro de caciques.

No. Esto ya no puede tolerarlo España ni un día más. Preciso es un saldo de cuentas. Hay que entrar en Europa, allí donde las elecciones son casi una religión, santa religión ciudadana, origen de todo poder, raigambre de toda autoridad. Hay que acabar con esto ó dimitir la cualidad europea que venimos ostentando injustamente.

## XV

## DIPUTADO POR ALMERÍA

**No existo.**

El cacique proseguía su labor electoral sin tomarse la pena de tornar á interrogarme.

Chafado en mis aspiraciones honorables y ciudadanas, roto el ideal en mí, seguro de convivir entre gente oligárquica y sin patriotismo, languidecía en la covachuela, arrumbado como un trasto inútil.

Cierto día, empero, me llamó Sánchez Guerra para decirme:

—Será usted diputado por Almería.

¡Será usted!

Aquello, ¡qué mal me sonó! El César había lanzado su rescripto. Una capital española me elegiría su diputado sin conocerme, por la omnímoda voluntad de un tirano.

—Bien—dije—. ¿Qué debo hacer?

—Nada.

—¿Ni ir á la circunscripción?

—¿Para qué? Cervantes responde de su acta. No se preocupe.

## La íntima protesta.

Me pareció aquello un horrendo sarcasmo. ¡Yo diputado por Almería! Había estado cierta vez en esa idolatrada ciudad andaluza, de paso para Marruecos. Y digo «idolatrada», porque, ¿cómo no adorar al pueblo que os confía su representación, siquiera haya sido por obra de la política central? ¿Cómo no amarla? ¿Cómo no reverenciarla y compadecerla filialmente?

Sólo unas horas estuve en Almería. Y Almería, al cabo de los años, y sin otro motivo que la voluntad de un llegón arribado á ministro, ¡iba á elegirme como tribuno de la plebe!

No. Yo no cometería la injuria de quedarme en Madrid sin visitar la capital y sus pueblos; sin asomarme á la vida de aquellos conciudadanos, y á sus tragedias y esperanzas; sin besar el trozo de suelo patrio que iba á ungirme con la majestad del legislador.

Estas cosas—naturalmente—ni las ha sentido, ni las sentirá Sánchez Guerra. Para Sánchez Guerra, un distrito electoral es una casilla del encasillado. No hay allí almas, sensibilidades, sino votantes. Es el aduar que satisface su pe-

cho. Es la plebe sobre la que se ejerce pernada. Y así, le dijo á su escudero de entonces, bien que el escudero lo fuera únicamente en nombre y nómina, aunque no en su corazón:

—¿Visitar Almería? ¿Para que? No se preocupe.

### Almería.

Cerca de un mes permanecí en Almería. Recorrí todos los pueblos de la circunscripción. Hablé allí con amor inflamado, aunque seguro de no redimir aquel terruño tan yermo y tan abandonado de la mala política. ¿Qué es un diputado ministerial sino un triste lacayo del banco azul, sin autoridad parlamentaria alguna y sin voz ni iniciativas?

Me remuerde mucho la conciencia por este crimen de lesa ciudadanía, del que fuí cómplice con Sánchez Guerra; pero me queda siquiera el consuelo de haber visto á mis electores, de haber escuchado la tragedia de sus uvas y de sus minas y de poder ahora hablaros de tanta desolación con la autoridad de un viajero curioso.

Cervantes—tanto Javier como José María—fueron para mí la cortesía más hospitalaria. En este momento de sinceridad debo reconocerlo y proclamarlo.

Más aun así, ¡qué fondo de amargura tuvo

para mí aquel acta! Me sentaría en el Congreso avergonzado, tímido, sabiéndome un detentador. Asistiría á unos debates en descrédito. No podría hablar. No se me consideraría diputado. El Gobierno vería en mí á un paniguadillo deleznable. La opinión pública me señalaría con el dedo.

¡Cunero!

¡Cunero!

¡Cunero!

Almería: si alguna vez me encasillase un Gobierno parcial y oligarca por tu circunscripción, y yo tuviera el cinismo de aceptar, salme al camino, y ponme dos balas en el pecho. Después, para ejemplo de osados, da mis entrañas á tus perros hambrientos.

**acabó**.

Eso ya pertenece al pasado de mi [illegible]... Y ahora, al recordarlo, ¡se me antoja tan distante!

El acta. El telegrama á Dato y Sánchez Guerra, ofreciendo ese acta servilmente. El fruto que debiera ser ciudadano, de la tierra llevado á las plantas del poderoso como un homenaje canalla.

¡Que asco!

No. Yo seguiré actuando en la política. ¡Ya lo creo que seguiré actuando! Pero, ¡de qué distinto modo!

Yo lucharé por Galicia y por Levante, y hasta por Cabra, donde se me han ofrecido gentes que padecen el yugo y que intentan desuncirse. Lucharé por toda España si fuera menester. Me siento pleno de acometividad y poseedor de todas las armas. El odio santo que os tengo, farsantes, es mi intenso motor. Y el servicio de la Patria mi fuerte ideal impetuoso.

Mas no iré nunca apoyado en caciques, sino en descontentos. No me conducirá al triunfo la orden brutal de la Puerta del Sol, sino el anhelo de la plebe. No me sentaré entre la mayoría, sino frente al Gobierno, cara á cara, para retaros como á vulpejas é inundaros en vuestra propia infamia, delante del país.

Ya lo sabéis. Si tornáis á urdir elecciones, si al cabo os imponéis por la fuerza al clamor ciudadano, del que me hallo pleno, sed conmigo sañudos y brutales; atropelladme de manera trágica; apelad á esos resortes en cuyo manejo sois duchos.

Porque si torno al Congreso, y os encuentro delante, juro á Dios que todos los apóstrofes castellanos y toda la indignación y la razón que creó un idioma, caerán sobre vuestras figuras enclenques, sin que den tregua á mi obra de convulsión ciudadana que estalla, el temblor de vuestras mejillas, ni la gazmoña humildad de vuestros ojos.

Nunca me tornaréis á arrastrar hasta vuestra

perfidia. Antes mil veces derrotado con el pueblo, que siempre vencedor entre caciques.

### Apostilla.

Se me olvidaba consignar que Sánchez Guerra, aunque procuró mi acta, no fué ella de las que le hicieron quedar insomne. Gálvez Cañero, sí, tuvo su 29, y volvió á tenerlo. Y el secreto está en que, aparte de que yo dejé de interesarle en cuanto me tuve captado, y en que casi deseó mi derrota (tal se me dijo por enterado amigo), como iba con un besadista, y los besadistas no le son muy gratos...

Pero ya hablaremos de esto.

Merece capítulo aparte.

## XVI

## SANCHEZ CONTRA BESADA

### Ritornelo.

De esto será preciso hablar varias veces. Ya lo dijimos antes. El pacto hecho entre Dato y Sánchez Guerra para eliminar á Maura y crear el idoneísmo tenía por base la presidencia del Consejo (Dato) y la del Congreso (Sánchez).

Dato realizó su programa. Sánchez Guerra no pudo conseguirlo. De ahí su furia, su encono, su bilis, su nerviosidad. Y de ahí que Dato, hombre débil por naturaleza, se halle entregado á la vesania de su cómplice ó instigador.

### No soy besadista.

Antes de proseguir esta crónica quede hecha la salvedad de que no soy besadista. Ni formo en su grupo, ni siquiera intento ayudarlo desde fuera.

Soy un ciudadano español, mayor de edad, escritor y periodista, no muy conforme con las actuales normas monárquicas; pero—eso sí—, absolutamente divorciado de todas las oligarquías que circundan al régimen.

He anhelado siempre una España constituída, seria, incorporada al mundo civilizado. Por este ideal he combatido siempre. Hasta en mis desmayos de adulterio con la política casquivana, y aun á la hora del más sosegado abandono jamás se apagó en mi alma el lucero iluminador del combatiente. La miserable ciénaga en que han caído los idóneos desde que escalaron por vez segunda el Poder, y la aurora de esperanzas ciudadanas que fulminan en el santo cielo barcelonés, me han tornado al puesto de siempre.

¿Qué era yo antes de ser captado por Sánchez Guerra? Un escritor, un periodista, un ciudadano. Eso volví á ser. Pero con la diferencia esencial de que entonces pude ser captado y ahora ya no puedo serlo, y con la no menor de que entonces el descontento nacional se limitaba á una queja, mientras ahora tiene su organización y demanda voces y puños.

No soy, pues, besadista.

Besada, de espíritu diametralmente opuesto á Sánchez Guerra, es un hombre de evolución y de sensibilidad. Ahora mismo ha reconocido en Galicia la existencia del regionalismo, y ha pro-

curado incorporarlo á su credo y aun á sus actos. Á ese bloque gallego, que ha creado, hay que mirarlo con fina curiosidad, pues si bien sería pueril caer en él por demasiado conservador, fuera insensato incurrir en el sánchezguerrismo de volverle, sin más, las uñas.

Besada, además, no es un idóneo. Sobre hallarse ausente del pacto antimaurista, era en realidad el único que pudo dignamente alzar bandera contra Maura, recordando los últimos instantes de Villaverde, á quien Maura arrojó del banco azul con violencia y crueldad.

No, Besada, como Bergamín—y bien sabe Dios que lo digo horro de todo bastardo interés—significan una posibilidad de transacción entre el difunto partido conservador y los nuevos partidos racionales, vivos é intensos, que han nacido y que nacerán en España.

Reconocer esto es situarse de una manera ecuánime y justa ante el panorama político. Mas de ello á dejar un fulanismo por otro media todo un temperamento.

## Sánchez, al acecho.

—Una vez hechas las elecciones—pensó—, dimitiré para ser elegido presidente del Congreso.

Los íntimos de Sánchez no ocultaban la verdad. Á Quejanita le oí decir:

—Ese hombre se lo juega todo ahora. Ó arriba, ó...

Acabó la frase:

—O un pobre señor para el Consejo de Estado.

(Le veo á usted como ujier del aludido Consejo, ex conocido Sr. Quejana.)

Sánchez fracasó de una manera definitiva. El pobre hombre cree ahora que rehará su vida. Ya es tarde. Usted es un cacique neurasténico á quien le ha sorprendido la renovación española sin más armas que unos grandes y renegridos dientes. Usted es un recuerdo que deambula y hostiliza, una trágica evocación, un humo asfixiante que se desvanece manchando.

Sánchez no fué presidente del Congreso.

¿Por qué? ¿Por qué Dato rompió el pacto que había escriturado con su cómplice? ¿Qué sucedió para que Sánchez sufriera descalabro tan enorme?

Sucedieron muchas cosas. Y una de ellas, que Sánchez no trajo mayoría parlamentaria, pese á sus desafueros y rigores.

No sirve ni para cacique. El cacique debe ser astuto, ladino, hombre de espera, cazador de puesto. Sánchez se echa á la arena como un aficionado imprudente y sufre cogidas aparatosas.

Sánchez, á pesar de sus enormidades, fué derrotado en las elecciones. Salieron más mauris-

tas de los que presupuestó. Salieron más romanonistas de los que supuso. Aquello fué un desastre.

¿Cómo iba, pues, á presidir el Congreso quien, al formar ese Congreso, se había equivocado tan lamentablemente?

Además estaba lleno de enemigos, no tantos como ahora, pero muchos. Aún sangraban dislaceradas heridas. La polvareda de sus barbaridades llenaba la atmósfera.

¿Cómo iba á presidir el Congreso un individuo al que odiaba media Cámara popular?

Por otra parte, ¿quién es Sánchez Guerra? Un Villanueva idóneo, más brutote aún y más bronco, sin precedentes de elocuencia ni de administración y sin otros Himalayas en su vida que el *Ratón Pelao*, el *Hospicia* y su traición á Maura. ¡Bonito sujeto para una presidencia tribunicia! ¡Hombre, váyase á presidir el Colegio octavo del distrito de Cabra, en día de pucherazos, y deje en paz á esta pobre nación!

Sigamos:

Dato comprendió que aquello no tenía hechura. Y como Dato es uno de esos hombres que la matan callandito, y como tiene por corazón un carambanito de hielo, hubo de ofrecerle á Besada la presidencia del Congreso, pues concurrían en él cualidades de independencia, de fuerza parlamentaria y de ecuanimidad que harían llevadera aquella situación absurda.

### Sánchez casi se muere.

Creí que se nos iba de entre las manos. Recorrió todo el proceso patológico de un desesperado. Empezó por la furia. Cayó después en la nerviosidad. Y, por último, en el decaimiento fisiológico.

Se le nevó la cabeza. Se le nevó la barba. Estaba cetrino, huesancudo, bilioso, macerado. Incurrió en el insomnio, y sufría un tormento moral verdaderamente trágico. Ese hombre ha pasado ya el infierno en vida. Yo no recuerdo haber visto jamás una faz más dramática. Al sonreir—y sonreía á la fuerza—, uno de sus incisivos, el más largo, el más negro, caía entre el pelamen gris, y bajo la mirada amarillenta, como un trozo siniestro de esqueleto herrumbroso. Daba miedo.

### Hay que darse cuenta.

Situándose por un momento en las cuevas de la traición, y contemplando el suceso parcialmente desde la sima en que Sánchez lo avizora, hay que reconocer lo horrendo que para Sánchez fué aquel paso.

Había sido ministro con Maura, y de la Gobernación. ¿Qué seguía siendo, la traición perpe-

trada? Ministro de la Gobernación otra vez. Y no en un Gabinete de altura y de consistencia, sino en un Gabinete de aventura y de interinidad, vejado y en descrédito. ¡Sí que había hecho una jugada! ¡Sea usted traidor para eso! ¡Císquese usted en todos los compromisos morales para eso! ¡Llénese de cieno hasta el cogote para eso!

Y luego, ¿qué solución quedaba? ¿Armar un caramillo y disentir? ¿Dónde iría á parar el vesánico? Los mauristas lo detestaban. Sánchez Judas era el dulce nombre que le distinguía entre ellos. ¿Hacerse liberal? ¡Menudo salto en el vacío! ¿Aislarse en una disidencia hosca? Todo el mundo lo señalaría con el dedo. Era un furioso, era un descontento, que traicionaba á Dato sobre haber traicionado á Maura.

Si Sánchez fuese un intelectual, le quedaría el recurso de su propia alma. Se sumergería en el reposo literario, y acaso prestigiárase, y aun ganara lo perdido.

Mas como Sánchez Guerra es sólo un oligarca, un medrador de la política, ¿dónde iría á parar fuera del cauce? ¡Ni siquiera podría hallar como Cierva, en el bufete un pingüe oasis del fértil destierro!

No. Se imponía fingir, simular, ahogar aquel estado de neurosis, recobrar el semblante, tornar al camino sin aparente molestia, tragándose las secreciones del hígado, como en una sobrealimentación onánica.

Esto hizo. El odio contra Besada quedó encerrado en su corazón. Pero como no sabe perdonar, hizo todo cuanto pudo bajo cuerda, en una hostilización subterránea y aleve. Así, convulso, remordido, vivió los dos años que duró su trágica estancia en Gobernación durante la anterior etapa. Ya al final, el rencor le comía. La patada que Romanones asestó sobre el idoneísmo hizo abortar cosas que ahora han aparecido, y que aparecerán si Dios y Cambó no lo remedian.

XVII

## LA DEPRAVACIÓN DE SÁNCHEZ

### Retrato al espejo.

Hoy, antes de seguir el curso de mi relación con los idóneos, y la justificación escrita del acto que realicé separándome de esa política abyecta, voy á trazar un pequeño cuadro.

Este cuadro representa á Sánchez Guerra mirado en el espejo de Soriano.

Si alguien debió ser considerado por Sánchez Guerra como enemigo eterno, ese es Rodrigo Soriano.

Rodrigo Soriano es aquel que, desde el escaño rojo, profirió contra un ministro las injurias más soeces y bárbaras que oyeron labios humanos. Sánchez Guerra dimitió entonces para batirse con el injuriador. Yo, aunque supiera que Sánchez se batiría conmigo si apelara á tal recurso, sacrificaría mi virilidad á mi honor y no llegaría á esa barbarie.

Tales ofensas puede disminuirlas un encuentro á espada; pero no puede zanjarlas espiritualmente.

Yo me saludo con todos los hombres que cruzaron conmigo el acero. Siempre me batí por cuestiones baladíes (dos veces por Sánchez Guerra), y siempre me he reconciliado con mis adversarios. Si alguien que no fuera un delincuente, un sér deshonrado, tuviera para mí palabras de horror, se batiría conmigo hasta la muerte. Y en la agonía, le negaría mi mano.

No sólo Soriano hizo aquello. Cuando Sánchez Guerra ocupó, con Dato, la cartera de Gobernación, *España Nueva* hizo una campaña ferocísima contra él. Tal campaña no tenía una justificación lógica. Era la eterna campaña estridente de Soriano, puramente externa y de ruido.

No quiero acordarme de aquellas primeras planas. Eran un insulto sostenido, una procacidad reiterada, preconcebida, sistemática. Si yo fuese otro recogería ahora tales escritos para remover el odio de mi persecutor. No lo haré jamás. Mi campaña es una destilación moral que tiene un fin pedagógico, y no una catarata de atroces denuestos. Voy más alto y más hondo. Por eso me hostiliza Sánchez Guerra enérgicamente. Me teme porque yo estoy inerme de armas usuales entre la gente del bronce. Sóló me quedan la verdad y la razón como armas. Y ellas, ¡son tan graves!

Inopinadamente, *España Nueva* relegó los insultos contra Sánchez. Después sorprendimos todos en el Congreso la nauseabunda escena.

Aquellos hombres que se odiaban, que se insultaban, lanzábanse sonrisas y se dirigían arrumacos. ¡Qué de diálogos en almíbar! ¡Qué de retrecherías cachondas! Yo no daba crédito á mis ojos. En la tribuna de la Prensa y en los escaños llamó aquello tanto la atención, que tuvo los honores de un acontecimiento político.

¿No es esto para sentir un asco eterno por tan feas cosas?

Y es que Sánchez Guerra ni ama mucho, ni odia mucho. Es demasiado egoísta para llegar al paroxismo sentimental. Odia, sí, pero momentáneamente, brutalmente, efímeramente. Sus rencores inextinguibles lo son mientras la conveniencia personal no le conduzca á lo contrario.

Después de haber sido ofendido por Soriano coquetea con Rodrigo, y después de haber traicionado á Maura, lame su mano para asustar á Dato y metérselo otra vez en el bolsillo. Si creyera que yo podría tener el secreto de la extinción de Besada, tocaría la guitarra ante mi balcón. Al mismo Besada, si lo hiciera presidente del Congreso, lo amaría.

Es un odiador; pero no tiene siquiera odios venecianos, odios grandes, odios absolutos, místicos; esos odios capaces de iluminar toda una vida. Sus odios se derivan con la concupiscencia.

Es una hiena á cuya pituitaria llegase el hedor de varios cadáveres situados en lugares distintos. Se pára, olfatea, vacila, cambia de orientación.

A mí, sí. A mí me aborrecerá siempre. Y ello, porque nunca volverá la vida á colocarme en el trance de serle conveniente ni útil.

Mi vida retornó á existir tan honrada y tan limpia, que jamás podrá ser instrumento de uso captable, sino instrumento de salud y de patriotismo santo. Vamos Sánchez Guerra y yo por caminos opuestos. El me tira piedras, que yo recibo en heridas sangrantes; pero que ni intimidan mi espíritu ni me harán cambiar el rumbo. Tampoco conseguirán que le aborrezca.

Para ser aborrecido hay que merecerlo.

Y ese hombre tan deleznable no es digno de un rencor, y menos de mi rencor, del rencor de un poeta.

El día en que os jure y pruebe que le tengo cariño á Sánchez Guerra, os quedaréis asombrados.

No. A mí ese hombre me odiará siempre. Siempre le hallaré frente á mí, siniestro, tortuoso. No puedo ni quiero servirle para nada. No soy, ante su avaricia, un valor cotizable. Siempre me detestará.

Pero yo me reiré de él humanamente, condolidamente.

Cuando yo tenga sus sesenta años (faltan treinta) España habrá renacido plenamente. To-

da ella será como la ejemplar Cataluña. No exis tirá nada de lo que existe. Yo seré un viejo escritor, ¿rico?, ¿pobre?; pero seguramente honorable y respetable.

Y un día llegaré hasta la sepultura de Sánchez Guerra, y doblando allí mi rodilla, diré:

—¿Para qué sufriste y luchaste tanto? ¿Por qué fuiste un obstáculo en España? ¿Qué lograste, pobre sér vuelto á la nada, infeliz criatura?

Acaso mi corazón se sienta hondamente commovido, y acaso, sobre todas las miserias humanas, rece una oración que sea toda ella olvido y piedad.



## XVIII

## LOS NIÑOS DECRÉPITOS

**Llasera y Pepe Busto.**

Languidecía yo en mi covacha como semilla en erial, cuando una mañana recibí la visita de D. Emilio Llasera y de D. José María del Busto.

Llasera me hablaba aún de usted:

—Venimos—dijo, entreabriendo sus labios gordezuelos y rojos—para ofrecerle la presidencia de la Juventud Conservadora. Acepte usted. Nos hará un honor señalado.

Pepe Busto, que es un aristócrata con pruritos intelectuales, y que vive desorientado entre las Musas y Sánchez Guerra, también halagó mi codicia política:

—Anda. Acepta.

Yo ignoraba qué era aquella Juventud. La conocí en sus buenos tiempos, cuando se agitaba por el ideal maurista, cuando ostentaba un contenido moral y respondía á un sentimiento, y

no á un arrivismo. Sabía que todas ó casi todas las Juventudes conservadoras se habían ido con Maura. Suponía que la Juventud madrileña hallaríase disminuída considerablemente, y que sólo quedarían en ella los cucos. Aun así, ¿por qué no aceptar, siendo el ruego tan insistente, y no significando aquello en mí sino un nuevo eslabón del mal paso?

—Bien—repliqué—. Hablaré con Sánchez Guerra.

Y como Sánchez Guerra, que se veía y se ve en pleno aislamiento, procuraba asirse á cualquier entelequia y aun utopía, ganoso de aparentar amigos, procuraba hacer sánchezguerrista á la aludida ficción, me autorizó para presidir semejante patraña.

## En corral ajeno.

Yo siempre tuve un concepto desdeñoso acerca de los jóvenes serviles.

Si la juventud se adapta es que no evoluciona. Y un país detenido en su marcha es un país muerto.

Las juventudes políticas, yo no digo que deban ser todas revolucionarias ni rebeldes. Concibo una juventud de orden, estudiosa y ciudadana, que no piense en derribar, sino en construir. Pero lo que no concibo es una juventud dócil, desmedulada, desvertebrada, sin otra

aspiración que medrar con la puntita de la lengua y con sonrisillas dulzonas, sin la menor inquietud espiritual, sin exaltación ni entusiasmo, creyente en el socialismo de Dato, en el civismo de Sánchez Guerra, en la austeridad de Abilio Calderón.

Esos son niños decrépitos, una singularidad aberrada y asquerosa, físicamente repugnante.

Yo espero siempre algo del indócil. Nada del dúctil. Yo quiero mozos que tengan ideal, y si no tienen otro ideal que su triunfo, que lo busquen vivamente, con energía y fortaleza; pero nunca prosternándose á los pies de un cacique para besar sus plantas y fruirse con el olor de sus prendas íntimas.

Yo juro por mi honor que no se puede ser joven y admirar á los idóneos. Se puede admirar á Maura y á Lerroux. Pero, ¡admirar á Sánchez Guerra! Haría falta que Sánchez Guerra tuviera un programa, diera un destello, emitiese una idea, realizara un acto. No. Yo despreciaba, moralmente, á aquellos adolescentes ancianos. Empero, hube de verme presidiendo á un tópico tan fofo.

### Era un camelo.

Ya aceptado el cargo, entré en funciones.

Y al llegar aquí mi sorpresa fué enorme, y mi perplejidad absoluta.

Yo creí que la Juventud Conservadora estaría integrada siquiera por doscientos muchachos. ¿Eran cien? Menos. ¿Cincuenta? Menos. ¿Veinticinco? Menos. ¿Doce? Menos. ¡Y tan menos! No había siquiera ninfos con los cuales proveer los cargos de la Directiva.

Los puedo contar por los dedos y me sobra el del corazón. Emilio Llasera, Busto, el marquesito de Vivel, León y Benita, un tal Valero, un tal García de los Ríos, Pepito Sánchez Guerra y un pobre hombre rubio y horteril á quien se le extraían los doce duros mensuales que costaba sostener la Juventud, y al que Llasera, cuando se mentaban las concejalías, le guiñaba un ojo.

Ese era el elenco.

Al enterarme hube de sentir gran alegría. ¿Por qué? Porque el hecho de que no hubiera más que nueve chicos idóneos en Madrid me hizo recobrar mi estimación por los mozos cortesanos, y hube de imaginar que no sólo el doncellío de la corte se halla formado por eunucos apetitosuelos.

A Llasera, en cambio, le consternaba esto de manera terrible. Y así brujuleó la guisa de atraer pipiolos al redil de las ovejitas suavemente lanudas.

—Hay que hacer propaganda—decía. ¡Si el Gobierno repartiera unos destinos! El sueldo es un atractivo irresistible.

Buscó la manera de seducir universitarios; pero fracasó ruidosamente. Los pocos cuquitos adorables que seguían inscriptos no pagaban su cuota. Dimos unas fiestecillas de «luises», sin misticismo; pero no logramos resultado alguno. Llasera, empero, no se dejaba ganar por el redror.

—Esto conviene sostenerlo. Ya sé que es una ficción... Pero, ¡qué demonio! Sirve para aparentar algo, hacer algún servicio á los personajes, tener una plataforma.

Yo solía replicar:

—Emilio, á mí me encocora esta farsa. Síguela tú. Déjame dimitir. Continúa tú exprimiendo la exahusta ubre del idoneísmo aniñado. Yo me retiro á mis bosques zahareños.

## Pepito Sánchez Guerra.

Y ahora que hablo de niños reventantes, ¿cómo dejar en el tintero al polluelo de Sánchez Martínez?

El papá es bastante significativo, ¿no? Pues, anda, ¡que el nene!

Es Sánchez, en su segunda generación, un Sánchez vanidoso, que ya no es de presa y que se regodea con los triunfos de su progenitura.

Duro de mollera, vacío de cacumen, endiosadillo, petulante y con dos ó tres amiguitos que

le hacen el amor para que los llegue á proteger su excelencia.

Todo eso, y además ¡juez por el cuarto turno, por el famoso cuarto turno!, manera próvida de dar una vara de la justicia á quien debiera de llevar dos al costado. Porque así como papá Sánchez es un parásito social, justo es que el niño también degluta á costa del presupuesto que sudan el vil obrero y el abyecto labrador.

### Finalidad de los idoneítos.

Como deseo que Emilio Llasera haga carrera política, afán con el que distingo á sus pequeños correligionarios, voy á incrustarlo con mis ironías á la roña idoneísta, seguro de hacerle un señalado favor. Ya puede agradecérmelo, aunque de fijo no lo hará, pues en el corazón de un joven así la gratitud no es ni rescoldo.

A poco de perpetrarse la traición contra Maura, el hombre Llasera bostezaba por una concejalía. Y ni corto ni perezoso, encogió los hombros ante el ideal y se fué á Gobernación.

—D. José, usted es mi dueño. ¿Quiere usted una prueba? ¿En qué puedo serle útil? Pida lo que guste.

Y asomaba la puntita juguetona de su lengua entre los labios gordezuelos.

Después:

—¿Sabe usted, señor ministro, que eso de la concejalía no es ningún absurdo?...

Pero Sánchez, que tenía algunos compromisos con otros donceles de parecida laya, respondió con un chiste:

—Usted es Llasera, ¿no? Pues, Llasera, «ya será».

¡Muy fino! ¡De buena ley! ¡Quita de ahí, Melojilla pinturero! ¡Quita de ahí, pelmazo!

Llasera se revolcó por el suelo. ¡Qué tío! ¡Qué repijotero tío! ¡Qué gracia! ¡Qué hombre tan grande!

Y se fué á su casa y meditó:

—A mí me sienta una rebeldía tan mal como dos pistolas á Cristo.

Y luego, filosófico:

—No ensalivaste aún lo suficiente. Hay que insistir.

Y me buscó á mí para, al hacerme presidente de la ficción juvenil idónea, lisonjear al tirano.

Y siguió su labor. Y entró en *El Parlamentario*. Y con el simbólico pseudónimo de *Timbrato* continuó la fabricación de su telita arácnida. Y pilló un actita de diputado provincial. Y se fué de *El Parlamentario* al saber que Sánchez empezaba á detestarme. Y ahora, como premio á su abnegación y heroísmo, y justo tributo á sus servicios patrios, le han ofrecido un escaño rojo, ¡un acta de tribuno popular!

Así se hace ruta en España. Sin nada en el

espíritu ni el corazón, cultivando la mentira de una juventud inexistente, doblegándose, lisonjeando. Esto es lo que desea la vieja política. Esa es la selección que se realiza. Así se piensa en la evolución española. Ahí tenéis un termómetro.

¡Ah!, si no fuera por lo representativo y lo simbólico que esto es, ¿cómo detendría yo mi altiva pluma de reñidor y de inadaptable en el comento de estas cosas tan banales, tan mezquinas y pueriles?

Pero como ello contribuye á pintar el cuadro del idoneísmo, y es toda una síntesis de nuestra perversión, será forzoso que sigamos ahondando en ello.

## XIX

## UNA FRASE DE PEPILLO

Será éste un breve articulito. Servirá para daros idea de cómo siente la majestad el señor Sánchez Guerra.

Entre los cursis festivales que dió la Juventud Conservadora para hacer llaserismo, es decir, tragadillo ministerial, corcovos y zalemas, figuró un homenaje al monarca.

Varios nenes melifluos dijeron unas cositas zonzas. Yo leí ciertas cuartillas que impresionaron al Sr. Sánchez Guerra y que después comentó elogiosamente. Sánchez, como fin de fiesta, pronunció uno de sus discursos broncos y ásperos, sin continente ni contenido alguno—la oratoria sánchezguerrista es de una oquedad y de un simplismo cavernario—, pero en el cual se deslizaron conceptos atroces.

Sánchez Guerra sentíase odiado y odiador. Odiaba á Maura y á los mauristas y se advertía

odiado por ellos. Alimentaba este odio y el que sentía y siente contra Besada, y en todos los instantes de su vida enseñaba su dolorosa postema. Era como la obsesión de un precito, como la muletilla de un demente.

Dedicó el ministro su peroración al rey. Y en ella vertió frases tan acerbas como la siguiente:

—Porque también el rey tiene rencores y sabe odiar.

—¿A qué se refería? ¿A quién se refería?

La frase produjo un efecto pésimo. O aquello era una irrespetuosidad frívola, ó respondía á un convencimiento aludiente. De todos modos, era enorme escuchar á un ministro del rey decir tales cosas.

No, Sr. Sánchez Guerra. Un rey no puede odiar ni ser rencoroso. Eso queda para las almas como usted, sin responsabilidad histórica, sin otra misión que el egoísmo.

En usted es concebible el odio, como un arma, como un estímulo, como una fuerza. Pero sólo en usted y en gentes como usted eso es permisible.

D. Cristóbal Mataix, refiriéndose al día siguiente á los periódicos entonces de oposición, advertía con sagacidad:

—Nunca un ministro se expresó de manera tan rara, anormal y violenta. Si hubiera periodistas de oposición inteligentes...

Y es verdad. Y es que Sánchez Guerra lo ve todo desde su pequeño y turbio prisma.

Aquella frase me trajo á la memoria el sermón de un padre jesuíta que oí en La Coruña. Decía aquel sacerdote de Dios, refiriéndose á los periodistas no católicos (entiéndase por católico, neo, pues yo, bautizado, entraba en el anatema):

—A esos periodistas hay que sitiarlos por hambre.

Y luego:

—Cristo pide sangre. Cristo pide exterminio.

Son cosas, la de ese buen ministro de Dios y la de ese excelente ministro del rey, que sólo es dable oir en España, aquí donde se vive con alma de moro y traje á la europea.

Para esas y parecidas cosas sirvió y sirve la juventud idónea de referencia.

Por lo demás, no recuerdo nada tan cómico como aquella deliciosa entidad.

Un día conseguí cuatro conferencias de á veinticinco duros, pagaderas por Instrucción pública, y agarradas á Esteban Collantes. Las darían sendos mozalbetes, y su producto serviría para enjugar el déficit que veníamos padeciendo. Se dieron las conferencias ante ocho espectadores justos. Uno de aquellos idóneos cobró sus ochavos y no los entregó á la Sociedad. En la Casa del Pueblo no suceden nunca estas cosas. Pero entre estos señoritingos idóneos puede escurrirse tal suceso.

Quiso una vez la directiva tener profesor de armas. Nadie servía entre aquella mocedad para el caso. Hubo socio á quien le daban colapsos viendo las espadas, y otros decían al contemplar los sables:

—¡Ay, qué horror, Jesús!

Empero, se molestó al maestro durante algún tiempo. Y el maestro, harto de que no le pagaran, se resarció justificadamente llevándose la máquina de escribir.

Tal era y debe ser la tal Juventud, es decir, la tal decrepitud.

Hace tres años ya que dimití. No se me admitió la dimisión durante muchos meses. Al fin, Llasera, á quien deseo de buena fe las mejores venturas, se me acercó para decirme con esa su dulce y capciosa amabilidad:

—¿Te sirve para algo ser presidente de la Juventud Conservadora?

—De tanto como podría servirme una dolencia renal.

—Entonces me quedaré yo y la presidiré. A mí eso me conviene. Ya sé que está muerta, pero da postín. Estamos en vísperas de subir al Poder y hay que despabilarse.

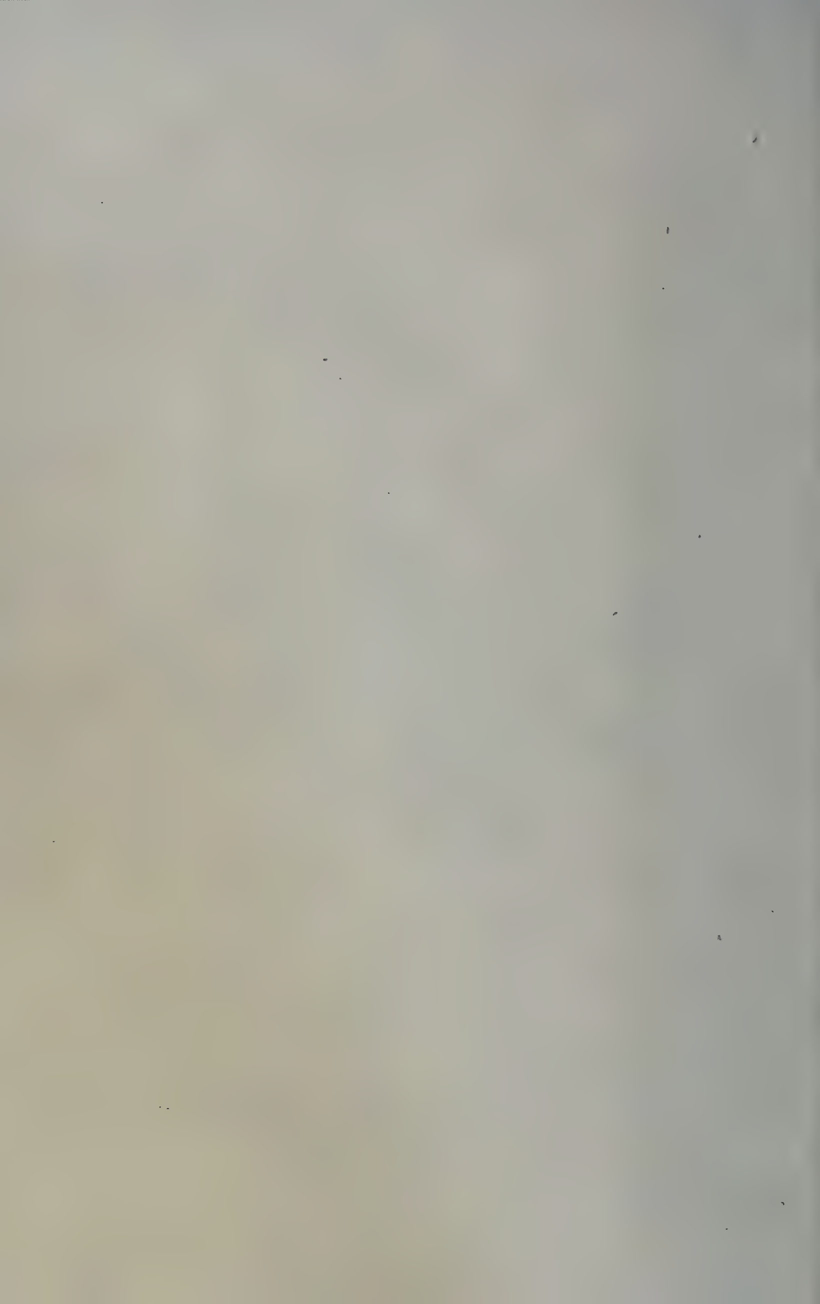
He visto luego que esos jóvenes (algunos ya se atusan canas) lisonjean á Quejana y le tributan ofrendas al idoneísmo como núbiles sacerdotisas de un culto fofo y llegón.

Así seáis todos ministros.



A la redacción de la
Parlamentaria — recién
nacido y ya temido pero
[illegible] que se sale con bastante
[illegible] y que no [illegible]
[illegible] de la concepción

[illegible]



## XX

## «EL PARLAMENTARIO» LO FUNDÓ SÁNCHEZ GUERRA

### Introito.

Alcanzamos ya un punto de suma transcendencia. Y al llegar á él me envuelvo en una serenidad firmísima, tan firme ó más como la que vengo observando para no cometer error alguno de pensamiento, por nimio que sea.

Insisto en que no hago una campaña personal contra nadie. Describo mis aventuras, pinto el ambiente, descubro la farsa, y todo ello para contribuir al destronamiento de esos oligarcas que ocupan el Poder y que son obstáculo del progreso español.

Ya demostraré que le tengo cariño á Sánchez Guerra, y que le estoy agradecido de un modo paradójico, y como un viceversa genial. ¿Os reís? Esperad, que el lance es muy serio.

Repito, pues, que mi obra no es personalista,

sino nacionalista. Desde mi modesto baluarte yo quiero demoler el idoneísmo en particular y la vesania oligárquica en general.

Pero sigamos, que no es cosa de filosofía sino de realismo lo que traemos entre manos.

### Mi hastío.

Yo no podía tolerar la situación extraña en que vivía, el relegamiento de que era objeto. Un día me sacudí y me lancé. Sabía que el ministro asistiría por la tarde á la plantación de unos pinos en el Cerro de los Angeles—pinos que no arraigaron, como es natural—y entré en su despacho, aun á trueque de enojar á su excelencia.

—Señor ministro—le dije—. ¿Quiere usted llevarme en su automóvil á esa plantación?

—Bien. Esté en casa de Gálvez Cañero á las cuatro en punto.

### Camino de Getafe.

Lo recuerdo como si lo viera. Ya cerca de Getafe le dije al ministro:

—Una pregunta. ¿La puedo hacer sin escrúpulo?

—Hágala.

—¿Cómo le sería á usted más útil, ahí en Go-

bernación, aburrido, estéril, ó fundando un periódico que defendiera la situación conservadora y que serviría de contén á sus adversarios?

Sánchez Guerra no vaciló:

—No es dable elegir. Al frente del periódico.

—Entonces—dije—, yo solo, sin el auxilio de aquellos señores que iban á ayudarme en *La Raza*, me atreveré. Tengo algunos miles de pesetas heredados de mis padres, y los emplearé todos en esa obra.

—¿Cómo se titulará ese periódico?—interrogó Sánchez Guerra?

—*El Parlamentario.*

—Bien. Pero despídase de sus miles de pesetas. La obra es atrevida y difícil.

—Desde mañana mismo—añadí—me dedicaré á la labor de propaganda y de iniciación. ¿Me da usted permiso para no ir al Ministerio sino por la mañana?

—Concedido.

No hablamos más. Tampoco hacía falta. Yo le era más útil, según su respuesta, fundando aquel periódico que continuando en Gobernación. Él, que quiso fundar *La Raza*, autorizaba *El Parlamentario.*

¿Para qué más? Todo estaba dicho. Entre personas correctas no se precisan contratos. ¿Le ayudaría yo con toda el alma? De esperar era que no me abandonase cruelmente.

### El esfuerzo.

Hay que darse cuenta de lo que significa fundar un diario en Madrid sin otros elementos que el esfuerzo personal de un hombre.

Se dijo que yo estaba loco. Otros se figuraban que Sánchez Guerra me volcaba en el bolsillo todos los fondos secretos. Se comentó, se rumoreó. El gesto había sido realmente inaudito. Era la vez primera en que un periódico salía á luz sin otra energía que la energía individual de un literato.

Yo mismo estoy absorto de que *El Parlamentario* viva.

Claro que me ha costado sangre de mis venas, trozos de mi alma, desengaños épicos, tirones de honra. Le tengo un cariño inmenso, un amor infinito de padre. Mas yo asevero que, si este periódico, hoy puesto en vanguardia del renacimiento español, no pudiera vivir con licitud, lo mataría. Llegaría, por mi honor de ciudadano, al parricidio. Mas no se puede rendir como tributo á una idea, ni á una teoría, ni á un concepto, ni á una divinidad.

### La responsabilidad de Sánchez Guerra.

Sánchez Guerra es el responsable moral de todos mis errores y de todas mis culpas.

Primero, captándome alevosamente, desencauzándome de mi vida, que es la anterior al 13, y la de ahora, la renacida, la santa esposa reconquistada. Y segundo, autorizando con su alegría y estímulo la fundación de *El Parlamentario.*

El daño que moralmente me ha hecho á mí Sánchez Guerra no tiene pareja en las relaciones humanas.

¿Por qué me captó para abandonarme?

¿Por qué me animó á fundar empresas periodísticas, para desdeñarlas después, y aun perseguirlas? ¿Qué misterio espiritual encierra el caso? ¿Qué aberración? ¿Qué depravación espiritual? ¿Qué canibalismo?

Yo era en el año 13 lo que soy en el 17: un escritor honrado, sin ligámenes ni prejuicios bastardos. De estos cuatro años de error, Sánchez Guerra es el responsable. Él, con su perfidia, con su espíritu demoledor y corruptor, con su ingratitud. Él, autor de todos mis yerros, inductor, autor moral...

¡Y aún se atreve á denostarme, á injuriarme! ¡Y aún tuvo el cinismo de ofenderme desde su guarida!

Pero ya me dará estrecha cuenta de sus agravios personales. Las violencias contra el periodista se las perdono y hasta se las agradezco. Las violencias contra el caballero no puedo olvidarlas.

### ¿Pruebas?

¿Queréis pruebas de que *El Parlamentario* se fundó con el consentimiento y el estímulo de Sánchez Guerra?

Pocos días antes de salir su primer número, le pedí al ministro un retrato con dedicatoria, que yo colocaría en la Redacción, y que aún conservo en su sitio, pues carezco de odios chiquitos, y no hago como los novios cuando se canjean los rehenes fotográficos y epistolares.

Sánchez Guerra cogió un retrato suyo y escribió: «Para la Redacción de *El Parlamentario*, nonnato y ya temido periódico, que si sale con barbas será de Antón, y si no, no pasará de la Concepción.—*Sánchez Guerra.*»

Gálvez Cañero tenía los boletines de suscripción de *El Parlamentario* en su mesa oficial, y los iba colocando entre los aspirantes á beneficios y mercedes, con asiduidad grata. Sólo Quejana, en la sombra, minúsculo, envenenado, tétrico, me miraba con odio creciente. Ni se suscribió siquiera. Me hizo la ofensa personal de negarse á leer el diario. Sus celos contra mí, su envidia contra mí, habían llegado á no disimular siquiera.

Pero yo estaba encantado. Metía todo mi dinero, toda mi alma, todo mi corazón, en una empresa que serviría á Sánchez Guerra, á Dato,

á los míos. Daba una prueba de gallardía y de abnegación. Quemaba mis naves.

¿Quién hizo más por un partido, por unos hombres? ¿Qué servicios de otros son comparables? ¿Qué lealtad?

Luego veréis cómo fuí recompensado. Mas ahora lo que me interesa es dejar probado hasta la saciedad que Sánchez Guerra no puede zafarse de ser responsable moral de mi periódico, como no puede evadirse de haber perturbado mi vida.



## XXI

## ME BATI POR EL TIRANO

Fundado *El Parlamentario* bajo los auspicios y consejo de Sánchez Guerra, me propuse, como era natural, serle útil y ayudarle en su obra.

No ha existido un caso de lealtad más abnegada ni más perseverante que la mía en relación con el idoneísmo. Desencauzado de mi vida independiente y de mi ambiente intelectual, sabiéndome caído en la farándula, ya no podía retornar al camino anterior. ¿Quién creería en un arrepentimiento súbito y absurdo? ¿No sería tomado por un veletero, por un alma errabunda, por un zascandil, sin orientación ni pauta?

Me propuse vivir siempre entre esa gente, sirviéndola con todo fervor. Cuatro años, que fueron cuatro siglos, duró mi cautiverio. Y ha sido preciso todo lo que vimos y vemos para que estallara mi corazón, abierto á la dulce aurora patria que nuestros ojos contemplan, y huyera

de la sima en que había ido á parar, maltrecho é inadaptable.

Ya iréis viendo el proceso psicológico é iréis saturándoos de este drama espiritual que se llama mi captación y mi renacimiento.

Pero, sigamcs.

A los contados días de aparecer *El Parlamentario*, y como *La Tribuna* viniera haciendo una campaña estridente contra Sánchez Guerra, habiendo publicado, entre otras cosas, la fotografía de una cena, en la que aparecían Maura y Sánchez Guerra, en la misma postura en que aparecieron Jesús y Judas horas antes de ser preso el Redentor, incurrí en la majadería de servir al ministro con arrogancia en vez de socaliñarlo cucamente.

No quiero ahora, como es natural, aludir siquiera al asunto que motiva esta crónica. Sería reiterar una contienda que ha sido, por dos veces, rubricada sangrientamente.

Lo que sí digo es que el artículo publicado acerca del director de *La Tribuna* y que motivó dos lances personales, no fué un artículo ingenuamente improvisado, ni alocadamente escrito. Antes de insertarlo en las columnas de mi periódico, y como yo no quería comprometer á su excelencia con actitudes que pudieran molestarle (que á veces tanto agravia á los ministros el aplauso tributado á su enemigo como la censura dirigida al adversario), acudí á Sánchez Guerra,

y le consulté la crónica aludida, no publicándola, pues, hasta saber que contaba con su beneplácito.

Aquella información fué replicada con palabras agresivas. Hube de responder como hacen los hombres de honor... cuando los hombres de honor se consideran obligados á dirimir sus reyertas por el procedimiento del duelo, que no es todo el procedimiento, aunque tampoco deja de ser improcedente.

Cánovas y yo nos batimos. Cánovas resultó herido en una mejilla. Poco después volvíamos á batirnos, recibiendo yo una herida larga en la faz.

No es que pretenda ahora sacar á luz esta cuenta de sangre que tengo con el ministro de la Gobernación. Pero sí evidencia su temperamental ingratitud el hecho de no haberse interesado por aquellos lances, haber fingido que los ignoraba, no haberse dado por aludido, haberlos contemplado fría y desdeñosamente, siendo él la causa única de tales sucesos, y habiéndolos autorizado con su aquiescencia directa y personal.

Claro está que estos lances me han escarmentado para siempre. Ya no me batiré nunca sino por un ideal. Jamás por unas vísceras humanas. Yo no volveré nunca á tener jefe. Tendré jefes espirituales, cambiables á cada minuto, según las circunstancias políticas, si es que los tengo. Simpatizaré con programas, con aspectos. Mi

devoción es hoy Cambó. No por Cambó, sino por Cataluña; porque Cataluña, patria de mi padre, es europea, es fabril, es agraria, es comercial, es culta, es ciudadana, es libre, porque en Cataluña son las corridas de toros una excrecencia y no una raíz; porque Cataluña mira al mar y mira á otros países; porque Cataluña es foral y autonomista y quiere ser españolamente catalana y no oligárquicamente española; porque Cataluña es hoy la sede del redentorismo ibérico, y la agitada y preocupada tierra del pensamiento y de la energía; porque en Cataluña no osa poner su abyecta planta el cacique; porque es madre de Verdaguer, de Maragall, de Prat; porque me es grato hasta ese duro acento que satirizara Camba y con el cual se expresaron los legisladores del Consulado y los Ciento.

No tengo ni tendré jefes. No quiero esclavitudes morales, ni pactos económicos. Tengo derecho á ejercer mi mayoría de edad libérrimamente. Carezco de otro amo que España. La veo y la siento á mi manera, vuelta á su libertad, plena de democracia, extirpadas en ella las oligarquías, incorporada al mundo. Si coincido con un hombre superior á mí en inteligencia y en organización, aceptaré su consejo; pero nunca le entregaré mi alma, porque ella es la propiedad más noble de que gozo. Pelearé sin tregua, aislado ó en muchedumbre, entre aplausos ó perseguido, más viril aún de lo que fuí, más

experto y consciente. Todo el resto de mi vida será un holocausto al deber y un tributo de felicidad al temperamento. La cárcel ó el millón serán aspectos de un camino rectilíneo. Ganaré dinero, mucho dinero, más tarde, cuando quiera. Y ese dinero, al que acaso rehuse por ingénita falta de avaricia, lo gastaré en empresas enérgicas y no en vicios, porque sólo tengo el vicio de amar y de crear.

Me siento modestamente, humildemente bien hallado. Mis nervios ya están en sosiego. Mis músculos ya guardan reposo. Sobre mi espíritu no existe la giba idónea. Quiero amigos; pero no quiero tiranos. Sea España, esta ruin España, tan caduca, mi único déspota. Viva yo calentando sus ruinas y abriendo el trocito de zanja cimentadora que me ha correspondido cavar. Llégueme el sol de Castilla para iluminar un rostro honrado y séame propicia la conciencia, esa esposa tan blanca y tan noble con la que yacemos los machos del espíritu.

Y ahora, para rematar esta crónica, un consejo á los arrivistas oligárquicos.

Si os ponéis al servicio de un jefecillo político, nunca os entreguéis. No riñáis por él, no os batáis por él. Aduladlo únicamente. Servidlo en sus concupiscencias, pero sin dar el corazón. Es ese un regalo que no estima. Al contrario. Al saber que tenéis corazón, temerá de vosotros y se pondrá en guardia.

Convencedlo de que estáis desalmados, y de que le servís por conveniencia, porque sólo la conveniencia os unirá al oligarca. Si llegáis á lo genial, advertirle sagazmente de que late en vosotros una traición sofocable, en todo instante, por dinero ó por mercedes. Que nunca os crea ingenuos, pasionales, románticos. Le infundiréis pavor.

Sed lentos, viscosos, tácitos. Andad en puntillas. No tengáis exclamaciones, ni emitáis juicios. Sonreid con finura. Tragad con pulcritud. Servid sin entusiasmo.

Con esa fórmula, cuyo secreto arranqué dejando mi sangre en el camino, llegaréis al éxito de la hiedra. Si tenéis siquiera el prurito de ser árboles se os talará.

Lo dice un tronco podado y seco, en el que empiezan á brotar de nuevo las flores vistosas de su intelectual selvatismo.

## XXII

## DE CÓMO CAÍ EN DESGRACIA

**Prado y Sánchez.**

He dicho en un capítulo anterior que Sánchez Guerra detestaba á Prado y Palacio.

Dos gérmenes encuentro en aquella antipatía.

Uno ya lo expliqué. A Sánchez Guerra, que es un dominador, un exclusivista, un tirannelo, encantábale tener en su redor á esclavos y gentecilla pazguata. Y aquel orondo y elegantón subsecretario, limpio, sanote, oliente á perfumes desconocidos por la burda pituitaria ministerial, vestido por el mejor sastre de la corte, socio del Nuevo Club, caballero de Santiago ó Calatrava, con sus habanos exornados áureamente, con sus límpidos quevedos fulgurantes, con su prestancia de rico andaluz, con una educación esmerada y unas formidables joyas, corntituía un insulto para la palurda altivez del jefezuelo.

Tal era el primer germen de la inquina que Sánchez Martínez cultivaba contra el subsecretario.

Pero había otro germen: Quejana.

El Sr. Sáenz de Quejana á quien el *El Dominó Negro* acusó públicamente, cuyo nombre apareció, más ó menos justificadamente, envuelto en una redada notarial inaudita, al que el señor Moncó, en carta que inserté en *El Parlamentario* recientemente, vuelve á acusar, aspiraba á la Subsecretaría, y era todo su regodeo heredar á Prado y Palacio.

Yo, claro está, no me hice, ni debo hacerme, solidario de aquellas acusaciones. Carezco de pruebas materiales. Poseo, sí, copia fotográfica del depósito que un individuo realizó en favor del Sr. Quejana y Toro, y cartas importantes. Se me han enviado anónimos referentes al mismo personaje idóneo. Pero esto no me interesa ahora.

Lo que me interesa hoy es poner de relieve el apetito de Subsecretaría que devoraba al señor Quejana y Toro, hombre sin ciencia ni arte, verdadera ratita política, ejemplo y síntesis de la pequeña oligarquía gobernante, ni abogado, ni productor, ni estudioso, ni otra cosa que un llegoncete vulgar, cuando no un caso lamentabilísimo de toda enjundia quevedesca.

Desde la Dirección de Administración soñaba con la Subsecretaría. ¡El automóvil oficial! ¡El

empingorotamiento! ¡La influencia! Llegar al Casino descendiendo del coche galoneado. Pavonearse. Tener en sus manos resortes de gobierno. Vengar agravios, repartir beneficios, dar el salto, pasar de una penumbra árida é inconfortable al rango casi ministerial. Recibir á los periodistas. Ser ministro en vacaciones del jefe. Gozar del teléfono privadísimo y casi religioso que sólo tocan dedos ungidos. ¡Llegar!

Y así Quejana iba royendo los cimientos de Prado y Palacio (D. José), con la contumacia eficacísima de un ratoncito vivaracho.

## Ser de Prado ó de Sánchez.

No creáis nunca, incipientes, en la lealtad ni la amistad de los hombres públicos. Cuanto más amartelados los veáis, consideradlos menos amigos. La traición es una necesidad política. La mentira es un arma imprescindible.

¿Oís? Discuten en el Congreso. Vedlos á la salida, abrazados en el pasillo. ¿Escucháis sus frases de cariño? Vedlos en la intimidad, odiándose, persiguiéndose.

Cuando fundé *El Parlamentario*, yo ignoraba estas cosas. Suponía que entre Sánchez Guerra, Prado y Quejana, triángulo ó trípode del Ministerio de la Gobernación, existirían comunidad de pensamientos é identificación de ideales. Por

eso me puse al servicio de los tres con ecuanimidad. Nunca lo hubiera hecho: Sánchez Guerra, que deseaba arrojar de sí al subsecretario, hallaba casi infames mis visitas á la Subsecretaría. Quejana espiaba mis actos, mis palabras, hasta mis sonrisas.

¡Ah! Yo no era el incondicional. Yo era un hombre absurdo y hasta incivil que, ó no había recelado el abismo existente ante aquellos hombres, ó se sentía apartado de tan menuda tragedia por desdén injurioso y esquivo apartamiento inconcebible.

En mí no se podía confiar. A mí no se me otorgarían confidencias. Veo á Quejana entrar en el despacho del jefe y decirle:

—Supongo, señor ministro, que no se entregará usted á ese muchacho. Carece de sentido político. Nos dará un disgusto cualquier día.

## Soy de Prado.

Sin yo saberlo, caí del lado pradista. A haber calculado toda la ridícula, pero efectiva transcendencia del suceso, lo habría meditado bien. Pero, ¿qué sabe un literato metido á politicastro, un ingenuo metido á oligarquilla, de estas menudencias tan banales y tan arduas á la vez?

Así como en Sánchez Guerra veía á un hom-

bre hosco y sin cordialidad, y en Quejana á un traidorzuelo solapado, veía en el otro á un hombre de alma clara y de sentimientos jugosa y latinamente limpios.

Sánchez era el cacique bilioso. Quejana el gatejo escondido. Prado el colega simpático y benévolo que os recibe con una sonrisa y un estrujón de manos, oliente á juventud material y moral, lector de obras literarias, coleccionista de antigüedades, recorredor de Europa, amante de la Industria, gastoso, alegre, pimpante. Sánchez era el invierno gélido, rencoroso, taciturno. Quejana un otoñillo amarillento. Prado un espléndido verano, pleno de sol y de madurez, playero y serrano, con toda su energía y su simpatía. Cuando salió á la calle el primer número de *El Parlamentario* fuí á Gobernación como chicuelo con zapatos nuevos. Sánchez Guerra miró el número, aparentando hacerse de nuevas.

—Bien—dijo, seca y hasta lúgubremente.

Quejana no quiso recibirme, eludió el recibirme. Parecía una comadreja escondida y taimada, celosa de un gavilán.

Prado estaba apoyado en el balcón de su despacho oficial cuando entré. Al verme interrumpió su charla, y vino á mí como un compañero, para estrecharme entre sus brazos hercúleos:

—¡Luisito!—exclamó, lleno de alborozo—. ¡Ya salió nuestro querido periodiquín! Un abrazo, que bien se lo merece.

Y sonreía toda aquella ingenua y noble figura, con placer espiritual y con alegría radiante.

Después, íntimo, añadió, en voz queda:

—Estará usted perdiendo un dineral...

—¡Figúrese!

—Ya hablaremos. Venga mañana por aquí, temprano.

Un cachete en el hombro y un cariñoso abur.

Salí de allí como premiado, comprendido, estimulado hidalgamente. Quejana se tropezó conmigo y me avizoró, avieso.

Yo no sabía que existía el pradismo. Yo creí que todos eran conservadores. Yo ignoraba que había entrado en el pradismo. Yo no podía suponer que había caído en desgracia, y que, desde aquel día, lo que fué abandono é ingratitud se trocaría en persecución, en una persecución solapada primero, externa después, violenta más tarde, bárbara por fin, y ella cultivada en el cerebro prehistórico de un cacique por el veneno del Sr. Quejana.

Esta es la política. Así se hace la política. ¡Qué de sutilidades tiene! ¡Qué de recovecos!

No. No la cultivaré jamás. No cultivaré jamás esa política.

Yo no seguiré más política que la política del corazón, la del pueblo, la santa y única política.

Quiero morir despanzurrado por el coche ofi-

cial de Quejana. Hasta mis tripas se reirán del minúsculo. Cuando él también venga á unírseme, ¿qué nombre quedará en el recuerdo de las gentes honradas? ¿Quién habrá hecho algo por el Arte?

Usted, Quejanilla, podrá haber sido mi tenia, pero nunca me asesinará el cerebro. Trabaja usted en el intestino.



## XXIII

## LA CODORNIZ SINTOMÁTICA

**Al día siguiente.**

Al día siguiente acudí, puntual, á la cita del Sr. Prado y Palacio.

—Bien—dijo al verme—. Usted está despilfarrando su dinero. Ya es bastante que despilfarre su alma sirviendo al partido. Deseo ayudarle á usted. ¿Cómo?

—¿Quiere usted—respondí—ser copropietario del periódico? Sería de ambos por mitades. Usted llevaría la inspiración y la gestión administrativa delegada en quien determinase.

Prado y Palacio se puso muy alegre:

—Eso lo hacemos ahora mismo—replicó jubiloso—. Vuelva á la una é iremos á la Notaría.

Prado es un hombre á la europea. No resulta bien comprendido entre nosotros. Se le supone demasiado repentista, un poco frívolo, enemigo del método. Y es que aquí sólo se concibe al bu·

rócrata. Prado es un generador, un audaz. Ha creado grandes explotaciones agrícolas y grandes empresas industriales. Alcalde, no es un covachuelista ramplón y meticuloso apegado á la rutina, sino un hombre de iniciativas yanquis aherrojado en un ambiente nimio y canalla.

Ha lanzado originales ideas y ha querido realizar transcendentales mejoras. Se le ha satirizado por eso. Yo no digo que sea un espíritu genial, ni que tenga cualidades eximias de taumaturgo. Pero al lado de la vacua estulticia que suele ser hierro de la ganadería idónea, Prado y Palacio es una cumbre.

Volví á la Subsecretaría. Ya estaba mi hombre con el gabán puesto. Llegamos acompañados por Manuel Bueno á la Notaría de Martínez Nacarino. Y allí se redactó la escritura.

## Tuvo á Creso cautivo.

Si yo fuera un luchador del oro en vez de ser un luchador del espíritu, sería ya millonario. La fortuna de Prado y Palacio hubiera sido trasegada en parte á mis exhaustas odres. Ejemplos hay de ello entre otros hombres de semejantes características.

Yo tuve á un multimillonario asido por la patita. Y lejos de lucrarme con ello, cuando Prado y Palacio renunció á su copropiedad, me hice

cargo, ¡yo!, de las deudas que el periódico tenía.

Ante el notario Sr. Nacarino hicimos Prado y este formidable capitalista una escritura verdaderamente satisfactoria por mí. Ambos éramos, por partes iguales, dueños de *El Parlamentario.* Y ambos contribuiríamos á sostenerlo, «según nuestra posición social y económica».

Si este iluso hubiera sido un hombre de presa, Prado lamentaría ahora la pérdida de medio millón. Llevando personal mío la Administración del diario (pues D. José no quiso nombrar á gente suya), pude siquiera señalarme un sueldo pingüe. Bandido, la socaliña hubiera sido incesante y copiosa. Al menos, cuando Prado se inhibió del asunto me fué muy factible no dejarle marchar sin el previo desembolso de rotundas cuentas.

Pero yo no he nacido para financiero. Diez mil pesetas debía el periódico cuando mi opulento consocio se alejó. Y esas 10.000 pesetas que debimos abonar, «según nuestra posición social y económica», cayeron sobre mis costillas flacas.

Este ha sido mi comportamiento con los idóneos.

Por lo demás, y cuando el diario *España*, que fundó Troyano, devoró 60.000 duros conservadores en menos que se dice, Prado gastó alrededor de 7.000. Yo gasté cerca de 2.000.

¡Yo, que ponía cerebro y corazón, y todos los recursos de mi trabajo!

Una vez pasó Creso por mi lado. Lo dejé marchar, y aún le he sido financieramente útil.

Hay quien le llama á esto inhabilidad. Yo le llamo honor. Y no cambio el orgullo de poder hacer ahora estas confesiones por todo el dinero del mundo.

### El odio ajeno

Enterado Sánchez Guerra de aquéllo, su sonrisa trocóse en mueca huraña, sus promesas en desdenes, su nunca firme, pero simulada amistad, en rencor.

El periódico sería datista y no sanchezguerrista. Prado y Palacio, á quien aborrecía íntimamente y del que anhelaba desprenderse, llevaría la inspiración del diario. No era aquello lo codiciado.

Y empecé á sentir sobre mi espíritu el peso del odio.

### El insomnio y la neurastenia.

Nunca ha vivido un hombre en tensión igual. Había empleado parte de mi breve herencia.

Prado no señaló nunca una cifra clara. Cuando hacía falta dinero lo daba, mas era forzoso seguir su prócer estela por Madrid á fin de alcanzarlo. Se hacía un derroche de papel inmenso. Se tiraron varios números de ocho planas y se repartieron gratis 50.000 ejemplares por Madrid. Sánchez Guerra me acechaba con antipatía creciente. Quejanilla empezó á mostrarse hasta grosero.

Todos los días:

—D. Luis, que hay pendientes 3.000 pesetas á la Papelera.

—¿Sabe usted, D. Luis, que mañana debe pagarse la imprenta?

—Estamos sin un céntimo.

—Ayer se gastaron 500 pesetas en cordel y engrudo.

—No llega dinero de provincias.

—Temo que el capataz...

Recordaré aquellos meses como una pesadilla. Me acostaba á las cinco de la madrugada, hecho el periódico, pues salíamos matutinos. Era ya verano, y un vecino poseía cierta codorniz charlatana y obsesionante, que no me dejaba reposar.

Ya en la cama, y mientras los pagos, las deudas, las letras, Sánchez y Prado bailaban en mi cerebro la más alucinante zarabanda, el animalito no dejaba de perorar.

¡Pálpala!... ¡Pálpala!... ¡Pálpala!...

Creo que daba cinco golpes. Su locuacidad apenas era intermitente. Yo la oía hasta las diez, las once, las doce de la mañana. Me he levantado algunos días sin haber dormido un solo minuto, con un clavo en el cerebro, pitarrosos los ojos, enflaquecido, macilento.

Y no, no era la codorniz. ¡Pobre avecilla prisionera y hermana! Era que me veía náufrago en la vida, navegando en el proceloso mar idóneo, en ese plúmbeo mar donde no existen ni la cordialidad ni la gratitud, y ni otra tabla salvadora que un millonario fastuoso cuya deserción súbita yo esperaba todos los días y todos los minutos.

¡Horrible etapa la de mi idoneísmo!

No volvería á vivirla por nada ni por nadie. Dar oro á los ricos; laboriosidad á los ineptos; romanticismo á los egoístas; perder gran parte del escaso caudal familiar; vivir estrechamente, con apuros diarios; ir enzarzando la independencia, la dignidad, entre abrojos; servir á unos hombres sin gratitud ni estímulo; perder el sueño, la alegría, la juventud, la salud espiritual, moral y aun física...

¡Idóneos, idóneos!

Nunca, nunca más servir á señor que se me pueda morir.

Siempre lo que no muere nunca: el ideal y la Patria, aquello que es incorpóreo y eterno.

## XXIV

## EL BAUTIZO PARLAMENTARIO

### Los gobernadores.

Prado y Palacio tuvo un gesto. Envió á los cuarenta y nueve gobernadores civiles de España una carta circular, en la que se les rogaba hicieran propaganda en favor de *El Parlamentario.*

¿Es reprobable el hecho? Creo que no. Era un periódico afecto, nacido cordial y aun románticamente. Defendía á los conservadores. ¿No tendrían esos conservadores una cierta obligación de conocerlo y difundirlo?

Ni presión, ni amenaza. Simplemente el ruego.

Sánchez Guerra, como es natural, no intervino en aquella propaganda. Me había alentado para que fundase el diario, pero ya lo detestaba. ¡Era—creía él—un periódico enemigo, pradista!

### En el escaño.

A poco de abrirse el Parlamento, y cuando yo no tenía aún caliente mi escaño rojo, he aquí que una tarde me veo lanzado en pleno gran suceso.

Niceto Alcalá Zamora habíase levantado para hablar. Y entre incidencias más ó menos oportunas, había soltado esta especie:

—Su señoría, Sr. Sánchez Guerra, ha convertido á los gobernadores civiles en propagandistas y agentes de recaudación de cierto periódico nuevo.

El conde de la Mortera, que había recogido en Santander una carta del gobernador civil, y que había puesto en antecedentes al Sr. Alcalá Zamora, asentía desde su diván.

Se hizo una intensa expectación. Palidecí ligeramente. ¡Ea! Yo, que no pensaba decir oste ni moste en el Congreso, iba á verme en calidad de protagonista escandaloso.

Cuando se levantó Sánchez Guerra pensé que con sólo decir la verdad, aquello se aclararía noble y justificadamente.

No él, sino el subsecretario, habíase dirigido á los gobernadores, no como autoridades, sino como correligionarios y amigos, para suplicarles la lícita propaganda de un periódico afecto. ¿Había en ello algún mal?

Pero Sánchez Guerra se deja llevar siempre por la pasión. Y en vez de esclarecer el asunto, lo que hizo fué negar su cooperación y su ayuda al periódico, empleando palabras desdeñosas y ostentando un gesto de menosprecio áspero é hirsuto.

—¡Eso es una calumnia!—exclamó—. Yo nada tengo que ver con *El Parlamentario.*

Y como entonces arreciara en sus ataques el Sr. Alcalá Zamora, para reforzar al ministro, para apoyar al ministro, solté aquella horrenda frase que por poco me cuesta la vida, pues no se vió nunca á la Medusa parlamentaria tan airada é imponente:

—Eso es una vil calumnia.

Jamás se ha visto al Congreso tan indignado. Mucho más que cuando se perdieron las colonias.

Eran cientos de manos alzadas; cientos de gargantas clamantes; cientos de ojos fulmíneos; cientos de lobos cercadores:

—¡Fuera!

—¡Una explicación!

—¡Intolerable!

Póngase cualquiera en mi caso, y considere su situación. Casi la vez primera en que se sienta uno en el Congreso... Verse objeto de la atención indignada de media Cámara. Ignoro cómo no me acolapsé. D. Martín Rosales movía su larga barba, cual si el huracán la agitase. El se-

ñor Senante, vuelto contra mí como un oso peludo y devorador, parecía decir:

—¡Inquisición! ¡Fuego! ¡Tortura!

### Actitud traicionera.

Aquel día quiso ya Sánchez Guerra destrozarme para siempre.

Yo había proferido mi frase para beneficio suyo y refuerzo de sus palabras. En realidad, Sánchez Guerra nada había hecho en pro del diario. Alcalá Zamora carecía de razón espiritual y de certeza en su discernimiento del responsable, si es que puede existir responsabilidad en azar tan nimio. Yo hice bien al negar que aquello, desde el punto de vista del ministro, fuera exacto. Sánchez había, en realidad, afirmado lo mismo que yo, y hasta en muy semejantes términos.

Por lo demás, aquel hombre, al que yo servía tan lealmente, y al que apoyaba en aquel instante mismo, debió hacerse cargo del azoramiento natural que habría de dominarme, y de mi inexperiencia parlamentaria absoluta.

Yo esperaba que me amparase; que, con una habilidad oratoria, hiciera pasar la hecatombe cernida sobre mí; al menos, que no echara leña al fuego, ni excitase á los demás contra su amigo.

Aquella tarde vi toda la negrura de un alma. Pálido, airado, tembloroso, volvió á negar que fuera cierta la afirmación de Alcalá Zamora. No tuvo para mí ni un gesto indulgente, ni una súplica de olvido, ni una disculpa siquiera.

Al contrario. Aún suenan aquellas palabras egoístas y trágicas en mi oído:

—Ni *El Parlamentario* ni el Sr. Antón del Olmet tienen nada que ver con el ministro de la Gobernación. Por lo demás, la frase inoportuna é impertinente que ese señor ha pronunciado...

Era una puñalada al caído; un trallazo en la faz del hombre que parece ir á peligrar. ¡Y eso contra quien, si había concitado el furor parlamentario, lo había hecho en prueba de adhesión y lealtad, como un homenaje!

Sentóse luego, y ni siquiera me miró. ¡Ay de los convencidos!

Pero tuve suerte. La actitud de Sánchez Guerra, dejando estupefacto al Congreso, reaccionó en mi favor. ¿Qué significaba aquel inesperado y absurdo abandono? El Sr. González Besada, al invitarme á hablar, puso una nota de moderación y de ecuanimidad en la Cámara. Ya de pie, me zumbaban los oídos. No veía nada ni á nadie. Estaba colorado como en plena congestión. Hablé... Habló el instinto, habló la Providencia misma. Hidalgamente modesto, mis palabras agradaron. Alcalá Zamora dióse por feliz. Yo por venturoso.

Y así zanjé con el Congreso mi primera escaramuza parlamentaria, en la que fuí tundido por meterme en libros de caballería y desfacer entuertos en bien de Sánchez Panza.

### Lo que debí hacer.

Ante aquella inesperada actitud del inductor, ante su egoísmo, ante la evidencia flagrante de su odio, ¿que debí hacer?

Yo debí afirmar que, aunque tenía razón Sánchez Guerra negando verdad á la acusación de Alcalá Zamora, no tenía derecho aquel hombre á arrojarme de su lado con desdén rencoroso. *El Parlamentario*, continuador y heredero de *La Raza*, que apeteció fundar, tuvo su aquiescencia, su beneplácito, su estímulo. Debí pintar ante el Congreso el alma obscura del viejo cacique. Debí retornar á la arrogancia, y haciendo saldo de conciencia ante el país, denostar allí mismo á aquella gente, revelar la traición perpetrada contra Maura, romper mi acta de mal tribuno, de infame cunero, y volver al sagrado refugio de mi independencia y de mis trabajos.

No lo hice. Lejos de eso, olvidé el agravio. Ni lo comenté siquiera. Me había propuesto convivir para siempre con los idóneos, apurar el amargo cáliz de su ingratitud, sumirme en la abyección.

## Sánchez se escuda.

Tan mal efecto produjo la actitud de Sánchez Guerra, que Cierva la comentó duramente:

—No hay derecho—afirmó—. En igual caso, yo me hubiera comportado de muy distinto modo.

Se habló mucho de aquello. La reacción en favor mío fué creciendo.

—¡Qué barbaridad!

—Dejarlo ahí, hecho un guiñapo, cuando si agravió á alguien fué por defenderlo.

—¡Ese Sánchez Guerra!

Y Sánchez Guerra comprendió que se había extralimitado; que su postura le perjudicaba; que lejos de hundirme, me había creado simpatías.

Y entonces, para salvarse de nuevo, y darle á su impudicia sus taparrabos, llamó á los periodistas y les dijo:

—No vayan ustedes á suponer otra cosa. Yo le tengo un grande, un sincero cariño al Sr. Antón del Olmet.



# XXV

## EL FONDO DE REPTILES

### Ayuda exigua.

En pleno desconcierto económico me decidí al cabo, á preguntar:

—¿Determinó usted, señor ministro, la ayuda que piensa dar á *El Parlamentario?*

Para *La Raza* había ofrecido tres mil pesetas mensuales. Contaba aquel periódico con el apoyo de seis potentados. Éste, que vivía más precariamente. ¿qué recibiría?...

—Vea usted á Moreno—replicó su excelencia.

### El fondo de reptiles.

Toda España sabe que existe un fondo de reptiles, pero nadie lo ha descripto aún. Y como se trata de una institución sintomática é interesante, procuraré dibujarlo y definirlo.

Ignoro la cantidad exacta que lo nutre. Sé que asciende á una cifra muy considerable. Esta cantidad, que se cobra mensualmente, y hacia el día 15, es administrada por el ministro de la Gobernación, sin rendimiento alguno de cuentas; y viene á ser el arma de que se vale para comprar conciencias, almas y voluntades peligrosas.

Si ese dinero tuviera alguna utilización policíaca, resultaría acaso provechoso. Pero, no... Siendo ministro el Sr. Barroso suprimióse el gasto que dos agentes realizaban en París vigilando á Pardiñas. Aquella cantidad, bien modesta por cierto, fatigaba al ministro. Pardiñas dejó de ser custodiado. Vino á Madrid y asesinó á Canalejas. El fondo de reptiles se hallaba dedicado á eso, al reptil.

Para caridad se emplea también muy poco. Y para enseñanza, menos.

En realidad, ese fondo no es otra cosa que un síntoma de corrupción asquerosa, útil para vividores y ganapanes, arma de que se vale la vieja política en su obra penumbrosa y artera.

### El sistema empleado.

Cuando alguien aspira á obtener una subvención, suele emplear como sistema la amenaza y aun la injuria y el ataque violento. Días más

tarde, ó el asaltante recibe aviso ó se presenta á pactar.

—Yo quiero dos mil pesetas al mes.

A veces son mil, y quinientas, y menos. Y en otras ocasiones, un solo arrechucho, que se reitera al cabo de los días.

Del fondo de reptiles viven una enormidad de parásitos. Algunos viven bien, elegantes, en carruajes y con habanos. Otros viven á la greña, solfadando fruslerías, víctimas de una miseria terrible y de una anarquía moral trágica. Pero todos viven. Es aquello como esos tanques asépticos que suplen al alcantarillado en las fincas campestres. La atmósfera enrarecida del tanque incuba á unos insectos sutiles que se alimentan del excremento y que mantienen limpio el cuévano hediondo. Unos vuelan con gesto aristocrático. Otros nadan en la podre. Los unos son alados, bonitos. Los otros, negros, nauseabundos. Mas, en realidad, ambos llenan el depósito abdominal con detritus asquerosos, de una domisticidad inmunda.

Era preciso que España supiera estas cosas. Yo alabo á Dios por haberme colocado en ese lugar. Tuve así ocasión de contemplar la escena, pudiendo ahora pintarla en toda su desnudez innoble.

## Filosofía de hedentina.

¿A qué conduce la existencia del fondo reptilesco?

Conduce sencillamente á la desmedulación patria. Sobre ser el cebo que complica al periodismo y á la intelectualidad con el horror político; sobre haber creado una clase social indefinible, que no vive del público, ni ejerce una profesión liberal, sino que vive de los gobiernos, cobrando una tributación deletérea, mantiene, en toda su integridad, y ensanchándolo, nuestro ambiente de injusticia. Aquello es el pudridero patrio.

Que se consigne una cantidad bastante para funciones policíacas secretas, si ello es necesario; pero que caigan toneladas de cloruro sobre el mingitorio de la Puerta del Sol.

Que viva sólo quien tenga derecho á vivir, quien sepa ganar su pan honestamente. Que los gobiernos, para tener plumas y voces, sepan lograrlas por el corazón, y no por el bolsillo.

## Cómo se cobra.

Acordada la subvención por el ministro, acude la garduña junto á D. Emilio Moreno.

D. Emilio Moreno, jefe de la sección de ¡Orden público! y habilitado, es quien paga.

No quiero ahora sino elogiar á este hombre.

Tendrá unos sesenta y cinco años. Su faz es la faz de Maura. El continente mesurado y digno, el aspecto señoril, da la impresión de un chambelán. Es discreto, cuidadoso... Guarda, con una ejemplaridad maravillosa, el secreto de mil políticas.

Su despacho está situado más allá del despacho secretaril, cerca de un recodo. Tiene una mampara verde. Junto á esta mampara hacen guardia gorriones, vencejos y milanos, hacia los días 15.

Otras veces satisface sus óbolos en el entresuelo, tras un mostrador simbólico.

Siempre aparece serio, enojado, fatigado, como si el espectáculo le venciera y le anonadara.

—¿Hay algo, D. Emilio?

—Sí. Tengo la orden.

El cóndor firma un recibo y cobra.

—Gracias, D. Emilio.

—De nada.

Y el gerifalte emerge con la faz muy seria, haciéndose el distraído. Y al llegar á la calle y ver á una ciudad de imbéciles que trabaja y se desazona para ganar el pan, ¡cómo se reirá de los otros, mientras abarrotan su cartera aquellos billetes cuya procedencia ignora el distraído transeunte!

**Mi caso.**

Mi contagio duró poco, y fué minúsculo. Y si tuve que claudicar, fué porque el ambiente me arrastró hacia el vertedero con la fuerza de lo irremediable.

¿Cómo resistir una competencia imposible?

Situad á dos tiendas, á dos talleres, á dos plantaciones frente á frente. La una vive del sol y de la tierra, sin otro auxilio que el trabajo de su dueño. La otra recibe, 1.000, 2.000, 5.000 pesetas mensuales. ¿Cuál sucumbirá primero? ¿Qué justicia es esa? ¿Cómo no sentirse atraído hasta el puchero, si el puchero colma á los demás.

No. Es preciso que esto cese. Vayamos á una lucha en el público, sólo en el público, con independencia y dignidad, ejerciendo nuestra santa profesión, profesión maravillosa que tiene algo de sacerdotal y de militar, y de apostolado y de poesía. No caigamos en el charco cuando tenemos origen tan alto y somos tan limpios. Cese la corrupción. Entreguemos nuestra alma y nuestra pluma á la patria y al deber, y no la troquemos en ganzúa. Vivamos libres y conscientes, procurando nuestros ingresos de una manera lícita y decorosa, según los medios que la Naturaleza, la cooperación, la amistad, nos faciliten; pero nunca contrariando el ideal; y menos enga-

ñando á nuestros connacionales de manera solapada, sin personalidad en el acervo político, corifeos de una mala causa.

Pidamos, hasta por estética, la desaparición del fondo de reptiles.

Vivan sólo aquellos que España alimenta porque tienen ingenio, porque tienen amor, porque tienen laboriosidad. No caigamos en el tanque aséptico. Ciérrese el gran lupanar. Seamos libres. Vivamos una vida propia, y no estraguemos el buen gusto metiendo, ¡nosotros!, el hocico grasante y glotón en la bazofia que nos arrojan.



## XXVI

## UN DIPUTADO DE LA MAYORIA

Todo está podrido. Todo es carcoma. Nada existe de sincero en los viejos partidos oligárquicos. Analizad este síntoma, y opinad después.

Ya en funciones el Parlamento, dió el Gobierno su habitual proyecto de ley, fijando el número de soldados y de marineros que habría en filas durante el año futuro. Fuí nombrado miembro de aquella Comisión. No quiero dar el nombre de su presidente. Nos reunimos... Charlamos... No se acordó nada. Pocos días antes de ponerse el proyecto á discusión, habló el presidente en los siguientes términos:

—Nougués ha pedido la palabra en contra. Yo no puedo contestarle. Durante la etapa liberal combatí un proyecto del que este es casi entera reproducción. Ahora estoy en el caso de afirmar todo lo contrario de lo que dije. Si Nou-

gués leyera mi discurso me aplastaría. Usted, que es medio militar, ¿quiere hacerse cargo de la réplica?

Acepté, en efecto. Me parecía, á pesar de lo escuchado, que todo aquello era una cosa muy seria. Leí presupuestos, informes... Interrogué á militares amigos... Preparé un estudio somero... Anduve preocupado, curioso, durante las cuarenta y ocho horas que tardé en habérmelas frente al diputado hostil...

Durante la mañana de aquel día en que debía defender parlamentariamente el cupo de los soldados de mi Patria, estuve en la presidencia del Consejo:

—Eso—dijo el Sr. Dato—se despacha de cualquier modo.

Por la tarde, detrás del banco azul, esperé mi gran momento. Nougués, al cabo, se alzó para hablar. Cuando acabó pedí la palabra. Me sentía legislador. Una gran timidez dominábame. El Sr. Dato, que ofrecía su línea elegantemente amarilla, asiática, sobre el banco azul, se volvió para decirme:

—Las menos palabras que pueda.

Esto me desorientó, me extenuó. ¿Para qué había estudiado aquella papeletita? ¿De qué me servirían tanta preocupación y tanto interés? Lejos de serle útil al Gobierno el estudio, le era útil únicamente el mogollón, el salir del paso, la fórmula estéril, aquel espíritu de trampa que

impedía hoy defender públicamente á Fulano lo que atacara dos años antes, y cuyo texto, reprobado ayer, ahora amparaba.

En vez de ser estimulado, se me obligaba á una ramplonería sucinta y rutinaria. En vez de esperarse algo de un escritor metido á idóneo, se le idoneizaba como dogma sacro.

No dije nada de lo que había preparado. Mis citas, brujuleadas aquí y allá, quedaron inéditas. De las cien palomas que yo llevaba en mi cesto, sólo voló alguna con vuelo raso, tímido y corto. El éxito más lisonjero amparó aquella insulsez. D. Eduardo, volviéndose hacia mí, dióme un caramelo y exclamó:

—¡Bien! ¡Así, así!

Yo quedé helado, absorto, con el caramelo en la boca, mientras todo el aparato parlamentario, toda la gaya tramoya se iba al suelo ante mis estupefactos ojos.

¿Para qué estudiar? ¿Para qué prepararse? Y pensé en esos Parlamentos extranjeros donde las Comisiones legislativas son escuela de administración, de política enjundiosa, de patriotismo, y que van preparando las inteligencias jóvenes para gobernar al país según métodos serios y criterios hondos...

Aquí, ¿qué aprenden los hombres nuevos que llegan á la política?

Secretarios, estudian la manera de caciquear. Diputados y miembros de Comisión, estudian la

manera de desdecirse con garbo y de mostrar un analfabetismo breve, modesto, plano y exánime.

¿Qué juventud se prepara? Las generaciones oligárquicas son así, cada vez más ramplonas, más decaídas. Casi no hay ya ni oradores. Antes se buscaba á la gente en el Ateneo, en el periodismo, en la cátedra. Ahora se busca en las tertulias, en los bufetes, en la alcoba. Si por casualidad se desliza un muchacho de capacidad en la puesta de huevos, pronto se esterilizan, ó, adaptados ó echados por originales y subversivos. Cuatro ó cinco individuos algo más que zorruelas arrivistas fuimos diputados en 1914. Ni uno solo es ya idóneo.



La vida legislativa española, según el método de los partidos oligárquicos, es la vida legislativa más deliciosa del planeta. Su comicidad resulta peregrina y maravillosa. Podría citar mil ejemplos.

Ahí va uno.

Trató Bugallal de reformar—ya era hora—el personal de Hacienda. Entré á formar parte de la Comisión adecuada. Nos reunimos. Y enmienda va, enmienda viene, aquello quedó enteramente destrozado.

Hasta hombres no pertenecientes á la Comisión se zampaban allí con sus arreglitos.

Cada uno arrimaba el ascua á la sardina de su conveniencia. Nadie veía el problema totalmente desde la altura, sino según sus prejuicios, ó sus apetitos, ó sus errores más amplios.

Cuando vi que el proyecto había sido trocado en otro; que no quedaba allí ni el espíritu de la mejora, que el ciempiés me iba á devorar, escapé horrorizado.

Y ahora digo: ¿es posible vivir, legislativamente, de esta manera? ¿Puede una nación desenvolverse en esa forma?

El Parlamento, no sólo no está constituído para ser un instrumento vivo del país, sino que se halla organizado para atenazarlo.

¿Culpa del Parlamento? ¿Culpa de España? No. Culpa del método. El Parlamento, en vez de hacerse por los distritos, se hace por Gobernación, con nombramiento oficial. No llegan al escaño verdaderos representantes de los labradores, de los mercaderes, de los industriales, del Ejército, de las letras, de España, sino gente afecta á un individuo, á dos ó tres individuos. Si acaso llega algún extraviado pronto se le cerca, se le extingue. Hay que ser ramplón, vulgar, hueco, sin ideal ninguno, comediante. Lo contrario equivale al suicidio. Parlamentariamente España ha llegado á una sima.

¡Que vote el pueblo! ¡Que vengan diputados y no faranduleros! ¡Que legisle España!

Y entonces España, como un enfermo pues-

to al sol, reaccionará, se expandirá, se oreará, recobrará la salud perdida, el organismo se irá fortaleciendo, la sangre irá circulando en riego fecundo, y una vida legislativa sana, necesariamente sana, porque legislará la nación y no su luengo y sórdido verdugo, irá señalando la ruta de una raza que se ha levantado y que marcha.

## XXVII

## PRADO Y PALACIO ESTALLA SIN RUIDO

Tenía que suceder. Sánchez Guerra, fuego, y Prado, estopa, llega Quejana y sopla.

Sopló Quejana, y un día...

Un día leí en el *Heraldo* que mi hombre había dimitido la subsecretaría de Gobernación. Quedé horrorizado. Mi cuerda floja se complicaba, se enredaba. Hasta el momento aquel no había tenido el pradismo una expresión rebelde. Nos habíamos limitado Prado, Manolo Bueno y yo á murmurar intelectualmente contra los idóneos; pero de esa manera estéril y cafeteril que agosta las energías de la raza en un absurdo comadreo.

Ahora sería otro cantar. Prado huía de Gobernación. La bomba había estallado. El momento de la opción existía. Mi hombre querría lanzar su bombardeo sobre la cueva donde Sánchez Guerra había urdido sus trincheras prehistóricas.

Y de aquella pugna individualista y sarracena, ¿qué saldría sino mi exterminio? El día menos pensado volverían á unirse tales patriotas (vedlos ahora amarteladitos y amorosos), y yo, ¡pobre de mí!, quedaría roto en dos trágicas mitades.

Con el alma tan despachurrada que parecía un higo maduro caído al suelo, procuré ver á Prado.

Ustedes no saben lo difícil que resulta ver á Prado y Palacio. No tiene un ritmo demasiado monótono en esa cosa que se llama la vida. Doradamente versátil, tan pronto se acerca á Espeluy como traspasa el Pirineo. Alcalde, olvida á veces que sus jornaleros tienen pesetas devengadas, y se arrulla en el Nuevo Club, dejando las nóminas sin firmar. Os da cita para las tres de la tarde, y al día siguiente, á las ocho de la noche, siente un cosquilleo...

—¡Concho!... Yo tenía algo que hacer ayer por la tarde, á eso de las tres, no recuerdo dónde...

Claro que yo digo esto para enaltecer á mi ex consocio y ex correligionario. Su aristocrática incoherencia, patrimonio de espíritus selectos y multicolores, es prueba de una vitalidad vistosa y cambiante. Yo no quiero borricos en la noria, sino ruiseñores en la rama. Y Prado no se ha decidido aún á ser un ente vulgar (ni Dios lo consienta), sino un magnate de la burocracia y un refinado de las citas.

Un verdadero refinado. Cierta vez salí de casa á las doce de la mañana solamente para almorzar con D. Pepe en la calle de Cedaceros.

—Á las tres y media de la tarde volveré—dije en casa.

A las tres y media estábamos en Riofrío enseñando unas medallas para los exploradores al Sr. Iradier. Á las cinco fuimos á La Granja. En El Escorial, á las nueve de la noche, despedíamos al Rey, que se iba á San Sebastián. A las dos de la madrugada nos deteníamos, bajo una lluvia torrencial y un fragor de rayos y centellas, á la puerta de un peón caminero. Entre confidencias y maravillosas intimidades á las que no era ausente el entonces alcalde de Jaén, regresamos de día.

Prado es la improvisación, el torbellino, lo genial. Nunca recibe á nadie. Oye á las gentes en un tarareo mental selectísimo. Pepe Busto, á quien hizo secretario suyo, con indignación del Sr. Velasco, enflaqueció durante su gestión política. Prado será mi único jefe el día en que yo me decida á abandonar mis ritos y me entregue en brazos de la sátira. Fundaremos el «Camelo Club». Nos dejaremos la mosca. Iremos en zancos. Le haremos á Dato una estatua de alcanfor. Llenaremos á España de medallas conmemorativas. Un día Prado, Manolo Bueno y yo, y acaso Manolo Merino á nuestra vera, reventaremos de júbilo contemplando la efigie de Quejana.

Pero mi hombre se ha propuesto ser ministro. Yo no concibo esa extravagancia, pero hizo de ella un programa. Y está renunciando á lo más bello de su alma, que es la hilaridad, y al goce más supremo de la vida, que es el dinero cuando sirve para ser independiente.

¡Qué lástima! ¡Un hombre como Prado y Palacio, tan señoril y tan humano, tan mediterráneo, tan latino!

En fin, lloremos un instante sobre esa interesante figura que se pierde en la inmensa vacuidad de lo idóneo, y prosigamos este jugoso relato.

Tras varias pesquisas hallé á D. José en su domicilio de la Cuesta. Era la hora crepuscular, y el gentilhombre emergía de su baño. Llevaba una bata y empezaba el acicalamiento de su elegante y simpática persona.

—¿Qué hay, D. José?—le dije lúgubremente.

Salimos al balcón. El jardín del duque de Granada apagaba su verdear. Cierto mirlo solitario se dormía entre la copa de un viejo álamo, con la melancolía sintomática de lo vespertino.

—¡Qué ha de haber!—sollozó el exquisito.

—Ese Sánchez, ¿eh...?

—¡Hombre! Le digo que horrible. Después de prometerme una cosa que yo á mi vez prometí, ¡paf!, me ha dejado en ridículo. En vista de eso, presenté la dimisión. Está encantado. Lo hizo adrede.

Enmudecí para que el dolor pasara...

—Se dice—insinué—que será nombrado subsecretario Quejana.

Hubo un centelleo en la mirada noble del prócer.

—¡Qué ganas tiene! ¡Qué ganazas tiene, amigo Luis! Su ojo sanguinolento me sigue desde hace cuatro meses como el ojo agorero de una bruja.

Sólo dijo aquéllo. Un instante pugnó el espíritu por expandirse. Yo tarareé una copleja. El mirlo entonó un postrer silbido y metió la cabecita bajo el ala.

Tornamos dentro. Prado empezó á vestirse con ese conforte que le es peculiar. Yo quise abordar el grave tema para cuya solución había acudido.

—¿Qué hacemos ahora?—interrogué con tembleqaeo vacilante.

—Nada. Copie usted la noticia del *Heraldo*. Sólo eso. No es posible reñir con Sánchez Guerra. Sería crearle á Dato un conflicto, y yo tengo mi vida entregada á Dato. ¡Qué le vamos á hacer! Es mi fatalidad.

Salí... Antes hube de insinuarle á D. José:

—Le advierto que estamos sin un real. Ha mandado usted tirar 50.000 ejemplares y repartirlos por las aceras, y las bobinas ya son vil arcilla. Usted, D. José, gasta con la despreocupación de Creso. Pero llegan los atrasos...

En la cara que puso mi consocio vi pasar el ataúd de *El Parlamentario* y sus cuatro cirios.

La empresa no hacía ministros aún. Por lo demás, no transcurrieron ocho días sin que Sánchez y Prado sellaran las paces en un almuerzo, al que asistió Quejana y en el que hubo ¡una de piropos mutuos y de arrumacos primaverales!

¡Lástima de hombre! ¡Con su talento, con su temperamental selección, con su caudal fabuloso, y empeñado en vivir bajo el tacón de un tal Sánchez!

¡Lástima de hombre, de ese hombre tan interesante y complejo, acerca del cual habrá que urdir todavía un par de crónicas!

## XXVIII

## UNA HECATOMBE FINANCIERA

D. José del Prado y Palacio no pertenece á esa clase de hombres que pueden ser ejecutados en el patíbulo de la vanidad. Claro es que yo no hubiera sido jamás su verdugo. Carezco de predisposición financiera, y como soy un escritor español, y los escritores españoles tenemos el deber de morir hambrientos para no desmerecer ante el Sr. Cervantes Saavedra, nuestro padre, maestro y precursor, de ahí que todas mis aspiraciones sean vivir al día con cierto decoro.

Los escritores españoles (salvo quienes urden zarzuelillas ú operetas sin gran meollo y sobra de muslos femeniles y otras exquisitas delicadezas literarias) no tenemos derecho á resolver jamás la vida.

Como España es un país algo atrasadillo en nutrición, el libro resulta cosa suntuaria, y co-

mo, además, eso del analfabetismo no es un tópico, sino una triste realidad, el libro pertenece al género de lo superfluo y de lo raro.

Vivimos sobre una zona limitadísima. Los pintores, los escultores, los músicos, como cultivan un arte que tiene idéntica expresión en todos los climas y en todas las civilizaciones, con vender en el extranjero han resuelto su conflicto. Así Zuloaga, Anglada, Benlliure, Granados...

Nosotros, no. Nosotros somos el lujo de Astorga. Por lo demás, el librero hispánico, expresión última de lo judaizante, tiene un concepto usurario acerca de su mercachiflismo, y toda su ambición está en socaliñarnos ¡á nosotros! un enorme tanto por ciento, en vez de vender mucho, de hacer propaganda, de ganar el mercado americano.

Este mercado americano (200 millones de iberos en idioma) está en manos de franceses, de ingleses, de yanquis. Ellos editan unos libritos muy lindos, baratos; recorren América; fían, gastan, luchan... Yo vaticino que después de la guerra nos quedaremos absolutamente sin venta en la Habana, en Buenos Aires, en Montevideo. Todo lo coparán mercaderes extraños. Y harán bien. Porque esta gentecilla de acá, sórdida y tenebrosa, que no conoce—sino en muy raras excepciones—su oficio, y que sólo concibe la explotación inicua del escritor miserable, es

digna de ser aniquilada como aniquilan los grandes Bancos audaces el tenderete sucio del hebreo.

El escritor español hállase en una indefensión extrema. No tiene estímulo ni aliento. El alemán autor de *El túnel*, novela interesante, pero no estupefaciente, se hizo rico. Aquí Trigo se suicida por deudas, mientras D. Benito pide limosna, Salvador Rueda deambula y Zamacois apela al cinematógrafo para ganarse la vida.

Y así, yo, escritor, únicamente escritor, cuyas rectificaciones aparentes no son sino las facetas virtuales y determinantes de todo cerebro sensitivo que se nutre al día, al minuto, al instante, de las impresiones externas, y que es un espejo de la vida, acostumbrado á que el periódico me pague mal, á que el editor me atosigue, á que el empresario me evada, ¿cómo van á caber en mi imaginación más ochavos de los que son necesarios para vivir todos los días?

En España casi no existe el escritor—empresa, el artista—financiero.

Estamos aún en Cervantes.

«Que Cervantes no cenó cuando terminó el *Quijote*.»

Esto se dice con orgullo.

Somos aún juglares y troveros. Gazmiamos en orgías ajenas. Nos llega un mendrugo. Alguna vez, hartos de harapos y ruindades, irrumpimos en la vida con el frenesí bestial de los con-

dotieros, y entramos á saco en el mundo, espada y pluma en ristre, forzados al botín, como los poetas que se iban á Flandes y á los que no llegaba la soldada que el de Pescara ofrecía estérilmente. Pero esto dura poco. Nos repugna vivir como algunos abogados, como algunos políticos, como algunos financieros, como viven casi todos los españoles. Agonizamos sin despensa ni cuenta corriente. Querríamos vernos recompensados con la grandeza que Inglaterra pone sobre sus plasmadores de opiniones y de sentimientos. A veces nos desencauzamos acuciados por la ira ó forzados por la necesidad y el desaliento. Pronto, aun así, nos recobramos, y tornamos á nuestra santa independencia, orgullosos, esquivos, sintiéndonos creadores y no devoradores, para ofrendar al espíritu la galanía sacerdotal y militante que Dios nos ha donado.

España no quiere ó no puede tener artistas. Sólo paga bien á los toreros y á los escribidores de chistazos y de retruécanos malsines. La Pintura y la Escultura emigran. La Música se va. Sólo queda la Literatura, cada vez más vil, más estragada, pobre, llena de deudas, teniendo que ponerse el colorete de la obscenidad y los cursis guiñapos del halago á la imbécil burguesía, para tiritar de frío y bostezar de hambre en los umbrales del editor hebreo.

No concebimos el oro. Sólo el cobre. Y así, cuando nos asociamos con la opulencia (he aquí

mi caso con Prado y Palacio), tan absortos nos sentimos que aún ponemos dinero encima.

Se dijo que yo era un hombre afortunado, que Prado gastaba su caudal bajo mi pluma, que...

Prado es un alma generosa; yo reverencio esa alma, porque es la única alma que hallé en la política capaz de rimar con el alma de un poeta.

Aun así, ¡qué diferencia de lo vivo á lo pintado!

Recuerdo estas cosas como una pesadilla. Por las mañanas solía despertarme el teléfono. Recado de la imprenta:

—El Sr. Prado y Palacio ordenó que se tiraran 50.000 ejemplares para repartirlos como propaganda.

Luego el capataz.

—D. Luis, para el reparto hacen falta cuarenta ó cincuenta individuos. Y sellos, y fajas, y cordel.

Cada humorada de estas venía á costar dos ó tres mil pesetas. Y así casi todos los días. He aquí una carta de mi entrañable amigo que lo atestigua:

Hay un sello que dice:

EL SUBSECRETARIO DE GOBERNACION

—

PARTICULAR

«Sr. D. Luis Antón de Olmet.

Querido Luis: Me encarga el señor presidente del Consejo transmita á usted su cordial felici-

tación por el hermoso número de *El Parlamentario* de hoy, del que, por orden suya, acabo de decir á la imprenta que tiren 50.000 números (1), para enviarlos como propaganda hoy mismo á provincias.

Véame usted para que lo hagamos todo lo mejor posible.

Muy suyo, José del Prado y Palacio.—*(Rubricado.)*

Miércoles, 8 Abril 914.

S/c, Cuesta de Santo Domingo, 5.»

Un día, como motivo de la creación de un sanatorio para periodistas tísicos que ideó D. José, se tiraron ¡100.000 ejemplares!

Y, claro está, aparte de que esto menospreciaba al periódico y de que abría el ojo de la envidia con desmesuración, los buenos repartidores vendían por toneladas el papel.

Durante aquellos días no hubo en Madrid medio kilo de sardinas ni cuarterón de queso que no se envolviera en un ejemplar de *El Parlamentario*.

Los gastos eran el Mississipí. En cambio, los ingresos... A mí me encocoraba demandarle á Prado siquiera el reembolso de sus despilfarros gloriosísimos.

(1) Aunque la carta dice textualmente que se «tirasen» 50.000 números, hemos de aclarar que el Sr. Dato no pagó ni uno solo de ellos. A cada cual lo suyo.

Tuve que acudir á otros amigos. Vendí una casita que tenía en Huelva y un cachito de papel de la Deuda interior amortizable que me entregara la mano de mi madre poco antes de morir.

No... No os aliéis jamás con millonarios. Aliaos con trabajadores. Éstos darán inteligencia y laboriosidad. Aquéllos sólo tienen fachada. Con los primeros edificaréis. Con los segundos iréis al desastre en automóvil.

Mediado el estío, me hallaba yo sin dinero, sin periódico, sin prestigio y sin salud. Y á todo esto la gente decía:

—¡Ese Antón de Olmet!... ¡El dineral que debe estarle sacando al pobre D. José!...

***

¡Dineral!

Para no morir, fuíme al extranjero. Estalló la guerra y regresé á fines de Agosto. Ya en Madrid encontré á Carraffa, mi ex redactor jefe, desolado.

—Hoy no saldrá el periódico. Debemos la imprenta, y se niegan á hacernos más crédito.

—¿Y D. José?

—Invisible.

Fuí á verle. Diez horas disipé en aquella operación. Obtuve ¡de mi consocio! unas pesetas. Luego, confidencial, añadió:

—Será preciso que veamos la manera de solucionar esto. El gasto es excesivo.

Disminuí el periódico hasta lo risible. Lo saqué á las tres de la tarde, ¡aprovechando composición de *El Mundo!* Quejana, á quien hablé de mis conflictos, me dió una solución:

—Mate usted el periódico.

Sánchez se puso muy alegre. Dato se escurrió como una anguila solapada y yerta.

¿Qué sería de mí? Había perdido casi toda la hijuela maternal. Estaba enfermo de los nervios. Muchachos á quienes había protegido con fervor de padre se desbandaban y huían de una hecatombe que llegaba certera. Me iba contemplando aislado, solo, como un apestado ó como un demente, sin asidero posible en la vida.

¿Matar el diario? ¿Matar con él todas mis ilusiones, dejando además en la aventura idónea mi prestigio de periodista? Y ¿para qué, además? ¿Para languidecer entre editores sórdidos y ser un paria vencido, humillado?

No. Era preciso continuar. Y seguí tirando de aquella enorme carga, cuesta arriba...

Un día, Prado, neurasténico, sin color en sus siempre rojas mejillas, me llamó:

—Tengo hecha la escritura de nuestra separación. ¿Quiere usted saber las cláusulas?

—Es igual.

—Bueno, mañana en casa del notario.

Firmé, desdeñoso y altivo, lo que se me pre-

sentó delante. Yo, que tenía cogido á Creso por el abdomen, corté las ligaduras con el gesto intelectual más renunciador. Debía el periódico entonces unas 10.000 pesetas. Yo le compraba su copropiedad á Prado en 1.000 duros. ¡Bonito negocio! Prado no me indemnizaría, ¡ni siquiera pagaría los débitos de *El Parlamentario*, aquellos débitos de los cuales era responsable!

¿Que si aún tiene este Calvario su esponja de hiel? Sí. Dos meses después hube de pagar 600 pesetas. Eran los derechos reales ¡por la compra que le hice á D. José, por la escritura que me rogó firmara D. José, por aquella triste ficción que condenaba á un pobre al atosigamiento y á la ruina!

En conclusión, pues, la aventura de Prado y Palacio me costó ¡4.000 duros!



¿Quiero decir con esto que yo deteste al señor Prado y Palacio? En modo alguno. Le tengo un sincero cariño, bien distinto del que profeso á Sánchez. Prado es un caballero y un alma ingenua. Si aquéllo hizo fué porque se lo ha tragado el sumidero idóneo.

Mañana asistiréis á la tragedia espiritual que se titulará «La cartera del Sr. Prado». Con ella trato de reflejar, en síntesis luminosa, el estado político de España.



## XXIX

## LA CARTERA DEL SEÑOR PRADO Y PALACIO

### Psicología del suceso.

Contemplando el problema desde un punto de vista superior ó inferior, nos parece inconcebible que D. José del Prado y Palacio, llamado también delicadamente «D. Exquisito de Recoletos y del Alcázar»; entre los elegantes, «don Infanzón», y entre chirles «Pepito Promesas», haya concretado su vida en la aspiración de ser ministro.

Pero mirando el caso á ras de la política, llega uno á comprender esa fina morbosidad. Prado es de Jaén. Por esas tierras bellas y fecundas mangonean Burell, D. Niceto y hasta el señor Quejana y Toro. Y Prado, viendo elevarse á otros hombres mientras él permanece sin el definitivo espaldarazo ni la consagración última,

siéntese disminuído y como en una posición equívoca.

Si Prado no entrara en el gran plantel idóneo y fuera ese maestrante que paseaba á caballo y de uniforme por las calles de París; que se estira su puño en la platea aristocrática; que pasa, raudo, en su automóvil, tan bello como el escaparate de una joyería; que se queda mirando un día al Guadalquivir y decide cambiar su curso; que planta un millón de chopos en sitio inaccesible á la industria; si Prado, en definitiva, se hubiera limitado á vivir su vida elegantona, fastuosísima y en geniales ramalazos, había que suponerle demente, lloriqueando por una cartera.

No. Prado incurrió un día en la debilidad de hacerse elegir diputado á Cortes. Vino á Madrid y se hizo amigo del Sr. Dato cuando el Sr. Dato era un tresillista mundanal que á veces hacía socialismo y que intrigaba con Silvela. Se conocieron. Iban sonrientes y bien vestidos por los salones. Alguna vez exclamaría Eduardito:

—Váyase preparando, José... Dicen que Fulanita... ¿Sabe usted en qué consiste una plantación de alcachofas?

Prado fué director de Agricultura. La política se le introdujo lentamente. Su veneno fué gangrenando aquella sangre que venía de las encinas frescas, de los olivos pomposos, de las ubérrimas vides.

Más tarde empezó el Sr. Dato á sentir el prurito de gerir á los conservadores. Prado se fué á la capital de Francia, y lanzó contra Maura un manifiesto rebelde. Al volver se dijo, viendo el efecto logrado:

—Si Eduardo triunfa, obtendré una cartera.

En esto ya era ministro Burell; Alcalá Zamora emitía sus grandes y vacuas parrafadas; el propio Quejanita iba garrapateando... La mirada de Jaén avizoraba al paladín. Habría chismes, vaticinios, envidias.

—Pepito Promesas no será ministro jamás.

Y esto iría acuciando su alma y la iría arrastrando hacia la sima.

Triunfa Dato. Y no lo nombra ministro. Aquel sutil y probo ex administrador de fincas urbanas, cuya historia ejemplar escribiremos algún día para ejemplo de ciudadanos aptos, lo posterga de manera insólita. Caído á la sombra de Sánchez. Sánchez, lejos de reconocer sus galas espirituales y sus galas físicas y de indumento, lo trató al zapatazo. Quejana devoraba en la sombra sus entrañas ingenuas. Un día, el cese...

Y á todo esto, los murmuradores de Jaén:

—¿Lo dije?... Pepito no tendrá jamás cartera.

Hay que ponerse en el caso de mi entrañable D. José para comprenderlo. No se puede improvisar en estos estudios espirituales. Hay que proceder cautamente y no aventurar una opinión ligera.

**«Peluquerín».**

Se barruntaba una crisis. Prado, Manolo Bueno y yo éramos tres almas en pena. Almorzábamos y comíamos juntos, aquí ó allá, como tres bohemios. Entre sorbo de vino y muslo de pollo, solíamos aventurar hipótesis.

—¿Crees tú—le decía Prado á Manuel—que seré ministro?

El admirable artista escanciaba su Burdeos é insinuaba:

—Méritos no te faltan, Pepe.

Y luego, mientras el camarero aparecía con los espárragos fofos y dulces, ó con el bien trinchado capón, ó con el flan extraño y sibarítico, añadía desoladamente:

—Sin embargo, no te fíes de «Peluquerín», «Peluquerín» es más frío que esa botella...

Los tres mirábamos hacia la botella puesta á refrescar. Yo la cogía y llenaba los vasos. Trincábamos. Después nos quedábamos pensativos.

**Un día...**

Un día tuvieron franca exteriorización los atisbos de crisis:

—Van á quedar dos vacantes—exclamó Prado con alborozo contenido.

Era en un elegante y suntuoso hostal de la calle Mayor.

—Si te duermes—escrutó la psicología de Bueno—irás con la corriente.

—¿Eso es llamarme camarón?

—¿Camarón tú?

Había que mostrarse altanero, inflexible. «Peluquerín» no premia, cede; no da, alarga... Yo fuí el más radical viendo que las desilusiones de mi caro magnate influirían en la posible muerte de *El Parlamentario.*

—Aborde usted resueltamente el asunto. ¿No ledebe á usted tanto «Peluquerín»? Exija usted.

Cuando salimos, D. José dióme un codazo:

—Vaya mañana á casa y hablaremos. He visto la solución.

## Cómo se pide una cartera.

D. José tenía mascullado el proyecto.

—Yo—dijo—no me atrevo á pedir esa cartera. Usted puede hacerlo como una necesidad para *El Parlamentario.* Usted necesita que yo sea ministro. Hemos fundado ese periódico en bien de Dato. Nadie nos ayuda. Sánchez Guerra casi tiene abandonado al periódico. Si yo no alcanzo el premio que soñé tendré que dejar la empresa y á todo se lo llevará la trampa. Hable usted, quéjese usted, dé á entender que está enojado. Sólo mi cartera puede solucionar el conflicto.

Me iba pareciendo de perlas aquel proyecto admirable. D. José añadió:

—Ignoro si esto dará resultado. Pero lo evidente es que saldremos de las incertidumbres que nos matan.

Luego, para definir mejor su plan, dijo:

—Lo difícil es que se exprese usted bien, no porque le falten cualidades, sino porque conoce poco á Dato. Yo sé cómo debe hablársele, con las palabras necesarias y convenientes. ¡Si yo pudiera hablar oculto tras de usted!

Y en esto, la idea que brota:

—Mire... Voy á redactar una especie de pequeño discurso. Usted casi se lo aprende de memoria. Pídale hora á Dato, y no le diga sino lo que yo le voy á escribir. Un desliz sería funesto. No se salga de mi guión ¡por Dios! Lo comprometeríamos todo.

Encerróse D. José en el ensimismamiento, y dióme las siguientes palabras escritas de su mano, que yo, haciéndolas mias y como si hablara yo mismo, habría de endilgar á Dato, y las cuales dicen así:

Perdone V., D. Eduardo, que yo me veía obligado á moles-
tarle, pero yo llevo cuatro noches sin dormir y pronto hará ya
procuraré entretener este estado de fiebre moral á cambio de cinco
minutos de humor de V.

Hasta hace cuatro días yo he estado tranquilo porque
ni la más leve sombra oscurecía lo que todo el mundo decía —
los socialistas hasta los integristas creen una obra de estricta
justicia política á parte de conveniencia para los catalanes, de
V., esto es, que hasta hace cuatro días todo el mundo ha creído que
V. no dudaba en nombrar Ministro en la próxima crisis á nuestro entrañable
amigo Prats Taberner; pero desde hace 4 días dicen algunos sobre

~~ros~~, Ud propalan sus enemigos de V. los manifiestos mas revolucionarios
tantes q. V. está á proponer al mas leal y al mas inteligente a al-
mas menores, al único mecenas, de sus amigos, ~~[illegible]~~ haciendo
ministros antes á Collantes ~~y á Bravo~~ y á Bravo (q. se eclipsan por ahí, de verdaderos bravos) por q. ya tiene V. su
palabra empeñada con ellos, quizá porq. V. se comprometió con
ellos antes de la actitud excepcionalmente brillante q. ofrecen
~~de Prado~~ Palacio, durante los últimos meses. —
Ahora bien; yo soy un hombre q. he dejado el [illegible]
~~[illegible]~~ todo, hoy, el significado de conveniencias para mí, en realidad
~~[illegible]~~ q. por los gestos ni por las miserables ofertas de Sanchez [illegible]

3/

Por haber encontrado en Prado Palacio un hombre con el q. me he identificado y con el q. estoy a gusto, — como le sucede á Manuel Bravo, como le sucede á todos los q. estamos con él — y por útil en "El Parlamentario" y [illegible] en es algo q. no me pertenece, q. está fuera de mi voluntad, yo me he resuelto á trabajar sin reticencias, francamente para q. V. sepa y comprenda á tiempo q. la situación q. se nos creaba y se nos creará á nosotros, si contra lo q. creemos el Sr. Prado Palacio no fuera Ministro como hasta hace pocos días [illegible] [illegible]

«Perdone usted, D. Eduardo, que yo me vea obligado á molestarle; pero ya llevo cuatro noches sin dormir y justo será que procure evitarme este estado de fiebre moral á cambio de cinco minutos de bondad de usted.

»Hasta hace cuatro días yo he estado tranquilo porque ni la más leve sombra oscurecía lo que todo el mundo, desde los socialistas hasta los integristas, creen una obra de estricta justicia política, á parte de convenientísima para los intereses de usted; esto es que hasta hace cuatro días todo el mundo ha creído que usted no dudaba en hacer ministro en la primera crisis á nuestro entrañable amigo Prado y Palacio; pero desde hace cuatro días dicen algunos, sobre todo lo propalan los enemigos de usted, los mauristas más recalcitrantes, que usted va á posponer al más leal y al más inteligente y al más merecedor, al *único merecedor* de sus amigos, haciendo ministro antes á Collantes y á Burgos (que se califican por ahí de verdaderos *besugos)*, porque ya tiene usted su palabra empeñada con ellos, quizás porque usted se comprometió con ellos antes de la actuación excepcionalmente brillante y eficacísima de Prado y Palacio, durante los últimos meses.

Ahora bien; yo soy un hombre que ha dejado el maurismo, con todo lo que él significaba de conveniencias para mí, en realidad más que por las gestiones ni por las miserables ofertas de

Sánchez Guerra, por haber encontrado en Prado Palacio un hombre con el que me he identificado y con el que estoy á gusto, como le sucede á Manuel Bueno, como les sucede á todos los que estamos con él y por él en *El Parlamentario*, y como eso es algo que no me pertenece, que está fuera de mi voluntad, yo me he resuelto, á trueque de molestarle, *únicamente para que usted sepa y conozca á tiempo la situación que se me crearía y se nos crearía á muchos* si, contra lo que creemos, resultase que Prado Palacio no fuese ministro, como hasta hace pocos días nadie ha dudado.»

## La entrevista.

Vi al Sr. Dato á las siete de la tarde. Me recibió en su rotondita. Yo estaba un poco pálido, recitando en voz baja las palabras que habría de soltar. D. Eduardo me dió un cigarrillo con sus dedos untaditos y arreglados con el pulidor:

—Diga... ¿Qué desea?...

Y entonces me decidí, y como un actor primerizo solté la parrafada, sin tomar resuello siquiera:

—Perdone usted, D. Eduardo...

D. Eduardo escuchaba, enigmático. Yo creo que el Sr. Dato, como todos los hombres enigmáticos, carece de interés. Practica el sistema

de la inhibición, porque es un hombre inhibido. Nada le altera, nada le sacude. Sólo riza esa quietud de su lago espiritual la idea de que Maura vuelva á regir á los conservadores. Todo lo demás lo sobrelleva con un estoicismo asiático y fatalista. Por eso, ni siquiera gozó el perfume humorístico de aquella endecha. Oía, sonreia, fumaba... Parecía un tagalo bien vestido, sacerdote de alguna religión yerta. Lo único que pude lograr fué esta frase:

—No acabará la situación sin que Prado y Palacio tenga algún cargo. ¿Ministro? Lo ignoro. ¿Cuándo? Veremos. ¿En qué condiciones? ¿Quién lo sabe? Pero, que no se impaciente.

Yo salí renqueando, aflojado, tímido. En vísperas de una crisis parcial, aquello equivalía á un desahucio. Me veía sin la cartera, tan merecida, de D. José, desilusionado éste, hecho añicos.

### Prado sufre con motivo.

Transmití á D. José el resultado opaco de aquella entrevista. Palideció.

—No me hace ministro—dijo, lúgubremente.

A los pocos días fueron nombrados consejeros de la Corona los señores conde de Esteban Collantes y Burgos Mazo.

La vida no parecía muy riente. Prado, con-

vencido de que el Sr. Dato era inaccesible, huyó de *El Parlamentario*, dejándome sin dinero, sin público y sin salud. Meses después fué nombrado alcalde de Madrid. D. Eduardo le cumplía al Sr. Prado y Palacio la promesa que á mí habíame hecho.

Ignoro si tengo la culpa de que D. José haya sido y sea alcalde. El vecindario comprenderá, se hará cargo y no me dirigirá ningún reproche.

## Debe ser ministro.

A D. José del Prado y Palacio no se le ha hecho justicia. Mientras el Sr. Gasset ha importado el paludismo á media España, él, un gran agricultor, un gran industrial y un gran caballero, vese al frente del Municipio símbolo; tiene que conllevar al Sr. Blas, á los maestros desdoblados, á los jornales que se pagan sin justificante, á toda la miseria que allí se atesta en montón informe.

Es preciso que se le haga justicia á D. José. Despilfarró su dinero en órgicas fiestas; fué el primero en tremolar el pendón idóneo; ha padecido á Sánchez, y ahora, en vez de mirarlo con algún rencor, se le entrega, llevándole las insignias de su grotesca, monstruosa, gran cruz de Carlos III.

Prado apuró ya todo el cáliz. Ha visto desfilar la caravana de los ineptos en el desierto de su melancolía; ha perdido su independencia, su garbo andaluz, por ser comedido; hasta hizo las paces con el Sr. Quejana y Toro; hasta me negó ¡á mí!, tan buen amigo suyo.

Es urgente que se repare la gran injusticia. Jaén sigue escrutando á su hijo dilecto. Los envidiosos tienen ya las lenguas cansadas de murmurar:

—La fija. Pepito no llega.

¡Cese el oprobio! ¡Termine el equívoco!

D. Eduardo, haga ministro á D. José; hágalo en seguida, con urgencia. Ande. Antes de que llegue la renovación.

## XXX

## SANCHEZ Y ORTUÑO

**Ahora...**

D. Emilio Ortuño, cerebro pensador y organizador y uno de los escasos políticos serios y á la europea que existen en España, ha excitado á los funcionarios telegráficos y postales en su deseo de que tributen homenaje al Sr. Sánchez Guerra...

**Ayer.**

Un día el Sr. Ortuño habló conmigo como se habla con un temperamento similar. Yo estaba enojado con Sánchez Guerra. Finalizaba la anterior etapa idónea. D. Emilio también estaba enojado con el ministro de la Gobernación. Fué uno de esos diálogos fulmíneos, irresistibles, en los que se abrazan dos almas ausentes al ambiente vil que las rodea.

D. Emilio Ortuño habló con el corazón y con la inteligencia. Que aquella charla quedase inédi. ta constituiría una afrenta para mí y un menoscabo para el Sr. Ortuño.

—A usted—interrogué—le tendrá una viva estimación Sánchez Guerra...

D. Emilio tuvo una sonrisa melancólica:

—¡Estimación! No puede usted figurarse lo tirantes que son nuestras relaciones. Sánchez Guerra es un político á la antigua, sin programa, sin método, sin ideal... Es un perorador y un intrigante. Carece de condiciones administrativas y de gobierno técnico y creador. Manda y caciquea. Eso es todo.

Hallé tan razonable y tan sutil la confidencia del Sr. Ortuño, que tomé asiento para seguir preguntando. Nos hallábamos en la Dirección general de Correos, que Ortuño ha engrandecido con su talento y con su organización maravillosa. Quien hablaba no era un currinche amargado, un enfermo de la envidia, un desesperado vulgar. Era una grande, una poderosa autoridad, un hombre edificador, creador, un ingeniero, un técnico...

—Si Sánchez Guerra—prosiguió el Sr. Ortuño—fuera simplemente un político á la antigua, me dejaría obrar, inconsciente y desdeñoso. Pero, no. Tiene el talento bastante para comprender que no soy ese subordinado gris al que puede mandar brutalmente, maleable á sus insi-

nuaciones, instrumento dócil á su antojo. Comprende que mi labor es beneficiosa, patriótica; sabe que mi modesta figura, hecha en fuerza de trabajo y de perseverancia, significa algo en la vida nacional. Está persuadido de que represento un valor distinto al suyo, una psicología disconforme, un temperamento en pugna...

—Según eso, le detesta á usted...

—Y yo á él. Sánchez Guerra odia en mí lo que en sí ama. Querría un director de Comunicaciones como lo fueron otros, jefecillos de un muladar postal, retrasados y nulos, sin más eficacia que quitar y poner carteros, según las necesidades de los encasillados y del caciquismo. Mi obra renovadora, la independencia que deseo para los funcionarios, el atrevimiento de mis reformas, todo esto le parece aciago y perturbador.

—¿Y usted? ¿Lo detesta?

—Soy incapaz del odio. Mi espíritu es un espíritu fácil al perdón. Aun así, no puedo querer á un hombre que siente la política española como la sintieron los ministros del desastre, que no ve el problema de la Patria, que no tiene plan, orden, ideas... ¿Maurista? Figuro entre los idóneos porque Maura quiso que volviese á Correos para continuar mi obra.

El Sr. Ortuño, bueno, caballeroso, laborante, europeo y perspicaz, añadió:

—No puede usted figurarse cuánto sufro ante

Sánchez Guerra. Me manda llamar como á un siervo. Detrás de su mesa va firmando mis incomprendidas reformas. No me hace sentar. De pie, como su secretario, oigo su voz áspera y asisto á sus desplantes broncos.

Se hizo de noche en la estancia. El alma del político moderno y el alma del periodista rebelde tenían un ritmo pausado, íntimo y patriótico.

—Yo creo—dije—que esto pasará. Los Sánchez Guerra, autores de la hecatombe española, tendrán que desaparecer. Advendrán los hombres como usted, educados, estudiosos, técnicos, gente de reforma y de mejora, que prefieren un acto pequeño á un discurso grande, y que son, como Prat de la Riba, como usted, los que engrandecen á la Patria. Usted será ministro de Comunicaciones. Pasará á su dirección el ramo de obras públicas. Estará usted al frente de ese ministerio años, muchos años, sirviendo á España. No hablará usted, ni perorará, ni hará caciquería, ni mandará como un tiranuelo. Bajo su influjo sano y fecundo irán tomando las comucaciones—centros nerviosos y arteriales del Estado—un ritmo progresivo y ejemplar. Y si otros Ortuños pudieran cooperar desde diversas zonas, nuestro país llegaría á ser un Suiza ó una Bélgica, más grande, más poderosa, más eficaz en la civilización, porque tenemos un gran abolengo y una colosal herencia perdida.

Ortuño oía, gratamente impresionado. Él no

quiere ser un ministrillo como todos, improvisado ó quietista, para contribuir al deshacimiento de la Patria. Quiere engrandecer al país. Desde su sitio lo realizó en parte. La obra de Ortuño en las comunicaciones españolas es algo inaudito y espléndido, superior al ambiente, de otro clima, de un temperamento extranjero y anormal. Pero se siente cercado, asfixiado. Sus palabras fueron estas:

—Verá usted cómo no hago carrera política. Especializarse es casi dañoso. Hacer obra es empantanarse. Aquí, lo conveniente es no servir para nada, pues se está bien en todos los sitios. Verá usted como no se me ayuda. Acaso ni vuelva á ocupar esta Dirección.

## Cercado.

D. Emilio Ortuño, que adaptó á nuestra psicología el adelanto europeo en cuestiones de Correos y Telégrafos, que trocó lo que era una máquina atrasada y mugrienta en el orgullo de España, se siente cercado, sitiado. Su figura, por ser excepcional, resulta perturbadora. No se le comprende, no se le estimula, no se le premia. Sánchez Guerra es feliz con los Quejanas. Los Ortuños le parecen adversarios personales. Y así, este innovador, este reformador, este espíritu silencioso y laborante, este ingeniero, se ve

aislado en una política aventurera, oligárquica y anarquizante, y tiene que ceder é inclinar el espíritu para que el vendaval no se lo lleve...

### Mi propósito.

No me mueve al hacer esta crónica otro sentimiento que un sentimiento alta, bellamente patriótico. Quiero esgrimir el hacha para hendirla en la podre y dividir lo sano de lo enfermo. Ortuño es lo sano. Aunque ahora por obligación, por necesidad, Ortuño parece entregado, claudicado, no es así medularmente. Ortuño significa un valor moderno. Ortuño no es un sánchezguerrista.

No. Yo no puedo consentir que estos dos hombres aparezcan confundidos, entrelazados. Deber de cirujano es rajar en medio.

Sépase. Sépase que este hombre, para que se le tolere entre oligarcas ha de fingir sumisiones absurdas, ha de encorvarse ante la cruz de Sánchez Guerra, ha de procurar no delatarse como un alma superior. Su caso, de un disimulo dramático, merece una larga semblanza. Es como la persona seria que se vistiese de máscara para no desentonar entre disfraces.

¡Sépase! Y sepa el Sr. Ortuño, al que perdono sus yerros, porque los creo bien inspirados, y no son otra cosa sino una transigencia necesaria

ante el medio ambiente, que su era llegará. No puede alargarse esta incertidumbre. Los pueblos no pueden vivir perplejos. Día vendrá en que no se deba coaccionar á unos modestos funcionarios para que sufraguen la decoración ridícula de un ministro nuevo. Día vendrá en que Ortuño no tenga que hacer eso para halagar al cacique.

Sepa que España lo quiere á él y no al otro, que una gran masa de opinión está ordenada y ciudadanamente en pie; que este desbarajuste, que esta aberración hállanse agónicas...

Dentro de poco no se podrá llegar á ministro con la intriga y los discursos vagos, sino con una preparación definitiva. No se podrá ejercer la fácil, logrera carrera de político, sino que será la política un concurso nacional de tecnicismo y de seriedad reservado á los hombres superiores. No se concebirá cómo se pudo tener influencia y ejercer importantísimos cargos sin otras armas que la mala fe, la perfidia, el dolo, la voracidad física.

Si el momento de la renovación espiritual de España fuera un imposible, yo le diría á Ortuño.

—No se sacrifique inútilmente. Intrigue, conspire, medre... Llegue á ministro, sea como sea. Tolere á Sánchez Guerra. Adúlelo.

Pero yo le digo:

—D. Emilio, alma buena, espíritu sensato y mano laborante, fíe, espere. No somos unos locos, unos revolucionarios á la antigua (que así

como hay oligarcas á la antigua, hay revolucionarios de Museo), sino unos ordenados y discretos hombres que vemos á España hundirse en el escepticismo y en el desbarajuste, y que tenemos en el alma y en el corazón un programa breve y hacedero, y una inmensa fe.

Y añadimos:

—D. Emilio, conserve su cargo, porque si lo abandonara habría de sucederle un oligarca y su obra peregrina se perdería entre el africanismo de un sistema disoluto. Conserve el cargo, porque eso le interesa á España. Pero no se entregue, no se desilusione, no se haga sánchezguerrista... El instante en que advenga su política, la verdadera política, lo bueno, lo justo, y sobre todo lo racional, se acerca.

Sirva esta crónica, viril y cívica, como una enorme ducha enérgica que caiga sobre la médula del Sr. Ortuño.

## XXXI

## ATANDO CABOS

Como en las novelas de folletín, será preciso hacer un capítulo para resumen de hechos y comienzo de nueva etapa. No conviene que se embarulle el lector. Sigamos despacio, ordenada, esta relación de hechos bochornosos y sintomáticos, con los cuales intento desenmascarar al histrionismo político, teniendo la arrogancia de acusar mis pecados individuales, para así tener razón en el enjuiciamiento de los otros.

Atemos los cabos que van quedando sueltos:

1.° Antes de mi captación yo era un periodista independiente y honorable, á quien el Ejército había condecorado con las cruces blanca y roja del Mérito Militar, la primera de ellas costeada por suscripción (sincera, no como la de Sánchez) entre la oficialidad; que se veía asistido de un público numeroso y entusiasta (podría publicar epístolas clamorosas); que vivía

con infinito decoro; que era una pequeña esperanza en el renacimiento moral é intelectual de mi país.

2.° Sánchez Guerra, para evitar la campaña que yo haría ante su vil traición contra Maura, y sólo movido por esa conveniencia (ahí están las palabras que le dijo al Sr. Luca de Tena cuando se efectuó el entierro del señor Barroso), me lisonjeó, me deslumbró, me captó, empleando las más venenosas artes.

3.° Yo no disculpo mi asqueroso acto. Yo debí desdeñar al cacicuelo, y seguir mi obra renovadora y nacional.

4.° Así que estuve captado é inerme, sin garras, en plena deshonra idoneísta, se me desdeñó, se me esquivó, se me persiguió. Lo he demostrado con hartas pruebas.

5.° Sánchez Guerra quiso fundar *La Raza* y aprobó la fundación de *El Parlamentario*, lanzándome á una empresa terrible que me condujo á claudicaciones muy del ambiente, para después abandonarme por celos contra Prado y por insinuaciones arácnidas de Quejana y Toro.

6.° Prado gastó en *El Parlamentario* muy poco dinero; lo despilfarró; me hizo gastar á mí dos mil duros HEREDADOS; y por fin, cuando vió que fracasaban sus apetencias de cartera ministerial, me dejó con otros dos mil duros de deudas.

7.° Los idóneos, pues, son responsables de

mi vida, desde el otoño del 13, en que me captaron, hasta el verano del 17, en que, harto de soportar el ambiente más vil de España, escribí á Dato separándome de su grupo. Lo que yo haga hoy es cuenta mía. Respecto á lo anterior, carguen los culpables con todo el delito.

Y entramos ahora en un intenso y pintoresco período, que iré describiendo en sucesivas crónicas, y que pintan el estado moral de la política española, sus chanchullos, sus corrupciones, su estragamiento vicioso, sus luchas pequeñas, sus crímenes.

No ha de quedar nada por decir. Aun aquello que me sea más doloroso. Estoy á pleno sol, sin otro estímulo que la purificación y santificación de mi propio temperamento; sin otro ideal que ver á mi Patria, á esa Patria tantas veces loada por mí, renacida, higienizada, extinta la gangrena que la corroe, incorporada á la vida de los grandes pueblos, bien constituída.

Porque ha de entenderse que yo no hago una campaña demoledora, sino una campaña constructiva. No soy ácido prúsico y martillo, sino cincel. Lo que acontece es que encuentro escombros en los cimientos, y necesito apartarlos, dándoles con el pie, y á veces poniendo cartuchos de dinamita entre los derribos peligrosos.

No. No voy á destruir. Voy á crear. Toda mi vida fué creadora. Anhelo que esto se vaya, como se irá, seguramente. No tengo prisa, ade-

más. No me importa tampoco que se vaya Sánchez y que llegue Martínez. Si á unos farsantes han de suceder otros, contra todos arañará mi pluma. Tampoco me interesa que pudiera morir mi periódico. No lleva trazas de ello. A pesar del virus que lo emponzoñó, y de que es muy difícil que llegue á inspirar pronta confianza, vase difundiendo y se propaga rápidamente. Cuando llegue (si llego) á una etapa que espero, de advenimiento próximo, tendré la audacia moral y espiritual más grande que en el periodismo español ha existido. Pero si esto no sucediera, si las asechanzas, las persecuciones, el dinero entregado á los demás para que me aislen y combatan prosperase, no habrá conseguido nada la vieja política. Seguiré combatiendo en el libro, en el teatro, en el mitin, en otros periódicos.

Sólo es eficaz matarme. Pero ello es difícil. Como ciudadanamente he vuelto á ser lo que siempre fuí, es arduo llevarme á la horca. De frente y con una espada en la mano estoy seguro de que no lo intentarán. Y no porque yo sea muy valeroso. Hombre soy, y nada humano, ni aun el miedo, me es extraño. Lo que ocurre es que son más cobardes que yo, menos idealistas. Le tienen horror al fogonazo de una pistola y á la fría punta de una espada, porque allí puede estar la pérdida de sus alijos, de sus granjerías, de sus comodidades, de la carnaza. Y, la verdad,

arriesgarlo todo en el azar de un instante varonil es cosa que sólo hacemos los que tenemos del peligro una idea rara. Yo creo más peligrosa una excursión por la sierra, despeñándome entre riscos bárbaros—á los cuales acudo todas las semanas en busca de la infinita soledad de la Naturaleza—, á un encuentro con el hombre más temible. Los riscos, inmutables, os despeñarían silenciosos. El hombre que se bate ante nuestra esgrima, tiene, como uno mismo, su abdomen, su hogar, su esposa, sus intereses...

Pero aun la muerte misma no les daría el triunfo pleno. Queda lo escrito. Ya es bastante. Lo escrito. Ello, ante mi silencio sepulcral, adquiriría el prestigio de lo espiritual sin mengua. Habría desaparecido en mí lo corporal, lo bastardo, lo miserable. Quedaría únicamente el alma. Y ella, empujada por los millares de seres que me leen, sería una acusación eterna que destrozaría sus concupiscencias é interrumpiría sus orgías, para llenarlas de oprobio.

No. No les queda otro recurso que arrepentirse, que marcharse, para volver acaso bañados en patriotismo, que variar de vida. Y esto es muy difícil. Sánchez Guerra, ermitaño cordobés, sería muy interesante; pero no es concebible.

Son algo que agoniza. Constituyen la costra que se raja y cae. Debajo hay piel nueva de España, heroica y sana cicatriz.

***

Arruinado, bajo una montaña de deudas, sin prestigio y sin salud, roto por la máquina idónea, pensé en el suicidio. Afrodisio Aparicio lo sabe. Una noche me halló sentado junto á mi mesa de trabajo, tan infinitamente rendido, tan dramáticamente extenuado, que se conmovió.



Sánchez Pacheco fué mi salvación momentánea.

Os hablaré de Sánchez Pacheco.

## XXXII

## LAS GESTAS DE SÁNCHEZ PACHECO

**Pintura.**

D. Tomás Sánchez Pacheco es un hombre versallesco y postal, y á quien le hace tilín una concejalía.

Sánchez Pacheco se contempla junto al chatungo Sr. Colomer, al frente de una tenencia de alcaldía, y supone que eso es el despiporren. Ser saludado por los guardias urbanos, presidir alguna corrida de toros, llamarle de tú á D. Alvaro de Blas...

Pacheco sería un concejal admirable. Sólo le separa del ambiente el séptimo mandamiento, pues Tomás rige una Academia preparatoria que le ha manumitido, y que le consiente el divino lujo de ser una persona honorable.

## Pacheco, gerente.

Un día le dije á Pacheco:

—Tomás, ¿quieres que apechuguemos con el periódico?

Ya Pacheco había estado conmigo en *El Debate.* Una de sus delicias periodísticas consiste en publicar retratos de bellas artistas coreográficas. En el diario católico dejó muy poco mordida aquella golosina refinada. Cristóbal Mataix solía decirle:

—¡Hombre, contente un poquito! Aquí, retratos de señores obispos, de señores deanes... Tiplecitas, no.

*El Parlamentario*, en cambio, no hizo dogma todavía de su inspiración proscribir de sus páginas los robustos muslos de la señora Retruécanez, ni el cenceño talle de la señorita Pichi-richi. También se pueden editar los retratos del bajo Sr. Latiesa y el maestro Larruga.

Todo esto es agradable, ingenuo y placentero. Y así:

—Podrás abarrotarnos de efigies—insinué.

Luego, añadí:

—No creo, por lo demás, que siga hombreándose Colomer ante ti en el palco de Apolo. Te presentaré á Dato y obtendrás la vara.

Esto decidió á Pacheco.

## La gestión del hombre.

Yo he sido feliz durante un solo año... Fué el año en que Pacheco girió mi periódico.

Gané poco, muy poco dinero. Viví modesta, honrada y apaciblemente, mientras Pacheco iba matando poquito á poco el diario con la inteligente operación de sus economías.

—Yo creo—decía—que Gánguez tiene un sueldo excesivo.

—¿Qué gana?

—Ocho duros.

—¡Hombre!

—¡Qué hombre ni qué barrigas de lagarto! Con seis...

Después:

—Pagamos demasiado por la imprenta. He buscado una combinación...

Sólo era pródigo con el fotograbado. Eche usted de largo ahí... De Apolo á Novedades, y del Trianón á «Brutalidad-Cinema», todas las gentiles señoritas primaverales de nuestro deleitante pantorrilleo han desfilado por las columnas de *El Parlamentario.* Nos leían viejecitos y adolescentes. Más de cuatro estudiantes de San Isidro se habrán salido por la tirilla á nuestra cuenta. Es un cargo que me hago á mí mismo, y por el cual estoy convulso.

Empero, y hablando con entera seriedad, yo

le debo á Pacheco la mitad de mi salud. Ya nadie acudía á este desventurado con facturas. Yo escribía libremente, sin esos horribles enojos de la Administración. Los redactores no me pedían dinero. Mi respuesta era siempre la misma:

—A Pacheco.

Y Tíntez se ponía melancólico.

Por lo demás, Pacheco trazó innovaciones muy interesantes que desde aquí brindo á todos los editores de periódicos, ganoso de no tener ninguna exclusiva, y con la noble finalidad de que fuerza tan eficaz no se pierda estérilmente.

## Felicidad desvanecida.

Un año me duró Tomás. ¡Sólo un año!

No me remuerde la conciencia de haberle sido muy gravoso. Le ayudé en cuanto pude, y con lealtad infinita. Fué un buen amigo que recibió el efluvio de mi cordialidad en todos los instantes, y que aún conserva de ella huellas transcendentales. Claro está que él ha sido, es y será para mí un verdadero hermano. Alguna vez, cuando lo encuentro, le doy una palmadita, y le digo:

—¿Qué, Tomás? ¿Cuándo te asocias de nuevo?

Y él, conservador, burgués apacible, ¡se ríe tanto de este escritor rebelde é inquieto, al que no ha comprendido aún!...

Pacheco gastó unas 11.000 pesetas. La mayor parte fueron en grabados. Me apuesto el corazón á que Pacheco no estima ruinosa aquella dulce etapa de su vida.

¡Pacheco! Pacheco hubiese continuado allí incesantemente. Quejana, Prast, Colomer, me lo arrebataron.

Yo escribo esto ahora en un estilo algo risueño, porque estoy de forzoso buen humor, y porque Pacheco sólo trae á mi espíritu ideas regocijadas y optimistas. Pero el hecho no pudo ser más triste.

Pacheco era mi fuerza económica, y era mi inhibición de lo financiero, y era mi confortación moral.

Quejana, cuyo aborrecimiento me ha acechado siempre, lo sabía. Prast, al que hice una justa campaña en defensa de unos pobres obreros, lo sabía. A Colomer, concejal idóneo, le constaban. Y como tres lobos crueles me cercaron á Pacheco y se lo llevaron clavado entre sus dientes.

Empezaron á sugerirle la idea de que á mi lado no sería nunca edil.

—Pues Antón—replicaba—me ha presentado á D. Eduardo y le he caído bien. Hasta me preguntó por la familia. Sánchez Guerra, no. Ha estado antipático. Pero el presidente, ¡qué cariñoso!

No. Aquellas cornejas fueron implacables.

Y un día...

Un día recibí carta de Pacheco ¡despidiéndose!

Su marcha fué caballerosa. Lo pregono y lo ensalzo. ¡Pero me hizo un daño tan grande!...

Pacheco se metía á socio de un casinito conservador barrial. Se tuteaba con Prast, su vecino. Haríanse confidencias:

—Te digo, Carlos, que el negocio de Academia...

—Te digo, Tomás, que no hay nada tan claro como la venta de mazapanes.

—¿Serás alcalde otra vez?

—Iré á una cartera. Y tú á una concejalía. Quejana se ha chiflado por ti. Sobre todo, desde que dejaste á ese loco...

—¿Antón del Olmet?

—Sí... No encaja... Es un rebelde...

¡Adiós mi juventud! ¡Adiós mi alegría! ¡Otra vez las facturas, las letras, los sueldos, la vida brutal, aciaga, que se os echa encima con su aplastante bestialismo! ¡Otra vez el problema económico! ¡Otra vez la miseria como esperanza! ¡Otro empujón más abajo!

—¿Usted creía, Sr. Quejana, que yo ignoraba esto?

No. Lo sé todo, todo.

Usted, movido por un rencor antiguo y una envidia loca, me hizo mucho daño.

Y además, y esto es atroz, ni siquiera han hecho ustedes concejal á Sánchez Pacheco.

## XXXIII

## El POBRE, QUE SE MUERA

**Los idoneítos.**

La Juventud idónea no era nada, ni servía para nada. Tuvo, empero, una ocasión de lucirse. Y la desaprovechó.

Cobijado bajo nuestro deleznable techo, había ido á refugiarse un Sindicato de obreros llamados conservadores. Estos obreros conservadores trabajaban en el Ayuntamiento, y sufrían una truculenta persecución:

—Nos moriremos de hambre—decía alguno, á quien se había despedido.

—¡Que se nos haga justicia—exclamaba otro.

—Intervengan ustedes. ¡Defiéndannos!

Pero Llaserita, Bustito, Leoncito, ¿qué saben sino que existen una concejalía, una antesala, un limpiabotas?

### El caso.

No quiero ahora resucitar aquella campaña. Ignoro si aquellos obreros tenían una absoluta razón. Sólo me preocupó entonces que eran pobres, míseros, que deseaban justicia y que en mí confiaban. Sé ahora que se han disuelto, que el Sindicato fué aventado, que uno de ellos murió y que los demás, tras de pasar mil calamidades, se han refugiado por ahí, en el recoveco.

Lo que me interesa poner de manifiesto no es que tuvieran ó no tuvieran motivos de queja. Es lo esencial que ¡nadie!, en el partido conservador, excepto esta modesta é insignificante persona, se preocupara de estudiar siquiera el caso de aquellos hombres. A nadie hallé propicio. ¡Qué digo propicio! Sufrí embates y persecuciones. Fuí amenazado también con la extinción. Se ejerció sobre mí la coacción más proterva.

Los idoneítos me dejaron solo. Únicamente Ramón Martínez de la Riva, que salió conmigo de la Juventud, pues tiene alma de periodista y es un llegoncete vulgar, me prestó algún auxilio. Los demás me abandonaron. Los de abajo y los de arriba. Y es que entre la protesta de unos obreros y la preponderancia de un cacique, ¿quién vacila, llamándose idóneo?

### Prast.

Era Prast alcalde de Madrid. Acudí á describirle el caso.

—No intento—le dije—que favorezca á estos hombres por el hecho de que sean correligionarios. Deseo únicamente que estudie usted el caso. No están en rebeldía. No pretenden un régimen de excepción. Quieren trabajar y ganar su pan honradamente. Y ocurre que por haberse descarriado de la tutela caciquil, hoy uno mañana otro, se les multa, se les amenaza, se les va dejando cesantes. Ellos quieren ser oídos, que se olviden querellas, vivir seguros de que tienen un puesto bien ganado y bien servido.

Prast escuchó casi altanero. No creo que exista en toda la redondez terráquea un majadero altisonante parecido al tendero Sr. Prast. Es el mostrador ensoberbecido. Es el mazapán indigestible. Es el Napoleón de la jamonería.

Claro está que todos los alcaldes de Madrid han sido nefastos. Peones de una politiquilla efímera y ramplona, procuran estar en el Ayuntamiento con los menos obstáculos posibles, y no se atreven á intentar siquiera una fiscalización sobre el personal alto. Soportan el caciquismo concejil y las mil infamias que allí se perpetran. A veces aprovechan el ambiente y le extraen su lucro. De todas maneras los alcaldes

son, en el Municipio, unos extranjeros turistas que van de tránsito para una cartera, y que aspiran á pasar sin ruido.

Prast, además de esto, es un insolente. Bajo la capa de su simplicidad intelectiva, y el modesto rango de sus peladillas y sus turrones, créese un hombre infalible, y sostiene el error á salchichonazos.

Su respuesta vino á ser:

—Haré lo que me salga de la reverenda sisa.

Y como á él le convenía no crearse enemigos puertas adentro, dejó á los obreros conservadores en pleno abandono, retándome así que tuvo el auxilio espiritual de Quejana, y dando lugar á una campaña violenta que yo hice contra el cacicuelo de las mermeladas, no por defenderme á mí mismo, sino para amparar, en la cabeza de unos tristes jornaleros, el derecho de petición.

### Mañana...

Yo estaba absorto. Era imposible que el partido idóneo despreciara la fuerza que aquellos obreros podían significar. Eran para mí, entre el frío burguesismo de un casino yerto, una mancha vistosa de plebe y de popularidad. Era preciso que se les hiciera justicia. Era preciso resolver por las buenas el conflicto que tenían planteado con la pequeña oligarquía municipal.

Y acudí á Quejana y Toro, y me dijo:

—¡Qué tonto es usted! Deje á esa gente. De qué le va á servir romper lanzas por ellos!

Y acudí á Sánchez Guerra y me dijo:

—No estoy para ocuparme de nimiedades.

Y entonces acudí á Dato. Que Prast, burgués, patrono, enriquecido con la venta de embutido que otros laboran; que Toro, parásito de la vida política; que Sánchez, cacique por antonomasia, desdeñaran el caso era hasta razonable.

Pero Dato, no. Dato, ¡el socialista! Dato, ¡el amigo flameador de la blusa!

Mañana veréis cómo Dato actúa frente á los obreros y cuáles son sus talentos de estadista preocupado del bien popular.



## XXXIV

## DATO Ó LA INHIBICIÓN

**Imposible.**

Seguí combatiendo por la causa de aquellos obreros durante semanas y meses. Yo no creo que reciba un placer semejante al de reñir con los ricos y poderosos para servir á los pobres y á los abandonados.

Y no es caridad femenina. Es orgullo, es fuerza, es altivez moral. Doblegarse ante el imperio ajeno, adoptar una postura cómoda, será muy agradable y hasta muy conveniente para las almas de yedra. Yo adoro las grandes esgrimas espirituales, las férvidas pugnas en las que lucho solo, el quijotismo. No es bondad. Es temperamento. No busco un premio de vocinglería. Cumplo una ley atávica. A mayor enemigo, más osadía, y á peor abandono, mejor acometividad.

No existe sibaritismo semejante al de romper lanzas por los humildes y al de enemistarse con

los aparentemente poderosos. Jamás le he dado importancia al saludo de un director general. La amistad de los alcaldes me ha parecido un accidente casi desagrable en la vida. Me agrada, en cambio, saber que me leen gentes de blusa, y que en los hogares sin lumbre ni abundancia se cita mi nombre con respeto.

Además, y en aquellos días, sintiéndome comparsa de una farsa ridícula, peoncillo de un combate mísero, presidente de unos logreros sin fuerza, ¡me resultaba tan popular y tan simpático verme rodeado por hombres del arroyo, y oir sus palabras cariñosas, y sorprender sus gestos llenos de santa é ingenua gratitud!

Empero, mis gestiones iban siendo estériles. No se nos hacía caso. Aquellos jornaleros se iban viendo sitiados. Los cesantes por actos caciquiles no eran repuestos. Los otros seguían siendo amenazados. Prast no transigía ni á malas ni á buenas. Quejana y Toro censuraba mi actitud. Sánchez me escrutaba un odio creciente.

—Veré á Dato—pensé—. Dato ha pretendido investirse de cierta cualidad socialista. Burgués y esnobo hasta la médula, goza, empero, con que se le crea preocupado por el problema social. Hará caso. Será esto como una flor que se coloque en el ojal de su levita ajustada.

## En la Presidencia.

Citado previamente, estuve con mis obreros—una representación, compuesta por ocho ó diez—en la Presidencia del Consejo de Ministros.

Nadie, entre los que allí estábamos, llevaba una misión tan alta ni tan noble como yo. Obreros que piden justicia y pan, acaudillados por un diputado á Cortes, por un diputado cunero, en aquel momento hecho tribuno por obra y gracia de un ideal de hidalguía.

Eran las once de la mañana. Muchedumbre á la espera. ¿Quiénes?... Ya podéis imaginaros. Toda la morralla social que acude al Poder en nuestro siglo miserable, y sin otro estímulo que el egoísmo y la concupiscencia.

El parientuelo que busca tibio calor oligárquico; el juez que fía su traslado á la influencia; el negociante de baja estofa; el periodista venal que acude á oir intimidades y á pedir inspiración, y que luego cobra sus servicios en el fondo de reptiles... Sólo yo, con mis obreros, éramos la España ingenua que acude á pedir... justicia.

Todos fueron pasando antes que nosotros. Yo los conocía y los conozco, y hubiera podido transcribir sus charlas con Dato. Todos iban á lo mismo, y todos emplearian idénticos procedimientos bastardos.

Las doce... La una... La una y media...

La puerta se entreabría ¡para otros! Los obreros y yo éramos gentecilla molesta ¡que pide justicia!

## Dato, ó la inhibición.

Ya lo dije en anterior croniqueja. El Sr. Dato practica el sistema político de la inhibición. Cree, asiático, de ascendencia amarilla—ya lo demostraremos en otra serie de artículos que dedicaremos al Sr. Dato—, que todo se resuelve en la vida estándose quieto ante los problemas. Estudiarlos es molesto, y resolverlos es comprometido. Todo reacciona, todo se normaliza. Dato, cuando ve una tempestad piensa en que vendrá la calma. Y si naufraga, piensa en que habrá una tabla salvadora. Y si hasta la tabla se escabulle, dice:

—Estaba escrito.

Su política exterior es eso: neutralidad quieta, neutralidad neutra, inhibición, cadáver.

Su política exterior es eso: encogimientos de hombros.

El Sr. Dato podría gobernar á una Arcadia de casinistas, todos ricos y elegantes, que no tuvieran más leyes que un reglamento deportista, ni otros conflictos que los murmurios de la sociedad «bien».

Dato es incompatible con un momento de cri-

sis y de pasión, en el que todo se remueve salvadoramente para salvar á la Patria de una abyección infinita y eterna. Lo ve todo con mirada fría, sin corazón ni entendimiento, como un faquir calvo y mondo, impasible. Y esto, que sería muy oportuno en un país donde todos fuéramos Luisito Disdier, resulta aquí un crimen.

### A gritos.

Cerca de las dos me llamó á su despacho el señor marqués de Santa Cruz para decirme:

—No espere usted más. Será inútil. D. Eduardo está muy ocupado. Dígame qué desea ó vuelva otro día.

Entonces me cegué. Lo reconozco. Era el corazón que estalla, el instinto que se rebela, una saturación que explota. Y alzando la voz iracunda, y ante el asombro de las gentes que oirían fuera, me puse á chillar:

—Dígale al Sr. Dato que he venido aquí con unos hombres del pueblo, con unos desheredados, con unos hambrientos, con unos seres míseros que piden justicia. Dígale usted que no he venido á solicitar nada, ni un negocio, ni un sueldo, ni una prebenda... Dígale...

Se iba haciendo más detonante mi voz é iba siendo más arrebatada é intensa mi palabra.

El hombre del arroyo, el intelectual, ganaba

plaza al pulpo. Toda mi sangre renacía. El clamor ciudadano vibraba en mi garganta. Indignado, ciego, aún seguí escupiendo verdades.

Salí ante la expectación recelosa de veinte logreros. En la antesala me esperaban los mal vestidos. A pie, entre ellos, llegué á la Puerta del Sol, á pie, discurseando. Y al verme de chaquet y enchisterado, con aquella cohorte extraña, rojo, iracundo y perorador, debí recordarle á los viejos los tiempos felices en que levitas y blusas se mezclaban en las horas románticas movidas por algún ideal hoy extinguido.

## XXXV

## Ó CALLAR Ó PERECER

**B. L. M.**

Sobre la mesa había un sobre con el marchamo de Gobernación. Lo abrí, tembloroso. Era la época en la cual, deshonrado políticamente, y sin otro pan que el amargo pan idóneo, yo temblaba como un corderillo ante la aviesa mirada de Sánchez ó ante la marraja actitud de Quejana y Toro.

Nada bueno podía venirme de Gobernación. Captado, sin virgo moral, desvinculado del maurismo, que era y es una intensa corriente de opinión, de la cual yo tenía todos los favores, sólo significaba ante mi ex adulador Sánchez Guerra una especie de cosa ya satisfecha é inoportuna.

Agotados mis recursos dentro del idoneísmo; es más, recelado, malquisto por el idoneísmo, habiendo perdido buena parte de mi hacienda en defenderlos y ampararlos; Prado sin cartera y

Pacheco sin concejalía; no queriendo yo, además, salirme del campo sanchezco para que no se me llamara versátil, sólo vivíamos mi periódico y yo de la mísera soldada que D. Emilo Moreno entregábanos todos los días 15, y la cual habrán heredado otros para ventura suya y menoscabo de la dignidad nacional.

No sólo el periódico, hijo espiritual mío, sino el pan de casa, los modestos recursos de mi hogar, pendían de una gente que sabía envenenada contra mí y que podrían reducirme á la miseria sólo con un gesto.

En estas condiciones, un sobre de Gobernación me parecía algo así como *ukase* imperial que os condena sin apelación. ¡Malditos recuerdos estos, y cómo vienen á afrentarme! ¡Que un hombre de bien haya podido rebajarse hasta ese extremo! ¡Que un escritor independiente y buscado por el público haya podido temblar ante el peligro de que el Sr. Quejana tumbase la cazuela de la bazofia escasa, regateada, como tirada á la pocilga! ¡Que haya podido yo, sólo por la cobardía de oirme llamar veletero y tornadizo, soportar yugo tan miserable!

En cambio, ahora, ¡que me echen sobrecitos de Gobernación! En vez de temer, soy temido. En vez de ser acusado, acuso. No tengo amo á quien rendir cuentas. Nadie en el mundo—leedlo bien—tiene derecho á dirigir mi vida. Mi conciencia y tú, lector, guiáis estos pasos que doy

ahora seguros y viriles por el esperanzoso ámbito de la Patria.

Creedme, compañeros. Os veo entregados á la política. Os veo junto á la olla. Me dais pena. Estáis arruinando moral y espiritualmente á la Prensa y os estáis envileciendo por unos ochavos. Que hocen los cerdos. Vosotros no sois cerdos. Lleváis sangre de grandes periodistas y seríais más respetados y viviríais más felices si conservaseis limpios vuestros vestidos albos de intelectual.

Venid aquí, á la calle. La calle es amplia, sana. Mejor ó peor, más ó menos cohibidos, iréis diciendo la verdad al pueblo. Y el pueblo os lo pagará con creces. En España hacen los periódicos tirada muy escasa. ¿Por qué? ¿Acaso porque España tiene muchos analfabetos y muchos muertos de hambre? Acaso. Pero la razón fundamental se halla en que la opinión sabe que no somos independientes, que somos servidores de la política, que vivimos y medramos como alimañas de ruinas, que estamos entre grietas y resquebrajaduras, alimentándonos de sobras abyectas.

Aquí es odiado el periodista. Se le cree un pervertido, un crapuloso, un ladronzuelo. Y el público rehuye nuestra obra con un desdén unánime.

Venid acá. Oid la voz de un hombre que ama su noble y glorioso oficio y que os quiere bien.

En España se puede llegar al periódico de 200.000 ejemplares. Y ¿sabéis lo que es eso? Pues eso es, no sólo la vida segura, sino un enorme y limpio y divino negocio industrial. Y ¿por qué no se editan aquí 200.000 ejemplares? Porque haría falta, no forma, que la tenemos admirable, acaso como ninguna otra Prensa, sino porque hemos abandonado el espíritu. Lo encontramos todo bien. Prodigamos el elogio. No hacemos campañas de higiene pública. Nos vendemos por el oro de Gobernación, por las viles actas cuneras, por los negocios de penumbra. Callamos en monstruosa complicidad ante el desafuero eterno. Teniendo voz y voto, blandimos esas armas en secreto para aflojar bolsas. Falta entre nosotros un tremendo rebelde que os conmueva y que conmueva á España.

Ese rebelde, al destrozar el tingladillo, al destruir el artificio de la farsa en que nos movemos, le habrá hecho un inmenso beneficio á España y os lo habrá hecho á vosotros.

En España se puede llegar á los 200.000 ejemplares. Pero hace falta que se diga cuando se lea el periódico: «He aquí una tribuna popular, un órgano de fiscalización, una válvula de escape, un guiador de opinión sincera», y no: «He aquí un entendimiento y una voluntad que se mueven por el interés.»

Yo no llegaré nunca á los 200.000 ejemplares. Pero llevo camino de los 30.000 y me bastarán.

Y ese día—yo os lo aseguro—España tendrá un periódico de otro clima, de otra zona animal, de otra fauna, que lo de ahora sólo es un ensayo premioso, difícil, modesto, lleno de esas imperfecciones que son hijas de la impotencia económica y de las cercanías del pecado.

## El dilema de Quejana.

Acudí á Gobernación llamado por Quejana y Toro. Estaba risueño y parecía feliz. Y es que ese hombre chiquito, molécula de un sistema torpe, sólo goza con el mal. Es un pequeño sádico. Infortunado como hombre, sólo busca la armonía y el equilibrio en su alma, haciendo sufrir á los demás. Creo que maltrata á la gente, que al pobre Perico Mata le dice algunas impertinencias. Conmigo se atrevió únicamente á socavarme.

—Siéntese—me dijo al verme llegar.

Sonreía...

—¿Irán á ofrecerme un Gobierno civil?—pensé.

Luego, cambiando la faz hasta darle una severidad ridícula, exclamó:

—Lo he llamado por orden del ministro. Es imposible que continúe esa campaña contra Carlos Prast...

—Vengo haciéndola hace un mes, y nada se me ha dicho.

El Sr. Quejana me miró con desdén, olímpicamente, despreciando mi absurda inexperiencia.

—Ignora usted por completo la política—rezongó—. Antes pudo convenir eso. Ahora, no. Prast saldrá de la Alcaldía, donde no hace más que insensateces... Pero en estos instantes debe permanecer ahí. Ya le dije bastante.

Yo me sentí íntimamente conmovido. El hambre de los obreros por los cuales venía peleando se interponía entre aquel hombre y yo como una tragedia inexorable.

—Le advierto—exclamé—que esa campaña es una campaña altruísta, desinteresada, llena de justificación. Esos obreros...

Y quise hablar de mis obreros, de esos hombres que viven en tabucos sórdidos, vecinos de la tisis, amigos de la anemia, con sus mujeres desgreñadas y gritantes, y sus hijos panzudos, inflados por una alimentación flácida, insuficiente y horrenda. Quise pintar ante aquellos ojos pequeñitos, malignos, perspicaces, la tragedia del hambre española y, esto es lo peor, de la injusticia española; que el hambre del cuerpo es grave dolor, pero es dicha sin límites, espasmo de alegría cerúlea, junto al hambre del corazón y del alma.

Pero era la hora de la siesta.

Exclamé:

—Es imposible suprimir esa campaña. Tengo

en ella comprometido mi honor. Se trata de un caso excepcional. No debemos abandonar á esos hombres.

Quejana, entonces, se puso de pie. Habíamos llegado al momento que buscaba y codiciaba.

—Bien—respondió—. Usted tiene derecho á hacer todas las campañas que guste. Pero sin ser ministerial y, sobre todo, sin cobrar aquí.

—¿Es que se me amenaza con el hambre?

—Piense como quiera. Yo, por orden del ministro, le señalo un camino, le ofrezco un dilema. Usted hará lo que estime oportuno.

## Epílogo.

Imploramos La Riva y yo destinos en otro lugar para aquellos hombres. El Sr. González Besada, como La Riva me recuerda, empleó á varios. Nunca los abandoné. Siempre que me encuentran tienen para mí un grato saludo. Uno de ellos murió tuberculoso. Otros hallaron ocupaciones por ahí, sabe Dios en qué sitio.

No es esto lo que me entristece. Lo que me llena de cólera contra mi alma vil é innoble es no haber rugido en mi hogar aquel día:

—Hay que pasar hambre. Hay que pasar hambre con los obreros despedidos. Hay que llenar el corazón de alegría, y que las vísceras abdominales sufran, pues para eso son innobles.

Fué más tarde el gesto, y fué la ocasión. Eso hice. Y al recordar hoy tales claudicaciones bastardas, en medio de la alegría moral de ahora, persigo á pedradas la sombra fugitiva de aquel miserable tan abyecto, ¡á quien se le podía quitar la bazofia como castigo á un desliz espiritual!

## XXXVI

## SÁNCHEZ NO DIMITE NUNCA

**Antes.**

Cuando Sánchez Guerra vivía acogido á la tutela de Maura, cuando yantaba el pan del vendido, era un hombre que tenía cierta delicadeza ministerial. Su dimisión era un acto fácil, puesto al servicio de la dignidad política. Harto de soportar los brutales desplantes de Soriano, dimitió un día la cartera para batirse como los caballeros.

Esto pertenece al pasado de ese individuo. ¿Ahora? Ahora ha caído en la ciénaga idónea, creador, por envidia contra Cierva, de ese pantano inmundo, hijo de la traición, y nutrido de la farsa y de la caciquería, soporta con placer de masoquista los desplantes ajenos, y hace las paces con Rodrigo Soriano cuando le conviene, realizando pactos secretos que alimentan á *España Nueva*, órgano enemigo del Rey.

Yo, claro está que soy un adversario noble, que nunca desciende al terreno personal, que siempre obra movido por ideales y no por venganzas, que contempla á ese hombre de una manera experimental, novelable, y no individualista, y que no ha llegado ni llegará jamás al insulto. Pero, aun así... En su caso, yo hubiera adoptado diversa línea de conducta. Escudarse tras la censura civil ó militar, ó fingir una postura de grave transcendencia política, es en él un recurso imposible. Que para un hombre de lucha, impuesto en fuerza de traiciones y sostenido en fuerza de agallas, no es ventaja alguna simular un estadismo augusto ó un lamentable é impertinente desdén.

**Más tarde.**

Sánchez Guerra tuvo una edad romántica y simpática. Ahora, encenagado en el idoneísmo, hállase insensibilizado y como yerto.

Aludo con esto al famoso día en que fué arrojado del banco azul, no sólo por las minorías unánimes, sino por el propio Dato.

Todos sabéis que prohibió Sánchez Guerra cierta reunión de Diputaciones castellanas. Este político á la antigua aborrece cuanto signifique ambiente local ó regional. Quería tener á la nación bajo una campana neumática, sin más luz

ni aire que el imprescindible para no morir... de pronto. Como sólo vive de la oligarquía, de la ficción, teme que España abra mil bocas por donde respirar. Apetece el monopolio de los pulmones patrios. Que no le hablen de anticaciquismos al amigo del «Ratón pelao». No oséis mentarle el localismo al ogro de Nueva Carteya. Os considerará reos de alta traición y procurará daros muerte.

No. El quiere una España muy centralista, muy despotista, sin voluntad ni pensamiento, moros y judíos en plena esclavitud, sobre los cuales hacer tálamo. Él quiere una España atrasada, sin ciudadanía, sin consciencia del pasado ni esperanza y vislumbre del futuro, poblada de analfabetos.

Y así prohibió la reunión aludida.

Abiertas las Cortes, y puesta á discusión aquella determinación ministerial, uno á uno fueron levantándose los jefes de minoría, y uno á uno fueron diciendo:

—No vamos contra todo el Gobierno. Censuramos únicamente el acuerdo del ministro de la Gobernación, cuya conducta...

Yo, que era diputado, miré hacia el banco azul. Se hallaban allí casi todos los ministros; ninguno miraba siquiera á Sánchez. En el fondo estaban deseosos, como ahora, de verlo saltar, porque es un perturbador, un majo egocentrista, un tiranuelo de arrabal. Dato, yerto, pá-

lido, indiferente, asistía á los funerales con un fondo de alegría recóndita.

Y es que Dato es una víctima de Sánchez, pero no es una víctima inconsciente, aunque procure guardar el secreto.

Por culpa de Sánchez Guerra se dió aquel paso del 13, en que Maura quedó reducido al silencio más dramático, y en que se suprimió de la política española un valor afirmativo y respetable. Por culpa de Sánchez, Dato es un presidente en parte, sin autoridad plena, siempre bajo la indisciplina desafiadora de su vice. Por culpa de Sánchez captó Dato el Poder en el mes de Julio, y se llegó á lo que se ha llegado. Por culpa de Sánchez...

Pero, ya analizaremos estas cosas y describiremos la gran tragedia que Dato, apacible ex administrador de fincas urbanas y tresillista honorable, socio de grandes Casinos y ornato de portezuelas blasonadas, lleva á rastras y de mal en peor.

Ya ahondaremos en estos estudios psicológicos. Hoy nos limitaremos á recordar aquel estupendo caso.

Decía y digo que Sánchez Guerra había sido censurado por todas las minorías. ¿Y sabéis qué transcendencia tiene un acto así? Pues el de una dimisión inexorable. Poco después, y ante un hecho parecido que acaudilló el conde de Romanones, fuése al diantre toda la idónea situación

Muy semejante á esto fué lo que hubo de ocurrirle al Sr. Gasset con unas carreteras famosas, en cuyo enunciado burocrático había flagrantes contradicciones, según D. Abilio y según Sánchez, campeones entonces del desmoche gassetista. Canalejas procuró sostener al ministro de Fomento, amparándolo contra la furia de Sánchez y las arremetidas de Calderón. Salió al fin. Y ahora, ved á Sánchez y Gasset uniditos. Sánchez hace todo lo que puede, y puede mucho, por Rafael. Y *El Imparcial* es el paladín más esforzado de la contrarrenovación, y dice que esta España gobernada así, hay que mantenerla contra esos esnobos y rastacueros que piden un poquito de justicia, un poquito de orden, un poquito de patriotismo y de idealidad.

Quedábale aún así, á Sánchez Martínez (creo que le será grato á D. José oir su honrado apellido materno), el recurso de que Dato, al defenderlo, ó lo salvara, ó cayera con él.

¡No!

Jamás he visto una situación parecida. El señor Dato se levantó en medio de una expectación enorme. Y allí, mientras su segundón fingía no escuchar, y perdía los ojos trágicos por la claraboya, dijo textualmente:

—El Gobierno no hace suya la resolución del ministro aludido. Esa no es cuestión de Gabinete. Cada uno tiene su responsabilidad.

Todo el Congreso miró á Sánchez Guerra.

Creíamos que se alzaría para dimitir en plena sesión. No se conoce momento parecido. Censurado por todas las minorías, por buena parte de la zona conservadora, y abandonado de su jefe...

Nada... El Sr. Sánchez Guerra, demudado, cadavérico, se hacía el distraído y fingía pensar en otra cosa.

¿Era aquel mismo ministro romántico que se batía con un tribuno agresivo dejando la cartera?

### Al día siguiente.

Mi alma es distinta que el alma de Sánchez. Me conmueven los caídos. Olvido su daño al verlos en el suelo. Por esta razón, y para demostrarle una vez más á ese hombre mi afecto postergando el recuerdo de sus desvíos, de sus abandonos, de sus malquerencias, le visité en Gobernación.

Aquello era un páramo. ¡Qué solo se verá ese hombre cuando no pueda otorgar nada, ni inspirar temor! ¡Qué solo y qué triste!

Ni un diputado ni un periodista. Nadie imaginaba que Sánchez Guerra continuaría en el Poder. Lo impedían, no ya la costumbre parlamentaria, sino hasta el propio decoro. Seguir era escarrancharse, agarrarse, algo sin pudor siquiera, mil veces peor que el destierro.

Gálvez Cañero se hallaba ojeroso y desalentado en su despachito. Ni aun Vivel, ese monago que ahora ya busca otro personaje al que asirse, estaba allí. ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!

Yo, en la hora de la caída, en la hora adversa, en la hora de los espíritus buenos.

—¿Quiere usted anunciarme, Augusto?

Y entré.

Sánchez Guerra estaba tras de la mesa, apoyada la cabeza en una mano, infinitamente caído. Alguien lo ha sorprendido recientemente en situación idéntica, meloso, queriendo hacerse el apacible y el dulzón.

Yo no conozco un alma tan pequeña. Es peor que su corifeo Quejana. Porque ese desdichado resulta agresivillo siempre. No disimula. Sánchez, en cambio, se endulzona, se acaramela. ¡Uf!...

Ahora ya lo tengo bien conocido. Entonces, todavía no. Aun creí que podría volver á su cordialidad cuando me viera al lado suyo, y sinceramente, en el momento de su caída, y en el instante en que los demás, hasta Dato, lo abandonaban:

—D. José—le dije—: Vengo á saludarlo ¡hoy! después de algunos meses. Quiero que me vea usted aquí, cuando los otros le vuelven la espalda. Vengo á saludarlo y á ponerme á sus órdenes. Poco valgo y nada tengo. Pero usted sabe, y ahora más, que estoy á su servicio.

Quien haya leido mis anteriores crónicas sentirá lo hidalgo de aquella conducta. Yo estaba seguro, como lo estaba toda España, de que Sánchez Guerra era un cadáver. Se le daban horas. Se decia que ya tenía presentada la dimisión. Nadie había acudido á su despacho, pues á esos despachos sólo se va en días feriados y jamás en instantes luctuosos. Y yo, olvidando agravios muy grandes, acudía para ofrecerle al caído mi alma entera de hermano menor.

Pareció emocionarse. Me dió ambas manos:

—¡Cuánto, cuánto se lo agradezco!

No dimitió, empero. El suceso fuése olvidando. Pocas semanas después me llegaban de Gobernación alfilerazos, odios, rencores.

# XXXVII

## QUEJANA ARRUINÓ MI IMPRENTA

Durante los últimos meses en que Sánchez Pacheco estuvo á mi lado, establecimos en la calle de San Mateo una modesta imprenta. Imprimiríamos allí *El Parlamentario*, mis *Grandes españoles*, novelas, alguna revista; compondríamos el semanario *España*...

Yo quería darle á mi vida una línea recta de honradez y de laboriosidad. ¿En qué cosa mejor podría yo emplear mis facultades que en esa industria de imprenta, hermana del arte literario?

Haciendo un adelanto de 12.000 pesetas, instalamos una maquinaria que valdría acaso treinta mil duros. No teníamos la ilusión de ganar dinero. Aspirábamos únicamente á ir amortizando el capital. ¿Cabe algo más bello, más noble, más patriótico?

Nada hay tan respetable como una industria. Contribuye á aumentar la riqueza pública; paga

sus recibos al Erario; da pan y hogar á obreros... La muerte de un taller debiera ser considerada como una pérdida nacional. Atentar contra la vida de una industria es el más vil de los crímenes.

Pues bien: el Sr. Quejana y Toro destruyó aquel taller tan bonito, en el que yo tenía puestas mis ilusiones de buen ciudadano.

Instalada la maquinaria, hecho el enorme gasto de la instalación, en mi poder el contrato de inquilinato, logrado el permiso accidental del Ayuntamiento, empezamos á trabajar. Teníamos tres linotipias, una «Centuret», una «L. M.», minerva, cuanto se puede soñar. Íbamos bien. Teníamos trabajo, alegría de corazón, salud de espíritu. Veíamos la manera de crearnos una posición económica honesta y eficaz para el bien colectivo. No podíamos imaginar que alguien nos atisbaba en la sombra y que iba á clavarnos su estilete.

Fué así, empero. Vivía en el piso de arriba un abogado que fué hombre de Diputación y Ayuntamiento, influyente en la politiquilla, y el cual, desde el primer instante, nos declaró guerra sin cuartel. Decía el abogadete que no le dejábamos yacer á gusto ni yantar en calma con el ruido fecundo de la maquinaria estridente.

Claro está que entre la molicie de un ciudadano y los intereses de una industria que alimenta á 50 jornaleros, no es dable excogitar

Aun así, y á pesar de que el casero me había concedido permiso, yo no vacilé en contemporizar, aun á trueque de perjudicarme.

—No trabajaremos de noche—ofrecí—. De ocho de la noche á ocho de la mañana suspenderemos el trabajo. Supuse que con esto quedarían zanjadas todas las dificultades. Empero, surgió el Sr. Quejana y Toro.

Cierto día llegó á la imprenta un inspector municipal. Era alto, achulado. Usaba tufos y se las daba de instruído. Parecía un tipo de López Silva. Dijo:

—Vengo á notificarles que no podrán trabajar de una á tres de la tarde.

Y luego, confidencialmente:

—Me huele á que les van á cerrar el taller.

No trabajar de una á tres de la tarde suponía una hecatombe verdadera. A esa hora se editaba *El Parlamentario.* Además significaba aquello dos horas menos de trabajo, la imposibilidad de realizar todo el servicio que teníamos encomendado, un gran obstáculo en la marcha.

—Y eso, ¿quién lo manda?—preguntamos, absortos.

—Viene de arriba. El alcalde está interesado en ello. Y me parece que el subsecretario de Gobernación.

Acudí entonces al teniente de alcalde D. Luis Retortillo, muchacho alegre y bondadoso, á

quien le pareció una barbaridad, una enormidad inmensa lo que se venía haciendo.

—Sí, es atroz. Pero...

Después, bajando la voz, cual si fuese á mentar al tirano, exclamó:

—¡Quejana! ¿No sabe usted que vive al lado de su imprenta? Lo del cierre de una á tres es cosa suya. Quiere dormir la siesta á gusto.

Por fin, y ya en el terreno amistoso, auguró:

—Veo mal esa imprenta. Como los permisos definitivos de industrias tardan en darse, para tener cogida á la gente y hacerla votar á quien se desea sea elegido, no le darán el suyo. Trasládese usted. Es un consejo.

—¿Trasladarme? Pero, ¿usted no sabe que eso es la ruina? Porque no significa solamente la clientela que se va, la interrupción que supone, sino que unas máquinas enormes, arraigadas en tierra, con obra de cimentación, con hornillaje, no se trasladan como se cambian muebles. La instalación nos ha costado miles de pesetas. No tengo capital. Empleé en esto todo lo que pude. El traslado es la ruina. Le juro que sí.

Suspendimos el trabajo de una á tres, para que sesteara Quejana y Toro. Pero no fué bastante. A cada momento la amenaza, el obstáculo.

Un día, ante el peligro fatal del cierre, fuí á Gobernación para abofetear al cacicuelo. Me lo notó en la mirada, é hizo mil promesas.

—¿Yo querer arruinarlo? Una imprenta es cosa sagrada. ¡Ca!

Ocho días más tarde llamó Retortillo al teléfono:

—Siento—dijo—tener que darle una mala noticia.

—¿Cuál?

—El cierre de su taller. Prast lo ha acordado. Quejana, en persona, fué á solicitarlo. El permiso definitivo no se lo dará nunca.

Hube de trasladar la imprenta. Perdí clientela, gasté lo imposible, cedí el negocio sin indemnización, dándolo todo por perdido. Hoy aquellas máquinas mías, tan amadas, que eran la esperanza de una vida trabajadora y honorable, son de otro.

Y al evocar esto y ver cómo puede arruinar el caciquismo en la capital de España el taller de un diputado que dirige una publicación diaria importante, pensé en esos pobrecitos hombres sin influencia, sólo trabajadores, sólo ciudadanos, que luchan en un ambiente inhóspito, por toda la nación, víctimas de la uña, del odio, de la venganza y el desafuero.

¡Pobre, pobrecita España!

Yo no me explico cómo existe piedra sobre piedra, cómo ríe un solo taller, cómo ríe un solo campo, si aquí, en vez de ayudarse á los trabadores, se les hostiliza, se les cerca, se les mata.



## XXXVII

## UNA CAMPAÑA POLICÍACA

**Comienzo.**

Una de las escasas campañas parlamentarias que yo realicé siendo diputado cunero—y digo escasas porque todas ellas fueron obstaculizadas y perseguidas—fué la que hice sobre mejoramiento del personal policíaco.

No intento ahora resucitar esa labor. Tampoco la he abandonado. Espero que mis trabajos den frutos, aunque sea en contra mía. No me importa. A lo que iba y voy, con un desdén que los policías reconocen noblemente, es á evitar una injusticia, y á procurar que el personal policíaco, hoy formado por hombres aptos y merecedores de todo estímulo, vivan como tienen derecho á vivir.

Si vuelvo á sentarme en el Congreso, y aún no ha sido solucionado el problema, volveré á acometerlo, y ahora sin timidez alguna.

No quiero hablaros del sueldo que los policías cobran (irrisorio), de su estado jurídico (terrible), de las mil imperfecciones que tiene su reglamento. Os diré únicamente que esos hombres son jubilados á los sesenta años, porque su profesión requiere juventud y energía, y que, como la ley señala el mínimo de edad para cobrar jubilaciones á los sesenta y cinco, han de permanecer cinco años en la miseria cuando llegan á ancianos.

Ocurren cosas tan enormes como esa, y como otras muchas. ¡Para qué vamos á señalarlas! En la conciencia de todos están, y son conocidas por Dato, por Romanones y por Sánchez.

### Mi campaña.

Sin otra mira que el romanticismo, ni otro ideal que popularizar mi periódico haciendo en sus columnas obras de justicia y de colectivismo, emprendí esta campaña.

Sabe Dios, sabe mi alma, sabe el Cuerpo de Policía, que sólo esto movió mi pluma. Durante un año fuí mirado por esos hombres con simpatía arrolladora. No podía ir á una provincia sin que me esperasen agentes y me dieran escolta. Y es que todos sabían cuán noble y desinteresada era mi actuación, y cómo yo me desvivía por servirles sin otro incentivo que el moral, ni otro

provecho que algunas suscripciones al periódico defensor de tan justa causa.

Del periódico pasamos á la ridícula Juventud Idónea, en cuya sala de actos celebramos una intensa asamblea. Fruto de aquella asamblea, democrática y cívica, modelo de discusiones populares, fué una proposición de ley que presenté como diputado y que, á pesar del odio de Sánchez Guerra y de la inquina de Quejana, estuvo á punto de aprobarse.

### Un detalle moral.

Presentada la referida proposición, recibí expresa visita de un viejo policía, residente en Barcelona. Querían aquellos cuatro viejos que yo modificase mi proposición. Se me ofrecieron 4.000 pesetas, que rechacé. Poco después yo no sé cuántas locuras hube de realizar para abonar una factura de papel en casa de Pastor.

### Todos conmigo.

Nadie, que no fuera un demente, podría haber vulnerado aquella proposición. Reducida á términos modestos, abordándose en ella solamente lo esencial, lo que no cabía ser discutido, todos los grupos parlamentarios me fueron propicios.

El jefe de los liberales, señor conde de Romanones, con el que celebré cordialísima conferencia, me dió la enhorabuena, é hizo que avalorase Francos Rodríguez la proposición. Carlistas, republicanos, hasta conservadores de la rama datista.

Tuvo que ser el propio ministro el que obstaculizase aquello.

### Palabras de Sánchez.

Nunca hubiese querido hablar de estas cosas. Hoy, sin ligaduras que me aten sino con el patriotismo y la conciencia, puedo y debo hablar.

Antes que á nadie consulté á Sánchez Guerra. Hosco, atrabiliario, me oyó casi indignado:

—No intente usted semejante cosa. Tal vez tengan razón los policías. No lo dudo. Pero...

Se detuvo un instante para que la forma discreta velara el pensamiento crudo:

—Sólo el Gobierno tiene derecho á la iniciativa. Un diputado no es nada. Y menos un diputado ministerial.

¡Qué dura y qué árida me pareció aquella idea peregrina!

Según ella sólo puede pensar, discurrir, el Gobierno. Si una injusticia se perpetra, y al gobernante no se le ocurre evitarla, ahí estará por los siglos de los siglos, esperando á que llegue un ministrazo y decrete.

¡Qué idea tiene del diputado el Sr. Sánchez Guerra! ¡Qué concepto del egocentrismo, del centralismo, del despotismo! ¡Ni siquiera el derecho á la iniciativa! ¡Qué brutalidad!

Yo entonces, pretendiendo lograr una buena acción, aunque sacrificara mi gloria personal, repliqué:

—Bien. No quiero presentar nada. Sea proyecto del Gobierno. Yo desapareceré, me ocultaré, me escabulliré. Le daré mis escritos, mis apuntes. Que le ayude Méndez Alanís. Que le ayude Lón y Albareda. Lo que usted mande. La cuestión es no desilusionar á un personal que sirve abnegada y eficazmente al Estado, y que se halla indefenso.

Los ojos de Sánchez Guerra despidieron llamas. Advertí que por su imaginación había pasado una idea proterva. Me creía interesado pecuniariamente en el asunto. Suponía que se me daría algún dinero, escotado entre vigilantes, agentes é inspectores, de prosperar la reforma. No concebía cómo un hombre del siglo XX, é idóneo además, podía moverse sin acuciamientos de perras gordas. Y escupió:

—Esas mejoras traídas por diputados dan mucho que hablar. ¿Que lo haga yo? No tengo tiempo.

Y me despidió, y quedé helado.

### Actitud mía.

Yo pude rebelarme entonces contra Sánchez, alcanzando una gran popularidad, y por causa justificadísima, pues hasta mi honor personal había maculado ese hombre con una innoble sospecha.

Tuve, además, un día en mis manos á la Policía entera, la que pude volver contra el pobre Méndez Alanís sin más que no ser diplomático. No lo hice. Pensé, sí, renunciar un acta que para nada bueno y patriótico me servía, y estuve á punto de hacerlo, y lo hubiera hecho á no desaparecer súbitamente el tingladillo idóneo.

Ya ve el Sr. Sánchez Guerra hasta qué extremos llevé mi abnegación por no chocar con él, por no ponerme contra él. ¡Hasta sufrir el restallido brutal del látigo en la cara y tan injusta y alevosamente esgrimido!

### Recientemente.

Días después de tornar Sánchez Guerra al Gobierno y en un momento en que, desatado y convulso, me habló con una sinceridad épica, dijo:

—Una de las cosas que no le perdono, ni le perdonaré jamás, es su campaña de Policía.

Que así es este hombre tempestuoso y brutal, lleno de pueriles rencores, agitado por odios vesánicos.

## Dicen...

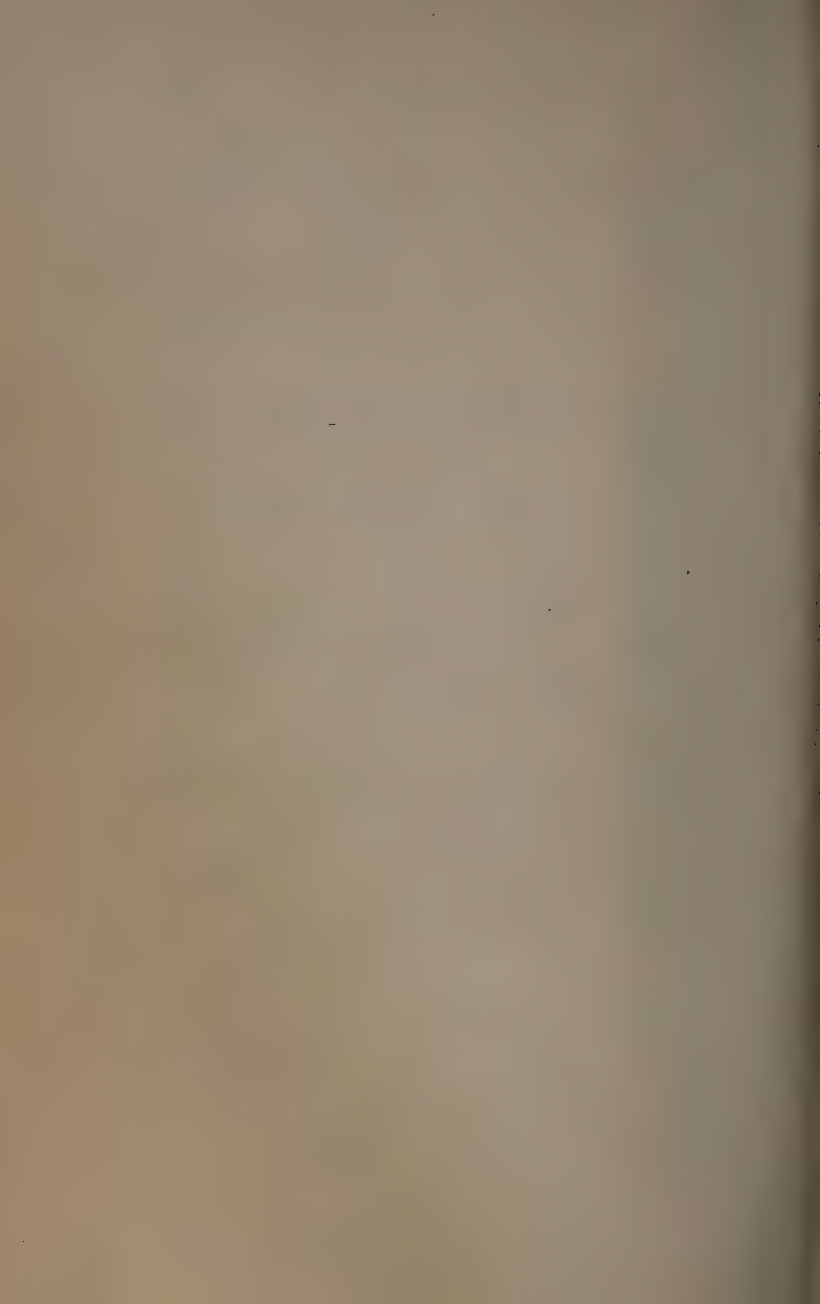
Dicen que el problema de la Policía va á ser resuelto.

¡Ojalá!

Hágase el milagro y hágalo el diablo. ¡Hágase!

Es una enormidad lo que ocurre. Tenemos un personal de Policía que no se puede superar. Pero está sin constituir. Organícese. Repárense las mil injusticias que lo socavan y lo infecundizan.

De aquella proposición mía, que el Sr. Quejana y Toro fué demorando sagazmente para que no saliera á flote, ya sólo queda un vago recuerdo. Se puede intentar ahora sin gloria para mí. ¡Vaya! En el silencio de mi casa yo aplaudiré toda buena obra, tráigala quienquiera.



## XXXIX

## LA SOMBRA DE QUEJANA

Quejana será el cuchillo de Sánchez, como Sánchez fué el cuchillo de Maura. Es este un proceso degenerado, pero evidente. ¿Por qué?

Porque ese Quejana inseparable, incrustado, no es un amigo leal, ni un colaborador afectuoso, sino una planta aleve y parasitaria que ha ido ganando á Sánchez Guerra, que lo aisla y que lo tumbará ya seco.

No concibo esa amistad. Lo único que guía á esos hombres es la maldad, la perversión. Empero, sus procedimientos son distintos y sus psicologías diferentes.

Sánchez es un moro viejo y cazurro, ducho en todas las artes marrulleras; pero es también un temperamento de combate. Lucha por afición y regodeo, y gusta de crearse enemigos. Corre la pólvora y le encanta caracolear en su matalón. No es un sér absolutamente despreciа-

ble. En otra edad y en otros tiempos, en el Marruecos del Roghi, hubiera hecho un gran papel. Pertenece espiritualmente á la paleontología, y es un atávico que pugna fuera de ambiente, y sobre todo ahora, en que un aura de renovación salvadora cunde por España; pues, sea lo que fuese, ese Pepe dentón, atrabiliario y cacique, tiene una personalidad.

Quejana, en cambio, es el hebreo. Es el hebreo sin patria, ni religión, ni estirpe. Ruin y desmedrado, la nariz husmeante, el airecillo ratonil, todo pelado, rapado, escurrido, parece un bicho de alcantarilla que se hubiese aventurado por los salones de un palacio caótico.

La nariz ganchuda acusa su ascendencia israelita. Los ojitos minúsculos y taimados, el andar leve y como en puntillas, la timidez para el ataque franco, la perseverancia en el odio, indican á esa raza hebrea que adjuró de sus creencias cuando la expulsión, y que son los únicos israelitas vituperables, pues cedieron el alma ante el medro y prefirieron el mostrador á la sinagoga.

Quejana y Toro (estudiad siempre en los nombres segundos y apellidos) es un hebreo degenerado y caduco que vive á la sombra de un berebere, y que lo explotará hasta aniquilarlo. Sin elocuencia, sin ciencia ni arte, sin oficio ni beneficio, paria merecedor de su condición en la sociedad, lleno de esas historias que le comen-

tan en casinos, despachos notariales y secretarías de Audiencia, sabe que la amistad de Sánchez Guerra es toda su vida.

Jáctase de periodista jubilado. Ignoro si habrá sido gacetillero alguna vez. Sé que viene usurpando un distrito electoral, y que ha tenido en estos días, decadentes é incomparables, algún cargo adventicio y descorazonador. Ahora pretende ir al Tribunal de Cuentas en plaza vitalicia, redondeando una vida á salto de mata.

No tiene más sostén que Sánchez Guerra. Lo natural sería que amase á Sánchez Guerra, que fomentara su bien, que lo aconsejara noblemente, que lo rodeara de amistades y de conveniencias.

No. Quejana y Toro es incapaz de querer á nadie. Amargada su vida en toda la extensión de ella, ese cuerpecillo, que parece una nuez con pico de mochuelo, no almacena sino egoísmo y maldad. Si viera mejor porvenir en otro lado, escaparía. A mí me habló muchas veces de Sánchez Guerra con frío desdén.

Lo explota sin quererlo ni estimarlo. Su obra es la del aislador. En cuanto Sánchez Guerra tiene algún amigo de valía, lo acecha, lo aburre. Le ha puesto cortapisas á Ruano de la Sota; púsole mil obstáculos á Eloy Bullón, ha destruído temporalmente á Piniés... A mí, con un odio infinito y encarnizado, me desvinculó de Sánchez. Ha sido esta su única obra loable, y por

la cual debo ofrendarle mis gracias más sinceras.

Sólo quiere en redor del morazo á quien conquista suavemente, la espesa burguesía ramplona de D. Abilio Calderón, la docilidad del señor Gálvez Cañero, y luego la nimia ó inofensiva estulticia de los niñitos Vinel, León, Llaserín...

Quejana es como una de esas mujeres pasadas y feas, á quienes un viejo colado les puso entresuelo. Mientras las amistades del «encuadernador» (así se le llama al que paga en Castilla la Nueva) son amistades pobretonas y deleznables, nada dice la arpía celosa. Pero si acaso ronda un peligro serio, ¡hay que ver las garras que saca, y la lengua viperina, y el moverse con espasmos!

Ese hombrecito acabará por destrozar á Sánchez. Adulador, engríe su ridícula vanidad de paleto cacique. Menguado de inteligencia, lerdo, contribuye en buena parte á su descrédito espiritual. Intrigante, acaparador, lo aisla. Y luego, como Quejana es un espíritu maligno y ponzoñoso, que sólo goza con sembrar el daño, fuerza al musulmán á mil desafueros y lo zambulle en la artimaña.

Quejana es un mico encaramado sobre un caballo. Desde arriba hace guiños y visajes, y la rienda va suelta. El caballo se despeñará. Pero ya veréis al mico asirse á un árbol cuando atisbe la tragedia.

Cada hombre tiene su debilidad, algo inexplicable y fatídico, que lo domina y lo destroza. En unos, son las faldas; en otros, el juego; quién se debilita bebiendo alcohol... Sánchez Guerra tiene á Quejana por castigo.

Nadie se ha explicado aún esa mezcolanza, esa aberración, ese extraño maridaje. Se concibe que tuviera Sánchez por criado á un hombre de esfuerzo, á un Juan Diente. Pero no á personilla tan deleznable y perjudiciosa como el tal inepto é infausto Quejana.

Yo voy creyendo ya en el hipnotismo, en la fascinación. Hay deslumbramientos morales que todavía no explica la Ciencia, pero que existen en el mundo.

Sólo así concibo que un Raisuli como Sánchez Guerra, indómito y ardoroso, lleno de pasiones turbulentas, deje posar su alma sobre el alma amarilla, feble, helada y viscosa de Quejana y Toro.

Porque buscarle á éste una explicación morbosa y de penumbra, ¡sería tan horrible!...



## XL

## QUEJANA ME ODIA

**En "A B C".**

Cuando yo hacía en *A B C* los rasgos de la jornada parlamentaria, y tenía una gloriosa independencia, comenté de una justa manera al Sr. Quejana y Toro.

Un día el Sr. Quejana estaba atisbando á don Antonio, el jefe entonces del partido conservador. Lo miraba desde lejos, como un cuco podría mirar á un leonazo. El leonazo se alzó de pronto, y dejó su escaño vacío. Y entonces el cuco revoloteó ligeramente, y vino á posarse en el sitio que Maura ocupaba. Yo dije en *A B C* algo así:

«Democrática es, en verdad, la vida parlamentaria... Que pueden dos nalgas tan diversas calentar idéntico terciopelo.»

Desde aquel día, como Quejanilla es un alma ruin, me detestó.

### Más tarde.

A poco de constituída la fracción idónea, celebramos los amigos de Sánchez Martínez un almuerzo en el Casino de Madrid. A los postres se puso á discusión qué se haría, electoralmente, con el maurismo.

—Hay que acabarlo—decía Calderón, mientras hundía en una pera sus incisivos.

—No se pueden tener debilidades—gruñía Quejana, escarbándose los molares, huecos y putrefactos, con una pluma.—. Si yo fuera Sánchez Guerra dejaría sin acta hasta á D. Antonio.

Yo le miré con tal desprecio, que se ruborizó.

Y el odio suyo continuó aumentando.

### El miedo.

Quejana—ya lo he dicho—sintió además, como lo ha sentido contra Ruano, Bullón, Piniés, miedo de perder su monopolio sobre Sánchez.

De ahí las mil infamias de que me hizo objeto ese pequeño escarabajo.

## Resumen de crueldades.

Someramente y para que sirvan de pequeño dato, os diré lo que á Quejana debo.

Hay sinos. Yo sufro la persecución del señor Quejana y Toro.

El Sr. Quejana y Toro se ha propuesto extinguirme. Ha sido en vano el empleo de todas las artes para rehuir su iracundia. El Sr. Quejana es implacable con este modesto literato.

La sombra del Sr. Quejana me busca las vueltas, me corta el terreno, me persigue con saña cruel.

¿Acaso sonreís, creyendo que exagero? Ved que no.

¿Habéis procreado hijos? El periódico es el hijo mismo, hijo de la carne y del alma, fruto de nuestros desvelos, tormento de nuestras noches en vigilia, azote de nuestros ahorros. Es el hijo con su risita jovial, con sus manecitas que os rodean el cuello, con la fiebre que os tiene transidos en la cabecera de su cuna. Y es además la única esperanza que os alumbra el futuro. Cuando yo sea viejo—pensáis—y no pueda ganar el sustento, este hijo mío, por cuya salud ahora tiemblo, habrá crecido, será fuerte, y tendrá para el ancianillo sin fortuna que le dió el sér un trozo de pan.

Bien. Hasta estos sentimientos hondos y enormes osó el Sr. Quejana llegar con sus manos. Recién fundado *El Parlamentario* me dirigí yo á los senadores y diputados de mi partido, rogándoles una ayuda para el diario que tantas veces comentó sus luchas. El Sr. Sáenz de Quejana fué mudo y sordo á mi requerimiento. No me ofendí. Era un derecho de que usaba el señor Quejana y Toro. Pasados unos días, le hablé al pasar, y me contestó:

—Ni me suscribo, ni me suscribiré jamás á *El Parlamentario*; y no es que crea que no hace falta Prensa conservadora. *La Epoca* no sirve ni vale para nada. Pero...

A esto, tan doloroso, ya hice reciente alusión.

Respecto á mi imprenta, ya visteis cómo la destruyó, arruinándome, por obra de su caciquería bárbara.

Pasó algún tiempo más. Un día recibí carta del Sr. Quejana y Toro. Palidecí ligeramente. El Sr. Quejana no podía llamarme para nada bueno. Fuí. Escuchad:

—El negociado de la Prensa, amigo Antón, necesita reforma. Es preciso dejar cesantes. Usted tiene varios amigos aquí.

Era cierto. Sánchez Guerra, antes de que *El Parlamentario* se fundara, concedióles un sueldo á tres periodistas, como yo, sin hacienda. Eran éstos Wenceslao Fernández Flórez, Arturo García Carraffa y José Juan Sanchís. Que-

jana lo sabía. Y ya sus ojuelos, misteriosos y avizorantes, habían buscado la presa.

El primero que cayó fué Fernández Flórez. Después, muy poco después sumia casi en la miseria á Sanchís, aunque ahora, ya fuera de mi lado, lo proteja, y caía sobre el cocido de Carraffa como un chacal.

Y ahora, á este respecto:

El Sr. Sánchez Guerra cambió para mí desde hace mucho tiempo. Fuí llamado á su presencia, reiterada y lisonjeramente. Mientras permanecí á su lado, que diga si no fuí un modelo de lealtad, de buena hombría, de trabajo. Me desvivía por servirle.

Aun así, yo me he visto distanciado del señor Sánchez Guerra, y al pensar en ello no he podido menos de achacar parte de la culpa al señor Quejana.

Un hombre que llegó á exteriorizar de manera tan ruda su odio contra mí, ¡qué labor realizaría fuera de mis zarpas, con la evidencia de no ser descubierto!

¿Tenía celos de mí el señor Quejana? ¿Creería que yo podía quitarle alguna vez la confianza?

Si así fué, ¡bien escaso sentido el de ese pobre diablo!

Mi lealtad no es de pasillo ni de despacho. Mi lealtad es la lealtad del mastín, y no la lealtad del zorro. Yo no sé llegar á los hombres desde

las botas. Yo tomo su corazón por asalto. Yo no voy para subsecretario de nadie. Yo soy yo, en la plazuela, haciendo ruido. Pero lo que sí puede jurar el Sr. Quejana es que nunca, nunca, faltó este desapacible literato, fruto de su edad, inquieto y agresivo, de cuyas garras tienen huellas muchos hombres, pero en cuyo corazón hay imágenes que no borrará el tiempo, á ese deber de lealtad que imponen un apellido de señor. unos nervios viriles, un sentido social de la Ética, y aun la Estética misma, que me pinta al traidorzuelo con tales trazos de realismo zolesco, que me inspira náuseas.

Cuando fuí maurista, lo fuí con pasión. Cuando fuí antimaurista, lo fuí con locura. Si Maura me hubiera acariciado alguna vez, yo sería siempre un cachorro de león que velara los sueños de su padre.

Aún en otra grave cuestión de mi vida he sentido invisible, pero perceptible, la mano agresiva del Sr. Quejana y Toro.

Me refiero á mis campañas pro Policía. Ellas han sido, son y serán mi bandera. Y juro ante Dios que en ello no influye sino una cuestión de sentimentalismo y de romanticismo.

Amo á los policías como hermanos. Ellos, pobres, abandonados, dignos y nobles, me han hecho sentir por vez primera la pequeña gloria de ser diputado, no á usanza del Sr. Quejana, para medrar por las paredes, sino la pequeña gloria

de quien cree que la toga de legislador, aunque muy caída y muy prostituída, es un peplo.

Comparto sus penas, sus esperanzas, y estoy asociado á la obra de su redención. ¡Pensar que el Sr. Quejana ha detenido el instante supremo de ver realizada mi obra!

Un día, como leisteis, presenté mi proposición de ley destruída por el advenimiento de los liberales. Ya estaban á punto los policías de ser retirados con jubilación, ya iban á tener la excedencia ilimitada, ya no se podrían proveer las plazas con individuos ajenos al Cuerpo, ya los vigilantes y los ordenanzas... ¿Para qué seguir? La obra de una reparación social era casi un hecho.

Presenté la proposición con firmas autorizadas, la apoyé desde mi escaño, fué tomada en consideración. Sólo faltaba que la Comisión se nombrase. Yo bullía de impaciencia, viendo cómo se iban extinguiendo las sesiones.

Ahora bien: ¿por qué tardó tanto en nombrarse la Comisión?

He aquí el secreto. El Sr. Quejana y Toro quería presidir esa Comisión, quería exornarla. ¿Para qué? ¿Era un orgullo? ¿Una frivolidad? Yo creo que fué un manejo para entorpecer mi labor.

Ambos pertenecíamos á la sección séptima del Congreso. No podíamos, pues, pertenecer á una misma Comisión parlamentaria, mientras no

estuvieran separados nuestros nombres. Esto ocurría á mediados de Noviembre. Y fué preciso esperar hasta principios de Diciembre, para que, al quedar en diferentes secciones, pudiéramos ir á la Comisión de la Policía.

¿Qué ocurrió después? Que con estas dilaciones impuestas por el capricho ó por la perfidia de un hombre influyente, se pasaron los días, y que, pudiendo ser ley la proposición sólo con que el Sr. Quejana y Toro renunciase al regodeo de presidir lo que ni sentía ni conocía, llegó la catástrofe liberal y á todo se lo llevó la trampa.

Ya lo sabéis: ese hombrecillo canijo y funesto ha devastado otro de mis sueños más altos.

### Un lapso.

Durante la etapa liberal, en que ese hombre y yo éramos dos ciudadanos, se guardó mucho de agraviarme.

Después...

Muy perverso es Sánchez Martínez; pero de lo acaecido, para mi bien, en realidad, gran culpa tiene ese despreciable hombre que hace guiños, como un pelele cómico sobre el lomo de un corcel desbocado.

## XLI

## EL ALMA DE QUEJANA Y TORO

**«El Dominó».**

Voy á reproducir algunas palabras ajenas. Yo no he tenido tiempo aun para dedicarme á seguir la pista del Sr. Quejana. Por lo demás, ¡qué más quisiera él si no que yo hiciera acusaciones!

Todos sabéis cómo son en España los procedimientos judiciales. Y de qué manera se hallan ligados á la vida gubernamental.

El Sr. Quejana me destrozaría, me trituraría. No. Soy necesario para algo más que para hacer delaciones.

Pero como estoy ocupado ahora en descubrir el ambiente idóneo, no quiero dejar sin reproducción ecuánime algunas de las denuncias que se han hecho, y que yo me limito á copiar sin hacerlas mías, acerca del actual subsecretario de

Gobernación, segunda alma del encasillado, personaje de la política nacional.

D. Gonzalo Pardo, *El Dominó Negro*, publicó hará un par de años en cierta revista que dirigía, algunas apreciaciones sobre el Sr. Quejana, que relaciono:

«Hace pocos días recibimos varias gravísimas denuncias, que al ser lanzadas á la publicación han de causar emoción inmensa.

Demuestran éstas la existencia de una verdadera cuadrilla de estafadores de levita, que desde hace algún tiempo viene convirtiendo en víctima de sus hazañas á inocentes individuos de la clase media, que en una credencial del Estado cifran la solución del problema de la vida.

»Según las manifestaciones de los denunciantes, dicha cuadrilla cuenta con numerosos auxiliares ó «ganchos», que por una pequeña comisión se encargan de preparar el negocio.

»Á tal fin, y una vez de acuerdo con el solicitante del empleo, los «ganchos» conducen á éste á cierta Notaría situada en calle céntrica y á pocos pasos de la Red de San Luis, donde el incauto deposita el importe de la credencial solicitada, cuyo valor suele oscilar entre mil y cinco mil pesetas.

»El recibo que se le entrega hace constar la existencia del contrato celebrado entre el estafado y la personalidad que se compromete á entregar la credencial pedida, dentro de un plazo

de tres meses, pasados los cuales el solicitante puede, si el contrato no ha sido cumplido, recoger su pesetas.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

»Numerosos han sido los incautos que por este procedimiento han sido estafados, ya que ni recibían la credencial comprada ni se les devolvía el dinero depositado, ese dinero que en la mayor parte de los casos supone sacrificios sin cuento y una era interminable de futuras privaciones angustiosas.»

Después, *El Dominó Negro* afirma que están comprometidas en este suceso algunas importantes personalidades, cuyo nombre no revela.

Y añade, textualmente:

«Entre los comprometidos se halla un diputado á Cortes, que ha desempeñado recientemente preeminente cargo político.»

*El Parlamentario* contestó á esto, diciendo que señalara nombre, pues la acusación era demasiado seria para velarla. Entonces, D. Gonzalo Pardo me envió la siguiente carta:

«Sr. D. Luis Antón del Olmet, director de *El Parlamentario.*

Mi querido amigo y distinguido compañero: Pláceme dar cumplida contestación á los requerimientos que en el número de ayer lunes, del periódico de su digna dirección, háceme al recoger las veladas acusaciones que contra deter-

minadas personalidades lanzo, en nombre de quienes, en un momento de explicable optimismo, fueron víctimas de las censurables maquinaciones de aquéllas.

Pídeme usted que tenga la «arrogancia» de aclarar los conceptos de mi artículo, que aluden á quien recientemente desempeñó elevado cargo político, y supone, muy acertadamente, por cierto, que esto puede hacer referencia á algún personaje del partido conservador, que acaba de abandonar la gobernación del Estado, por cuyos fueros créese usted, mi querido amigo, en el deber de velar, y yo, sin vacilar, recojo su ruego, y contestando á éste afirmo que:

En las denuncias que por personas de toda «solvencia moral me han sido presentadas, figura el Sr. Sáenz de Quejana, ex subsecretario de Gobernación; que poseo documentos que comprometen seriamente este nombre, y que en el próximo número de mi periódico me propongo publicar éstos, al lado de otros que envuelven la culpabilidad manifiesta de las restantes personalidades á quienes en el artículo de referencia aludo.

¿Es esto lo que deseaba saber el digno director del estimado *Parlamentario*? Creo que sí, y al dejar dolorosamente satisfecha su curiosidad, ahora tan malparada, sólo réstame rogarle no incurra en los defectos que por cobardía ó mal entendido egoísmo cae la mayor parte de la en-

ferma Prensa española al pretender ahogar con sus rídiculos aspavientos de vergonzante doncellita neurasténica la voz enérgica que se eleva, acusadora, sobre las concupiscencias de los demás.

Sabe usted muy bien, querido Antón del Olmet, que ni soy tan tonto que me deje sorprender por la astucia de unos falsos informadores, ni tan perverso que por sistema ó ligereza acuse á nadie, sin más pruebas que mis manifestaciones corroboren.

Queda más. Hónrome en reiterarle, querido amigo, que en absoluto cuenta con la estimación personal y admiración ferviente de su incondicional servidor, amigo y compañero, q. l. e. l. m.,

*El Dominó Negro.*

Madrid, 4-1-1916.»

## El hecho.

Días más tarde publicó *El Dominó Negro* una información.

Pero esta crónica se hizo larga con exceso. El tema es delicado é importante y habrá que tocarlo sagaz y prudentemente.

Aquella revelación del Sr. Pardo, acusaciones prolijas del Sr. Moncó, documentos interesantes y silencios alarmistas, ocuparán mi próximo trabajo.



## XLII

## LA ZAMBULLIDA

Vino á Madrid D. Honorino Moncó, y yo le dije:

—Moncó, usted desea que se vuelva á hacer la campaña sobre Quejana y Toro. Bien. ¡Hágala!

El Sr. Moncó, acusador insistente del señor Quejana y Toro, se puso muy alegre:

—Créame usted... Se han cometido innumerables estafas. Hay que perseguir á los culpables y proteger á los inocentes.

—Ante todo—exclamó—será preciso que don Manuel de la Fuente, á quien según ustedes afirman le fueron captadas tres mil pesetas con procedimientos aleves, dé la cara.

—Lo hará. No desea otra cosa. Le traeré á usted cartas suyas, más pruebas aún de las que poseo.

A la noche invité al Sr. Moncó á cenar. Ten-

go por testigo del apasionado prurito moralizante del Sr. Moncó á Basilio, abad de Beiro, gallego y orador.

—Mañana—dijo después de enjuagarse— le daré cuanto es preciso, y sobre todo la declaración escrita de mi amigo la Fuente. ¿Dónde nos veremos?

—¿En el Lion?

—¿A qué hora?

—A las diez de la noche.

—Bien está.

El Sr. Moncó llegó tarde, cerca de las once, y con esa vacilación, esos pies de plomo, esa pátina amarilla del hombro «rajado» (en Méjico se le llama «rajarse» al hecho de volverse atrás).

Yo no digo que se haya «rajado» el Sr. Moncó; pero tengo el barrunto.

—¡Hola, Moncó!

—¡Salud, D. Luis!

—¿Qué hay...?

El Sr. Moncó sonreía ambiguamente.

—Sabe usted que el amigo La Fuente...

—¡Ya, ya...!—dije—; desde que le vi á usted la cara lo sé todo. Soy un avizor, un zahorí. Leo en las almas, y estoy en todos los vientres. Ese señor La Fuente, que viene protestando desde hace tres años, del que usted manifiesta que fué estafado, se «raja»...

—Sospecho que sí—suspiró D. Honorino—. Pero, de todas maneras, conmigo puede contar

siempre. Yo he sido quien ha resucitado el asunto, sobre haberlo agitado antes, y no estaría bien que me inhibiera. Mañana salgo para San Sebastián.

El Sr. Moncó llevaba un bonito traje color heliotropo, y sus zapatos crujían.

No he vuelto á saber nada del Sr. Moncó. Me he dirigido á él públicamente. Ignoro dónde se ha filtrado el Sr. Moncó.

Y ahora, vayamos á D. Gonzalo Pardo, *El Dominó Negro*, cuyas cartas adversas al Sr. Quejana y Toro habéis leído.

Viendo yo cómo D. Honorino se volatilizaba, procuraré entrevistarme con el Sr. Pardo. Don Gonzalo deambulaba cuando le toqué el hombro:

—¿Cómo va lo de Quejana?—pregunté.

—No hay justicia—dijo—. Mis querellas contra él no avanzan. Las suyas contra mí me cercan.

—Bien—dije—; teniendo usted la razón como asevera...

—¡Vaya si lo asevero!—interrumpió el señor Pardo, con su juvenilidad nerviosa.

—Pues teniendo la razón, ¿qué inconveniente puede haber en proseguir una acción justa?

—Ninguno. ¿Quiere usted resucitar aquéllo?

—No tengo interés. Ha sido Honorino Moncó el mago. Y ya, la verdad, me fastidia que nadie me tome como pared para juguetear á la pelota.

—Yo le daré—exclamó—documentos que te

go ante los Tribunales, y que mi abogado solicitará.

—¿El admirable Serrano Batanero?

—El mismo.

—¿Cuándo podré estudiar concienzudamente el asunto?

—Iré á verle.

Hablé con *El Dominó* en la modesta hospedería donde pasé el verano. Luego en el Lion. Prometióme eso y mucho más. Una tarde me llamó al teléfono:

—Ya está—dijo—. Iré á verle.

Y no he vuelto á contemplar con estos mis ojos pecadores al inquieto *Dominó*. También lo he requerido en público. Y tampoco obtuve respuesta.



D. Manuel Sáenz de Quejana y Toro ocupa un cargo influyente. Bajo sus auspicios, D. Emilio Moreno en su despachito.

Pero nada quiero aventurar.

¿Es el Sr. Quejana un modelo de ciudadanos? Bien. ¿Son Pardo, Moncó, La Fuente, unos chicos frívolos que iniciaron campañas absurdas, y que ahora, contritos, se evaden? Bien.

Dado nuestro ambiente, aquí todo está bien.

## XLIII

## EL CASO PATOLÓGICO

### La información de Pardo.

No quiero reproducir todo el artículo de Gonzalo Pardo.

La información aquella venía á ser lo siguiente: Sin que yo—claro está—me haga solidario de ello, ni aventase opinión alguna. Existía, y existe en Madrid (hablan los delatores) un notario, el Sr. Alcaína, en cuya oficina se realizaban determinados negocios. Aquellos pobres hombres que necesitaban un destino, un traslado, y que buscaban determinadas influencias para conseguirlo, depositaban allí, y á nombre del influyente, una cantidad. El oficial de la notaría, Sr. Zorrilla, autorizaba el absurdo documento. Las más de las veces, el protector no cumplía su promesa, y el desventurado se quedaba sin dinero y sin destino.

Pues bien; nosotros poseemos, facilitado pri-

mero por el Sr. Pardo, y luego por el Sr. Moncó, reproducción fotográfica de un documento hecho en la notaría del Sr. Alcaína, autorizado por el Sr. Zorrilla, en el cual D. Manuel de la Fuente y Rodríguez depositó 3.000 pesetas á nombre del Sr. Sáenz de Quejana.

El documento, del cual dábamos oportuno cliché, dice así:

Hay un sello de la notaría del Sr. Alcaína. Y luego:

«Recibí de D. Manuel de la Fuente y Rodríguez la cantidad de *tres mil pesetas* que deja depositadas en esta notaría como garantía de un contrato que tiene estipulado con D. Manuel Sáenz de Quejana y que tendrá efecto en el plazo de tres meses, á contar desde la fecha, ó sea el día diez y ocho de Septiembre próximo, hasta cuya fecha no podrá ser retirado dicho depósito más que por los dos expresados señores conjuntamente, y transcurrido ese plazo, será retirado por el Sr. De la Fuente á la presentación de este resguardo que le expido con arreglo á lo que preceptúa el art. 92 del Reglamento del Notariado y como oficial letrado encargado de este despacho, en Madrid á 18 de Junio de 1915.—*Javier G. Zorrilla* (rubricado).»

Escrito de Vd. a [illegible] desta puerto

y Pedro [illegible] la cantidad de [illegible]

mil pesos, que deja depositada

[illegible] como garantía de [illegible]

[illegible] que tiene estipulados con Don

[illegible] Barquera y que [illegible]

[illegible] en el plazo de tres meses

a contar desde la fecha, ó sea el

[illegible] de Setiembre próximo,

[illegible] cuya fecha no pudiera ser [illegible]

[illegible] el [illegible] depositar [illegible]

por los dos [illegible] Señores conjunta-

[illegible]

[illegible]

[illegible] de [illegible]

[illegible] con arreglo a lo que

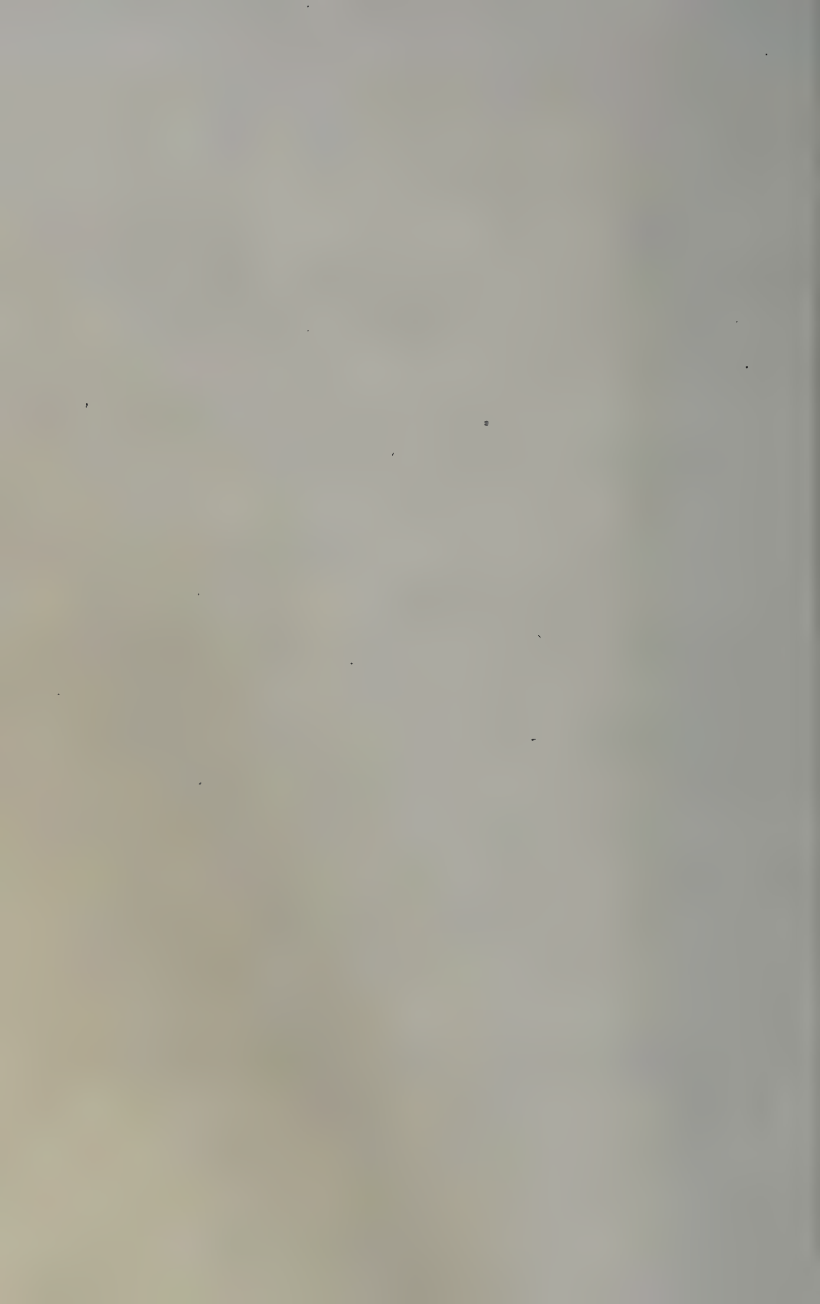
prescribe el artº 2 del Reglamento

del [illegible] y como oficial [illegible]

encargado [illegible] este día [illegible]

[illegible] a 18 de Junio de 18[illegible]

[illegible]



## Actitud del Sr. Quejana.

Cuando este documento se publicó, el señor Quejana respondió con palabras ofensivas, pero no quiso decir quién era ese Zorrilla; por qué tomaba su nombre en un absurdo convenio notarial; qué justificación tenían aquellas tres mil pesetas.

Respuesta á los agravios del Sr. Quejana fué la carta siguiente del Sr. Pardo:

«Sr. D. Luis Antón del Olmet, director de *El Parlamentario*.

Mi distinguido compañero y querido amigo: Muy reconocido habría de quedarle si en las columnas de *El Parlamentario* diese cabida á las siguientes líneas, que son, no una contestación á la carta insidiosa, reflejo fiel de una psicología enferma, publicada ayer por el Sr. Quejana en la Prensa madrileña, sino la aclaración de las manifestaciones hechas en ella por el ex subsecretario de Gobernación.

Dice el Sr. Quejana, con la avinagrada intención que le caracteriza, «en la preparación ó consumación de esos manejos—¡estafas!, señor Quejana, estafas—se mezcla mi nombre sin que de ello tenga motivo á sorprenderme, puesto que ya se me había notificado».

Como aclaración á esta maliciosa reticencia,

debemos hacer constar que ni hemos hablado jamás de estas cosas al señor que fué subsecretario, ni más de una vez, y esto va ya para ocho ó nueve meses lo menos, hemos sufrido la inquietante proximidad de dicho caballero.

A lo que el diputado por Villacarrillo debe referirse es á la queja ó reclamación que, hace tiempo, elevó hasta él una de las víctimas de las estafas de referencia, á la que ese señor contestó en una carta saladísima que obra en nuestro poder y que nos proponemos publicar en nuestro semanario para que los lectores mediten acerca de... ¡cómo se pudo escribir eso!

Renuncia el Sr. Quejana á entablar con nosotros—por quienes se cree agraviado—la oportuna querella, y hace bien; ¡sería exponerse á que al arreciar en nuestra actitud severa, llevásemos la cuestión demasiado lejos!

Y, por último, habla el ex subsecretario de la inoportunidad de resolver este asunto en el terreno del honor, pues equivaldría, dice, «á igualar la calidad y condición distinta de los contendientes».

El Sr. Quejana tiene razón; nuestro nombre modesto, pero honrado, al nivel de otro que aparece envuelto entre las tenebrosidades de unos sumarios judiciales... ¡nunca!

Aparte de que no queremos pensar en lo que podría suceder cuando cogiésemos la espada y se nos colocase el Sr. Quejana á metro y medio

de distancia. Nuestra vehemencia llevaríanos seguramente más lejos de lo que en verdad deseamos.

Y, para terminar, elevamos también nuestra voz hasta el excelentísimo señor fiscal del Tribunal Supremo, en súplica ferviente de que tenga por mantenidas las acusaciones que en el número del pasado lunes de *El Dominó Negro* lanzamos, y disponga cuanto estime conveniente para la más rápida depuración de estas denuncias.

Señor director de *El Parlamentario:* ruégole una vez más, y de su caballerosidad espero verme complacido, la publicación íntegra de esta carta, de cuya dureza debe culparse solamente al que, aunque en vano, pretendió empañar con unas cobardes insidias la limpidez de nuestro nombre inmaculado.

Sabe que muy sinceramente le estima y admira, s. b. a. y c., q. l. e. l. m.,

*El Dominó Negro.*

Madrid, 11 Enero 1915.»

Por lo demás, D. Honorino Moncó, y refiriéndose al notario Sr. Alcaína, me envió la epístola siguiente:

«Señor director de *El Parlamentario.*

Muy señor mío: Acogiéndome á su probada imparcialidad, me permito rogar á usted se dig-

ne acoger en su simpático diario la presente carta.

Enterado de las cartas publicadas por varios periódicos, en las que trata de demostrar el notario Sr. Martínez Alcaína su completa inocencia en el ruidoso asunto de las *reales y positivas* estafas perpetradas en los casos que tan valiente y noblemente trata *El Dominó Negro*, con absoluto espíritu de justicia, no obstante la lamentable ligereza con que á tal campaña califica un periódico de difamatoria y calumniosa, ayuno seguramente de elementos de juicio bastantes para juzgar con equidad, y como parte interesada indirectamente en tales estafas, á la par que amante de todo lo justo, quiero, con mi opinión, autorizada por ser testigo presencial de algunos hechos, aportar mi granito de arena, en obsequio á la inocencia del citado notario.

Es muy cierto, exacto, incontrovertible, que en la notaría del Sr. Martínez Alcaína, en su despacho, á todas horas en días lectivos, y usando siempre del sello oficial, se hicieron de 80 á 100 documentos resguardos de depósitos por valor de más de ciento cincuenta mil pesetas, y que al vencer los plazos para retirar dichas cantidades, en la mayoría de los casos no se logró recuperar un solo céntimo.

También lo es que la mayoría de tales resguardos eran firmados por un Javier Zorrilla, que se titulaba oficial mayor, y que con tal ca-

rácter firmó documentos de todo linaje; pero existieron algunos, en absoluto de la misma índole que los de las estafas, y escritos por el mismo Zorrilla, en los que al lado de la firma de éste iba estampada la del Sr. Martínez Alcaína, *escrita á la vista del que hacía el depósito,* por lo que en estos casos no cabe admitir la falsificación de la firma del notario, aunque muy bien aceptaremos su inocencia si volvemos la vista al hipnotismo.

Estos resguardos fueron pagados y recogidos, aunque no las pruebas fotográficas que atestiguan su existencia.

¿Está, pues, clara, clara la inocencia del señor Martínez Alcaína? Por si todavía existen dudas sobre la inmaculada inocencia de esta palomita azul, virginal é inocente, encarnada en un notario, á la denuncia que tengo presentada en los Tribunales en nombre de un estafado contra el Sr. Zorrilla, sumaré el nombre del Sr. Alcaína, seguro de que con ello saldrá más brillante la inocencia de éste.

Reiterando á usted mi gratitud, señor director, queda de usted atento s. s. q. e. s. m.,

*Honorino Moncó.*

Madrid, 18-1916.»

**Ahora...**

A poco de iniciar yo estas crónicas sobre el grupo idóneo, me escribió el Sr. Moncó una carta, de la que copio el párrafo siguiente:

«Para mí, que tuve muy principal papel en el incidente á que sospecho alude, no hay duda que se refiere á la campaña que se sostuvo sobre escandalosas estafas efectuadas en una Notaría de Madrid, en la que se encontraban barajados los nombres del actual subsecretario de Gobernación, Sr. Sáenz de Quejana, y de otros políticos y aristócratas muy conocidos en la Corte.»

Respondí al Sr. Moncó que yo estaba dispuesto á publicar nuevos datos, si es que los tenía, pues en mi obra de saneamiento político creía un deber hacerlo.

Vino el Sr. Moncó á Madrid. Me prometió presentarme al Sr. La Fuente. Luego...

Revelaré las gestas de éstos que se dicen estafados y que ahora guardan un raro silencio.

## XLIV

## QUISE MATAR MI OBRA

**Y sigo.**

Un día hubo, en el cual quedé fijo ante el espejo de mi alma, y me dije:

—O corromperse acudiendo á todos los resortes, ó matar el periódico.

Yo no podía seguir viviendo aquella vida. Captado, sin airón espiritual, abandonado por unos y otros, ó lanzarse contra los idóneos aceptando el mote de versátil, ó estragarse en la corrupción para seguir alentando.

En este dilema, ¿qué escogí? Matar mi propia obra, retirarme al obscuro asilo del que salí con el consentimiento de Sánchez, reintegrarme á mi puesto de Gobernación, languidecer...

Y yo os convoco para que penséis en lo heroico del proyecto. Asesinar á nuestro hijo; ahogarlo entre los dedos, recluirse, renunciar á toda esperanza de independencia y de legítimo

orgullo en la vida... Esto, antes que descender un escalón más y que abismarse en la ciénaga que suele constituir la existencia periodística en nuestra nación. Y eso—bien lo sabe Dios—que la tentación había llamado muchas veces á mis puertas:

—Ande usted... Si lo hace todo el mundo.

—¡Qué imbécil! Ve usted, Fulano...

—Está usted perdiendo lo mejor de la vida en una obra estéril.

No. Yo quería hacer un periódico, y no un pasquín; tener una espada, y no una ganzúa; contribuir al reintegramiento espiritual de mi Patria, y no á su corrupción, viviendo de ella y gozando sus placeres deletéreos con el derecho de la fuerza intelectual y del acometimiento condotiero y bárbaro.

Tuve—claro está—el inmenso obstáculo de servir á una política. Hoy, en que no sirvo á ninguna, ni la serviré jamás, sí estoy capacitado para realizar mi proyecto. Lo realizaré. Dios me dice que lo realizaré.

Ante el atroz dilema—y sigo el discurso interrumpido—fuí á Gobernación para ofrecer al ministro mi estado de conciencia y entregarme á él en un acto casi filial.

Le dije:

—No puedo seguir publicando este periódico, cuya idea usted aprobó y favoreció con su consejo. Carezco de reservas económicas. Lo que

usted me da es poco. No quiero más. Comprendo que es preciso atender á muchas cosas. Buscar público en la calle, en el corazón de las muchedumbres, es imposible siendo ministerial. Acudir á los recursos innobles no quiero. Vengo á decirle que mataré el periódico. Estoy sin mi herencia gastada, con deudas grandes, en una situación de espíritu espantosa. Soy un alma cansada, hastiada, magullada...

El ministro, impaciente, nervioso, me oía sin escucharme.

—Deseo—acabé—vivir aquí, en este asilo, al que usted me llamó, y del que salí por su consejo y con su beneplácito.

La respuesta fué dura, cortante:

—Eso es imposible.

Yo, con la voz trémula y el ademán convulso, seguí:

—Entonces, ¿cómo podré salir de este paso horrible? Déjeme siquiera la subvención hasta extinguir las deudas del periódico.

Hubo una larga risa.

—¡Ca!

Y después, tras de una pausa breve, terminó:

—Le podría dar un sueldo... modosto... Pide todo el mundo...

Yo era, ¡yo!, aquel á quien se había solicitado con adulación y pleitesía, un pedigüeño del fondo de reptiles, al que se regatea una limosna.

Y todo mi honor, aquello de sano y de fuerte

que se tiene en el fondo de la conciencia, cuajó en un ademán. Hice al ministro un leve saludo de cabeza, y me alejé de allí para no volver jamás.

Descendí con paso vacilante la escalerilla secreta. El portero me hizo un saludo gazmoño. Creí que yo aún era alguien en aquel recinto. La Puerta del Sol. Gente que bulle. Mi casa.

Y allí, en el despacho, en el laboratorio donde urdí mis escritos y donde está el altar de mi arte pobre y doloroso, di rienda á mi pena.

No se me dejaba ni aun el derecho á matar con honor al aberrado hijo de mi concubinato con la política. Era preciso que ese hijo viviera, para mi ludibrio y calvario. No se me daba asilo. Se me despedía fríamente. Yo tenía que pelear con todas las armas, para que ese hijo alentara, y para que mis gentes royeran un mendrugo. Yo tenía una familia detrás, un hogar constituído. Yo era átomo de una sociedad sin entrañas. Yo me veía empujado, empujado.

No recuerdo haber llorado jamás. Ante mi madre muerta, sí, se humedecieron estos ojos, que tantas miserias contemplaron. Ni antes, ni después, salvo aquellos vagidos infantiles con que los niños presienten la vida, lloré nunca. Pero aquel día, ante aquel instante dramático, sentí que de mi vientre subía al pecho no sé

qué, y tuve que abrir el balcón y mirar al cielo, y verlo azul é impávido, para no prorrumpir en sollozos viriles, mirando sin subjetivismo, como un desolado espectador, la miseria del mundo.



## XLV

## MORIR Ó MORIR

Viendo que Sánchez me desahuciaba, que me abandonaba en mitad del camino, acudí al señor Dato.

—Quiero—dije—matar el periódico. He perdido casi toda mi humilde herencia maternal, y antes de recurrir á dolorosos procedimientos y á sistemas innobles, prefiero estrangular mi propia obra.

Dato se puso muy alegre, todo lo alegre que puede estar ese señor de ascendencia asiática, impasible como un «dato» filipino.

—Me parece bien—respondió.

¡Le parecía bien que yo quedara arruinado por servir á los idóneos, que me considerara fracasado, extinguido! Dato asistía á mi defunción con una helada sonrisa, á mi suicidio en su holocausto con un mohín de suave displicencia.

Yo atajé, empero, aquella alegría que emanaba el gran idóneo.

—Menester será—dije—solventar mis deudas antes de liquidar ese mal negocio en el que ustedes me metieron. Yo no puedo zafarme. Sobre haber perdido hacienda y espíritu no debo, en modo alguno, consumir todas mis futuras energías en ir pagando deudas que la prodigalidad de Prado y el abandono de ustedes le crearon al periódico. No tengo el deber de vivir un año, dos, cinco, dedicado á eso. Ya que muera, muera bien. Le pido únicamente una mortaja decorosa.

El Sr. Dato volvió á sonreir. Le encantaba la idea de que *El Parlamentario* falleciese. Yo y mi periódico no hemos estado jamás en la psicología idónea. Al Sr. Dato no le importaría mucho que yo fuera un sodomita, un adúltero, un incestuoso, si llevara mis vicios con aparente dignidad. No le importaría verme llegar tácitamente á las arcas cerradas, no dejando rastro. No le importaría que yo me hubiera hecho rico con el crimen, si el crimen se perpetrara sigiloso y elegante, astutamente apacible.

Pero esta mi rebeldía muchachesca y pletórica, esta tranquilidad espiritual incesante, esta arrogancia de pensamiento, le asustaban. Cuantas campañas viriles inicié merecieron su enojo. Una carta, un aviso...

—No es posible que siga usted esa postura.

Alguna vez llegó hasta la amenaza de guante blanco: el zarpazo del tigre con forro de seda.

—Me veré en el caso de desautorizar sus escritos.

¡Y eran escritos nobles, francos, denunciando alguna inmoralidad, que yo creí merecerían su aplauso y su alta colaboración!

Repito que tornó á sonreir:

—Tiene usted absoluta razón. A usted se le ha llamado. Usted no es un solicitante. Ese periódico nos ha servido. Usted tuvo el calor de los conservadores para hacerlo. No se le puede abandonar.

Hizo una pausa:

—Bien... ¿Qué debe ahora el periódico?

Yo tenía la horrenda cifra clavada en la memoria.

—Unas 15.000 pesetas — exclamé —. Muy poco. No cuento—claro está—lo que yo he perdido. Cuento sólo aquello que debemos en este instante, y que es preciso dejar abonado antes de matar al periódico. Fíjese bien en esto, don Eduardo. ¡Antes de matar el periódico!

—¿Por qué? ¿Es una suspicacia?

—Yo creo en su solvencia, señor presidente. Pero, fíjese. Mientras el periódico viva, los acreedores irán aguardando. Siempre tendrán la esperanza de cobrar. Muerto, caerán sobre mí con la brutalidad de los cuervos, desesperados. Es preciso abonar hasta la última peseta. Y luego, elegantemente, clavarle al periódico un estilete en el corazón.

Ni aun esta frase melodramática que yo lancé con toda mi alma conmovió al Sr. Dato.

¡15.000 pesetas! Sí, no es mucho para lo que un diario cuesta.

Meditó un instante, y me dió un cigarrillo turco.

—Las tendrá usted. Plantearé el asunto en Consejo

Me fuí á casa con el espíritu magullado. Era irremediable. Yo no servía para periodista idóneo. No queriendo enemistarme con aquella gente, y prefiriendo sacrificarme, encerraríame en un trabajo puramente literario. Visité al señor Luca de Tena y obtuve colaboración fija en *Blanco y Negro*. Arrecié en mis *Grandes españoles*. Viviría modesta, humildemente. No hablaría en el Congreso más. Dejaría de ser diputado, no tornando á los escaños nunca. Pero siquiera no me devorarían aquellas deudas que me cercaban, que me atormentaban, que me hacían perder el sueño y el humor, y que me tenían como obseído, en una tensión de loco.

Pasó un día. Pasaron ocho. Quince. Las deudas siguieron aumentando. Seguro de matar el periódico lo abandoné. Salía una hoja insulsa, ñoña, imbécil. Pasaron veinte días, treinta. Ya eran 18.000 pesetas el montón informe. Pasaron otros quince días. Y al fin...

—Traté del asunto en Consejo. El ministro de la Gobernación no quiere dar nada. Tiene

enormes compromisos de Prensa. Otros... sí, de Fomento, de Estado. Vea usted al marqués de Santa Cruz.

Seis, ocho días más tarde, recibí una limosna. Pagué á dos, á tres acreedores frenéticos. Pero quedaban siete, nueve, más...

—D. Eduardo; ni he recibido lo que convinimos ni en hora oportuna. Esto no es un sablazo infame, sino la liquidación de una aventura que de ustedes nació y que ustedes deben rematar.

Me acucian más que antes. Ponga usted un gerente. Busque un administrador, desaparezca yo de allí. Quiero rendirles á ustedes hasta el homenaje de mi renunciación y de mi fracaso; pero no puedo hipotecar mi vida, seguir el camino interrumpido, un camino de espinas, el camino de la literatura, con la cruz de unas deudas para mí enormes.

El Sr. Dato encogió sus hombros.

Caí en un ensimismamiento de novela. Yo parecía un personaje de comedia moderna, neurasténico y raro. Me sentía lleno de ligaduras, de acosos, de preocupaciones. Conocí á Canetti, y me di á los baños de sol. Hacía esgrima furiosa, bárbaramente. Firmaba letras. Acudía á un acreedor con dinero de otro. Me fuí á Galicia veinte días, compré una bicicleta, y me perdía campo adelante, sin sombrero, mal vestido, monomaniaco. Empecé á escribir un drama.

Cuando regresé, tostado, más fuerte, hice una reflexión:

—Morir de impotencia, ó morir de espíritu. Matarme. Extinguirme en el silencio, sin gratitud alguna, como una mujer deshonrada que se pone á llorar, ó extinguirme como romántico necio entre una gente que es sólo egoísmo y concupiscencia.

Y le dije á mi alma:

—Oye, alma de poeta imbécil: ¿Lo sabes? Mañana te vestirás la ropa del peleador brutal. No tienes derecho á encogerte. El mundo pide lucha. Y pues tienes la vitalidad pletórica, coge un puñal, y camino adelante, clava, raja, mata.

Mi alma se incorporó vivazmente. Había sufrido mucho y tenía ganas de un desquite. Se puso el disfraz de un condotiero, cogió su estoque burgalés con empuñadura florentina, y riéndose á carcajadas, ebria y brutal, entró en el gran convite para dar una puñada en la mesa y decir:

—¡Alto! Aquí hay un estómago. Escancia vino, ¡prostituta!

## XLVI

## ¿GOBERNADOR DE BALEARES?

Finaba la etapa idónea cuando un periódico, *El Universo*, dió la noticia de que yo sería nombrado gobernador de Baleares.

Se me seguía suponiendo amigo de Sánchez Guerra. ¡Tal era el ahogo que yo había tenido para mis amarguras! ¡Tal era el arcano en que guardaba yo mis malaventuras, yo que tengo fama injusta de cambiante, frívolo, tornadizo, veletero!

No di crédito, en primer lugar, á la noticia. Y en segundo lugar, me desagradó.

Yo no he nacido para tener cargos en política. Y no es que los desdeñe. Me considero inferior á un Gobierno civil. Y creo mucho más inferiores á todos los gerifaltes que suelen ocupar dichas plazas.

Es que ejercer autoridad sobre nuestros conciudadanos lo estimo yo muy grave. Gobernar

no es pactar, pero es mucho menos vejar, y menos aun robar. Nada tan arduo. Nada tan exquisito. Nada que requiera cualidades tan finas, tan nobles de espíritu. Conocer la ley y aplicarla justa y razonablemente. No hacer la voluntad bárbara del cacique, del mandón, y menos del oligarquilla. Resolver con amor de patriota y cariño de hermano las cuestiones sociales. Ser, en las elecciones, imparcial y sereno. Perseguir la delincuencia, no brutalmente, pero sí con eficacia legítima. Contribuir desde ese grave, transcendental puesto, al mejoramiento de la nación. No dejarse seducir por el fácil chanchullo; no darle tres golpes diarios, en la timba local, á un billete de 100 pesetas; no tomar dinero de expedientes; no ser en la provincia el tentáculo del pulpo central, sino la punta nerviosa de un organismo sencillo y precioso.

Yo, para ser gobernador civil, si tal apeteciera, juzgaría precisa una fecunda preparación. Y la verdad, ni la tengo, á pesar de que mis sesos no le caben á Abilio Calderón en su gaveta de millonario tacañote, ni me sería grato abandonar la pluma por el bastón, conduciendo las borlas por fuera.

Claro está que aquí no suele andarse Argos con muchos escrúpulos para nombrar gobernadores. Casi siempre resultan unos señores desconocidos, muchos Pérez, muchos Sánchez. Y cuando nos tropezamos con algún apellido colo-

rista, ¡ya está! El hijo de un oligarca, el polluelo de un cóndor, una vulpeja en miniatura.

Hubo, y habrá—no tengo pruebas para negarlo—, gobernadores civiles fuera de esa clasificación. De todas maneras, que le pregunten á España por sus poncios, y se reirá de ellos en el sainete, ó narrará dramáticas escenas recordando su secular vandalismo.

Era imposible que ni Sánchez quisiera nombrarme eso, ni que yo lo aceptara.

De todas maneras, al cabo de muchos meses fuí á Gobernación para refocilarme un poco y tomar á chanza el suceso.

Entré. Reí:

—Dicen que seré nombrado gobernador...

Sánchez se puso repentina, densamente pálido, sacudido por una de esas iras violentas que lo ponen tan feo y tan ridículo:

—¿Qué?

Yo respondí altivo, desdeñoso:

—Comprenderá usted que ni lo creí, ni lo espero, ni lo deseo, ni lo aceptaría.

Sánchez, más lívido aún, hizo saltar la caspa de su solapa de un manotazo:

—Pero, ¿quién lo dice?

—Un periódico.

Era natural que al ver mi actitud, entre irónica y desagradada, fingiera, al menos, un humorismo cortés. No. Sánchez es el cancerbero de las ínsulas. Ni en broma acepta que le priven de

sus fueros, que se atreva nadie á insinuar siquiera un nombre no conveniente para sus brutalismos y egocentrismos en provincias. Fiero, trágico, rugió:

—Desmienta usted esa noticia. Si yo la desmintiese habría de ser peor para usted.

¿Cabe una frase de lacayo más bárbara? ¿Se ha lanzado un ultraje sobre el espíritu sensitivo de un literato, más soez? ¿Se concibe un gas intestinal de tamaño estruendo? ¿Qué cochero rechoncho, qué sargento bigotudo, qué suegro obscurantista, qué tiazo grosero, plebeyón, dijo nada semejante?

Estaba visto. Yo no podía acercarme á ese mulo sin recibir su coz.

Debí responderle:

—Sería demasiado honor para usted, ¡analfabeto!, que yo aceptara ese nombramiento ridículo.

Pero no dije nada. Yo, el impulsivo, el arrebatado, el cambiante, el pasional, he soportado las humillaciones más viles sólo porque la opinión, al juzgarme, no tornase á llamarme veletero, no me apodara con el feo nombre que se da á los frívolos.

Y así, presencié con ensimismado horror las más inmundas canalladas, y guardé silencio ante los desmanes más atroces, y vi desfilar el cuerpo agónico, ya zollipando, de mi Patria, y cometí la indignidad de crispar los puños sólo donde la mirada idónea no pudiera verme.

He sido el prisionero de un estado espiritual.

Luego, ¡claro!, en España se advirtió un resucitar grande y evidente, y en el acto me puse al lado de esa aurora, dispuesto, no ya á sufrir con alegría toda clase de motes y de afrentas, sino á perder mi libertad y hasta á que mi cuerpo sirva de carnaza á la glotonería de los buitres.

Nota.—La censura militar suprimió muchas cosas de estas informaciones.

Veremos qué hace Sánchez Guerra. Ahora no tiene pretexto. Es él, sería él, quien tachara aquello que pudiera molestarle, y sin otra justificación que un escudamiento bastardo.



## XLVII

## SON ECHADOS A LA CALLE

Seguimos viviendo, los idóneos y yo, en precario, á merced de Romanones, sin hacer obra alguna, envileciendo á la Patria en una neutralidad estéril, comatosa, sin orientación, sin prevención, de trampa adelante, hasta que Romanones, ó por estímulos propios ó por insinuación alta, nos echó á la calle de un puntapié.

No se recuerda una caída más deshonrible ni más abyecta. Entramos por obra de la traición y salimos por obra del salivazo. No se tuvo con nosotros siquiera una cortesía beligerante. Bien es verdad que merecíamos el trato.

Aquella situación idónea, engendrada en la penumbra más vil, y que sostuvo el engaño del Poder durante veinticuatro meses, ¿qué hizo?

Dejo aparte el gran crimen de una neutralidad neutra, sin precaución alguna, no la neutralidad del tigre, ni la del erizo, sino la del conejo, y

cuyo desmayo suicida estamos ya pagando todos los españoles (que ser neutral no es un cadáver), y me fijaré sólo en el aspecto interno de aquella subpolítica, de aquella subética...

La mayoría, reclutada entre caciques ó favoritos; la Administración local en manos de la escoria más baja; la Prensa, alquilada por unos ochavos; ni un acto, ni un hecho... Toda la incuria, la inhibición más deprimente, oculta tras un chorro de negocios ilícitos que enriquecieron á más de cien perillanes.

Fueron dos años tácitos que pasó España, y durante los cuales hirvió la gusanera con avidez macabra y terrible.

En España, que pensemos, no se recuerdan Gobiernos sabios y justificados. Pero antes, hubo un Cánovas de prestancia, un Sagasta ingenioso, un Maura que tocó discreta y aun gallardamente algunos problemas, como las autonomías, la moralización burocrática; un Canalejas que, en su caos y en sus titubeos, tenía un vislumbre democrático y un cierto ánimo constructivo.

El descenso ha sido cada vez más rápido. Y este descenso tiene su sima en la situación idónea.

Dato—y no pretendo lanzar contra él ningún agravio personal—es un desmedulado. Me refiero, claro está, á la médula espiritual. La otra, ¡allá él!...

Figurita endeble y sigilosa, fué medrando su política como una yedra, sin opinión, sin credo, sin cultura, sin programa. Fué abogado aprovechadito, y se hizo poderoso cuidando con solicitud la hacienda de los ricos. Cuncurría á los salones del mundo elegante, que lo admite en su sociedad, en esa segunda categoría de lo superferolítico, no en la absoluta «crema», donde aún se escruta en cada faz la huella que dejaron administraciones honorables de fincas urbanas. Jugaba al tresillo con la marquesa de Squilache. Alguna vez se hizo escribir algún proyectito socialista...

¿Qué podía esperarse del Sr. Dato?

A lo más, que dejara hacer. Y dejó hacer —claro está—, dejó hacer horrores en todos los aspectos. Su etapa, de una gangrena total y definitiva, tiene por característica el hedor.

Eje de la situación era Sánchez Guerra.

Y éste es peor todavía. ¡Peor! Dato no tiene personalidad. Es un hombre negativo. El otro, sí; tiene silueta y actúa.

Resume Sánchez Guerra todos los vicios del político español. Es un tipo nato, un alcaloide, obra refinada de la Naturaleza, resumen excelso de caciquería, de ignorancia, de soberbia, de inconsciencia física.

Lo creo providencial. Sánchez Guerra es el determinante. Dios lo ha puesto ahora en mitad de España para ver si ella es aún un pueblo

vivo, capaz de eliminar sus detritus, ó es una cosa fofa, una Turquía agonizante, con un Poder inhibido y frívolo, unas oligarquías morbosas y concupiscentes, un motinesco y bárbaro caos y hasta sus «jóvenes turcos»...

Sánchez Guerra, obra del caciquismo andaluz, que plasma con el recuerdo del «Ratón Pelao», y obra de la traición que exterioriza con su defección á Maura, incapaz de leer un libro, todavía recitando los versucos que aprendió en la escuela, no asomado al mundo, muy de la tierra, muy «cañí», amigo de toros y flamencas, adversario de todo renacimiento espiritual, intrigante, persecutor de iniciativas salvadoras, astuto contra renovaciones que le acechan, capaz de jugarse el todo por el todo, lloriqueador y adulador cuando le conviene, tiene á Dato hecho un muñeco de ventrílocuo, á la Prensa captada, á la opinión dormida, al cacique protegido, al rebelde cansado, fatigado, y á España detenida en su caminar.

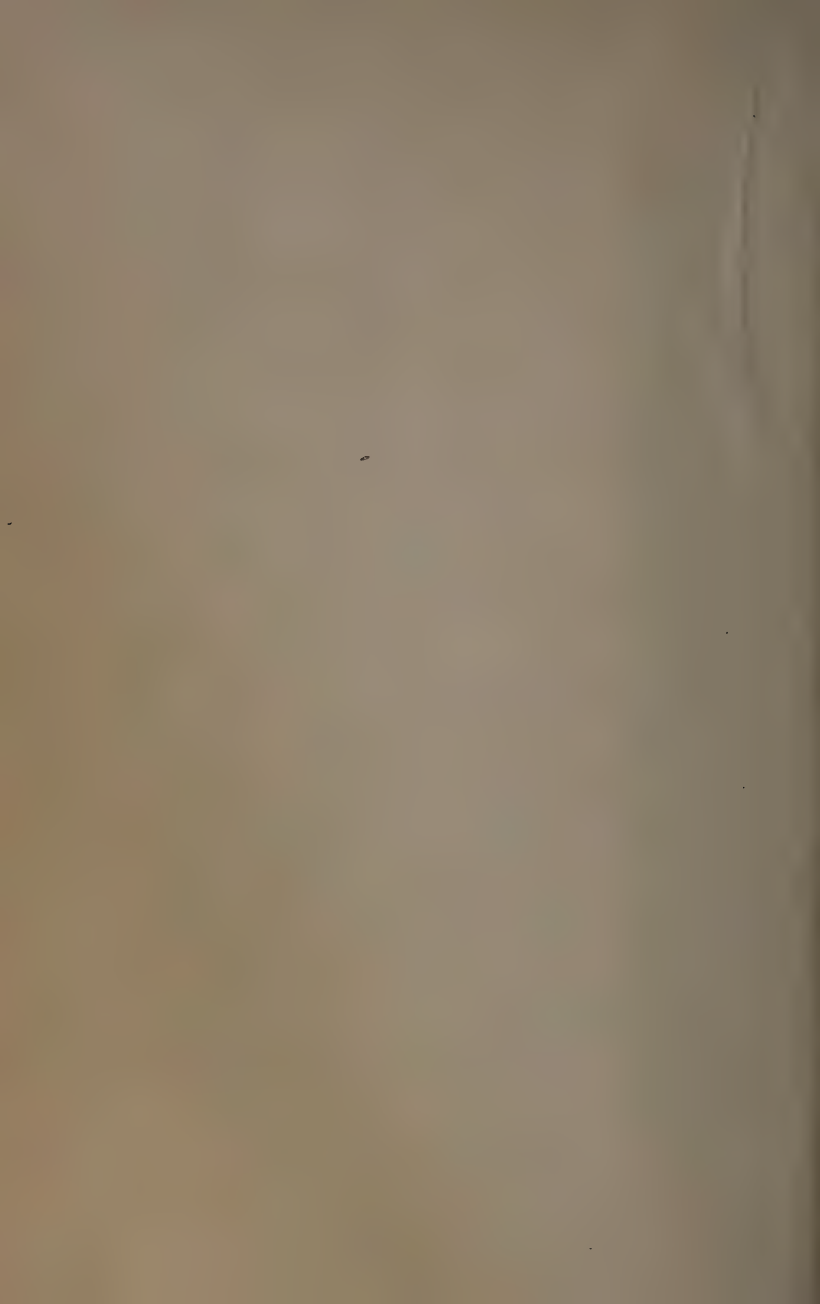
Si los hombres pueden sintetizar momentos, Sánchez Guerra es el momento de España. La gran lucha que ya estalló y que seguirá pugnándose, tiene á ese hombre por línea. Allá los caciques, los intrigantes, los merodeadores, los reaccionarios estólidos, los analfabetos. Aquí los sanos, los audaces, los hombres libres y conscientes, los cultos.

Sánchez Guerra es el cuadro vivo, y como

estilizado, de la vieja política. Ojos enormes, pasionales (el odio), dientes grandes y sucios (la presa é inmoralidad de complejos órdenes). Manos de garra. Un cerebro anquilosado y retardatario. Un corazón que sólo rima en el egoísmo. La seguridad de que no se enmendará, de que jamás variará de pensamiento ni de propósito, la evidencia de que responde á la misma ley instintiva, lógica, hasta legítima, que hace al tábano fincar en la matadura para libar, que hace al cuervo dar su larga volada sobre el jumento putrefacto, que hace á las razas caídas y degeneradas encontrar su hombre necesario, el hombre de la muerte.

La etapa idónea pasó como un oprobio. Parecía que no había de tornar.

Empero, antes de dos años volvían otra vez los idóneos. Y aquella gente que había fracasado, pues se fueron (y si se fueron sin fracasar fracasaron más todavía), volvían á sus mismos puestos, ocupando idénticos lugares, y volvieron con el propósito deliberado, dispuestos á imponerlo fiera é inexorablemente, de que todo siguiera igual, un Parlamento sin hombres, sin Patria, unos Municipios sin jugo, una Administración monstruosa, la injusticia por norma, y como armas, á uno el cacho de carne, á otro el grillete.



## XLVIII

## DATO ES OTRA VEZ DE AZÚCAR

Al caer Dato le tributé una campaña muy cordial.

¿Por qué?

¿Creía yo en el talento de ese idóneo, ex administrador de fincas urbanas, ínclito descendiente de una proba familia carabinera? ¿Creía yo al Sr. Dato necesario al bien de España? Yo me puse al lado del Sr. Dato en aquella ocasión, obedeciendo á un prurito sentimental. Entonces, ya abandonado de todos, pues la Prensa industrial sólo aplaude cuando el aplaudido está en el Poder; entonces, sin tribuna; entonces, sin periodistas íntimos, de los que van á tomar la orden y algo más en los crepúsculos; entonces quise yo demostrarle al Sr. Dato cuánta era mi hidalguía y hasta qué extremo quería llevar mi solicitud.

El dinero y las actas estaban en manos de

Romanones y en manos de Alba. En casa del Sr. Dato sólo había una calva, unos ricitos, unos dientes blancos maravillosamente colocados en la encía por obra de un admirable odontólogo, unas uñas pintadas, un cráneo hueco, una mano apretada, un corazón frío, un cesante...

¿Os habéis explicado esas pasiones que á veces inspiran las viejas flacas? Yo no creo que sean pasiones sensuales. Pertenecen al mundo del romanticismo. El adorador de la anciana voluptuosa la ve anciana, le cuenta las arrugas, llega á su pituitaria el flébil hálito nasal del adorado tormento. Y así, á sabiendas, sólo por que se propuso amarla, y porque los demás persiguen ese amor, la idolatra.

Yo me propuse convencer al Sr. Dato de que nadie en España, sino este periodista, era capaz de servirle gratis. Fué obra del capricho. Llamadle extravagancia, si queréis. Pero ello es cierto.

A los pocos días de iniciada mi actuación me llamó Dato. No había nadie en la casa. Queralt se aburría bajo unos mamotretos jurídicos. Se desmochaban unas viejas coronas entre unos retratos amarillos. Como D. Eduardo no tiene gato, languidecía también, sin saber qué hacerse. Porque estos políticos nuestros sólo conciben la existencia en el Poder. Fuera del Poder, se hastían. Y esta es acaso la principal razón de sus impaciencias, cuando les tarda el bote.

Me recibió amabilísimo. Era ya el casinista apacible que ve la vida sin prejuicios, y para el cual todo es color de rosa.

—¡Qué terrible es usted!—exclamó—. Tiene usted medio loco al Gobierno. Ayer me visitó Alba sólo para rogarme que impidiera sus petardos. Yo le dije que no tengo influencia sobre usted, que no sostengo *El Parlamentario*, que debo agradecer su amable trato para mí.

Dato, en el fondo, estaba encantado. Yo era para él como un perro bravucón, ladrador y desapacible, que le lamía mansamente la mano monda, pues ni paz le daba, y que, en cambio, aullaba, encarlancado, contra otros.

Y luego habría un poquitín de gratitud... No sé... Temo que se enfade el Sr. Dato al suponerle capaz de esa pasión noble. No sé... Pienso yo que mi caso le asombraría... Tenerme objeto de su indiferencia y su desdén, y su persecución por tolerancia, mientras estaba en sus manos la olla, y ver luego que era yo el único mastín que iba á dormir á su umbral. No sé...

¿Sintió un poquito de afecto cordial? Disculpe el Sr. Dato... No trato de ofenderlo... Yo no acabo de concebir aún la entraña en momia.

Luego el Sr. Dato me ofreció un cigarrillo —aquellos puritos delgaditos que tenían en la sortija un «Dato» de oro, y que D. Eduardo solía ofrecer á sus contertulios en una parodia de ex ministro inglés, digna de un humorismo no

español, ya se habían agotado—. Fumamos cual dos camaradas. Alguna vez un golpecito muslar. Yo decía:

—Pero, ¡qué amable está D. Eduardo!

Me quiso invitar á no sé cuántas cosas. Y, al fin, despidiéndome por la puerta de Alcalá (se entra por la de Lagasca), me dijo:

—Deseo verle con frecuencia. Todos los martes... A las doce. Telefonee á Queralt. Se anuncian maniobras... Maura... Ya hablaremos.

Y salí de allí verdaderamente encantado. Yo sólo buscaba amistad y la tenía; ser útil, y parecía llegar mi hora. Pensé:

—Estoy más desesperado que nunca. Buscaré dinero en todas partes menos ahí. Haré méritos con absoluta abnegación. Nada pediré. Que se persuada ese hombre de que sólo yo lo quiere, lo defiende.

¿Concebís las pasiones que á veces hacen enloquecer á hombres saludables por mujeres maduras, de una voluptuosidad más que otoñal, y cuyas gracias no advertís?

Todo cabe—hasta la mayor aberración—en el cráneo de un hombre.

Y fué mi aberración pensar que alguna vez, fuesen cuales fuesen mis solicitudes, mis afanes, mis sacrificios, puede conmoverse el corazón de un idóneo, y puede llegarse á tener en el alma de ese idóneo un puesto que no se logre por el pecado ó por la fuerza.

## XLIX

## DATO Y «LA ACCIÓN»

D. Eduardo Dato es un espíritu impasible. Su impasibilidad, empero, no es la impasibilidad estoica del romano, sino la imperturbabilidad cerebral y emotiva del amarillo.

En las islas Filipinas existen pequeñas tribus sometidas á un jefezuelo. A este jefezuelo se le llama el «Dato». Yo creo que el presidente del Consejo de ministros español, el jefe del Gobierno ibérico, es un tagalito por atavismo, importado en el equipaje de algún militar ó burócrata.

Fijaos en la nariz del Sr. Dato. Es la nariz de una careta filipina. Fijaos en sus pómulos. Fijaos en su color. Fijaos en sus largas manos de simio, que parecen ir á prenderse á la rama en una voltereta. Fijaos en sus pies flacos, que un juanete decora, y decid si esos pies no piden asimismo la misma rama.

Pero sobre todo reparad en el espíritu del Sr. Dato. No existe allí la altivez ibérica, ni la agilidad latina. Sólo hay una gran frialdad. Cuando se le hostiliza, cuando se le emplaza, procura ir aplazando todo con un faquiresco é imperceptible movimiento de hombros. Dentro de ese cráneo asiático hay un cerebro asiático. Supeditarlo todo á ir tirando. No resolver nunca nada. Flema. Flema que no es táctica de inglés, sino inhibición de amarillo. Confucismo...

De todas maneras, algo hay que agita, que estremece al Sr. Dato. Se llama Antonio Maura.

Que vuelva Maura es lo único que le inquieta y le apasiona. Dato querría ser mejor presidente del Consejo en una España exangüe que simple ciudadano en una España rediviva, si hubiera de someterse á Maura otra vez.

Todo le es igual á D. Eduardo Dato menos que Maura gobierne de nuevo. ¿Sibaritismo? ¿Pruritos? ¿Demencia?

Yo lo he podido comprobar.

A poco de caer los idóneos empezó á susurrarse que Maura tornaría á ser el jefe de los conservadores. Un redactor de mi periódico inició entonces cierta hábil compaña datista, haciendo que se pronunciaran por D. Eduardo en pública confesión los ex ministros del partido cuco.

Y esto me valió ¡tantas sonrisas del jefe!

Yo seguía yendo los martes á su casa. Lo en-

contraba peripuesto, lavadito, perfumado, y me daba la mano con mieles de Versalles. El ex administrador de fincas urbanas se había trocado en un «lord»... amarillo.

—¡Querido Antón del Olmet!

—¿Qué...? — decía yo —. ¿Va leyendo esas cosas?

—Con deleite. Maura se ha propuesto volver. Hay conjura. Pero no lograrán sus propósitos. ¡Animo!

Aquella faz se transfiguraba. El tagalo yerto trocábase en chispero jocundo. Y yo, ¡cándido de mí!, seguía aquella campaña estéril, pensando en la gratitud idónea y en hacerme querer por esos pómulos, por esa nariz, por esa calva.

Un día me llamó Dato. La criada hubo de decirme:

—Ha telefoneado el Sr. Gato que vaya á verle.

—¿Gato? ¡Será Dato!—exclamé.

Y fuí.

D. Eduardo estaba un poquito nervioso.

—¿Sabe usted la noticia?—interrogó.

—¿Cuál?

—Que Delgado Barreto saca un periódico.

—*La Acción*. Ya oí. ¿Y qué?

—Hablan de que hará una campaña contra mí. Será una campaña violenta, de acusaciones...

Yo me puse un poquito pálido. ¿Qué le irían á decir al Sr. Dato? ¿Por qué se ponía tan rabioso?

D. Eduardo golpeó afablemente uno de mis muslos, y deslizó...:

—Ya le avisaré. Le daré documentos aplastantes. Si se proponen extinguirme sabré defenderme.

Como es natural, le ofrecí al Sr. Dato mi apoyo. *La Acción* salió. Yo no he visto allí nada. Sin ánimo de mortificar al Sr. Barreto, diré que su periódico no es de los que estremecen.

Pero D. Eduardo estaba comunicativo aquel día. Vinieron á avisarle que le esperaban conspicuos, y se zafó. Me sentía útil otra vez, y me cercaba, coqueteaba, mariposeaba.

—Usted será diputado en la oposición—dijo.

—¿Y Delgado Barreto?

Dato se mordió los labios, y dijo, con amarga energía:

—¡No! Alba quiere sacarlo, pero no tendrá el acta. Yo, cuando adopto una postura de represalias, voy al límite.

Esta evocación—claro está—me inspira á mí ahora un poquito de miedo. El Sr. Dato procurará destrozarme. Acaso haya sustituído yo á Delgado Barreto en el odio datista. Me esperan días arduos. Seré denunciado, procesado, ¡encarcelado!; se me quitarán anuncios, como ya me los quitó Sánchez Guerra, se me cercará.

Lo malo para el Sr. Dato es que sus represalias van á tener que ir contra demasiada gente, pues de los 20 millones de españoles, dirá que

20 menos uno, y cuento á Queralt, ó lo detestan ó lo miran con desdén.

Lo bueno para mí será, en cambio, que sufrir persecución injusta acaba por llenar á la víctima de prestigio y de fuerza.

D. Eduardo, usted tiene más de sesenta inviernos. Ha conocido usted una España colonial, caciquil, neutra, moribunda, donde pudo usted llegar á jefe de Gobierno, pisando con la punta de sus zapatillas bordadas. Yo tengo treinta y uno. Y conoceré—no lo dude—una España más vigorosa, más inteligente, más europea y más española, donde yo ocuparé un modesto lugar de escritor feliz.

Somos cosas diferentes. Si aún puede usted darme un zarpazo, hágalo. Ostentaré la cicatriz con orgullo, y diré cuando pasen los años:

—¿Recuerdan ustedes á un Sr. Dato que... me arañó?

Y la gente, como se nombra ahora á los ministrillos de Isabel II, dirá:

—¿Dato?.... ¿El escudero de Sánchez Guerra? ¿El de la previa censura? ¿El de la Asamblea parlamentaria? ¡Pobre señor!

Y reirá, Sr. Dato, reirá la gente, como ahora nos reímos de aquellas figuritas deleznables, intrigantes y dramáticas, que bailan en torno de una reina emigrada en París.



## L

## SIN PERIÓDICO Y SIN ACTA

**Brevemente.**

Estas crónicas mías han suscitado comentarios diversos. Alguien las encontró excesivas:

—Antón del Olmet está descubriendo secretos... Y eso, la verdad...

¡Alto ahí! Yo no he descubierto, ni descubriré nunca, secretos particulares, domésticos, íntimos... Que lo diga el Sr. Sánchez Guerra. Yo he descubierto secretos políticos, infamias políticas. Y hacer eso, sobre constituir un derecho, es un deber ciudadano altísimo, la santa obligación que se contrae al abandonar, por patriotismo, y en un momento de entregamiento á la opinión y al carácter, una vieja, caduca y miserable política infausta.

Por lo demás, reitérome en lo dicho. No hago una campaña de represalias, no me mueve el rencor. Digo y repito que siento por los idóneos,

particularmente, un cariño profundo. Habitante de otro país, los amaría. Señores pacíficos, casinistas, hombres de mi barrio, departiría con ellos encantado y feliz.

Es algo muy grande, muy espiritual, lo que de ellos me separa.

### El periódico.

Cuando el Sr. Dato me utilizó de nuevo para evitar la desbandada maurista que en el idoneísmo se iba operando (desbandada perfectamente visible y perfectamente lógica), tornó á abandonarme de nuevo.

No le debo al Sr. Dato ni una suscripción, ni un anuncio, ni un destino, ni un negocio, ni siquiera un gesto amical. Esto me llena ahora de satisfacción, y me consiente una libertad omnímoda. Le di cuanto pude. Fuí pródigo. Ahora, con el mismo derecho é idéntica libertad, lo combato. ¿Verdad, Eduardo, que soy su más hidalgo acreedor?

Harto ya de sufrir las ingratitudes idóneas, y queriendo, antes de lanzarme al torbellino del vivir, saldar toda mi cuenta con esa gente, les ofrecí el periódico:

—Dicen ustedes que la Prensa les abandonó al verlos caídos... Dicen que *La Época* no combate al Sr. Maura porque desea estar habili-

tada para ser su órgano en el caso de que Maura volviera al Gobierno... Rechinan sus dentaduras... Bien... Yo les brindo mi periódico. Es fruto de mi propia sangre. Ahí lo tienen ustedes.

¿Y en qué forma les ofrecí el periódico?

Yo no sería su propietario. Ni su director. Colaboraría en él con un sueldo...

¿Cabe actitud igual? ¿Se conoce un gesto parecido?

Al Sr. Dato y á otros prohombres les pareció bien mi idea. Necesitaban un órgano vigoroso y joven. Mi ofrecimiento, de un desinterés sin igual, era aceptable. Un conspicuo y buen amigo mío, rezongó:

—Es demasiado lo que usted propone. Resérvese algo.

—Nada. Quiero que esos hombres vean en mí algo maravilloso. Si fuera rico les pasaría una pensión. Cuando se envilece uno, hay que envilecerse hasta la coronilla. Siento la voluptuosidad del pródigo.

Empezaron los cabildeos, las idas, las vueltas. Se reunieron en el Casino idóneo varios magnates. Sánchez Guerra obstaculizó el proyecto. Y un día, al cabo de los meses, se me dijo que patatín, que patatán...

## El acta.

Dos meses antes de hacerse las elecciones liberales me tiró un caballo, y me destrocé una pierna.

Estuve largos días, largas semanas, largos meses, recluído.

Antes, yo había hecho una pequeña exploración cerca del Sr. Alba:

—¿Qué?...—le dije—. ¿No habrá para mí un hueco en ese encasillado?

—Por mi parte, sin duda—respondió el ministro—. Usted no es hijo, ni yerno, ni pariente, trabaja usted y pelea. Y yo quiero hombres así... Pero...

—¿Qué?

—Que necesito alguna indicación de su jefe.

—Bien—añadí. Pero tenga en cuenta que sólo aceptaré luchar por Galicia. He gozado las mieles del cunerismo, y son agrias á mi paladar. O diputado gallego, ó gallego solo.

Hice algunas indicaciones, que no debo revelar ahora, porque todavía no apuré, en este aspecto de mi vida, todas las heces. Caí enfermo. La campaña pro-idóneos seguía haciéndose en *El Parlamentario.* Todas las mañanas sonaba el teléfono:

—De parte del Sr. Dato cómo sigue D. Luis.

—Mejor. Gracias.

Yo comentaba esto con amigos y redactores. Alguien refunfuñaba:

—Sí... Mucha amabilidad, pero...

—Pero, ¿qué?...

—Que no te dará el acta.

Otros, protestaban coléricos:

—¡No faltaría más! En todo el partido no hay nadie que tanto haya hecho por Dato como tú. Y ahora mismo...

Yo movía la cabeza, negligente:

—Es igual... Si no puedo ir á Galicia, ¿qué me importa ser diputado otra vez? ¡Cunero!

Dos semanas antes de las elecciones me preguntó Dato si podía ir á verle. Caso de no serme viable, vendría él á mi casa.

Apoyado en muletas fuí allá. Suponía que quería decirme cuál era mi distrito. Hablamos. Quería darme las gracias de nuevo por mis «servicios valiosos», «extraordinarios». De acta, ni la fórmula. Yo, al cabo, curioso, interrogué:

—Y de elecciones, D. Eduardo... Por lo visto, yo no tengo lugar.

—Creo que sí. Bores y Romero, *Andrenio* y usted son mis favoritos.

—Le prevengo—deslicé finamente—que sólo me interesa luchar por Galicia.

Pasó una semana. La víspera de las elecciones aún hubo algún sandio que tenía esperanzas.

¿Acaso salieron diputados idóneos en la opo-

sición hombres de gran fuste, personalidades eminentes?

Secretarios, pasantes, yernos, no faltó ni uno siquiera. Lerroux dijo poco después, refiriéndose Dios sabe á quién, que en España se daban ya las actas como regalo de boda.

Y yo os pregunto ahora, lectores desapasionados: ¿No os admiráis de tanta ingratitud, de tanta estulticia, de tanta maldad? Y añadiréis después de admiraros: Este hombre huiría de los idóneos é iría á refugiarse bajo cualquier otra bandería.

No. Ni lo hubiera hecho nunca. Yo estaba dispuesto á morir en el idoneísmo, bajo la doctrina sin doctrina en Dato, bajo el caciquismo brutal de Sánchez Guerra, bajo la tutela de esa gente sin credo ni alma, residuo y escoria de una oligarquía desmoronada, resultante selecta de una política inmoral, fementida y embaucadora, degeneración morbosa del canovismo, excrecencia social, detritus sostenido por el caciquismo y el pacto revolucionario, peldaño último de un descenso infamante, muladar infecto donde se pudre el cuerpo de España.

Yo hubiera sido idóneo siempre. No tenía fe en nada. Creía á España sin opinión, sin latido. Buscaba en vano una aurora. Esperaba inútilmente un clamor.

Todo era fofo, insensible ..

Si alguien se alzaba era por odio ó por ven-

ganza, sin más tregua que la tardanza en lograr su cacho de cebo. España era una Turquía occidental. Esto se derrumbaría como los Balkanes. Se salvaría Cataluña, independiente, con Valencia, Baleares y parte de Aragón. En Galicia surgiría el lusitanismo. Quedaría aquí una Constantinopla de la Mancha, con un régimen despótico, con sus grandes visires, con sus chumberas, con su caciquismo cabileño. Esto, en cinco, en diez, en veinte años, esterilizadas todas las fuentes de regeneración, ó por el soborno ó por la fuerza, se haría añicos.

Desolado, ¿qué más daba ser idóneo? Idóneo y apache.

¡Ah! Pero esa crisis espiritual horrenda, por la que hemos pasado todos los intelectuales jóvenes, cedió un día.

El 1.° de Junio sonaron clarines de energía en España. La batalla empezó á librarse. De un lado se alzaron todos los caciques, todos los chanchulleros, todos los prosaicos, todos los imbéciles. Al otro lado se agitaron los hombres no deshechos del todo. Algunos que se arrepentían de sus yerros, otros que eran fuerzas nuevas; sin desgaste, recurso espiritual de la raza, y muchedumbres vírgenes, inflamadas de civismo y de esperanza.

Y ese día, loco de entusiasmo, sintiéndome joven aún, al oler á carne viva de patria, corrí hacia el combate, y en este combate, que será

muy duro, muy largo, muy penoso—no os hagáis ilusiones los impresionables—, que tardaremos en ganar, porque los infectos, los malandrines, luchan á la desesperada y empleando las armas más viles, estaré hasta morir. ¡Hasta morir!

## LI

## PUNTO Y SEGUIDO

**La etapa liberal.**

Todos los yerros en que yo incurrí y todas las culpas en que hube de caer, á los idóneos son debidas.

Ellos me desencauzaron de mi ruta. Ellos me abandonaron. Ellos me corrompieron. Volved á Dato y á Sánchez Guerra los ojos cuando queráis acusarme. Ved en mí al de ayer y al de hoy, no al de la captación idónea. La prueba más terminante de que eso, es decir, el Antón del Olmet que vive de la improvisación y que recurre á medios usuales, pero fuera de su temperamento, no es el Antón del Olmet suyo, está en mi inadaptación al ambiente inmoral.

Me hubiera sido fácil conservar mi puesto y hacer una brillante carrera. Lo difícil es llegar y yo había llegado. Ved cómo Valdeiglesias, cómo Canals conviven en el idoneísmo, sin que alte-

ren las normas del partido ni tenga nadie que reprocharles nada.

Yo salí del idoneísmo y de lo pocilga en un impulso propio de inadaptable. He tirado una subsecretaría. He tirado una fortuna.

Si mis culpas pueden alcanzar olvido, las sahuma la evidencia de que fuí culpable con desagrado y la seguridad de que supe recobrar mi alma.

Por lo demás, no me remuerde la conciencia. Heredé de mi pobre madre algunos miles de duros. Y hoy, al cabo de luchas tan arduas y de una vida consagrada al trabajo, poseo menos de lo que heredé. Y debe tenerse en cuenta que ni he gozado las mieles del lujo, y ni aun el encanto de la holgura.

Fuí un Prometeo de la imprenta, del papel, de los obreros, de las nóminas. Todo se lo llevó la trampa. En la rotativa quedaron triturados mi corazón y mi espíritu.

Creo ahora que se puede hacer un diario independiente y honorable. Me anima una legítima esperanza. Pero si ello no fuera posible, reduciría mi vida á lo mínimo, y si era necesario pasar grandes privaciones para guardar el honor, sabría hacerlo.

## Los idóneos otra vez.

Nadie pudo imaginar que los idóneos volverían al Poder, y menos tan de prisa.

El sarcasmo ocurrió, empero.

Temeroso Sánchez Guerra de que el estado de inquietud que se provocó en España desde 1.º de Junio pudiera traer de nuevo á Maura, precipitó los sucesos, é hizo que Dato se apoderase del Poder en una obra de egoísmo inaudito.

Sánchez Guerra se jugaba entonces, y se juega ahora, toda su influencia caciquil.

Maura lo relegaría á un obscuro puesto de traidor. Preciso era obstaculizar á Maura. Y luego, consumado esto, preciso era ser desde Gobernación un déspota, un dueño. Porque Sánchez Guerra aspira á presidir el Congreso de los Diputados, y para esto le hace falta una mayoría parlamentaria suya, y para lograrla era necesario no reparar en medio alguno, sacrificándolo todo á su egoísmo personal.

Desde el primer instante desarrolló Sánchez Guerra esa política que parecía irse extinguiendo. Ordenó á los gobernadores civiles que sólo se entendieran con él en cuestión de elecciones. Persiguió, no ya á diputados de otros partidos, sino á aquellos conservadores que no le eran afectos, y ahí está el caso marqués de la Frontera para demostrarlo. Su obsesión es Besada.

Quiso llevarlo al ministerio de la Guerra, con el fin de hacerlo prisionero allí si lo hacía bien, ó de desprestigiarlo si lo hacía mal.

Sánchez Guerra es quien manda. No Dato. Dato le teme, porque les une un mismo delito de traición. Dato tiembla delante de su cómplice. Sánchez Guerra abusa de su estado moral para imponerse y ser el dueño.

Todo el afán de Sánchez Guerra no es conservar una cartera que desdeña, y en la que no se propone introducir reformas ni mejora alguna, sino que esa cartera le sirva para hacer cien diputados suyos, con los cuales apoderarse de la política española desde el turno conservador y presidir el Congreso.

Ya dije que el pacto entre Dato y Sánchez era ése. A Sánchez le fracasaron sus proyectos la otra vez. Ahora no quiere dejar escapar la ocasión. A ello sacrificaría, no ya la Patria, sino el orbe. Sánchez Guerra es un atávico, un retardatario, un político á lo Romero Robledo, sin la gracia de D. Francisco, ni su bondad ingénita. Hijo de la decadencia, y no despierto ante el himno intelectual que sonó tras el 98, es un jerarca mandibulario, de aprehensión, sin civismo, sin noción de Patria, creyendo que el país es una cosa que debe servirle y encumbrarle y no algo al que debe entregarse con unción hasta la vida.

**La pugna.**

Y así, pues, á principios del verano último se encontraron frente á frente dos Españas. Una era la España sensitiva, que se da cuenta de la situación, y que procura remediar el daño tremendo, una España que está un poco desorientada aún, que no ha definido todavía audazmente sus propósitos, pero que es toda España, porque es el vagido y la aurora y la semilla... Y otra es la España vieja, la del turno pacífico, la del Parlamento hechura del Gobierno, la del caciquismo como encarnación inevitable de su existir, la del desastre.

El viejo y el niño se miraron. En el adolescente era todo alegría y optimismo. En el decrépito era todo ruindad.

El joven dijo:

—Quiero una España con libertades y con garantías, con Parlamento y Municipio, con Magistratura independiente, con holgura espiritual.

Y el viejo replicó:

—Eso es prematuro.

Pero dentro, rezongó, bestial:

—Ese me arrastrará hacia la muerte. ¿Qué será de mí sin concejales míos, sin diputados míos, sin jueces míos? ¡Concejales, diputados y jueces de la Patria...! Eso me arruina, me destruye.

Y en su furor por asirse á la vida, como el agónico se agarra á la almohada en crispación suprema, mintió, vejó, encarceló, mató.

Si este resurgir del espíritu público le hubiera cogido en el Poder á otra gente, no hubiera sucedido lo pasado, ni ocurriría lo que habrá de venir todavía.

Romanones, perspicaz, se hubiera asociado al movimiento renovador, intentando apoderarse de esa bandera. García Prieto se hubiese quedado absorto, y hubiera dimitido, horrorizado. Maura habría recibido el brote con simpatía, y aunque al final tronchase la rama, de ella quedaría la raiz, y en su propia alma viviría una imagen de sol y de azul.

Sánchez Guerra fué elegido por Dios. Y un Sánchez Guerra que venía á saciar sus apetitos, con un programa hecho. Fué algo así como el sediento que acude á la fuente para cercarla y hacerla suya, sólo suya, y la ve llena de una gran muchedumbre que gritase:

—¡Agua para todos! ¡Salud para todos! ¡Vida para todos!

Y ese hombre secará la fuente. Y su furor es un furor instintivo, paleontológico, inconsciente. Su mano es la mano de todos los caciques, y cada vez que ese corazón palpita, palpitan con él, en ritmo acelerado, todos los corazones infames de España.

Sánchez Guerra la defenderá á mordiscos, á

dentelladas, á arañazos. Es la agonía de un sistema. Ya hizo daño. Pero lo hará mayor, mucho mayor, porque su ira es encendida y truculenta, y porque su designio es definitivo é inexorable. Defiende su casaca, su influencia, sus destinos de consejero en industrias, sus pernadas, sus fueros. No es cobarde. Afrontará los sucesos con majeza bárbara. No le importa la vida quizás. Es toda una política desastrosa y terrible, que él escuda con su pecho y que intenta salvar matando.

No está solo. Le acompaña Dato, tiritando, perplejo. Le acompañan los cucos, los emboscados, los que no quieren definirse, para caer bien de todas maneras. Le acompañan la Prensa sucia, los caciques rurales, los que aspiran á medrar en la antesala y en la alcoba.

Yo ignoro cómo este drama se desenlazará. Creo que España ganará en la lid. No puedo creer que se regrese, que se consienta la obra destructora, que un solo hombre, apoyado en la corrupción y en el fracaso, pueda detener á la Patria.

Anuncio, empero, grandes crisis aún.

El dragón es demasiado grande. Su apetito es enorme. Responde á una avidez milenaria. Tiene armas diversas.

España, sábelo... Aún te esperan días muy tristes, aunque al término de tu calvario hallarás joyante recompensa.

## Mi caso.

No detuvo mi pluma, entregada al movimiento innovador, la vuelta de los idóneos. Lejos de ver en ellos un acta cunera, un apetito, vi al adversario.

Visité un día al Sr. Sánchez Guerra para decirle que en Galicia me querían elegir diputado.

—¡Jamás!—gritó—. Usted no saldrá diputado por ningún sitio. Usted será perseguido. Usted maltrató á Quejana, siendo mi entrañable. Usted, además, jalea á los regionalistas, defiende á las izquierdas, á los enemigos.

No recuerdo una escena más bárbara. Yo, pálido, miraba con obsesión uno de los dientes del ministro. Era un diente enorme, amarillento. Allá, en el fondo, una carie aparecía. Sánchez Guerra, desatado, furibundo, acumulaba ultrajes contra mí, y me anunciaba furores que ya estoy sufriendo.

—Bien—acabé—. Me debo á España y á mi juventud. ¡Máteme!

Esa tragedia que se llama mi estancia con los idóneos, acabó hace meses. Soy el que fuí. No quise, ni quiero, tirar por la ventana esa deliciosa cárcel que me espera por español y patriota, y esa inmensa alegría de ser libre, que nadie ni nada podrá interrumpir, y que es todo el tesoro de los hombres á quien Dios puso en el alma la

huella de su mano para que le rindieran culto á la forma, al arte, al pensamiento.

Mucho he sufrido. Más sufriré todavía. Pero á los treinta y un años no se tiene derecho á sentir redros ni á buscar en el asilo del escepticismo un bienestar infame.

Con esta crónica acabo mis revelaciones idóneas. El paso de los idóneos por el Poder—lo enorme, lo formidable—será objeto de otra serie de informaciones que pienso escribir, si no se apresuran á darme tormento y aun á procurar mi muerte.



## POSTDATA

En Octubre de 1917, descubiertas las traiciones idóneas, echados del Poder como perros sarnosos por tropas y ciudadanos, dejaron el Poder.

Me cabe la gloria de haber contribuído á ese desahucio.

En un libro próximo resumiré las infamias perpetradas desde el Gobierno por ese grupo infausto.



# ÍNDICE





